

Francisco Javier Escudero

LA FUERZA DE LA POSIDONIA

malbec EDICIONES

La fuerza de la posidonia

■

Francisco Javier Escudero

Malbec ediciones

MALBEC EDICIONES

Editor: Javier Salinas Ramos

© 2025, Francisco Javier Escudero

Primera edición: noviembre de 2025

Imágenes y diseño de cubierta: MarcoSC a través de IA
Diseño de cubierta y maquetación: MarcoSC – Marcos Salinas Criado

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

1
Líneas verdes sobre el mar

La reunión

Creyó tener la certeza de haberse despertado tan solo para verse morir. Le hubiera gustado hacerlo dormido, pero ni siquiera en eso tenía suerte. La sensación de estar siendo taladrado en varias zonas de su cabeza a la vez, le confirmó que aquel fue su peor inicio de miércoles en muchos años. Trató de abrir el segundo ojo, pero desistió al sentir el párpado pegado a este. Con un movimiento torpe de mano, derribó algunas de las latas de cerveza vacías con las que se topó en la mesa. Cuando encontró el móvil, ya había dejado de aullar impaciente entre vasos y botes.

La segunda llamada del mismo número, unos minutos más tarde, fue capaz de contestarla.

—¿Sí…?

—Me alegra que sigas vivo. Hoy no me apetecía ir de entierro. A las once en las oficinas centrales. —La voz áspera y malhumorada se despidió colgando la llamada sin permitirle intervenir.

—Hola, sí, estoy bien, gracias, Santos —le dijo a la pantalla del móvil que ya se apagaba.

Su reloj de buceo, un *Scubapro Galileo Sol* de mil seiscientos euros, regalo de sus padres cuando comenzó a trabajar, marcaba las siete en punto de la mañana en aquel arranque de primavera del 2011. El siguiente medio minuto lo dedicó a incorporarse del sofá y quedarse sentado; el otro medio, a tratar de reaccionar mentalmente y decidir qué hacer a continuación. Los restantes cincuenta y nueve, a llegar hasta el baño, curar algunas heridas de su cara y ducharse.

Se vistió con los mismos pantalones que llevaba desde hacía más de dos semanas y una camiseta que guardaba en el armario, no por ello limpia, para sustituir la del día anterior, con algunas manchas de sangre y rasgada por varios sitios.

‹‹Espero no haberme peleado con mi jefe››, pensó mientras trataba de ordenar los acontecimientos del día anterior. ‹‹De esta me echa a la puta calle››.

Recordó haber salido con algunos compañeros del trabajo por la tarde y acumular cervezas vacías en la mesa de una taberna junto al puerto de Cartagena. Solían comer algo o cenar en los restaurantes Techos Bajos o La Casa del Pescador, para luego recorrer los bares del barrio de Santa Lucía. Ya se hacía tarde cuando sus colegas, uno a uno, fueron dejándole solo. Ajeno a este abandono, él seguía empeñado en discutir y buscar pelea contra marineros y estibadores, los cuales buscaban también las emociones que la jornada laboral rutinaria no les había ofrecido.

El resto de la noche no lo recordaba muy bien, excepto que había aprendido que era buena idea hacer cuentas antes de una pelea, para saber los posibles rivales que podría tener enfrente. Al llegar a su casa, varias cervezas más terminaron por anestesiar un cuerpo dolorido por los golpes recibidos, hasta quedar dormido sobre el sofá del salón.

Optó por no cogerse la coleta para que su media melena negra tapase las magulladuras de su cara. El espejo le enseñó el fondo blanco de uno de sus ojos marrones y el otro, el que apenas podía abrir, rojo e irritado. Trató de arreglarlo con un colirio. Mientras, recordó cómo ese mismo pelo y esa cara triunfaban, en sus tiempos de estudiante, en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada. Allí fue donde decidió iniciar sus estudios de arqueología, en una de las cuatro únicas posibilidades que ofrecía el sistema universitario español, y la más cercana a su Cartagena natal.

Ciertamente era muy atractivo. No era especialmente guapo, pero sí arrancó algún que otro suspiro por el campus universitario y en las excavaciones arqueológicas en las que realizaba prácticas

durante los meses de verano. Además, su labia y desparpajo lo hacían ser el centro de atención en fiestas, eventos y reuniones.

También provocaba deseos y recibía alguna que otra mirada descarada en los bares del barrio de La Chana y los de la calle Pedro Antonio de Alarcón, en la ciudad nazarí. Fueron buenos tiempos, quizás los mejores de su vida, y pese a la alegría de volver a su ciudad de origen una vez completados sus estudios, siempre supo que esa época quedaría marcada en su mente.

Vivía de alquiler en un pequeño estudio de la calle Saura, cerca de la universidad, en el casco antiguo de Cartagena. Llamarle piso o apartamento hubiese sido apuntar demasiado alto. Era algo sombrío, ya que la estrechez de su calle apenas permitía que el sol entrase por el ventanal. A lo largo de esta, los edificios a punto de caer colapsados por antigüedad y mala conservación, con sus paredes desconchadas y sus marañas de cables negros en las fachadas, se combinaban con los de nueva construcción y los solares sin edificar, formando un conglomerado arquitectónico incapaz de definir el estilo de esa zona de la ciudad.

Una única habitación hacía las funciones de cocina, salón, dormitorio, sala de estar y trastero, dando paso a un pequeño cuarto de baño a un lado y salida al balcón por otro. Las latas vacías de cerveza, botellas de alcohol, restos de comida y ropa sucia tirada por el suelo, mostraban el sello de identidad de quien lo habitaba.

Lo eligió por estar a mitad de camino entre las instalaciones del Centro Arquatec, en el polígono industrial Cabezo Beaza, y el Museo ARQUA en el puerto. El primero de ellos era una nave grande, de color blanco y diáfana, que alojaba los laboratorios en los cuales se limpiaban, trataban y mantenían las piezas extraídas de los yacimientos marinos. Contaba con piletas, piscinas y bañeras para los tratamientos de lavado y desalinización, salpicadas por mesas de trabajo y equipamiento técnico variado. El personal de bata blanca deambulaba siempre atareado, parándose sobre teclados y pantallas, para leer, anotar o rellenar datos en sus fichas. En un mismo pasillo era fácil saltar de siglo en siglo, como quien cambia de canal en la televisión, en una aburrida tarde de invierno. Allí se encontraba su puesto de trabajo como arqueólogo subacuático,

cuando estaba en tierra firme, o en fase de documentación o investigación. También era el lugar en el cual su departamento guardaba el material de submarinismo: botellas, reguladores, trajes, aletas o gafas y las herramientas utilizadas para los trabajos de excavación.

En el segundo centro, en la parte remodelada del puerto de Cartagena, además de las exposiciones temporales, la colección permanente del museo, biblioteca, archivo, cafetería y otros servicios, se localizaban las oficinas de la plana mayor del área técnica y del resto de la unidad. A él acudía cuando le tocaba la parte más tediosa y administrativa de su trabajo: reuniones y burocracia. Siempre que podía se escapaba al Arquatec, donde sentía más cercanía a las batas blancas científicas que a los trajes de marca impolutos.

Antes de ocupar el estudio actual, alquiló una habitación en un piso compartido con estudiantes de ingeniería de la Politécnica. Nunca llegó a saber con exactitud qué grado en concreto estudiaba cada uno. Pero su carácter, su forma de entender la limpieza y el orden, o su querencia a buscar problemas amparado en el alcohol, hizo que tras su última pelea fuese expulsado de allí. Tuvo que ponerse a buscar de nuevo donde vivir y lo único que encontró, por una cantidad de dinero injustificada con las prestaciones de aquel zulo, fue el de la calle Saura. El apartamento estaba al alcance de sus posibilidades e incluso le sobraba algo de dinero cada mes. Eso le permitía llegar a casa, tras la jornada laboral, bañado en cervezas y con los restos de alguna batalla campal librada en el barrio de Santa Lucía, de la que raramente salía indemne.

Se dirigía al ARQUA bajando por la calle Gisbert en dirección al puerto, donde había sido citado por Manuel Santos, su responsable directo. Aunque él era siempre así de brusco, y especialmente con él, intuyó que estaba de mal humor y que le caería algún tipo de bronca por algo que hubiera hecho. A mitad de camino paró en un bar para tomar un café. Intentó acompañarlo con un bollo de chocolate, pero desistió y lo dejó sobre el platillo de loza blanca. Pidió un segundo cortado con leche fría y su cabeza, como un motor

antiguo que necesitaba ser cebado, pareció ponerse en funcionamiento.

El Museo Nacional de Arqueología Subacuática, ARQUA, se encontraba en el Paseo Alfonso XII, entre la Muralla del Mar y el Puerto Náutico, el restaurante Mare Nostrum y el auditorio El Batel, a los pies de la colina del Castillo de la Concepción. Pese a no estar demasiado lejos de su casa, el esfuerzo de recorrer la distancia a la oficina le hizo reconocer que se había excedido en la noche anterior. Bebió demasiado y al terminar de provocar al resto de la clientela, sus compañeros ya lo habían abandonado dejándolo solo a merced de los increpados. La pelea que pudo comenzar con igualdad de fuerzas derivó en quedarse solo, algo insuficiente para salir victorioso. Aun así, su mente le trajo un par de narices rotas, alguna luxación y puede que hasta un hueso roto antes de verse linchado y lanzado fuera del bar por sus oponentes entre risas y amenazas.

El ARQUA era una construcción moderna, que en superficie daba la impresión de tratarse de dos edificaciones distintas, las cuales flanqueaban una rampa de bajada donde estaba la entrada al museo. Una de ellas albergaba las oficinas centrales y la otra la cafetería-restaurante. En los niveles inferiores, como si de un iceberg se tratara, una única estructura daba cobijo a las salas donde se exponían las piezas y pantallas interactivas para el público general.

Saludó a la recepcionista al entrar y se dirigió al interior de la zona de oficinas, haciendo escala en cada fuente de agua por la que pasaba. Encendió el ordenador y consultó su correo desde uno de los puestos libres. Los mismos mensajes de siempre y nada especial. Seguía sin saber el motivo por el que le habían convocado a la reunión y el hecho de que ninguno de sus compañeros apareciese como asistente, le indujo a un mal presagio.

Cinco minutos antes de las once se dirigió a la sala de reuniones. Estaba solo y tuvo que esperar otros quince hasta que se abrió la puerta y entró Manuel Santos con cara seria y posiblemente cabreado. Le acompañaba un hombre trajeado con corbata azul, cuyo rostro reconoció como uno de los jefazos del departamento. El asunto debía ser serio.

—Hola Marcos. Me alegro de que te hayas presentado puntual. No dejas de sorprenderme. Si te soy sincero, no esperaba verte hoy por aquí.

—Buenos días, jefe. No faltaría a una reunión tan importante como esta, aunque tuviese que venir a rastras.

—Creo que ese es el modo en el que llegaste a tu casa ayer... En fin, ya hablaremos de eso —dijo bajando la voz para continuar en el tono inicial—. Supongo que conoces al director de Arqueología, el señor Villalta.

—Sí, me suena de ver la firma en las nóminas.

—Te deseo que sigas viéndolas en lo que queda de año —dijo Santos.

—No tengo mucho tiempo —interrumpió Villalta—. No sé si estás al tanto de ello, pero se ha agitado algo la opinión pública respecto a lo encontrado en el Mar Menor.

—¿Qué se ha encontrado? —preguntó Marcos mirando a su jefe.

—Se trata de las imágenes tomadas con Google Earth, en las que se ven unas líneas extrañas en el Mar Menor frente a la playa de Veneziola, en la parte norte de La Manga. Esto ya se estudió en el 2007, cuando una arquitecta de la Región de Murcia se topó con ello curioseando por internet. Bajamos a investigarlas, pero no se supo a qué eran debidas y lo único que sacamos en claro fue que eran simples algas. Recientemente, han vuelto a aparecer opiniones que dicen que se trata de ruinas romanas, púnicas o anteriores.

—¿Las supuestas ruinas dentro del mar, sumergidas?

—Sí —contestó Villalta—. He pedido al equipo de Arqueología Subacuática de Cartagena que estudie que hay ahí, y elabore un informe.

—Pero… ¿Eso no se dio por zanjado ya en el 2007?

—Sí, correcto. Se armó un gran revuelo y tras enviar un equipo a investigar, la conclusión fue que allí no había nada. Ahora, este tema ha generado ruido de nuevo y estamos recibiendo presiones para que se vuelva a analizar.

Marcos se estremeció al recordar aquel nefasto 2007, el más trágico en la historia del departamento y de su vida, mientras ojeaba las fotos sacadas con Google Earth. En ellas se veían unas líneas de

color verde oscuro en el Mar Menor frente a la playa de Veneziola, que parecían formar la estructura de algún poblado o asentamiento hundido de alguna civilización antigua. Se especuló con que fuesen ruinas romanas, y los periódicos locales se hicieron eco de aquella noticia. Por su mente también pasaron las caras del equipo que se sumergió para analizarlo y las fotos del terrible accidente que sufrieron algunos días después.

—Te he seleccionado a ti para dirigir un equipo que se sumerja y estudie a qué son debidas esas supuestas líneas —dijo su jefe, provocando que su vello se erizase y él se pusiese en alerta. Había algo que no le cuadraba en la manera de proceder y eso le hizo ponerse en guardia.

—¿Qué se supone que deberíamos encontrar ahí?

—Espero que nada —se anticipó Villalta.

—Lo que el director quiere decir es que, sea lo que sea que veáis allí —su jefe trató rápidamente de matizar a su superior—, el informe es confidencial y reservado. Ni siquiera el equipo que te ayude tendrá acceso a él y deberás entregármelo a mí con todos los ficheros, fotos, datos y resto de material extraído o utilizado para elaborarlo. De cara al exterior, el informe indicará que allí abajo no hay nada. ¿Has entendido esto último que acabo de decir?

Marcos hizo una pausa de unos segundos para asimilarlo todo y tardó algo en contestar.

—¿Por qué yo? —dijo mirando a su jefe.

—Porque eres el único que no tiene un proyecto asignado.

—Esa razón no es suficiente para algo que se supone… tan importante —contestó recalcando el final de la frase.

—He dicho que ni siquiera tu equipo debe tener acceso a lo que se encuentre allí. Solo tú bajarás al fondo, el resto quedará arriba en el barco. Necesito a alguien que sepa mentir a sus compañeros y sea un cabrón. ¿Entiendes ahora por qué te he elegido a ti?

Marcos alternaba su mirada de uno a otro. La plana mayor de su departamento le había hablado claro de lo que querían de él. Pero le surgían aún muchas dudas. Algo en su interior le decía que iba a tener problemas y ese trabajo no parecía un asunto demasiado limpio.

—¿Por qué un barco? Ese trabajo lo podemos realizar desde la orilla con una zodiac auxiliar.

—Por dos razones —contestó Villalta—. No quiero corros de vecinos opinando y revoloteando alrededor del equipo en la playa y quiero un barco lo suficientemente grande para que quede claro que no escatimamos en gastos al realizar este estudio. Eso dará más credibilidad a nuestro informe.

Marcos no discutió con el director. Le quedó claro que la respuesta era política y no técnica. A él personalmente le daba igual. El barco les daba más privacidad y un lugar de trabajo y punto de reunión lejos de miradas indiscretas.

Villalta dio por concluida la reunión y sacó de su maletín una carpeta que entregó a Santos, lo cerró y caminó hacia la puerta.

—Tenedme informado de los avances.

—Quédate aquí —le dijo su jefe mientras se levantaba para acompañar a Villalta—. Ahora hablamos.

Marcos se quedó solo en la sala. La puerta había quedado abierta y desde el exterior, las miradas del personal de la oficina le escrutaban con curiosidad para saber si le habían despedido o no. Quizás, por su fama ganada a pulso, era justo eso lo que todos esperaban.

La sala de reuniones era interior, sin ventanas a la calle, pero rodeada de cristaleras que permitían desde los pasillos observar lo que ocurría dentro. Decidió juguetear con el móvil para hacer tiempo, mostrar una absoluta despreocupación y, sobre todo, no tener que cruzar su mirada con las de los demás.

Santos entró unos minutos después y cerró la puerta con fuerza. El viejo buzo de la armada, reconvertido a submarinista cuando su oficio fue perdiendo importancia en los puertos, era conocido por los pasillos de la unidad subacuática como «la morena», por tener más horas de inmersión y peor humor que algunos de esos peces a los que aludía su mote. Los jóvenes instructores que les daban cursillos de formación o perfeccionamiento le temían, ya que mientras ellos explicaban los contenidos, él se divertía calculando a cuántos de esos profesores imberbes tendría que rescatar en algunas de las clases prácticas, a más de treinta metros de profundidad.

Se sentó pesadamente frente a él, e inspiró suficiente aire para emitir un profundo suspiro. Sus dedos acariciaban despacio las canas de una barba bien rasurada, mientras miraba fijamente el dossier que le había dado Villalta. Cuando creyó haber encontrado la fuerza necesaria, le miró y comenzó:

—Si mi puesto de trabajo depende de lo que hagas, ten por seguro que te arrancaré las pelotas con mis manos si la cagas.

—Bien, hasta ahí nada nuevo...

—¡No me toques los cojones! —le interrumpió—. Si llego a saber que las altas esferas están detrás de esto, hubiese seleccionado a otro.

—¿Altas esferas? ¿Quién?

—Los nombres no te importan, pero son muy altas.

—A ver, si no he entendido mal, se trata de hacer varias inmersiones y escribir un informe del que ya sabemos el resultado final, ¿no? —dijo Marcos con sorna—. No te preocupes, soy tu mejor hombre bajo el agua.

—Siempre que no estés bajo los efectos del alcohol.

—Lo de ayer fue algo puntual. No volverá a pasar.

—Eso me dijiste la última vez que te saqué de la comisaría. Ah, por cierto, nada de alcohol ni sustancias ilegales en el barco. Como profesional del mundo del submarinismo no debo recordarte las incompatibilidades entre beber y bucear: deshidratación, hipertensión, hipotermia, narcosis, problemas con la descompresión, el nitrógeno y esas cosas que se supone que tú ya sabes. Que te quede bien claro: ley seca a bordo.

—¿Ni una cervecita para que los chicos se relajen cuando acabemos la jornada?

—No, ya se lo he dicho a ellos.

—¿Qué? —contestó como un resorte—. Soy yo, el que está a cargo, quien debe elegir y formar el equipo, como hacemos siempre.

—Esta vez no. Los he elegido yo.

—Cojonudo. ¿Quiénes, si puede saberse? —preguntó indignado.

—Fede y Miguel.

—¿Qué? Vamos, no me jodas. Si nos juntamos los tres, se hunde el barco.

—Mejor. Así procuraréis hacerlo bien y terminaréis rápido, para no tener que volver a repetirlo. Toma, aquí tienes toda la información, fotos, documentos, cartas, etcétera. Prepáralo todo y quiero el barco operativo la próxima semana sobre la zona de inmersión —dijo entregándole el dossier—. Ah, no se habla de esto con nadie. Me informas únicamente a mí y yo lo haré a Villalta. ¿Alguna duda?

Marcos miraba la información y no dijo nada. Cuando levantó la vista, Santos ya estaba en la puerta de la sala preparado para salir. Se giró.

—Ponte las pilas, empieza ya y no pierdas el tiempo. Si la cagas, yo personalmente me encargaré de joderte la vida.

* * *

En el dique seco

—¿Por qué no te centras, Ana? —le insistía su madre.

—Mamá, tengo mi vida controlada, no te preocupes.

—Ya lo veo y por eso te lo digo —seguía machacándola—. Deberías sentar la cabeza.

—¿Con un hombre en mi vida? ¿Eso es lo que piensas que necesito?

—Deberías quitarte de la cabeza cuanto antes a ese antiguo novio tuyo. No hace más que fastidiarte la vida y no te deja centrarte en lo que te interesa. Ya que eres así de tonta, ¿por qué no te buscas otro?

—Mamá, cuando necesito un hombre en mi vida lo busco y después le dejo marchar. No quiero que nadie se instale en mi cabeza.

—Di mejor que no les dejas porque no tienes sitio en ella. Hasta que no eches a ese idiota de la universidad, no te liberarás.

Cambiaban las palabras y las frases, pero el contenido era siempre el mismo. Aquella relación sentimental, la primera y única en serio que había tenido, la había dejado tocada. No podía evitar que cada pincelada eliminando la tierra de alrededor de un hallazgo, cada pieza encontrada en el suelo, cada jornada infructuosa

buscando los restos de los palacios y fortalezas de Ibn Mardanís, el rey Lobo, llevaban aparejadas la imagen de Marcos. Cuando cerraba los ojos lo veía a él trabajando, de rodillas sobre el terreno, esmerándose con los cepillos y piquetas hasta sacar cada trozo de vasija o limpiar los ladrillos de cada cimiento encontrado. Cuando los abría, él seguía allí mirándola, sonriente, con su dentadura bien cuidada y sus ojos marrones, vivarachos, pendencieros e insinuantes.

Su imagen ocupaba su cabeza y se expandía, desplazando el resto de los pensamientos de su mente. Cruzaba las calles, en ocasiones sin saber el color del muñeco del semáforo y recibiendo una sinfonía de pitidos y bocinazos de los coches que se topaban con ella. Sabía que su recuerdo le hacía mal, pero no había conseguido sacarle después de trece años desde que acabaron su relación. Le costaba mucho centrarse en el trabajo y quizás ese fue el motivo por el que la convocaron a una reunión en la universidad, en aquel otoño del 2009, para hablar de su rendimiento y su futuro.

Recordaba hasta el más mínimo detalle de aquel día. Desde el fuerte frenazo de un Seat Ibiza, con improperio incluido, que le sacó de su ensimismamiento. Caminaba por el centro de la calle Cigarral, justo antes de girar en el cruce con Ceuta, cuando estuvo a punto de ser atropellada. Mil problemas distintos alteraban su cabeza haciendo que su cerebro saltase de uno a otro sin llegar a poner orden en ninguno de ellos. Así era su vida. Los quebraderos de cabeza llegaban y se sumaban a los ya existentes y ninguno abandonaba resuelto su mente.

Había aparcado junto al antiguo estadio de La Condomina. Le gustaba aquella zona para dejar el coche, aunque dependiendo del día y la hora, era más o menos fácil encontrar hueco. No estaba demasiado lejos del campus de La Merced, donde estaba la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia. Aquí se localizaban las oficinas del departamento de arqueología. Caminaba hacia ellas dónde Adrián Casas, su responsable, la había citado en aquel final de campaña de 2009.

Ella estaba integrada en el proyecto de Monteagudo. Había participado en las excavaciones y adecuación del castillo, coronado

por los catorce metros de altura de la estatua de un cristo que vigilaba la ciudad moderna. Posteriormente lo hizo en la adaptación de las ruinas para visitas del público general y en algunas catas en las zonas bajas de huertas, donde se extendían los dominios del conjunto residencial del rey Lobo. En ese momento trabajaba en el yacimiento del Castillejo de Monteagudo, un pequeño promontorio situado a escasa distancia de la antigua fortaleza. Allí era donde se localizaban los restos del palacio del citado monarca del reino del Sharq Al-Andalus, cuando recibió la llamada de su director Adrián convocándola a la reunión.

Un sol poco habitual de otoño le castigaba al andar. Se había cambiado la camiseta por una blanca limpia, pero ya la llevaba de nuevo sudada, como si acabase de regresar de una excavación en algún desierto persa. Completaban su indumentaria un pantalón de lona con múltiples bolsillos, casi todos vacíos menos dos en los que acumulaba todas sus pertenencias, y unas botas de seguridad, con las suelas cuarteadas y alguna que otra rotura, todo ello cubierto con una llamativa capa de polvo. Siempre vestía así, incluso los fines de semana cuando no trabajaba. Su madre decía de ella que era un desastre de mujer. De hecho, apenas recordaba la última vez que pasó más de diez minutos frente al espejo maquillándose o peinándose, e incluso la última vez que se puso una falda, zapato de tacón o ropa algo más femenina o ajustada.

Llevaba el pelo castaño recogido en una descuidada coleta, atravesada por un bolígrafo de plástico para no perderlo, de la que caían unos pequeños mechones de pelo rebeldes a ambos lados de su cabeza. Sus ojos verdosos miraban sin fijarse en nada de lo que ocurría a su alrededor y presidían una cara que había olvidado lo que era reír desde hacía trece años. Sus labios eran carnosos y rectos por la costumbre adquirida de no pretender ser feliz.

Cuando acababan la jornada de excavación en los restos del palacio del rey Lobo, sus compañeros le invitaban a tomar las bien merecidas cervezas con las que despedían el día, aunque más de uno prefería que no las aceptase, para no amargar la velada a los demás con el rictus serio de su cara.

Esa tarde, algunos de sus compañeros respiraron aliviados cuando les comunicó que había sido llamada a una reunión del departamento en las oficinas del campus.

Al llegar al edificio de la universidad se miró en los cristales de la puerta y el reflejo le devolvió una joven que, aun siendo agraciada físicamente, llevaba un peinado que no le favorecía, una camisa sudada, pantalones rotos y botas sucias del polvo del yacimiento. ‹‹Genial››, pensó, ‹‹casi les estoy justificando mi despido››.

La recibió su jefe, Adrián Casas, el director de la excavación. Era algo mayor que ella, aunque todavía le quedaba bastante para jubilarse. No solía coincidir mucho con él, ya que en escasas ocasiones visitaba los yacimientos. Solía hacerlo aprovechando algún reportaje para periódicos locales, alguna inauguración, aperturas o cierres de campaña, o alguna noticia de la que dar cuenta y que justificase el empleo del dinero público que administraba. Arqueólogo de formación, Ana pensaba que a esas alturas posiblemente no recordase como emplear un pico o una pala, y mucho menos una brocha o pincel.

La hizo pasar a un despacho con una mesa grande de madera, una silla de respaldo alto de color negra y justo detrás, una ventana cerrada que posiblemente diese a un patio interior, por la escasa luz que la atravesaba. Una fotografía donde aparecía Adrián con un sombrero de paja y una pirámide detrás y otra junto a lo que parecía ser la entrada de alguna tumba del Valle de los Reyes, flanqueaban un mapa del Egipto faraónico con dibujos o fotos de los principales monumentos agolpados junto al Nilo. La pantalla de un ordenador, una mesa donde imperaba el caos y apenas quedaba sitio libre para el teclado, llena de papeles amontonados y botes de bolígrafos de los que probablemente no pintase bien ninguno, completaban su escritorio. A su derecha, una estantería hasta el techo contenía libros de historia y volúmenes de arqueología, apilados en vertical u horizontal sin criterio alguno.

—Hola, Ana —la recibió con un ademán invitándola a sentarse—. ¿Vienes del yacimiento?

Adrián le ofreció agua fresca de una pequeña nevera escondida junto a la puerta y un asiento frente a él. Lo agradeció. Después de

una jornada agachada, en cuclillas o de pie, excepto los minutos en los que pudo sentarse a la hora de comer, necesitó dos tragos nada más para dejar la botella de plástico vacía sobre el pequeño refrigerador y pedir otra.

—Hola, Adrián. Sí, hasta ahora sigo trabajando allí, tú deberías saberlo —contestó, reaccionando a la estúpida pregunta con la que su jefe trataba de romper el hielo.

—Bueno, sí, por eso te he llamado. Mira, no se me dan bien los rodeos o los preámbulos, así que voy a ser directo. Quedan pocos días para acabar el año y tenemos algunos problemas con el presupuesto.

—¿Os habéis gastado el dinero en comilonas?

—Digamos que este año hemos hecho un esfuerzo por tener el máximo de personal posible para acabar la temporada. Ahora toca ajustar el equipo —dijo obviando su comentario y yendo al grano para no perderse en otras consideraciones.

—¿Y…?

—Vamos a sacarte del proyecto. Eso no significa nada —continuó al ver el ensombrecimiento de su rostro—. Es simplemente un ajuste de la plantilla del proyecto.

—¿Me estás echando?

—Sabes que eso no es así. Eres plantilla de la universidad.

—Pero me dejas en el dique seco sin proyecto asignado.

—Será algo temporal. En cuanto salga algún nuevo trabajo te asignaremos a él.

—¿Y qué debo hacer, quedarme en casa? ¿Qué pasa con el actual y todo el trabajo y documentación que he desarrollado?

—No te deshagas de nada. Deja todo bien guardado en el servidor del departamento. Y no descartes volver en la siguiente campaña.

—¡Vete a la mierda! Hay gente con menos antigüedad, ¿por qué yo?

—Es una decisión técnica, debo procurar mantener la cohesión del equipo.

—¿Acaso estoy obstaculizando o interfiriendo en él?

—No se trata de eso, pero sí es verdad que el resto de tus compañeros forma un equipo y tú eres un satélite libre que orbita a su alrededor.

—¿Quieres decir que si no alcanzamos los objetivos del departamento es por culpa mía?

—Quiero decir que el grupo funcionará mejor sin ti. Ya veremos luego lo de los objetivos.

—¿Estoy lastrando al equipo?

—Ana, se acabó este tema. Eres una gran arqueóloga, pero tienes demasiados problemas en tu cabeza que no te permiten brillar ni funcionar al cien por cien. Tómate un tiempo, un respiro, y ordena lo que tienes aquí arriba —dijo señalándose la sien—. Busca algo de estabilidad e ilusión en tu vida y seguiremos contando contigo para puestos de relevancia.

No le miró al levantarse. Cogió sus cosas con un ademán brusco y salía por la puerta cuando su jefe le dijo de nuevo:

—Incorpórate el lunes aquí. Marta, la secretaria, te dirá dónde te sientas y qué debes hacer.

Trató de dar un portazo al salir, pero un mecanismo amortiguador lo impidió ante la atenta mirada del personal de la oficina. Salió de esta con la cabeza bien alta, pero ardiendo de rabia por dentro.

Acababa de ser apartada de un proyecto que le interesaba. Estaba cerca de su casa, lo suficiente como para ir andando y de una época que era una de sus preferidas. Llevaba más de diez años dando tumbos. Últimamente todo le salía mal y su madre tenía razón. La relación con Marcos le había marcado tanto que ya no era la misma. Había perdido la ilusión y las ganas por aquello que hacía y poco a poco se había ido introduciendo en una burbuja en la que no cabían amigos, compañeros o familiares. Todos sus problemas tenían una causa común: Marcos. Sabía que tenía que pasar página, olvidarlo, superarlo, pero le era imposible. Siempre, en cada momento y cada ocasión, su rostro aparecía sonriente en su cabeza, haciéndola hundirse un poco más en el pozo de la desesperación en el que estaba inmersa.

Durante los últimos años había probado otras relaciones con chicos de la facultad, arqueólogos o jóvenes a los que había conocido en los ambientes nocturnos de Murcia. Ninguno de ellos duró demasiado. Algo de sexo, algunos paseos, días de conversaciones insulsas y, de nuevo, la soledad. Cada pareja con la que lo intentaba acababa recordándola con el rostro de Marcos. Sabía que necesitaba quitárselo de encima, pero no podía, no sabía cómo o simplemente no quería.

* * *

Las Gaviotas

El vestíbulo del Hotel Las Gaviotas estaba tranquilo, con tan solo algunas parejas o pequeños grupos de personas esparcidas por las mesas y sillones de la estancia. A la espalda de Los Delfines, el otro establecimiento del grupo Hotelania, estaba situado en una zona más tranquila y cercana al Mar Menor, en el primer kilómetro de la Gran Vía de La Manga y algo más separado del bullicio y del ajetreo del tráfico de esta.

Jugueteaba con los hielos de la segunda copa que había pedido observando la decoración. No estaba nervioso, no tenía prisa; nadie como él sabía de la importancia de estas reuniones para la prosperidad de sus negocios. Había llegado con tiempo y se dedicaba a relajarse mirando hacia el exterior por las cristaleras.

Llevaba un traje azul marino a juego con la corbata, una camisa de color crema y zapatos negros. Su corte de pelo era bastante reciente y algo de gomina fijaba los laterales de su cabeza tratando de que las puntas llegasen a la nuca. Se abrió los botones de la chaqueta con cuidado para no mostrar la empuñadura de la pistola que siempre le acompañaba en la sobaquera.

—Víctor, veo que eres puntual, como siempre —le saludó una voz conocida desde atrás.

—Me gusta dedicar tiempo a los asuntos de cierta relevancia y no hacer esperar a las personas importantes.

Fernando Arteso sonrió dejando que se descolgase una boca cansada de hablar durante más de setenta años de vida. Su pelo

cano, a juego con una barba corta bien rasurada, daban fe de la edad que tenía el viejo promotor inmobiliario, antes constructor y hombre hecho a sí mismo. Vestía un traje caro cortado a medida, con reloj de oro de marca de lujo y gemelos a juego.

—Vamos a ese rincón, estaremos más tranquilos.

Víctor sonrió al ver que el salón estaba prácticamente vacío y apenas se notaba un ligero murmullo de los otros clientes. Pero no dijo nada y le siguió, entendiendo que la importancia de los asuntos a tratar lo requeriría.

—Necesito tus servicios —dijo Fernando Arteso cuando ambos estuvieron sentados y tras pedir al camarero lo mismo que estaba tomando él.

—Sabe que puede contar conmigo como siempre. ¿De qué se trata?

—Tengo unas promociones inmobiliarias en la zona norte de La Manga bastante avanzadas, y no me gustaría tener problemas legales o sufrir retrasos.

—¿En Veneziola, como en el 2007?

—Exacto. Solo que en esta ocasión he invertido muchos millones allí en la compra de terrenos y en proyectos inmobiliarios. Se trata de más de una docena de torres de nueve plantas, comercios y chalés de lujo en la zona de los canales. Casi el ochenta por ciento de lo que queda allí por edificar me pertenece. Al igual que en el 2007, parece haber alguien interesado en descubrir algo en el mar que podría paralizar mis negocios. De momento, necesito finalizar y entregar las promociones ya iniciadas para recuperar algo de dinero y poder comenzar con el resto.

—¿Y qué se supone que debo hacer en esta ocasión?

—Lo mismo que en la vez anterior, lo que quieras o consideres que debas hacer. En concreto, hay unos informes que saldrán a la luz en los que tenemos que asegurarnos de que son favorables a nuestros intereses —dijo recalcando el «nuestros»—. En esta carpeta tienes toda la información.

—¿Cualquier método a aplicar, sea lo que sea?

—He dicho que lo que tú consideres, siempre que se cumpla el objetivo. Sé que te cuesta ser suave con quienes no atienden a

razones, pero trata de evitar a la policía investigando alrededor de mis obras.

—No se preocupe, he aprendido nuevas formas de hacer entrar en razón a quien sea y mis chicos son muy persuasivos —sonrió con media boca—. Dé por hecho que esos informes serán favorables.

—¿Tarifa habitual?

—Por supuesto, precio amigo, el de siempre.

2
Los preparativos

El proyecto

La sala de reuniones reservada tenía un proyector y una pantalla blanca en la pared del fondo. Las persianas permanecían bajadas para eliminar la luz exterior, pero disponían de suficiente claridad en la estancia para verse las caras. Fede y Miguel ya estaban sentados, uno frente al otro, en la mesa ovalada de color claro y Marcos, al llegar, se situó junto al equipo audiovisual y comenzó a conectar los cables de su portátil en silencio, bajo la atenta mirada de sus compañeros.

Federico Martín limpiaba con esmero unas gafas de pasta que unos segundos antes habían presidido su cara angulosa, apoyadas sobre una nariz aguileña. Vestía con vaqueros y camiseta blanca al igual que su compañero, Miguel Olmos. Este era más alto y ancho que el primero, y se esmeraba en tirar de los pelos de una barba recortada, aunque algo descuidada, con la mirada perdida sobre algún punto indeterminado de la pared. Era el más joven de los dos, habiendo sobrepasado ya la treintena, mientras el otro estaba cerca de alcanzar los cuarenta.

En esta ocasión, la reunión fue convocada en las instalaciones de Arquatec, en el polígono Cabezo Beaza, donde habían habilitado una pequeña sala, dentro de la escasa zona de oficinas. El ambiente se notaba algo tenso y creyó conveniente dar las explicaciones previas, aunque dos días después de haber sido elegidos para ese proyecto, el departamento al completo conocía ya toda la información no confidencial referente al mismo.

—Antes de empezar vamos a dejar las cosas claras. Me hace tanta gracia a mí como a vosotros ser parte de este equipo. Yo no lo

he elegido. A mí también me lo han impuesto.

—¿De quién ha sido la idea? —preguntó Fede.

—Creo que fue de Santos, al menos eso me dijo.

—¿Y si no queremos participar?

—Santos estará en su despacho, en las oficinas del ARQUA. Le podéis llamar o ir allí y así habláis con él. Empezaré la reunión cuando tengamos claro si pertenecéis al equipo o habéis sido sustituidos por otros.

Esperó unos segundos en silencio y al ver que no había movimiento y sus miradas se fijaban en sus portátiles o móviles, decidió continuar.

—Bien, veo que vosotros también habéis sido amenazados. Eso facilitará las cosas y podremos centrarnos en lo que tenemos que hacer y acabar este tema cuanto antes. ¿Comenzamos?

Marcos terminó de ajustar cables, arrancar el portátil y proyectar su escritorio en la pantalla de la pared. Mientras abría los ficheros con la presentación del proyecto, hizo un comentario:

—Nos vendría bien aparcar nuestros problemas durante unos días, poner foco en lo que hay que hacer y tratar de convivir lo mejor posible en estas semanas. Tenemos que compartir espacios pequeños, salas de reuniones, un barco... Podemos complicarlo tanto como queramos, pero os recuerdo que tenemos a los de arriba con los ojos puestos en nosotros. Podemos cagarla o no, lo que decidáis —hizo una pausa algo extensa—. ¿Pactamos una tregua durante este trabajo?

Fede asintió, aunque se tomó su tiempo. Miguel era más reticente. Los problemas que habían tenido entre ellos años atrás fueron importantes, dejaron huellas y heridas que el tiempo no llegó a curar, y una enemistad que se tornaba peligrosa en aquellas ocasiones en las que se mezclaban las emociones con el alcohol. Una de esas veces llegaron a las manos y acabaron en una comisaría de policía. Parecía no estar dispuesto a perdonar, aunque su puesto de trabajo dependiera de ello.

—¿Miguel? —le preguntó Marcos, mientras este desviaba su mirada a una de las esquinas de la sala, con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Vamos Miguel —le dijo Fede.

—Hasta que este trabajo acabe —amenazó entre dientes.

Marcos tomó nota de la respuesta y asintió en silencio varias veces. Abrió el fichero que tenía preparado y una imagen del Mar Menor se proyectó sobre la pantalla.

—Bien, vamos allá. Supongo que los dos ya habéis oído de qué va esto. Vamos a repasarlo para que tengamos todos la misma información. Este será nuestro escenario de operaciones —dijo señalando el Mar Menor y, cambiando a una nueva diapositiva, continuó—. Esta es la zona de Veneziola, en la parte norte de La Manga. Frente a ella estará situado nuestro punto de inmersión.

—¿No se supone que este trabajo se ha hecho ya?

—Sí, os refresco la historia. En el 2007, una arquitecta de la Región de Murcia, usando Google Earth, se fijó en unas líneas rectas oscuras pintadas en el mar, frente a la playa de Veneziola. Creyó haber descubierto las ruinas de un antiguo asentamiento romano o anterior, alguna ciudad o fuerte militar, por el tipo de trazado y las formas geométricas de las líneas. La noticia voló como la pólvora por Internet y algunos medios de comunicación se hicieron eco de ella.

—Sí, se levantó bastante expectación con eso —apuntó Fede.

—Fuimos requeridos para analizar esas líneas. El equipo que se sumergió fue el de Ángela Santisteban —Marcos no pudo evitar mirar de reojo a Miguel y ver cómo se tensaban sus músculos al escuchar aquel nombre—. Se sumergieron en marzo o abril del 2007 y concluyeron que allí no había nada. Tan solo eran algas, aunque perfectamente alineadas y formando una especie de retícula, como los cimientos de construcciones de una excavación vista desde el aire.

—Nuestros compañeros bajaron y determinaron que allí no había nada. No tenemos por qué dudar de ellos —apuntó Miguel, con la voz algo temblorosa—. Podríamos preguntarles, pero sufrieron un accidente de coche días después en extrañas circunstancias.

—No tratemos de ver lo que no hay. Ambos sucesos fueron investigados —contestó Marcos mirando fijamente a Miguel, el cual ya estaba visiblemente alterado.

—¿Y por qué quieren que bajemos de nuevo? —intervino Fede, más que nada para rebajar el clima de tensión.

—Las redes sociales vuelven a estar calentitas y dudan de nuestro trabajo inicial. El nivel de ruido se está incrementando y desde arriba quieren acallarlo. Debemos volver a bajar y estudiarlo de nuevo.

—¿Y si hay algo ahí? —preguntó de nuevo Fede.

—Lo sacaremos e informaremos.

Se hizo el silencio en la sala mientras los tres miraban la imagen obtenida con Google Earth. Unas rayas oscuras con formas geométricas parecían simular los cimientos de antiguas construcciones sumergidas frente a la playa de Veneziola.

—He abierto esta carpeta compartida para almacenar toda la documentación que obtengamos. Ya he dejado ahí las imágenes, mapas, informes y todo lo que se obtuvo del 2007 y algo más. Iremos añadiendo todo lo que generemos nosotros.

Esperó a ver la reacción de sus compañeros, en especial la de Miguel, ya que él tuvo cierta cercanía al proyecto del 2007 y le estaba viendo incómodo y reticente.

—Ahora vamos con los aspectos más técnicos —continuó—. Fede, tú te encargas de todo lo referente al barco. En esta ocasión vamos sin tripulación, o sea, tú irás como capitán y te responsabilizarás de todo lo referente a él. Habla con el departamento de compras del ARQUA y mete prisa con cuál nos asignan, gestiona el punto de amarre en el puerto Tomás Maestre y encárgate de las cartas, derroteros, portulanos y lo que creas conveniente. Solicita también todos los suministros y efectos navales que necesitemos para el barco, así como los repostajes de gasoil.

—OK, me encargo.

—La idea es estar allí la próxima semana. ¿Estamos?

—Estamos.

—Miguel, tú te encargas del material, resto de suministros, intendencia y equipos de apoyo. También de las comunicaciones e informática. —Esperó a que asintiera antes de continuar—. Yo me encargaré de los equipos y material de buceo.

—¿Llevamos robots? —preguntó Fede.

—No. Ni sónar multihaz, ni perfilador de fondos, ni *minisub*, ni nada. Pediré un torpedo para desplazamientos ya que hay poca profundidad y el barco no puede invadir las zonas de baño delimitadas. No sé si nos lo dejarán.

—Entonces, para el barco, ¿no necesitamos montar la sala técnica?

—No es necesario. Tan solo debemos instalar los equipos de medida, ordenadores, equipos de radio y lo más imprescindible. Con eso, y una grúa para subir y bajar el material, tendremos suficiente.

—OK, veremos a ver qué barco nos asignan.

—Bien. Quiero que me enviéis mañana a más tardar una lista con todo lo que necesitéis cada uno. La chequearemos el próximo viernes a las 11:00 en esta misma sala, que ya tengo reservada. De momento, eso es todo.

Se levantaron los tres y cada uno se dirigió hacia su mesa con sus equipos, notas y las tareas sobre las que trabajar en los próximos días. Marcos fue el último en salir y apagar la luz de la sala.

Bajó a respirar algo de aire fuera de la nave, caminando por la acera hasta el lugar dónde había aparcado su coche. No se sentía especialmente feliz con su elección para liderar el proyecto. El hecho de que Villalta hubiese acudido a la primera reunión en la que se le comunicó la decisión, le hacía sospechar que había algo más oculto en esos dosieres que no lograba ver. Sin embargo, desde una perspectiva algo egoísta, en los últimos años su imagen profesional había bajado muchos peldaños y necesitaba algún éxito para recuperar su autoestima y la consideración de sus compañeros. Era necesario volverse a ganar de nuevo el respeto de su departamento.

Abrió su Kia Ceed negro con lunas tintadas y sacó un pequeño bote de la guantera. Extrajo una pastilla de color verde claro y la tomó con un poco de agua caliente de una botella que debía llevar allí un par de días al menos. Las había comprado junto al puerto, a un contacto que le presentaron cuando se independizó de sus padres. Este proveía a los estudiantes universitarios y jóvenes en general de todo tipo de sustancias en cualquier formato que les permitiera evadirse, vivir extrañas experiencias o aguantar con la

energía suficiente durante más tiempo. Estas que él había adquirido eran un nuevo derivado que estaba causando tanta sensación como estragos entre la juventud de Cartagena. Llevaba suficientes para las dos o tres semanas que podría estar en La Manga, sin tener que acercarse de nuevo al puerto a por más. Con la que acababa de ingerir, pasaría el resto del día sin importarle la tensión que había en su departamento, liberando su mente de problemas y sinsabores.

Desde la calle en la que estaba no podía ver el mar, pero sabía que estaba allí, aguadándole. Notaba como su aroma a salitre le impregnaba y el batir de las olas en la costa se metía en sus oídos. Necesitaba de nuevo volver a sentir el agua rodeándole, el sonido del regulador, las burbujas trepando junto a su cara. Era el medio natural en el que nadie osaba discutirle las decisiones y en el único lugar donde todos le respetaban. Todos menos Santos, de quien se decía que nació directamente en el agua, y solo salía de ella para insultar y desplegar su catálogo de improperios.

Se acordó en ese momento de Miguel. Le observó al salir de la sala y alejarse por el pasillo. Mientras que con Fede sería capaz de aparcar sus diferencias durante el desarrollo del proyecto, con él sería muy distinto. Nunca supo adelantarse a sus posibles reacciones e intuyó que las dos siguientes semanas no iban a ser fáciles con él.

* * *

El ático

No tardó mucho en ponerse manos a la obra. Después de la reunión con Fernando Arteso en el Hotel Las Gaviotas, contactó con una inmobiliaria para alquilar el ático de una torre de nueve alturas en primera línea de playa en la zona norte de La Manga. Utilizó para ello a la misma agencia y solicitó el mismo piso que a primeros del año 2007, cuando tuvo que desplazarse allí para realizar un trabajo idéntico al que iba a ejecutar ahora.

Lo alquiló usando el nombre falso de la vez anterior, con la excusa de tener que trabajar en remoto debido a unas obras de mejora en su vivienda habitual, que imposibilitaban hacerlo desde allí. Llenó una habitación con juguetes, balones y accesorios de

playa, con la excusa de que algún fin de semana sus hijos le visitarían, ya que aún no habían terminado el curso escolar y no podían desplazarse a la costa hasta no hacerlo.

Les echaba mucho de menos. Sara, la mayor de ellos, tendría esa tarde actividades extraescolares con las que complementaba la jornada del colegio. Ese día le tocaba gimnasia rítmica. Acababa de pasar de las categorías inferiores a la de las mayores. Ahora ya entrenaba para competición y se la notaba muy ilusionada y contenta cuando hablaba con ella por teléfono.

Pablo era el menor. Un pequeño diablillo inquieto incapaz de centrar su atención en algo. Había sido seleccionado en el equipo de fútbol del barrio y ese día, coincidiendo con su hermana, le tocaba entrenamiento en un polideportivo cercano a su casa.

De los dos hijos, era quizás el pequeño quien más notaba su ausencia. Pero debía atender a sus negocios y era requerido allí donde estos estaban. Su mujer había visto con alivio sus ausencias prolongadas por trabajo, ya que la relación entre ellos no pasaba por su mejor momento y la distancia facilitaba que no se hubiesen planteado aún ninguna solución de ruptura.

Lo cierto era que Víctor les echaba mucho de menos y le dolía separarse de ellos. Pero tampoco soportaba llegar por las noches con las manos manchadas por su trabajo y cogerles en brazos o jugar con ellos en la alfombra. No, era mejor la separación, y mantenerles lejos de sus asuntos. Era muy celoso de su vida privada y no permitía que esta fuese conocida ni por víctimas ni clientes. En ocasiones, tuvo que contratar los servicios de una esposa ficticia, para no llevar a la verdadera y exponerla a ser objeto de chantaje o extorsión. Era consciente de que algún día debería parar, abandonarlo todo y buscar un aburrido trabajo como la mayoría de sus vecinos.

Víctor Abellán era un hombre metódico, extremaba al máximo el cuidado en sus acciones y no dejaba nunca cabos sueltos. Para esta ocasión, pese a ser el segundo informe que se iba a realizar sobre la misma zona del fondo del mar, había seleccionado un equipo diferente de trabajo. Siete hombres traídos de ciudades distintas, de

al menos tres nacionalidades de diversos países europeos y dos coches de renting nuevos.

Se reunirían en el ático el próximo lunes a primera hora, para repartir responsabilidades y tareas. Pero él ya estaba allí para tomar contacto con la zona, dejarse ver por el vecindario y preparar el que sería su cuartel general durante las siguientes semanas.

Abrió la cristalera del salón y se asomó a la terraza. Las vistas eran impresionantes y desde allí se divisaba prácticamente toda la laguna salada. Frente a él, Los Alcázares, el aeropuerto de San Javier, Santiago de la Ribera y más a la derecha aún, Lo Pagán y San Pedro del Pinatar. Hacia el sur, las siluetas de las dos mayores islas del Mar Menor, la llamada Mayor o del Barón y la Perdiguera. Detrás de ellas, y de nuevo en la línea de costa, El Carmolí y Los Urrutias. En el lado contrario, en el litoral de La Manga donde estaba situado el apartamento alquilado, las vistas abarcaban la zona de chalés de Veneziola, entre los cuales algunas promociones de Fernando Arteso habían comenzado su construcción, y las urbanizaciones que se asomaban al Mediterráneo.

Aquel se convertiría en el centro de operaciones de su nuevo proyecto. Acababa de recibir las cajas que contenían los equipos de vigilancia, ordenadores y material de grabación. Sobre una de las camas se desplegaba un abanico de cámaras, teleobjetivos, prismáticos, intercomunicadores, micros, *tablets* y sofisticados equipos. También había llegado el material de oficina y de intendencia. Solo faltaban las armas que no había querido enviar por la agencia de transportes y que las llevarían sus propios hombres, el siguiente lunes.

Una hora después recibió la compra realizada en uno de los supermercados del Cabo de Palos, con bastante comida preparada, enlatada o envasada, mucha bebida, aunque poco alcohol y bastante café. Al menos diez cajas de cápsulas con sabores para mantenerse despiertos en las veladas si era necesario. El pedido lo completaban todo tipo de snacks, comida ligera y algunos alimentos que no requerían demasiada elaboración.

Se instaló en dos habitaciones, una para utilizarla como dormitorio, la que llenó de juguetes infantiles y la otra como

despacho para uso exclusivo suyo. A sus hombres les dejó las otras dos habitaciones, el otro baño y el salón, donde se desplegarían los equipos. Eligió dos plazas de aparcamiento subterráneas, una junto a la otra.

Se dedicó a guardar la compra recibida en los armarios y frigorífico de la cocina. No estaba acostumbrado a ello. Siempre le acompañaba una asistenta que se encargaba de todo, pero en esta ocasión no quiso llevarla. Al ordenar los productos en sus cajones y baldas correspondientes, se arrepintió de no haberlo hecho.

Cuando acabó se duchó y se cambió. Le gustaba llevar ropa cara, pero prescindió de algunas prendas, que hubiesen llamado mucho la atención allí. Su armario estaba lleno de camisas, polos y vaqueros de marca, de línea deportiva o casual y, sobre todo, trajes con los que le gustaba combinar toda la ropa anterior. También disponía de algunas corbatas de un único tono, por si debía vestirse apropiadamente para alguna reunión con algún cliente.

Bajó a dar una vuelta y reconocer la zona. Habían pasado cuatro años desde la última vez que estuvo allí. En ese tiempo la zona había cambiado mucho: nuevas construcciones, bloques de pisos, comercios... Fue tomando nota mental de todas aquellas tiendas que estaban abiertas, así como del supermercado de Veneziola y sus horarios.

No había demasiada gente por las calles. Por supuesto, nada comparado con el bullicio del verano y tampoco con la soledad del invierno como la otra vez. Los primeros calores de la primavera ya habían traído a aquellos propietarios, jubilados en su mayoría, que vivían a caballo entre sus ciudades o pueblos de origen y sus segundas residencias. Hubiese preferido algo más de gente para pasar mejor desapercibido, pero no se podía quejar. Había bastantes más personas que en el invierno del 2007 y si aquel año consiguieron su objetivo, en esta ocasión sería más fácil.

Entró en un mesón en el que ya había bastantes mesas ocupadas esperando la comida. A los trabajadores habituales de la zona se habían unido los clientes que residían todo el año allí, y aquellos que, una vez finalizada la temporada de lluvia, frío y mal tiempo, se desplazaban allí para vivir el resto del año. Comió sin

demasiadas ganas, más pendiente del móvil, las redes sociales y las noticias que escupía una televisión colgada de la pared, a la que nadie parecía hacerle caso. Vio imágenes del Congreso de los Diputados, de alguna pelea ideológica entre ellos, otras de una guerra en un país que creía lejano para sus intereses, pero nada acaparaba su atención. Su cabeza en ese momento supervisaba todas las acciones y tareas que debía realizar para llevar a buen término el proyecto. Trataba de no dejar nada al azar o a la improvisación, y por ello repetía mentalmente una y otra vez los pasos que debía dar y los aspectos que debía tener cerrados o controlados antes de darlos. Hasta bien entrada la tarde no tendría gestionado su acceso a internet desde el ático, por lo que decidió dar un paseo por la playa de Veneziola frente al escenario de operaciones.

Paseó por la orilla, evaluando los cambios que se habían producido en los últimos años. La playa había sido ya limpiada y preparada para recibir los primeros turistas de Semana Santa; los lavapiés y las pasarelas de madera de acceso barridas, la cartelería informativa y los columpios en buen estado, y ya había comenzado la limpieza de arribazones de algas y restos que el mar depositaba en la arena.

A su derecha, sobre uno de los bloques de nueve plantas en primera línea de playa, estaba situado el ático alquilado, desde el que se controlaba toda la zona. A su izquierda, dentro del mar estaría la zona dónde los buzos del departamento de arqueología subacuática de Cartagena trabajarían durante al menos una semana. Algo más adelante arrancaba una fila de chalés en paralelo a la línea de costa, de los cuales un par de ellos podrían ser alquilados en caso de necesidad.

Tomó el coche y se dirigió al puerto Tomás Maestre. Aparcó cerca del lateral derecho del mismo y se dirigió a la cafetería Falúa para tomar algo. Su objetivo era ser reconocido como cliente habitual antes de que llegara el equipo de arqueólogos. El interior del bar simulaba el camarote de un velero, con una barra blanca en el centro y encimera, techo, paredes, mesas y taburetes de madera. Adornaban las paredes distintos objetos y efectos náuticos, faroles y

cuadros con fotos de islas o mapas. En el exterior, una pequeña terraza con sillas de tijera y respaldo de tela se asomaba al mar de mástiles que poblaban los muelles y pantalanes. Pidió una copa mientras charlaba con los camareros y decidió que cenaría esa noche allí para comprobar los turnos de personal que tenían.

Volvió al ático y comenzó a colocar su despacho hasta que los técnicos del acceso a internet le llamaron para realizar las pruebas, conexiones y configuraciones. Una hora después navegaba por la red leyendo su correo electrónico y realizando búsquedas relacionadas con el supuesto trabajo que desarrollaba telemáticamente. Toda la información que necesitaba de la ocasión anterior ya la tenía disponible en su disco duro local y dedicó el resto de la tarde a repasar los datos recogidos hasta el momento.

Al finalizar, llenó su vaso con un *bourbon* que le habían regalado recientemente y se sentó en la terraza con los pies apoyados en la barandilla a observar el Mar Menor entre sorbo y sorbo de licor, pensando en su vida. Si este proyecto salía bien, Fernando Arteso disponía de otras promociones en la costa cálida y quizá le compensase establecerse definitivamente allí para atender las demandas de su cliente. No podía fallar. Su futuro quedaría asegurado si todo salía bien.

* * *

El aprendizaje
Cástulo. Oretania. Año 220 a.C.

El golpe recibido en el hombro le dolió aún más en el orgullo. Sintió como el escudo resbalaba por su peso y su brazo. Pese a intentarlo, no conseguía mantenerlo arriba en la posición de guardia. Se maldijo a sí misma por el descuido. Al bajar su oponente la mirada entendió que el ataque llegaría por su costado. Pero no fue así. Fue engañada del mismo modo que se haría con un niño pequeño. Si la espada hubiese tenido filo, ahora estaría desangrándose.

Quizá fue la carcajada provocativa de Bodilkas, su instructor y rival aquella mañana, o quizás su soberbia hirviendo en su cabeza.

Pero de algún modo, sin saber cómo, no solo levantó la rodela de madera y metal con el brazo dolorido, sino que amagó con golpear con ella a su oponente, mientras su mano derecha lanzaba golpes con su espada de entrenamiento, que sorprendieron al enorme oretano haciéndolo retroceder varios pasos, tropezar y rendirse al sentir el arma enemiga en su cuello.

—¡Por Netón y todos los demás dioses! ¡Fuera de aquí! ¡Ya está bien por hoy! —dijo apretando los dientes y entornando sus ojos.

Cuando la guerrera se retiraba después de una leve inclinación de cabeza a modo de saludo, Bodilkas sonrió, dolido por la derrota, pero contento al probar en sus carnes los progresos de su pupila. No en vano, había sido convocado a la siguiente luna, para presentar ante el rey Mucro el grupo de mujeres guerreras de Cástulo que escoltarían a su hija, la princesa Imilce. Ya tenía las otras tres candidatas entrenadas y preparadas, y esta sería la última en incorporarse. Su instrucción había sido más intensa y dura que la de las otras. Ella estaba destinada a ser quien estuviese al mando del pequeño cuerpo de guardia.

Se llamaba Dayra, y reunía la misma bondad, simpatía y delicadeza que el resto de las mujeres de su familia; pero era mucho más astuta, inteligente, ágil y con la fuerza de una felina salvaje. Tenía la piel morena y rostro hermoso, con un cuerpo que parecía moldeado por los mismos dioses, muy femenino, pero indomable y despiadada en la lucha. Los pocos oretanos que se atrevieron a cortejarla, se encontraron con un enconado rechazo que provocó que no volvieran a intentarlo nunca más, por el riesgo que suponía enfrentarse a tan temible fiera. Portaba la sangre de una de las mayores estirpes iberas de guerreros, respetada y temida no solo entre las tribus y pueblos oretanos, sino también entre sus vecinos olcades, turdetanos y contestanos.

3
Un paseo por Veneziola

Veneziola

Cuando el padre de Marcos se jubiló, tras más de treinta años de servicio en una empresa de suministros portuarios y efectos náuticos, tomó la decisión de vender la casa familiar del barrio de Santa Ana e invertir sus ahorros en un chalé de dos plantas en la zona de Veneziola, en La Manga del Mar Menor, donde se trasladaron a vivir un merecido descanso.

Él era hijo único y hasta ese momento vivió con ellos. Le pareció demasiada distancia a recorrer a diario para llegar hasta su puesto de trabajo y decidió emanciparse, no solo por los más de cuarenta kilómetros que le separaban de Cartagena, sino por no recibir a diario los reproches de sus padres ante el declive de su vida.

—Marcos, debes superar esto. Lo de esa chica ya pasó. Encontrarás otras, ya verás.

—Gracias, mamá. Cuando necesite tu ayuda para buscar novia, te la pediré. Mientras, te recuerdo que no me faltan pretendientes cuando salgo —contestó lanzándole un beso y guiñándole un ojo.

Tras independizarse, Marcos frecuentaba con cierta asiduidad la nueva casa familiar, en la que tenía siempre una habitación arreglada y preparada para él, y un plato de comida bien guisada con la que recuperar su cuerpo de los maltratos de su vida desordenada. Iba sobre todo los fines de semana, entre otras cosas para hacer acopio de fiambreras con los sabores del hogar, aunque poco a poco lo fue reduciendo a una o dos veces al mes y derivando al final en visitas en las fechas seleccionadas: cumpleaños, aniversarios o fiestas.

Cuando sus padres murieron, él, hijo único, heredó la casa. Todavía no había decidido qué hacer con ella y llevaba ya dos años de indecisión. Podía venderla antes de que se pinchara la actual burbuja inmobiliaria y hacer caja; otra opción era alquilarla, esperando que se revalorizara la zona; la última era trasladarse allí a vivir y ahorrarse el alquiler de su apartamento.

Debido a que el centro de operaciones del proyecto que le acaban de asignar iba a estar cerca, decidió mudarse durante esas dos semanas allí y posponer la decisión sobre qué hacer con ella hasta el final de su estancia. Estaba situada en una de las calles perpendiculares a la playa de Veneziola, en un polígono de chalés y casas bajas entre el Mar Menor y el gran trébol construido en un ensanche de la manga de tierra, con canales para la navegación que daba nombre a toda la zona, al imitar a la ciudad italiana de las góndolas. En esa barriada quedaban aún muchos solares por construir y los escasos vecinos que lo habitaban se hacían sentir, pero no molestaban. Aunque la casa era demasiado grande para él: dos plantas, cuatro habitaciones y dos baños, pensó que sería un buen lugar para estar solo, tranquilo y poder pensar en reordenar su vida.

Aparcó el coche en la calle junto al muro que delimitaba la parcela. La casa de ladrillo, puertas, persianas y balaustrada blanca estaba rematada por un techo de tejas azul marino a dos aguas. En la parte baja, el verde intenso de las plantas y césped del jardín trepaba hasta las paredes. Todavía recordaba cómo presionó a sus padres para que fuese esa entre todas las que estaban en venta en aquella barriada, la que debían elegir. Analizaban otras opciones, pero finalmente se decantaron por esa.

Al traspasar la puerta principal comprobó que todo estaba como lo dejó un par de años atrás, cuando debió hacer frente al papeleo de la herencia y tuvo que acceder para buscar la documentación. Desde entonces no había vuelto a entrar. La luz y el agua seguían dadas de alta. Al menos eso decía el extracto bancario cuando le pasaban los cargos a primeros de mes. Subió persianas y abrió ventanas para ventilar la casa. Olía a cerrado y estaba fría, con una temperatura inferior a la de la calle. El jardín estaba descuidado y las

paredes necesitaban algo de limpieza para eliminar el polvo y la arena que acumulaba el viento de levante tras todo un invierno soplando con fuerza.

Dejó sus cosas en su habitación. La de sus padres, más grande, seguía teniendo los armarios con su ropa y los cajones de la mesilla llenos. No tenía ganas de ponerse a hacer limpieza en ese momento porque cada objeto le traería a su mente algún episodio de su vida y no quería pasar aún por eso. El salón mantenía sus fotos en los muebles y tampoco quiso quitarlas. Tan solo utilizaría el espacio necesario para vivir esas dos semanas.

Después de barrer y fregar el interior y el porche de la entrada, colocar las provisiones que había traído en la nevera y hacer la cama, decidió salir a dar un paseo. Apenas a treinta metros de su casa, un pasillo entre las vallas de dos chalés le llevaba hasta la playa del Mar Menor, en la que algunas parejas de jubilados paseaban por la orilla. Apenas habría una veintena de personas disfrutando de un entorno que en Semana Santa y sobre todo en verano, estaría masificado.

Se descalzó y caminó por la arena en dirección al agua. Se acercó a la orilla para ver todos aquellos objetos que el mar no quería, desechaba y dejaba en su borde arrastrados por las escasas olas. En algunas playas ya estaban los servicios del ayuntamiento trabajando en adecentarlas para las primeras vacaciones del año.

Se sentó en la arena contemplando el mar. Frente a él, a unos cien metros aproximadamente, hacia el interior de la laguna, se establecería la zona de inmersión, donde trabajaría las próximas semanas. Aún no sabía que le depararía a ese fondo marino y qué secreto escondía allí, y que parecía poner tan nerviosos a los de arriba. Fuera lo que fuese, él debía concluir que allí no había nada. Eso era lo más claro que le había quedado de su reunión con Santos y Villalta. Sin embargo, su curiosidad, como la de un niño al que se le pide que no abra un cajón, era superior a todo eso y no descartaba buscar qué era exactamente lo que se guardaba allí.

El calor había comenzado unos días antes y la temperatura era muy agradable. El agua aún un poco fría, pero eso a él, submarinista

de profesión y acostumbrado a bucear en cualquier época del año, no le importaba.

Estaba ensimismado en sus pensamientos y no reparó en que, a su derecha, una bañista, salía del agua muy cerca de donde él estaba sentado. Según se acercaba, observó un cuerpo femenino de suaves curvas, ensalzado por un bikini negro de diseño atrevido. Era morena y su pelo negro seco revelaba que solo parecía haberse mojado hasta el pecho. Salía lentamente del agua con pasos cortos, portando en sus manos algunas conchas y caracolas que debía haber recogido del fondo. Un collar de plata con algún tipo de figura bajo el cuello la adornaba.

A Marcos le recordó una famosa actriz que hacía una aparición similar en una película de un agente secreto. Se quedó embobado mirándola cuando salió a unos cinco metros de él y le habló.

—Hola.

—Hola —tardó en reaccionar—, ¿está fría?

—Un poco, pero no me importa, me gusta.

Marcos no sabía dónde mirar. Sus ojos negros le cautivaban, su sonrisa le atrapaba y su cuerpo despertaba en él instintos que llevaba algún tiempo sin experimentar.

—¿Vienes mucho por aquí? —No encontró una manera menos estúpida de alargar la conversación.

—Suelo venir a diario, no te había visto antes.

—Acabo de llegar. Estaré unas semanas por aquí.

—Entonces, seguro que nos volvemos a ver.

La joven dio media vuelta y caminó hacia una bolsa junto a una toalla y unas chanclas. Las recogió y se marchó siguiendo la orilla. Marcos no pudo evitar mirar el contoneo de sus caderas, sus piernas perfectas y el modo de mover los hombros coordinados con el resto del cuerpo.

Fue incapaz de desviar la mirada y la siguió hasta que llegó al final de la playa. Allí había algunas personas más y la perdió de vista. Decidió esperar un poco más sentado para verla regresar, ya que sabía que por allí se toparía con la entrada del canal de Veneziola desde el mar y no había salida.

Después de media hora de espera, decidió caminar hasta el final siguiendo los pasos de la chica para buscarla. Antes de llegar a él, se había dado cuenta de que había varios accesos entre chalés desde la calle de atrás y la joven debía haberse marchado por alguno de ellos. Comprobó la hora de su reloj con la firme intención de bajar al día siguiente a la misma y tratar de coincidir de nuevo con ella. Traería un bañador y una toalla por si la necesitaba y su catálogo de recursos seductores, miradas, sonrisas y frases trabajadas.

Volvió a su casa mirando por las calles que cruzaba y observando el interior de las viviendas que no estaban cerradas por si la encontraba. Pero ya no la volvió a ver.

Al calor de un licor de orujo en el porche, sentado sobre una mecedora antigua de madera, se dio cuenta de su verdadera personalidad. Quería ordenar su mente de problemas y acababa de meter otro que había entrado con fuerza instalándose en medio de todos ellos. No sabía su nombre y ya era incapaz de quitársela de la cabeza. Sus ojos y su sonrisa le martilleaban y contaba las horas para volver a salir al día siguiente a buscarla.

* * *

La oficina

—¿Y tú qué miras? —interrogó al espejo del baño sin que este le contestase.

Se quitó la toalla que la cubría tras salir de la ducha y la arrojó contra su propia imagen. Lo que esta le devolvió la sumió de nuevo en el estado de desasosiego en el que parecía vivir permanentemente instalada. Contempló su cuerpo desnudo, sus pechos redondeados y sus caderas marcadas. No había perdido las formas con las que sentía comerse el mundo algunos años atrás, pero algo de su aspecto no terminaba de agradarla. Había perdido frescura y lozanía. Aquella relación pasada acabó por minar su autoestima, aletargando su ánimo, y su físico reflejaba su situación emocional.

No quería culparse de nada. Ella actuó como su conciencia le dictó. El desenlace de aquella relación sentimental con Marcos

provocó que concluyese una etapa de su vida, en la que encadenaba éxitos tanto a nivel profesional como personal. Su carrera ascendente, en la que iba viendo una a una todas sus pretensiones alcanzadas, se desmoronó de un día para otro haciéndola tocar fondo.

Quizás pensó que dejarle sería sencillo, que había miles de hombres entre los que encontrar un sustituto o que le vendría bien una etapa de soledad para dedicarse a ella misma. Pero no fue así. Las escasas relaciones que intentó no llegaron a traducirse en algo, y no consiguió besar a ninguno de ellos sin ver la cara de Marcos sobre las suyas. La amargura se fue instalando en su corazón y su vida comenzó un declive del que solo se dio cuenta cuando caía en picado hacia un abismo.

Le conoció en la Universidad de Granada. Ambos eran estudiantes del primer curso del grado de arqueología y ya se había fijado en él, tras alguna salida con los compañeros al acabar los exámenes. En los siguientes años mantuvieron su amistad, las quedadas en grupo y coincidieron en alguna excavación en los meses de verano. Ella siempre se las ingenió para echar su solicitud allí donde sabía que él lo hacía y en las mismas quincenas. No quiso darse cuenta de que estaba totalmente enamorada y su comportamiento comenzó a rayar lo enfermizo cuando estaba junto a él.

Marcos era el más guapo del grupo, con un cuerpo bien cuidado que lo hacía irresistible. Según ella, no solo lo era de la facultad, sino de toda la universidad y posiblemente del mundo.

Al tercer año de carrera, durante la temporada de excavaciones en Menorca y tras tomar innumerables cervezas al finalizar la jornada, superó sus miedos y se conjuró para ir a por él venciendo su timidez. Él hacía buenas migas con un grupito de chicos venidos de distintos puntos de España, pero ella supo esperar su oportunidad. Y esa tarde la encontró sobre una toalla de la playa de Son Bou, al caer los dos sobre esta, riendo bajo los efectos de la bebida. Fue allí donde ella, sentada a horcajadas sobre él, lo besó con pasión sin importarle las risas, comentarios y vítores del resto del grupo bajo los efluvios del alcohol. Fue allí donde comenzaron

los mejores momentos de su vida, donde descubrió el sexo y donde el resto de su vida pasó a un segundo plano. La vida le sonreía y ella era plenamente feliz.

Pasó el tiempo y su vida alternaba entre la arqueología y Marcos. Como todas las parejas, también tuvieron sus malos momentos, sus discusiones o sus celos. Fueron estos últimos el detonante de las primeras crisis en la relación. Ella no llegó a asumir nunca que él no cambiaría, que seguiría alternando con unos y otros, regalando sonrisas y destapando deseos ocultos entre sus propias amigas. Algunas situaciones, bromas, abrazos o miradas escondidas comenzaron a taladrar una mente posesiva que no estaba dispuesta a compartir su pareja con sus compañeros, y menos aún con ninguna chica. Las peleas por este motivo aparecieron en una época en la que la monotonía comenzaba a instalarse poco a poco en sus vidas.

De estos momentos lograban sobreponerse y los reencuentros los vivían con enorme pasión, tratando de recuperar el tiempo en el que parecían haberse dejado de amar. Todos, no. En un encuentro con antiguos compañeros de la facultad se enteró por uno de ellos que estuvo aquel año en Menorca, que su amor había sido fruto de una apuesta ganada por Marcos, y en la que el resto del grupo tuvo que abonar su deuda al conseguir meterla en su cama.

Ana estalló. Quizás acumulaba otros problemas o algo se cruzó en su cabeza. Delante de sus amigos le dijo todo lo que almacenaba desde no sabía cuándo y nunca había aflorado y se marchó con la determinación de no ver pisoteada su dignidad.

Marcos la llamó en reiteradas ocasiones para pedirle perdón y reconducir su relación. Pero ella no solo no accedió, si no que llegó a gritarle cosas que no pensaba que fuese capaz de decir. Meses después seguía llorando su falta, pero la rabia que sentía era superior y se juró sacarlo de su vida y de su mente.

A nivel laboral las cosas no le fueron mal. Encontró un proyecto cerca de Cartagena, en la carretera de Portman, en los restos del Huerto del Tío Paturro, una villa romana que la atraía y en la que se encontraba a gusto y bien. Había entrado a formar parte de uno de los mejores equipos expertos en esa época, y tenía la posibilidad de

aprender y desarrollarse profesionalmente cerca de la ciudad que el romano Publio Cornelio Escipión conquistó a los púnicos.

Pero en ocasiones el destino parece jugar cruelmente con las personas y la baja del responsable de la excavación fue suplida por un joven arqueólogo con muy buenas referencias. El día que Marcos se presentó al equipo que trabajaba en la villa romana como nuevo director, se le cayó el alma a los pies. Estuvo durante unos días sopesando marcharse y buscar otro proyecto. Pero era justo ese en el que estaba, en el que ella quería trabajar. Se resistía a tener que dejarlo y maldecía a quien hubiese tomado la decisión de elegir al sustituto.

No fue necesario renunciar. A los pocos días, Marcos trajo una nueva compañera y le comunicó que no contaba con ella. No quiso reunirla ni decírselo en privado. Delante de todos le pidió que recogiese sus cosas y se marchase.

Lo hizo. Con la cabeza bien alta y la estima por los suelos. Apretó los puños y dientes por la rabia contenida y se marchó sin despedirse, dejándole la mirada de mayor desprecio que pudo ofrecerle.

Fue un golpe duro verse de nuevo sin trabajar. Sus padres vivían en Murcia y ella compartía piso de alquiler en Cartagena con su mejor amiga, de la que tenía la certeza que había probado la cama de Marcos, por la manera de insistirla en que cada uno debía seguir su propio camino y abrirse a nuevas relaciones. Le recordaba que Marcos no le pertenecía y era mejor que ella buscase alguien distinto con quien reencauzar su vida. Aunque en ese momento no pudo probarlo, bastaba con ver cómo bajaba la voz cuando hablaba por teléfono con alguien o se retiraba a su habitación cerrando la puerta para hacerlo.

Se resistió a volver con sus padres derrotada. Trató por todos los medios de encontrar algo que le aportase los ingresos que no tenía y que su familia tampoco hubiera podido facilitarle, dada la mala situación económica familiar. Realizó alguna sustitución en algún bar como camarera, o en almacenes en trabajos de temporada, pero no eran suficientes y seguía sin poder hacer frente a la parte de alquiler

del piso que le correspondía. Su mejor amiga la apremiaba, quizás más con la idea de quedarse sola en la casa que con la de ayudarla.

Poco antes de abrir la maleta para ir rellenándola con su ropa y sus sueños, un anuncio que le llegó a través de sus redes sociales le trajo esperanzas. La empresa adjudicataria de un proyecto de excavación en el teatro romano de Cartagena, a través del Patronato de la Fundación del Museo, solicitaba arqueólogos para un estudio del graderío superior que se iniciaría en la siguiente campaña. La noticia la entusiasmaba. Entrar en ese proyecto era jugar en la élite de la arqueología de la ciudad. Podría llegar a trabajar codeándose con grandes profesionales y eso significaría el impulso que necesitaba para reencaminar su vida.

No lo dudó ni un instante. Actualizó su currículum y envió todo lo que le solicitaban para el proceso de selección. Los siguientes días los vivió consultando obsesivamente el móvil en espera de noticias.

Llegaron. En una mañana gris de nubes que amenazaban lluvia, recibió una comunicación en la cual le informaban que su solicitud había sido descartada, el proceso había finalizado y agradecían su interés al participar en él. No terminó de leer el resto del mensaje.

A partir de ahí, su vida fue un calvario. No era fácil encontrar trabajo cuando el dinero público escaseaba, o solo llegaba a unas pocas excavaciones. Lo intentó, solicitó, casi suplicó, pero no había nada de su especialidad que no estuviese totalmente cubierto o donde se necesitase reemplazar a alguien. Los meses se sucedían y los escasos empleos temporales como repartidora o cuidadora que encontraba, no conseguían aportar los suficientes ingresos para paliar los gastos en los que incurrió.

Finalmente cerró su maleta llena de ropa y amargura, y no quiso mirar atrás cuando el autobús salía de la estación de Cartagena en dirección a una Murcia a la que volvía hundida y fracasada.

Pasaron tres años de su huida de la ciudad portuaria. Al empezar una nueva y prometedora temporada de excavaciones en el Castillo de Monteagudo de Murcia, en los restos de la fortaleza de Ibn Mardanis, el rey Lobo, trató por todos los medios de entrar en el equipo. Pese a su falta de experiencia y conocimiento sobre aquella época, fue seleccionada y encadenó algunas campañas entre las

torres y muros de la atalaya, los palacios del Castillejo y el entorno que los unía. No era lo que deseaba, pero consiguió encontrar trabajo cerca de la casa de sus padres, con los cuales vivía, y lejos de Cartagena, donde su vida tropezaba constantemente con Marcos. Sin embargo, esta mejora no consiguió levantarle el ánimo y en ocasiones vagaba por los yacimientos como una entidad separada del resto de sus compañeros, siempre inmersa en sus recuerdos.

Al inicio de su tercera campaña, conoció al nuevo director de esta, Adrián Casas, el cual acababa de ser trasladado de Cartagena a Murcia. Acabaron la reunión inicial yendo a cenar todo el equipo y una vez finalizada, entre copa y copa, su nuevo responsable le confesó que él había pertenecido al grupo que realizó el proceso de selección para la empresa adjudicataria del estudio arqueológico del teatro romano de Cartagena.

—Yo llevaba la parte académica y debo reconocer que eras la mejor candidata.

—Pues no fui seleccionada. ¿Por qué?

—Otra persona llevaba la parte técnica y la de experiencia. Ahí quedaste muy igualada a otro candidato. Se resolvió la selección por un tercer miembro del equipo que se encargaba de perfiles y referencias. Se pidieron datos de los candidatos en las distintas excavaciones que se indicaban en vuestros currículums.

—¿Preguntasteis sobre mí en la villa del Huerto del Tío Paturro?

—Sí, preguntamos sobre todos los candidatos. Yo no intervine en esa parte, pero creo que hablaron con el director de la excavación del Huerto, y tras su informe se desestimó tu perfil.

—¿Preguntaron sobre mí a Marcos Triguero?

—Tengo entendido que sí, y su opinión fue demoledora y la causa de que no fueses elegida.

Una vez más, Marcos se había cruzado en su carrera como arqueóloga, truncando sus aspiraciones laborales en el mayor proyecto que hubiese podido conseguir y aquello supuso un duro golpe del que apenas pudo reponerse. Su estado apático se agudizó a raíz de esa conversación con Adrián. Tras ella, notó como su rencor hacia Marcos se alimentaba y crecía día a día, tanto o más que el deseo de volver a tenerle entre sus brazos. Nunca consiguió

encajar bien esa mezcla de amor y odio y su cabeza se colapsaba durante los fines de semana, cuando el descanso en el trabajo liberaba su mente y nada impedía que esta rememorase tiempos pasados de amor, sexo y felicidad, y los mezclase con la aversión que sentía hacia él. Su cabeza se convirtió en una montaña rusa de sensaciones donde combinaba sus lágrimas de añoranza con la repulsa que la carcomía por dentro. Ese vaivén de sentimientos no tardó en deteriorar su estado mental haciéndola sufrir cada día un poco más, y a incitarla a comenzar la toma de ansiolíticos y pastillas que la postraban en el sofá del salón, viendo escapar su vida a través de las vueltas del minutero de su reloj, sin apenas poder levantarse.

Fue antes de finalizar su cuarta campaña de excavaciones cuando la reunieron en el campus de La Merced. Le comunicaron que era necesario que abandonase el proyecto por problemas de presupuesto. Tras una intensa discusión, la respuesta que recibió fue que habían seleccionado un equipo joven y dinámico con vistas a concluir las fases restantes en un tiempo récord, a fin de adaptar las instalaciones para abrir al público el yacimiento. Ella no formaría parte de ese grupo y tras aquella decisión, se trasladó a las oficinas centrales a realizar tareas insulsas que nada tenían que ver con la arqueología que a ella le gustaba: la de la tierra recién removida y el trabajo de piqueta y cepillo sobre los trozos de vasijas o restos encontrados.

Su vida en el dique seco fue tediosa y aburrida. Se dedicó a catalogar, clasificar y ordenar la información obtenida de los distintos proyectos arqueológicos de la región. Puntualmente asistía a las obras en las que alguna piedra de distinto color o resto de cerámica era encontrado, y debían desplazarse para analizar si se encontraban frente a algún hallazgo importante o era tan solo un capricho de la naturaleza haberlo situado ahí. Excepto algunos trozos de vasijas y restos metálicos enterrados, nunca encontró nada interesante que le satisficiese como arqueóloga.

Su vida entre las paredes de acero y cristal, en un edificio de ventanas cerradas para conservar las condiciones de climatización, le hicieron sentirse como un animal enjaulado. Desde el interior veía el

sol, las nubes cuando las había y adivinaba las ráfagas de viento que mecían las ramas de los árboles. Pero ella echaba de menos sentir esa brisa en la cara, respirar el olor a tierra húmeda recién excavada o el castigo del sol sobre las zonas de la piel no tapadas por el tejido de sus camisetas. Ella no estaba hecha para pasar el tiempo en el interior de un edificio. Necesitaba el contacto con el exterior para sentirse viva.

Los días pasaban y su carácter se iba poco a poco agriando como el vino de una botella descorchada. Apenas contaba con un puñado de amigos con los que intentar animarse un sábado por la noche o tomar unas cervezas después de la jornada laboral. Detectó que cada vez la llamaban menos y no les culpó de esa situación. Ella tampoco hubiese soportado a ningún aguafiestas que restase diversión y buen ambiente al grupo.

Trató de curar su amargura con algunas relaciones esporádicas y algo de sexo apresurado. Pero a la mañana siguiente se sentía tan vacía que dejó de intentar encontrar a alguien que le ayudase a olvidar a Marcos. El día que mezcló en la palma de su mano el contenido de algunos botes de pastillas de diferentes tamaños, colores y propósitos, supo que había tocado fondo.

Fue el médico de urgencias que la atendió, quien la derivó a los servicios psicológicos del hospital. Y estos quienes le dieron el alta después de algunos meses de tratamiento. Su incorporación al puesto de trabajo fue especialmente dura, sintiendo cómo se apagaban las conversaciones a su paso o cómo callaban al acercarse a la máquina del café. El trato con sus compañeros se distanció algo más de lo que siempre estuvo. Cada vez que salía a tomar unas cervezas con ellos notaba como la situación era algo artificial, como si por su parte fuese una obligación acogerla en el grupo, o hacer la buena acción del día con la convaleciente. Tenía orden de sus psicólogos de acudir a este tipo de eventos para socializar con el resto del planeta, y solo por eso acudía tratando de disimular una falsa sonrisa que, por su estado de ánimo, no salía de ella con naturalidad.

No todos sus compañeros se comportaron igual. Notaba que algunos trataban de acercarse más a ella, aunque viese sus

comportamientos demasiado forzados en ocasiones.

Un caso distinto fue Pedro. La trataba como siempre. Constantemente se metía con ella, la pinchaba y enfadaba, pero siempre estaba allí, levantando su vista del ordenador cuando le pedía algo. Siempre se sentaba junto a ella a comer o tomar café en la sala de descanso del edificio, con o sin su permiso, y sin dispensarle un trato distinto o artificial.

Había notado en ocasiones que la miraba de reojo. Y aunque nunca le propuso salir a tomar algo o hacer alguna actividad fuera del trabajo, ella sabía que su mirada no era la de un sentimiento de culpa, como el resto de sus compañeros parecía tener.

Pedro era poco hablador, tenía el pelo castaño, los ojos negros, y era bastante más alto que ella. En algún momento se sorprendió pensando en él como un posible amante, algo que rápidamente trataba de quitarse de la cabeza. No era feo, quizás algo entrado en kilos, y siempre lo vio como un amigo en quien poder confiar, motivo por el cual procuró mantener siempre una cierta distancia con él. La timidez de Pedro favoreció que entre ellos fluyera una relación que, si bien a ella no la sacaba del pozo en el que seguía sumergida, al menos tenía un teléfono que nunca dejó de contestarla. Ni siquiera a altas horas de la madrugada, cuando su mente pedía a gritos abrir algunos botes de pastillas y solucionar de una vez por todas sus problemas.

* * *

El chalé de los Ruiz Almansa

El potente BMW X5 de la familia Ruiz Almansa aceleraba por la Gran Vía de La Manga, dejando atrás al arquitecto y al aparejador encargados del proyecto. El motivo de la visita había sido supervisar el desarrollo de este, conocer de primera mano todos los imprevistos encontrados durante el mismo y discutir los plazos previstos para su finalización. Tras la reunión a pie de obra, el matrimonio Ruiz Almansa comenzó a vislumbrar la culminación de la construcción. La estructura ya estaba levantada, tabicada y no se presumía encontrar

ningún impedimento más para cumplir con los nuevos plazos renegociados.

En la parcela exterior del chalé, quedaba pendiente aún la instalación de una piscina y un techado en uno de los laterales de la finca para dar cobijo a un par de coches.

El señor Ruiz había insistido mucho en el cumplimiento de los plazos para hacer coincidir la inauguración con las bodas de plata del matrimonio, y celebrarlo allí con toda la familia. Ofrecía incluso un suplemento a modo de gratificación para el promotor, de modo que no escatimase en gastos para contratar los recursos que fueran necesarios y compensar a la plantilla por el esfuerzo a realizar.

Los Ruiz Almansa habían depositado todas sus ilusiones y sueños en un merecido retiro en la costa, disfrutando de incansables jornadas de lectura y descanso en el jardín, de pesca y de navegación. Todo ello lejos del estresante mundo de las finanzas en la gran ciudad. Para ello, habían elegido esa zona del sureste español, con la posibilidad de vivir en un chalé de lujo con salida a la Gran Vía de La Manga por la parte delantera, y acceso a un embarcadero en la parte trasera sobre un canal que conectaba con el Mar Menor.

Veneziola se iba quedando atrás en el espejo retrovisor de un BMW que avanzaba en dirección a Cartagena.

4
Bajo el mar

La ceremonia
Cástulo. Oretania. Año 220 a.C.

Las calles de Cástulo llevaban algunos días ya engalanadas, limpias, adecentadas y preparadas para los acontecimientos que estaban próximos a suceder allí, entre los muros de la ciudad oretana. El rey Mucro había dispuesto levantar algunas construcciones de madera para albergar a las visitas más importantes en el interior de la ciudad y extramuros, se habían delimitado zonas para acampadas de los séquitos que acompañaban a parientes, gobernantes y nobleza de una gran cantidad de poblados y ciudades bajo su jurisdicción.

La mayoría de los invitados había adelantado el envío de exequias, regalos y viandas para el banquete que llegaban poco a poco a la ciudad, creando en el ambiente, en ocasiones, una sensación de caos y de expectación por partes iguales.

Su hija Imilce, princesa de Cástulo, bullía nerviosa en el interior de la enorme casa del rey, donde una legión de mujeres probaba, retocaba y arreglaba el traje con el que se recibiría a su pretendiente. Todos los detalles referentes al banquete, adornos, motivos florales, y cualquier otro asunto o detalle relacionado, se debatía y discutía allí mismo, quedando Mucro excluido de esa labor para alivio suyo. Cuando el velo blanco cayó sobre la espalda y hombros de la joven, cubriendo parte del vestido verde y negro que resaltaba su figura, las muestras de admiración de las doncellas y familiares que la rodeaban brotaron con entusiasmo de sus rostros.

El rey, ayudado por el consejo de la ciudad, se encargó de la seguridad de los asistentes y el acopio de alimento para hombres y

bestias que presumiblemente estarían al menos tres días allí. Se esperaban algunos miles de invitados por la parte oretana y otros tantos por la del novio. Los rebaños fueron acomodados en los rediles de la ciudad, mientras que el grano, frutas, verduras y todo tipo de productos para el banquete llenaron los pósitos y almacenes.

Cástulo se preparaba para la ceremonia de pedida de mano de la princesa, y su posterior viaje a la ciudad del prometido, dónde tendría lugar la boda según los ritos y costumbres de este. La decisión de las nupcias había sido un asunto de estado acordado por el rey Mucro y sus aliados cartagineses. Después de algunas negociaciones, se sellaron los acuerdos con el enlace matrimonial mediante el cual, Imilce, princesa de Cástulo, y el joven general Aníbal Barca, máximo responsable del ejército cartaginés y representante púnico en I-span-ya, como ellos llamaban a sus tierras, contraerían matrimonio sellando un acuerdo de alianza y amistad entre sus pueblos.

Imilce seguía dolida con su padre. Ella sabía que debía acatar su decisión respecto a su futuro, pero le dolía que no lo hubiese hablado antes con ella. Poco a poco se recuperó de su enfado y los nervios, a escasos días de la ceremonia, sustituyeron a sus lágrimas iniciales. Quedó algo más tranquila cuando el rey le prometió que un séquito oretano, con varias damas de compañía y una guardia personal, la acompañaría a la ciudad de Qart Hadasht, capital del imperio cartaginés levantada en el sureste de I-span-ya.

—Pasa Bodilkas —indicó Mucro, haciendo una seña con la mano al recién llegado.

—Mi rey —contestó este bajando la cabeza en señal de respeto y sumisión.

—Te he mandado llamar para ver cómo está el encargo que te pedí.

—Está preparado y dispuesto.

—¿Saben que deberán marcharse de Cástulo?

—Son conscientes y lo hacen voluntariamente.

—¿Cuántas son?

—Son cuatro guerreras, como pediste. Las mejores. En los últimos cuatro meses han sido entrenadas con gran dureza. Darán la

vida por tu hija si fuese necesario.

—No creo que lo sea. Aníbal me ha dado su palabra de que la princesa será bien tratada. Ha ofrecido dejar a alguien cercano a él en Cástulo como muestra de sus buenas intenciones por si no me fiaba, pero le he dicho que no. Nos jugamos mucho con esto. Tienen un ejército inmenso, con la capacidad de aplastar cualquier ciudad que no acceda a sus deseos o peticiones.

Bodilkas no dijo nada. Él no era quién para meterse en asuntos de estado o en las decisiones de su rey.

—¿Cuál de ellas estará al mando? —continuó Mucro tras un breve silencio.

—Dayra, la hija de Dalko y Vasemín, una morena que tiene la misma edad que la princesa.

—La conozco bien. Y a sus padres. Creo que es la más joven de todas, ¿no?

—Es la más joven, pero es la mejor. Desciende de una estirpe de guerreros que siempre ha sido fiel a su rey —Mucro asintió en silencio, indicando que era conocedor de ello—. Puedes ponerla a prueba haciéndola luchar con cualquiera de tu guardia personal, pero elige para tal fin a alguien de quien puedas prescindir.

Mucro sonrió ante la insolencia de Bodilkas. No toleraba los desplantes de nadie, pero sí permitía a aquellos guerreros con quienes había compartido sangre y heridas que le hablasen así.

Por un instante recordó la imagen de Bodilkas, malherido y ensangrentado, saltar por encima de él y derribar a varios enemigos que le iban a dar muerte, permitiéndole recuperar su espada perdida y encarar de nuevo a sus rivales junto a su salvador. No tardaron mucho en llegar algunos oretanos más que permitieron igualar la contienda, e incluso inclinarla a favor de ellos. En aquella batalla, sintió cómo los dioses le llamaban y estuvo a punto de entregarse a ellos, pero Bodilkas con su valentía y arrojo se lo impidió. El enorme guerrero tardó algunas lunas en recuperarse de sus heridas, tiempo durante el cual, Mucro no dejó de visitar su casa e interesarse cada día por él. Cuando los dedos de su mano no fueron suficientes para contar las veces que el enorme oretano le había salvado, decidió recompensarle con un puesto como jefe de su guardia.

—No es necesario. Os he visto entrenar desde los muros —continuó el rey—. Y creo haber visto que esa gata salvaje te derribaba. Quizás me habré fijado mal, ¿verdad?

Bodilkas notó la sorna con la que Mucro le hablaba: sonriente, provocador, de amigo a amigo. Guardó silencio, quizás avergonzado por haber sido derrotado por la joven, pero finalmente bajó la cabeza y contestó:

—No he visto mujer ni guerrero luchar así. Es letal, inteligente, rápida y ágil. Suple la falta de fuerza con astucia. La princesa estará en buenas manos. Insisto de nuevo a mi rey: si deseáis que vaya yo en su lugar, me ofrezco voluntario antes de que lo ordenéis.

—No es necesario, Bodilkas. Aníbal percibirá desconfianza si vas tú. Irán las cuatro jóvenes. No obstante, sí te pediré que acudas de vez en cuando a Qart Hadasht para que me informes tú personalmente del estado de la princesa.

—Cuando lo ordenes, iré.

—Gracias, amigo. Por cierto, ¿conocen ya tus guerreras a la princesa?

—Sí, mi rey. Ayer mismo estuvieron juntas. Son fieras con el enemigo, pero dulces entre ellas. Creo que se hicieron amigas o al menos se llevaron bien. Las vi reír y decirse confidencias al oído para que yo no las escuchase. —Mucro sonrió, conocedor de la forma de ser de su hija—. Además, juraría que entre Imilce y Dayra hubo algo especial, quizá más que con las otras tres.

—Si me has dicho que tienen la misma edad y son las más jóvenes, es normal. Creo que has hecho una buena elección y un gran trabajo. Puedes volver a tus entrenamientos. La reina me reclama y debo ir a mi casa antes de que se altere. Prefiero enfrentarme a cien olcades armados antes que a ella enfadada.

Bodilkas agachó la cabeza y se giró para salir sin disimular su sonrisa. Todos en Cástulo eran conocedores del carácter de la reina.

Al llegar a la explanada donde se ejercitaban, Dayra la abandonaba con su escudo y su propia espada en lugar de las de madera de entrenamiento.

—¿Dónde vas? Aún no hemos acabado por hoy.

—He recibido un recado de la princesa. Va a ir al río con dos de sus doncellas y quiere que la escolte yo en lugar de su guardia personal.

—¿Al río? ¿Doncellas? Hum, suena interesante.

—Ni se te ocurra ir por allí. Mataré a quien se acerque, aunque solo sea a mirar —dijo plantándose delante de él, con las piernas flexionadas, la mano en la empuñadura de la espada y los ojos penetrantes fijos en él.

—No, claro, era broma… No pensaba yo... Además, tengo muchas cosas que hacer, por supuesto…

—Me ha dicho padre que vayas a cenar esta noche. Hace mucho que no habla contigo y va a preparar un asado. Han venido algunos parientes de madre a la ceremonia y hacía tiempo que no los veía. Quiere que te unas a nosotros.

—Bien, allí estaré, gatita.

Dayra ya había echado a andar, pero se frenó en seco, se giró lentamente y con el dedo índice, lo señaló.

—No vuelvas a llamarme gatita. Soy ya una mujer.

—Ya, pero… si lo he hecho desde que eras así de pequeña —dijo, indicando con una mano un par de palmos de altura.

Dayra se giró lentamente y ya se iba cuando, dando un salto felino hacia atrás, agarró a Bodilkas del cuello, asustándole ante la reacción inesperada y haciéndole retroceder un par de pasos. La joven le besó en la cara y riéndose, le dijo:

—No vuelvas a llamarme gatita o te arañaré esa cabezota enorme, tío Bodilkas.

El guerrero sonreía mientras ella le daba la espalda y se marchaba, contoneando sus caderas y resaltando la esbeltez de su cuerpo.

‹‹Efectivamente, ya no eres una niña››, pensó mientras observaba sus curvas. ‹‹Ahora empieza lo más difícil de tu vida y ni tu padre ni yo podemos estar cerca de ti››.

El día de la ceremonia amaneció con más sol que nubes y en el ambiente se respiraba el preludio de lo que sería una jornada especial. Los cuernos y tambores comenzaron desde muy temprano a marcar el ritmo de los invitados. Frente a las puertas de Cástulo, formaban las tropas de élite del ejército cartaginés con sus capas blancas de gala. Se apostaban a uno de los lados del camino que llegaba hasta las puertas de la ciudad. En el otro, guerreros oretanos ataviados con cascos tocados con plumas y mantos de colores, venidos de todas las poblaciones de alrededor, dejaban claro el pasillo por el que el general Aníbal Barca, acompañado de sus hermanos Asdrúbal y Magón, avanzaba lentamente sobre un carro blanco, colmado de flores y adornos.

La multitud se asomaba a las murallas y lanzaba pétalos de flores de colores llamativos a la vez que vitoreaba al séquito púnico, tapando en ocasiones a las trompas que anunciaban la llegada del novio.

Dayra y las otras tres guerreras acompañaban a la princesa y se situaban detrás de las doncellas, cerrando el grupo. El rey Mucro estaba exultante y en Cástulo solo se respiraba dicha y felicidad.

Fue un acto emotivo que sería recordado durante mucho tiempo. Aníbal se hizo acompañar de sus capitanes, con Maharbal a la cabeza y estandartes de sus tropas, así como de sus hermanos y algunos altos cargos civiles.

Tras la ceremonia se sirvió un banquete en el edificio público de la asamblea de Cástulo para los prometidos y personalidades, y otros dos fuera de los muros para las tropas cartaginesas y los guerreros oretanos. Estos acabaron juntándose y mezclando vino, cerveza e hidromiel, y compartiendo la bebida de aquellos quienes no podían compartir nada más que saludos, debido a las diferentes lenguas que utilizaban.

De las cocinas improvisadas salieron todo tipo de platos con asados de aves y carneros, embadurnados de salsas de bellotas y olivas. Se sacrificaron también algunas reses y completaban las carnes liebres y conejos aromatizados con romero, tomillo y otras hierbas de la zona. Las bandejas de frutas de colores variados salpicaban los tableros dispuestos a modo de mesas y completaban

el banquete pescados traídos del sur y de los ríos cercanos. Desde Ilici, gracias a las buenas relaciones que en esos momentos mantenían con el pueblo contestano, se enviaron dátiles para agasajar a la comitiva cartaginesa. El vino griego hizo las delicias de los púnicos y la cerveza y el hidromiel traídos del norte las del resto de comensales. Voluntarios oretanos cocinaban y servían las mesas, mientras que grupos de jóvenes danzaban al son de tambores y pequeños instrumentos de viento para amenizar la velada.

Dayra asistió al banquete sentándose cerca de la princesa. No comió mucho, ya que todo tenía un sabor agridulce. Estaba contenta por los acontecimientos que le había tocado vivir en su pueblo y orgullosa por haber sido elegida escolta de la primera dama de Qart Hadasht. Por otro lado, sus responsabilidades implicaban abandonar su ciudad, su familia y sus amigos y comenzar una nueva vida llena de inseguridades en una ciudad extraña, de la que debería aprender su lengua y su cultura.

Acarició con la mano su cuello y notó el tacto frío del collar de Imilce. Instintivamente se fijó en ella. Cuando fueron al río con las doncellas, en un momento en que estuvieron las dos apartadas, la princesa le confesó que tenía miedo. Ella trató de calmarla diciéndole que era normal, pero que no debía preocuparse porque ella estaría siempre cerca, atenta y preparada para que nada malo le ocurriese. La princesa le pidió que lo jurase y lo hizo. En esos momentos le vinieron a la cabeza sus propias palabras. ‹‹Juro ante todos los dioses protegerte, estar siempre cerca de ti y defenderte con mi vida si fuese necesario››. Imilce se tranquilizó y quitándose del cuello una de sus cadenas se la ofreció, rogándola que la llevase siempre puesta para no olvidar su juramento.

Entre ambas jóvenes se había creado un vínculo especial del que debían aprovecharse mutuamente: la princesa recibiendo la protección de la guerrera, y una vez concluida la boda y siendo su esposo el más importante militar cartaginés, Dayra se convertiría en la persona de confianza de su mujer. Pero todo eso no llegaría hasta algún tiempo después. Mientras tanto, su espada debería estar siempre preparada para cumplir su juramento.

Miró sin querer a Bodilkas y este debió reparar en su rictus serio, de preocupación. Él también parecía estarlo y cerró levemente los ojos mientras asentía con su cabeza, levantaba su copa hacia ella y al verse correspondido con un gesto similar, bebió apurando el contenido. Maestro y alumna, tío y sobrina, guerreros oretanos ambos, se miraron fijamente presintiendo que las próximas lunas iban a ser muy difíciles para ella.

* * *

Primera inmersión

—¿Alguno quiere tomar algo? —preguntó mientras saltaba al muelle desde la popa del barco.

—Me queda faena por hacer, quizás más tarde me acerque —contestó Fede, el piloto.

Marcos observó a Miguel, el cual se entretenía moviendo y cambiando la misma caja de lugar varias veces, haciendo tiempo para parecer atareado y eludir la invitación a tomar algo.

—Yo voy a la cafetería Falúa. Tomaré una cerveza. Si alguno quiere o puede, estaré allí. Si no, mañana nos vemos de nuevo.

Echó a andar sin esperar contestación por la dársena del Tomás Maestre, junto a los pantalanes. La dirección del puerto les había ofrecido un punto de amarre frente a la garita de seguridad en la entrada de vehículos. En ese lugar se ubicaron en un principio los barcos de excursiones turísticas y el ferry de San Javier, antes de trasladarlos a su ubicación actual junto al canal de entrada y el restaurante El Pulpito. En ese momento, compartían muelle con embarcaciones de servicios portuarios y de la Cruz Roja.

Caminó por el margen derecho del puerto y al llegar al Falúa se sentó en una mesa de la terraza y pidió una cerveza. Desde su posición, los vehículos privados y de servicio se cruzaban en ambos sentidos y algunos transeúntes paseaban entre el muelle y la terraza.

Había concluido la primera jornada de trabajo. Por la mañana temprano se dedicaron a poner a punto la embarcación, equipos y material. Les habían asignado el Mar Thalassa, un antiguo barco

pesquero de veintiún metros de eslora transformado en remolcador, dotado con una grúa en la cubierta de popa y maquinaria de arrastre. En su última etapa, estaba adaptado para estudios científicos, con espacio suficiente para albergar a los equipos de submarinismo e incluso un pequeño sumergible, que en esos momentos no llevaban a bordo. Dentro de su casco blanco recién pintado, disponía de dos salas grandes, una para reuniones y otra donde se montaba un pequeño laboratorio y la red de ordenadores. Varios camarotes y una pequeña cocina completaban el cuartel general de los equipos del ARQUA en sus trabajos de inmersión. Sobre ellos, con acceso desde el interior y a través de una escalerilla desde la cubierta, se encontraba el puente de mando para el gobierno de la nave. Disponía de avanzada tecnología de comunicaciones vía satélite y algunos otros adelantos tecnológicos. El armador solía alquilarlo con tripulación para estudios científicos de la universidad y algunas empresas privadas, tareas de rescate y trabajos portuarios. El grupo de arqueología subacuática tenía cierta predilección por él, y los acuerdos y las buenas relaciones entre ambas partes, permitían trabajar con él con cierta frecuencia.

A mediodía, Marcos salió con el coche a hacer algunas compras y a las dos de la tarde, al llegar, partieron con el barco a realizar la primera aproximación a la zona de inmersión. Navegaron hacia el norte desde la salida del canal que comunicaba ambos mares y bordearon la costa por el interior del Mar Menor en dirección a la playa de Veneziola. No les concedieron permiso para fondear en el área de baño determinada por las boyas amarillas y decidieron hacerlo junto a ellas, teniéndose que desplazar con una barca auxiliar hasta la zona de estudio. Lo primero que hicieron fue acotar la zona de trabajo con señalización de presencia de submarinistas.

Marcos se sumergió para tener una primera toma de contacto con el agua, analizar la profundidad y turbidez de esta y probar los equipos de buceo y trabajo. Apenas estuvo veinte minutos explorando el fondo marino, sacando fotos y alguna grabación con la cámara acuática. Una vez asegurada la boya como punto de referencia y recogido el material, volvió con la barca auxiliar junto a sus dos compañeros.

—¿Y bien? —preguntó Fede.

—Las condiciones son buenas, el agua está limpia y posiblemente por la mañana mejore la visibilidad por la posición del sol. ¿Hay algo que reseñar en el parte meteorológico?

—No parece que vaya a haber grandes cambios. Durante esta semana se esperan días despejados, con escasas nubes y vientos por debajo de los 14 nudos —contestó Miguel dándose por aludido y recitando las predicciones como si fuese una máquina.

—Bien. ¿Y de la mar?

—No se prevén cambios en la temperatura del agua, ni del nivel del mar, ni de los periodos medios y picos de oleaje. La altura de la ola se mantendrá por debajo del metro y no habrá variaciones en cuanto a la dirección del viento.

Marcos se quedó quieto. Agarrado a las escalerillas sin terminar de saltar a la cubierta del barco, mirando a Miguel, que continuaba limpiando y probando algunos de los equipos.

—Gracias, Miguel. Vamos que, si no lo he entendido mal, podemos tomar unas cervezas al llegar al puerto tras cada jornada, ¿no? —esperó un momento, pero no encontró respuesta. Saltó a la cubierta y molesto con la actitud de su compañero, continuó—. Incluye los partes meteorológicos diarios en el informe y las previsiones a dos y tres días.

Se dirigió hacia la popa para quitarse el traje de neopreno bajo la atenta mirada de Fede. Una vez seco y con ropa cómoda, subió al puente. Abrió la portezuela y el piloto levantó la vista sobre una carta del Mar Menor y le miró. Marcos se situó junto a él, mirando hacia los edificios de apartamentos que tenían frente a ellos.

—Desde que paraste los motores al fondear, no los has vuelto a encender, ¿no?

—No, ¿por…?

—Nos hemos desplazado unos grados hacia babor —dijo Marcos, señalando una torre de nueve plantas que había usado como referencia.

—Bueno… sí… puede ser. Habrá sido el viento.

—Ni las corrientes abajo han cambiado ni el oleaje. El viento tampoco parece haberlo hecho —dijo señalando una pantalla de

ordenador que recogía los datos. ¿Alguna idea?

—No sé, quizás al bajar la barca auxiliar o desplazarte con ella…

—Negativo. En ningún momento he tensado el cabo de unión entre nosotros. —Se quedaron ambos en silencio hasta que Marcos lo rompió—. Mañana soplará de nuevo el levante. Quiero que coloques la proa alineada entre aquellas dos torres de apartamentos.

Fede asintió mientras le miraba de reojo. Marcos seguía mirando de frente por los ventanales de la cabina.

—¿Tú también piensas que soy un inútil, que no sé hacer mi trabajo y soy capaz de poner en peligro a mi tripulación? —soltó a bocajarro.

Fede se quedó pasmado. Ese tipo de opiniones eran las que recorrían los pasillos del ARQUA respecto a Marcos. No esperaba la pregunta y no estaba preparado para contestarla. Entreabrió los labios para decir algo, pero Marcos se anticipó:

—Nos vamos. Prepara todo, levemos anclas y volvamos al puerto.

Marcos sabía que ninguno de sus dos compañeros saldría a tomar algo con él. De hecho, tenía la certeza de que en ese mismo momento estarían en la cubierta con una lata de cerveza bien fría entre las manos. Tenían prohibido consumir alcohol en el barco, pero decidió no pasar por allí para no verlo. Pidió un nuevo tercio al camarero y se dedicó a contemplar el trasiego de personas por la acera de la calle.

No había dado el primer trago cuando, enfundada en unos vaqueros ajustados y con una camiseta clara sin dibujos, la vio llegar con un caminar tranquilo, como si se deleitase al hacerlo, con una cazadora colgada del hombro y sujeta por una de sus manos. Llevaba el pelo suelto, caído sobre sus hombros y una sonrisa que dejaba entrever sus dientes blanquecinos.

—Hola —su voz sonó dulce.

—Hola, no me estarás siguiendo, ¿no? —le dijo Marcos devolviendo la sonrisa.

—Quizás —contestó haciéndose la misteriosa y echando a andar de nuevo.

—Un momento —se levantó tratando de retenerla—. No espero a nadie. Si quieres, puedo invitarte a algo, si no tienes nada que hacer, claro.

—Estaba dando un paseo y ya me iba.

—¿Cómo te llamas? —esperó y tras un breve silencio continuó—. Es por si tengo que llamarte de algún modo.

—María.

—¿María? Venga ya. Será María algo o algo María, nadie se llama María a secas.

—Yo sí.

—Además, en la cadena que llevas en el cuello pone otro nombre. ¿Qué pone? A ver… Imilce. ¿Imilce? —la interrogó con la mirada y ella le sonreía sin apartar la vista de él. Está bien, puede que te llame así: Imilce.

Hablaron durante un rato. Ella pidió un zumo y él otra cerveza. La conversación derivó en lo que hacían, y a qué se dedicaba cada uno.

—Estoy preparando unas oposiciones, estudio por las mañanas y por las tardes, descanso, paseo y si hace buen tiempo me baño en el mar. ¿Y tú?

—Soy submarinista, trabajo en un barco y ahora tenemos que hacer un estudio en la playa de Veneziola.

—¿Y en qué consiste? ¿Para qué tienes que bajar al fondo?

—No puedo decírtelo, es un secreto. Si te lo cuento, después debería matarte —dijo Marcos utilizando un tono burlón y su sonrisa pícara—. En serio, tengo que analizar algo que han encontrado allí.

—Interesante. Lo siento, se me hace tarde y debo marcharme. Tengo cosas que hacer.

—¿Sí? ¿Tienes que hacer algo más importante que tomar otro zumo conmigo?

—Sí, pero no puedo decírtelo. Es un secreto. Si te lo cuento, después debería matarte —dijo devolviéndole la broma con su permanente sonrisa, mientras se levantaba y se despedía.

—¿Te volveré a ver? —le preguntó Marcos levantándose.

—Es muy posible. Vivo por Veneziola.

—¿Por dónde? ¿Puedo acompañarte?

—Adiós...

La joven se marchaba con su movimiento de caderas mientras sus pantalones vaqueros hacían que algún comensal volviese la mirada hacia ella. Caminaba con ligereza, aunque no muy rápida. Parecía flotar junto a los pantalanes del puerto.

‹‹María... Yo también estaré por Veneziola. Tengo que enterarme de dónde vives››.

Apuró la bebida y se dirigió hacia su coche. Llevaba tres cervezas encima y no quiso arriesgarse a tomar una más. Quería llegar pronto a su casa, cenar algo y quizás dar un pequeño paseo por el barrio para despejarse. Se fijaría en las luces de los chalés para ver cuál estaba habitado y cuál no. ¿Quién sabe? Quizás sorprendiese alguna vecina tirando la basura por la noche. Al cerrar los ojos e imaginar a María tirando la bolsa en el contenedor, se animó. Puede que después de todo, hubiera sido un golpe de suerte que le destinaran a este proyecto.

* * *

El hallazgo

Aquella tarde había bastante revuelo en las obras del chalé de la familia Ruiz Almansa. Los nervios, las llamadas de teléfono y alguna que otra amenaza dieron por finalizada la jornada unas horas antes de lo previsto. El motivo fue el hallazgo de unos restos óseos, allí dónde excavaban para instalar el vaso de la piscina. No era un hueco demasiado profundo, pero sí lo suficiente para descubrir lo que aparentemente era un antiguo enterramiento. Además de los huesos, aparecieron junto al esqueleto un casco, una espada y algunos otros trozos metálicos que podrían ser broches o hebillas.

Luis Silva, el encargado de la obra actuó con rapidez tapando el hueco, consultando con sus superiores y reuniendo a la cuadrilla en la caseta que tenía a modo de oficina. Cuando les habló, les pidió máxima discreción y no hablar con nadie sobre el asunto, además de

concederles el resto de la tarde libre. Les anunció una paga adicional por no airear este tema.

Los trabajadores, todos más interesados en la mejora económica que en la importancia o no del cadáver encontrado, celebraron con cierta alegría el compromiso de no revelar el secreto. Todos, incluso uno llamado Ramón Ortega, que acariciaba nervioso un puñal de hierro que portaba en su bolsillo lateral del pantalón y que había sido encontrado junto a los huesos. Ya había llamado a un amigo suyo para pedirle que indagase y buscase algún posible comprador.

Al salir Ramón de la obra y de camino a su casa, una llamada le confirmó que ya habían localizado a un posible cliente cercano, de la zona de La Manga–Cabo de Palos, muy interesado en el puñal. La suerte le sonreía y ese mismo mes juntaría su paga, una gratificación extra y la cantidad que pudiesen sacar por el cuchillo, algo que le vendría muy bien a su precaria economía familiar.

5
Recuerdos del pasado

La investigación

—Haz lo que consideres necesario, Víctor, pero la obra no puede pararse.

—Déjelo en mis manos, don Fernando.

—El problema es que el asunto ya ha pasado por varias manos.

—Actuaremos como en otras ocasiones. Limpiaremos la zona y colocaremos algunas piedras que puedan haber causado confusión con restos óseos.

—¿Y el del puñal?

—Lo tenemos identificado por un chivatazo. Mis hombres lo recuperarán y el trabajador causará «baja justificada». Al resto se le recomendará no contar nada.

—¿Podemos fiarnos de eso?

—Hablé con Luis Silva, el encargado, y me dijo que el tal Ramón, que era nuevo, no conocía a nadie más de la cuadrilla y tampoco tenía demasiado trato con ellos. Me ha facilitado su dirección. En el fin de semana no trabajan. El próximo día hábil le buscarán un sustituto.

—¿Y la policía?

—Nosotros nos encargamos. No se preocupe, don Fernando. Esto ya ha ocurrido más veces.

—Sí, pero no con un cadáver.

—Son restos muy antiguos, nadie los reclamará.

—Bien lo dejo en tus manos. Mantenme informado.

Cuando Víctor se despidió de Fernando Arteso se quedó pensativo frente a los restos del desayuno. El promotor tenía

asuntos urgentes que tratar esa mañana en Cartagena y la conversación entre ambos fue breve y directa.

Pidió un nuevo zumo y aprovechó que los comensales de las mesas de al lado se habían levantado para hacer algunas llamadas. Le gustaba el Hotel Las Gaviotas para desayunar y decidió quedarse allí, a la entrada de La Manga, para recibir algunos de sus hombres y dar las instrucciones precisas.

Había dormido poco. La tarde anterior fue avisado por Fernando Arteso del hallazgo de los restos y a la hora de la cena ya había localizado al posible comprador. Las intensas gestiones concluyeron con un acuerdo mediante el cual, el comprador podría adquirir la pieza gratuitamente a cambio de su silencio y la entrega del vendedor. Si este fuese el propio Ramón, allí mismo solucionarían el problema, liquidando a ambos y haciendo desaparecer sus cuerpos. En caso de haber un intermediario, usarían métodos de persuasión para obtener información sobre todos los implicados. Una vez los tuviesen, irían eliminando a cada uno por su lado, tratando de que no se relacionasen entre sí, tal y como ya tenían previsto. Víctor no estaba dispuesto a negociar y dejar testigos con vida.

El día había transcurrido con tranquilidad, aunque la mala suerte se había cebado con ellos. A mediodía fue descubierto un cuerpo flotando junto a unos acantilados del Cabo de Palos, entre el Arco de los Reyes y la playa del Descargador, en una zona de difícil acceso y poco frecuentada, donde la curiosidad al asomarse podría haber hecho resbalar a la víctima, caer y golpearse contra las rocas. Sus hombres se habían asegurado de que en las casas colindantes no hubiese nadie, por lo que difícilmente habrían visto como estos lo empujaban y caía al vacío.

El rescate se coordinó entre las dotaciones del cuartel del Cabo de Palos y el GEAS, el Grupo de Especialistas de Actividades Subacuáticas de la Guardia Civil de Cartagena, demorándose el rescate debido a la complejidad del acceso al cuerpo hallado. Uno de los hombres de Víctor informaba puntualmente de las evoluciones de los agentes desde una improvisada atalaya, en una de las urbanizaciones de aquella parte de los acantilados.

Mientras, sobre las nueve de la mañana, en una urbanización del kilómetro seis de la Gran Vía de La Manga, los vecinos alertaron de una alarma de reloj que sonaba sin parar en uno de los apartamentos. Algunos de ellos habían quedado con el propietario para salir a pescar y llevaban bastante tiempo esperándole. Su coche permanecía en el aparcamiento y decidieron llamar al 112 por si le había pasado algo. Ninguno de ellos se esperaba que, en el interior del piso, yaciese en el suelo el dueño tras haber decidido quitarse la vida inyectándose una sobredosis letal. Tras forzar la puerta la Guardia Civil y acceder a la vivienda, le encontraron en el suelo del cuarto de baño, rodeado de una jeringuilla usada, una pequeña bolsa con un polvo blanco en el interior, una goma para el brazo, una cuchara y un mechero. En apenas tres horas, ya tenían preparado el informe, realizado las fotos correspondientes, la toma de datos e interrogatorios a los vecinos, y el juez ya había dado la orden para el levantamiento del cadáver.

No obstante, Víctor sabía que la Guardia Civil rápidamente lograría establecer la conexión entre ambos cadáveres y acabarían visitando la obra en la que uno de ellos trabajaba. A primera hora de la mañana del día siguiente haría una visita al chalé de la familia Ruiz Almansa, para hablar con el encargado, darle instrucciones y avanzar con rapidez en la instalación del vaso de la piscina.

Llegó hora y media antes de que llegara la cuadrilla, acompañado de alguno de sus hombres.

—¿Estás solo?

—Sí, Víctor —contestó el encargado.

—Don...

—Sí, don Víctor, estoy solo.

—Bien, vamos a la caseta. Mis hombres limpiarán y adecuarán la zona —hizo una seña y comenzaron a descargar material de los coches, mientras ellos entraban en la oficina.

—Van a dejarte algunas piedras de no sé qué mineral con forma de huesos. Si hubiese algún problema y se presentase la policía

preguntando por restos humanos, se los enseñas y les dices que alguien debió ver lo que no era.

—No se preocupe, así se hará.

—Y cuanto antes acabéis la instalación de la piscina, mejor. —El encargado asintió en silencio—. ¿Por cierto, crees que habrá algún problema con los trabajadores?

—No creo, les dijimos lo de la gratificación y parece que eso les importa más que buscarse complicaciones.

—Una buena elección. No obstante, si detectas que alguno pueda causar algún problema, me lo dices y mis hombres se encargan de persuadirle.

Luis Silva quedó en silencio, mirando el brillo de sus ojos y sintiendo por dentro un escalofrío que lo mantenía alerta.

La mala suerte seguía cebándose con él. La Guardia Civil no tardó mucho en establecer la conexión entre ambos muertos sin necesidad de realizar una investigación exhaustiva de teléfonos móviles o demás comprobaciones rutinarias. Dos sospechosos de suicidio en la misma zona y el mismo día, sin documentación, móviles o posibilidad de reconocimiento fácil, alertó a la dotación del cuartel del Cabo de Palos. Esa misma tarde, vecinos del trabajador fallecido fueron interrogados e informaron de que formaba parte de una cuadrilla en una obra en la zona norte de La Manga. Una patrulla se presentó en la obra al día siguiente, algunas horas después de la limpieza efectuada por los hombres de Víctor y de que se asentase la piscina por parte de la cuadrilla de la obra. Vinculada la primera víctima al tráfico de piezas arqueológicas, al llegar al chalé de los Ruiz Almansa donde trabajaba la segunda, solicitaron todo tipo de datos e información. Tomaron declaración a compañeros y encargado y, al ver el estado del terreno con tierra removida y unas piedras encontradas con formas óseas, avisaron a los servicios de arqueología de la Universidad de Murcia. En el requerimiento constaba el análisis de los restos y piedras halladas en el transcurso de la construcción de una vivienda. Precintaron la parcela hasta no haber concluido ese estudio.

El equipo de Víctor había trabajado bien. Retiraron los restos óseos encontrados y se aseguraron de que no hubiese nada más alrededor, limpiaron la zona y ese día consiguieron excavar un metro más de profundidad en la zona del vaso de la piscina. Lo que no pudieron evitar fue que la cuadrilla se notase nerviosa ante los acontecimientos y la visita de la Guardia Civil.

El equipo que realizó la limpieza del terreno del chalé de los Ruiz Almansa se encargó también de retirar los restos óseos encontrados, trasladarlos a otra promoción que tenía Fernando Arteso algo alejada de la primera, la cual estaba en una fase inicial de construcción bajo un nombre distinto, cavar una pequeña fosa allí y enterrarlos. Víctor quería evitar trasladar los huesos en el maletero de alguno de sus coches y poder ser interceptado por algún control de la Guardia Civil. Si hubiese algún problema o debieran iniciar alguna búsqueda, la nueva ubicación sería un lugar dónde seguramente no mirarían, ya que la gran mayoría de las parcelas disponibles y muchas de las entregadas estaban a nombre del promotor, y esta última constaba a nombre de una empresa pantalla. Más adelante ya decidirían si trasladar los restos o no fuera de La Manga, a un paradero lejano.

Desde el ático alquilado, Víctor tenía buena visibilidad tanto de las operaciones que se ejecutaban en el Mar Menor como de la obra del chalé de los Ruiz Almansa. Tan solo el ramaje de un árbol le ocultaba parte de un lateral de la construcción. Apuntó los telescopios hacia allí y puso a uno de sus hombres a vigilar lo que sucediese en la parcela. Desde su posición, asistió a la llegada de la patrulla, a la revisión sobre el terreno y a los interrogatorios de los trabajadores. Todo ello, unido a la comunicación telefónica directa con Luis Silva, el encargado, le permitía estar informado de todo lo que iba sucediendo. Tan solo quedaba esperar, dejar que la investigación llegase a un punto muerto en la obra y decidiesen dar por concluida su actuación allí y seguir buscando indicios por otro lado. Al ser notificado de la inminente visita de un equipo arqueológico prevista para el día siguiente, dio instrucciones para la vigilancia de la casa y para ser avisado de la llegada.

Tenía todo controlado excepto un asunto importante. Antes de inyectar una dosis letal a Ramón el trabajador, este confesó la

existencia de un intermediario entre él y el traficante de arte. Disponían de algunos datos para comenzar la búsqueda y debían encontrarle antes de que lo hiciese la Guardia Civil. Estos, cuando obtuviesen los datos de posicionamiento GPS y llamadas de los móviles de los dos fallecidos, localizarían al enlace entre ambas víctimas. Debían actuar con rapidez. No dudó en coger su teléfono y hacer una llamada a quien podía facilitarle su labor de búsqueda. Una voz grave y enérgica le atendió. Tras una escueta conversación colgó y a partir de ese momento quedó a la espera de resultados.

Apoyado en la barandilla de la terraza, repasaba mentalmente las acciones que habían realizado y las que quedaban por hacer. Tenía dos frentes abiertos: por un lado, un equipo de arqueólogos subacuáticos se sumergía en las aguas del Mar Menor para analizar algo, fuese lo que fuese, que no debía salir a la luz. Y él debía encargarse de persuadir al responsable del informe para que así fuese. Por el otro, un grupo diferente de arqueólogos iba a visitar la obra de su cliente y el resultado, al igual que el caso anterior, debía ser que no hallaran nada. Por un momento pensó en eliminarlos a todos, enterrarlos y ver si eran capaces de excavarse y recuperarse ellos mismos y comprobar si eran buenos en su trabajo. Rio su ocurrencia, pero al acabar, un brillo en sus pupilas le delató: quizás no fuese mala idea la de sepultarlos. Él cumpliría sus encargos y podría tomarse un descanso para malgastar sus pingües beneficios.

* * *

El accidente

—Un poco más adelante, más…, más… Ahí vale. ¡Suéltalo! —Marcos daba instrucciones para descargar y hundir el material de trabajo sobre la zona escogida—. Voy abajo, a soltar los nudos, ve trayendo el resto de las cajas.

—Voy. —La voz de Miguel fue escueta mientras viraba la zodiac auxiliar y volvía al barco a por el resto del material.

Marcos bajó al fondo. Apenas había cinco metros de profundidad en aquella zona y colocó las cajas, de modo que no entorpecieran la labor de marcado. Desató los cabos y apiló los cofres a un lado. Ya

tenía delimitada la zona de inmersión con boyas *deco* de color naranja y en cada esquina del área a estudiar, debido a la enorme extensión a cubrir, señalizó con banderas rojas con una franja blanca en diagonal para informar del peligro de buceadores trabajando. Por su parte, Fede ya tenía izada la bandera *alfa*, azul y blanca en el barco estacionario, para que fuese visible desde una distancia mayor, en una zona frecuentada por lanchas y motos náuticas. Emergió para recibir de nuevo la zodiac de Miguel con el resto de material.

Las siguientes horas las dedicó a parcelar el fondo, estableciendo una cuadrícula con cabos finos para documentar la posición de los posibles hallazgos y facilitar la tarea de fotografiado. La irregularidad del terreno, y los obligados descansos entre inmersiones, le hicieron demorarse un poco más de lo previsto.

No había agotado aun sus últimas botellas, cuando ya tenía parcelado el fondo marino y había comenzado a realizar las primeras fotografías para el informe. Al finalizar, subieron el material sobrante a la zodiac y tuvo que esperar bajo el agua un tiempo que le pareció excesivamente largo, hasta que Miguel volvió con la barca auxiliar a por él y a por los últimos bultos.

Ató el cofre al cabo que le había tendido y vio cómo este comenzaba a subir hacia la superficie. Se agachó para coger algunos enseres suyos que quedaron en el fondo y al levantarse, la caja le golpeó en la cabeza y el cabo utilizado para izarlo, también. Miró desconcertado y dolorido hacia arriba y vio como el motor de la zodiac arrancaba y las hélices comenzaban a girar, haciendo a la pequeña lancha virar y dirigirse hacia el barco.

‹‹Maldito seas, cabrón››, se repetía una y otra vez mientras nadaba con rabia hacia el barco, soltando todo aquello que le molestaba por el camino, botella, regulador y linternas. Se encaramó a la escalerilla por la que previamente había subido Miguel, se quitó las aletas y se las tiró mientras le gritaba.

—¡Has estado a punto de matarme, hijo de puta!

—Yo no he hecho nada, se soltó el cabo. Volví aquí a por otro.

—Lo has hecho aposta, cabrón.

—Ha sido un accidente. Tú deberías saberlo que eres experto en provocarlos.

El momento había llegado. Miguel explotó recriminándole la culpa por el accidente que acabó con la vida de Ángela Santisteban, una joven arqueóloga y novia suya con la que compartía el proyecto de un barco hundido en Cabo Cope. Miguel y él habían discutido el día en que se encaprichó de ella, producto de un exceso de alcohol, en un fin de semana que salieron todos de fiesta. Ella le rechazó y Marcos, dolido por ello y por el ridículo que le hizo pasar, decidió enviarla, en calidad de director de proyectos, a un pecio fenicio frente a las costas de Mazarrón para separarlos. Ella no era quien debió subirse a aquel coche que acabó despeñándose por la Sierra de la Muela, acabando con su vida y la de los otros tres ocupantes.

Miguel nunca se lo perdonó. Le culpaba a él, no tanto del accidente como de haber elegido a Ángela para que fuese en ese viaje. Perdió a su novia y sus ganas de vivir en aquella mañana aciaga de mayo. Varios días después del entierro fue al puerto a buscar a Marcos, que acababa de atracar y sin mediar palabra, decidieron discutir sus posturas a base de golpes y puñetazos. La jornada acabó con la visita de su jefe, Santos, a la comisaría de policía para interceder por ellos y sacarlos de allí. Desde ese momento ya no volvieron a coincidir en ningún pecio, trabajo, proyecto o reunión, algo que tampoco contribuyó a que dejase de crecer el odio entre ellos.

—Yo solo le dije a Ángela que debía incorporarse al proyecto de Mazarrón. No la obligué a subir al coche —continuaba la discusión.

—Ella no era quien debía haber subido —contestó Miguel apenas a un palmo de su cara—. Tú fuiste el responsable.

—Ah, ¿sí? Pues la Guardia Civil dijo en el atestado que había sido por un fallo en los frenos del coche —le escupió la cara—. ¿No eras tú el responsable del material del departamento? Ese coche lo debías haber revisado antes de entregarlo. Fue una negligencia por tu parte y la muerte de Ángela fue culpa tuya…

No terminó la frase al encontrarse con el puño de Miguel partiéndole los labios. El intercambio de golpes fue feroz y en pocos segundos ambos sangraban abundantemente y los moratones buscaban huecos en sus pieles.

Fede no tardó mucho en llegar, separarles a empujones y mediar entre ellos con un bichero para recoger cabos del agua, cuya punta amenazaba a uno y a otro, haciéndoles mantener una distancia de seguridad.

—En el barco, no. Todos estamos muy nerviosos. Acabemos este trabajo y volvamos a la rutina cuanto antes —dijo Fede con una autoridad poco usual en él—. Recojamos y levemos anclas. Volvemos al puerto.

—Hijo de puta. No fueron los frenos. Un coche los sacó de la carretera. Ella no debió haber subido nunca en él.

—¡Basta ya, Miguel! He dicho que nos vamos. Cada uno a lo suyo —gritó de nuevo Fede, imponiéndose a ambos.

—Tengo que recoger la bombona de aire y el regulador —contestó Marcos tratando de recuperar su autoridad.

—Déjalas ahí. Apenas hay bañistas y está muy lejos de la playa. No creo que nadie se lleve nada. Volvamos —dijo esta vez con un tono más conciliador.

Dieron por concluida la jornada. Levaron anclas y se dirigieron al Puerto Tomás Maestre, llegando poco antes de la hora de comer. Fede y Miguel se quedaron en el barco para terminar las labores de atraque y él se dirigió al restaurante Falúa, donde una cerveza bien fría le esperaba sobre la barra nada más entrar.

En apenas dos tragos la vació, y antes de dejarla sobre la barra, una nueva cerveza le esperaba. Pidió un bocadillo de lomo con queso para hacer algo de tiempo por si sus compañeros se acercaban a tomar algo con él. Pero algunos botellines más tarde desistió y decidió irse a su casa a comer.

—¿Ya habéis terminado por hoy? —le preguntó el camarero.

—Sí. Ya tenemos todo preparado. Mañana comenzamos en serio. No veo el momento de acabar este proyecto —dijo mirando a través de las cristaleras hacia el punto de amarre donde remoloneaban sus compañeros.

Apuró el botellín, cogió el bocadillo y se dirigió a su coche. Este estaba aparcado cerca del punto de amarre y al pasar por allí miró

con disimulo hacia la cubierta, donde Fede y Miguel compartían unas latas de cerveza y comían unos sándwiches envueltos en papel de aluminio. Marcos no quiso acercarse ni decirles nada. Condujo en dirección a su casa. Al llegar ya no tenía hambre y se quedó dormido en el sofá por culpa de la tensión acumulada y las bebidas consumidas.

Se despertó tarde y se sentó en el porche, mirando hacia la parcela de terreno y a la lejanía, por encima de la valla. Ya había anochecido tras vaciar algo más la botella de licor de orujo y con un vaso lleno en sus manos, descubrió un pequeño bulto oscuro, moviéndose sigilosamente junto a la piscina. Trató de enfocar con sus ojos semicerrados por los golpes recibidos y el alcohol, y consiguió ver o adivinar la silueta de un gato que se había colado en su jardín.

—Pst, pst —le llamó.

El gato se paró en seco y le miró escrutándole. Sin desviar la cabeza, comenzó a caminar de nuevo hasta que Marcos le tiró una galleta salada. La olisqueó, pero no atrajo su interés.

—Lo siento, no tengo otra cosa —dijo antes de darle otro trago al licor—, ¿por qué no vienes aquí? Vamos, no te voy a hacer nada. Somos dos almas solitarias que podemos hacernos compañía en estos momentos tan tristes y difíciles.

El gato se acercó despacio, sin apartar la mirada de él, calculando o estudiándole, como si hubiese entendido lo que había dicho. Al llegar hasta su mesa dio un salto y se subió a ella, estiró las patas delanteras y enseñó las uñas, en guardia, demostrando que no le tenía miedo, pero no se fiaba de él.

—Vaya, pero si eres una gata, qué suerte la mía. Acabo de ligar —dijo divertido—. Lo siento, querida. Mi corazón pertenece a otra.

La gata se acercó un poco más hacia él, olisqueó el vaso de orujo y levantó la cabeza con esbeltez, dejando ver un colgante en el cuello que relucía frente a las bombillas del porche.

—Oh, qué pena. Ya tienes dueño, ¿eh? ¿Me dejas ver que ponen esas letras del colgante?

Alargó su mano y acarició la espalda del animal. Este no se asustó. Al contrario, arqueó su lomo y permitió las carantoñas de Marcos sobre él.

—A ver, a ver qué dice... ¡Imilce! —se sorprendió—. ¿En serio? ¿Todas las chicas guapas de esta zona lleváis el mismo colgante?

Con el último vaso de orujo servido acabó la botella. Era mucha la cantidad de alcohol que había tomado y la cabeza parecía darle vueltas y aumentar de tamaño poco a poco. La gata había perdido todo atisbo de miedo, y se acurrucó sobre la mesa muy cerca de él, permitiendo sus caricias.

—Tú también necesitas compañía, ¿verdad? ¿No tienes ningún gato por ahí que te guste? —susurraba mientras pasaba su mano por el lomo.

La gata abrió la boca y le enseñó sus dientes blancos y perfectos. Luego abrió los ojos y le miró fijamente. Eran verdes de una intensidad tal que la cabeza de Marcos comenzó a buscar dónde había visto otros igual.

—Claro, Imilce… Eres igualita a ella, a María. No serás tú, ¿verdad? No, claro, con ese cuerpo de gato... Aunque te pareces mucho, tienes el pelo negro como ella, los ojos verdes y una mirada especial que parece querer decir algo. Y lleváis el mismo colgante… Pero… ¿qué diablos hago hablando con un gato? Venga, baja de la mesa. Si quieres, voy a por un poco de leche en un plato para ti y a dormir, que mañana tengo trabajo.

Se levantó tambaleándose y apoyándose en las paredes. Consiguió llegar hasta la cocina, verter algo de leche en un plato y en la encimera, y volver al porche derramando solo la mitad por el camino.

—¿Gata? ¿Dónde estás? —La buscó al llegar—. ¿Te has ido sin despedirte?

Un maullido desde lo alto del muro le hizo mirar hacia allí. Encaramada enseñando sus dientes y bufando, la gata parecía despedirse divertida de él. Luego, de repente, dio un salto hacia la calle y desapareció.

* * *

La partida
Cástulo, Oretania. Año 220 a.C.

Los festejos de la pedida de mano acabaron al quinto día de celebración. Además del compromiso de los novios, se trataron acuerdos y pactos entre los dos pueblos y se estrecharon y negociaron intercambios de mercancías y suministros de materias primas para los púnicos. Hubo juegos y pruebas de habilidades con arcos, lanzas y luchas para deleite de la población.

Algunas partidas oretanas ya habían comenzado a marcharse y otras ultimaban los preparativos para hacerlo. El ejército cartaginés formaba desde la primera hora de la mañana para escoltar a su general y a su flamante y futura esposa hacia Qart Hadasht. Sobre la muralla, el rey Mucro, la reina y las autoridades de Cástulo despedían a guerreros, parientes y soldados en un ambiente que todavía derrochaba alegría, tras los intensos días de ceremonia.

A la derecha del rey Mucro, algo alejado de él, un serio Bodilkas que se asomaba junto a Dalko y Vasemín, no quitaba ojo de la puerta de la ciudad. Cuando la atravesaron Aníbal e Imilce cogidos de la mano y seguidos por algunos estandartes, los hermanos del general, las doncellas y la escolta de la princesa, no pudo evitar que unas minúsculas lágrimas humedecieran sus ojos.

Su sobrina, la joven guerrera Dayra, buscó a los suyos sobre el muro y se despidió de padres y hermanos con ligeras inclinaciones de cabeza hacia ellos. Cuando descubrió a Bodilkas sus miradas se cruzaron. El enorme oretano llevó su puño derecho al corazón, golpeándolo dos veces mientras su cabeza asentía. La joven repitió el gesto sin desviar la mirada y un movimiento de sus labios parecía decirle algo. No podía escucharla, pero le pareció intuir un «no te preocupes, todo irá bien».

Tras el séquito de la princesa marchaba la escolta personal de Aníbal, comandada por Serbal, un corpulento púnico que parecía haber notado ese breve diálogo entre tío y sobrina. Se giró para sonreírle maliciosamente mientras volvía a fijar su vista con descaro sobre el cuerpo de la joven Dayra.

Bodilkas se estremeció. Sabedor de la belleza de su sobrina, intuyó problemas no tanto derivados de la seguridad y protección de la princesa, si no de la propia joven oretana en un mundo lleno de bárbaros y salvajes que no entendían de respeto hacia una mujer.

El cortejo subió a los carros preparados para ellos, y al toque de trompas y cornetas, el enorme ejército púnico comenzó a moverse en dirección al sur, buscando abandonar las tierras pobladas de encinas y alcornoques y dirigiéndose hacia Qart Hadasht, la enorme ciudad amurallada, capital del imperio cartaginés en Is-pan-ya.

6
Viaje al litoral

Llegada a Cabo de Palos

—Perdonen el retraso.

Algunas miradas abandonaron los móviles o pantallas de las tabletas o portátiles. Se oyeron algunos suspiros y afloraron gestos de fastidio. Ana era la última en incorporarse a aquella reunión y tras tomar asiento, revisó una por una las caras del resto de asistentes hasta comprobar con alivio que ninguno de ellos era de Recursos Humanos.

—Bien, empecemos, no tenemos mucho tiempo —comenzó Adrián Casas, el responsable del equipo.

Todos abrieron sus cuadernos de notas excepto Ana, que con las prisas olvidó cogerlo y movía las manos nerviosas, tratando de que no se notase demasiado su descuido.

—Ha sido hallado lo que parece ser el arranque de un murete en Bullas, cerca de la villa romana. Creo que se acotó el perímetro y no parecía haber nada fuera de él. Podría pertenecer a alguna otra construcción. Luis, tú te encargas de analizarlo —dijo señalando a uno de los compañeros de Ana.

—¿Voy solo?

—Sí. Marga va a ir a Mula a comprobar otros restos de cerámica hallados en una finca. Si queréis ir juntos, pasar primero por un lugar y luego por el otro, a mí me da igual. Pero el lunes quiero dos informes, en mi mesa. ¿Estamos?

Los dos aludidos se miraron y asintieron en silencio. El responsable dio por hecho que irían juntos, pasó la hoja del cuaderno y leyó brevemente su contenido antes de fijarse en Ana.

—Ana, te vas de excursión —dijo mirándola y comprobando su gesto de satisfacción—. Nos ha llamado la Guardia Civil. Parece ser que ha habido un hallazgo de unos restos humanos en una obra que se está realizando en La Manga, y no tienen claro si son piedras o no. Algo raro deben haber visto y nos han solicitado que analicemos la zona. Creo que investigaban algún asunto y debe ser importante para ellos ver si hay algo más por ahí y en caso de encontrarlo, hacer la datación.

—¿Tendré ayuda?

—Si encuentras a alguien que te quiera acompañar, dímelo, aunque creo que están todos hasta arriba de trabajo.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Si vais a ir dos, tenéis cinco días máximo. Eso sí, tienes que salir ya. Nos esperan con urgencia.

Ana recibió una copia del informe previo con la dirección y algunos datos de la obra, constructora y promotor.

—¿Está allí la Guardia Civil?

—Sí, pero pásate primero por el cuartel del Cabo de Palos. Pregunta por el sargento Hontoria de Frutos y él te pondrá al día de todo aquello que no venga aquí —dijo señalando el informe—. Vamos, mueve el culo que te están esperando. Vosotros también. Id saliendo.

Dieron por terminada la reunión y todos se levantaron con gran estruendo de sillas, papeles y carpetas. Cuando se disponía a salir, oyó su nombre a su espalda.

—Ana —levantó la voz mientras ella se giraba—. Una de las últimas veces que trabajamos con los agentes del puesto del Cabo de Palos, las cosas no salieron del todo bien, ¿vale? Ya sabes, mucha mano izquierda y si hay problemas me llamas.

—OK —asintió.

—Si vas a decirle a alguien que te acompañe, hazlo ya. Necesito que salgáis cuanto antes. Si no, irás sola, pero arreando, no me pierdas tiempo.

—Voy, me llevo a Pedro.

—¿Pedro?

—Es el único al que puedo engañar y no se enfadará mucho conmigo.

—Vamos, saliendo —dijo haciendo un gesto con la cabeza y señalando la puerta.

Ana se acercó con determinación a la mesa de Pedro que andaba inmerso en la lectura de algún informe. Apoyó las manos sobre ella y le dijo con autoridad:

—Ha dicho tu jefe que te vienes de viaje conmigo. Recoge, que tenemos prisa.

—¿Qué? Si no tengo nada, que…

—Esta tarde te compras unos calzoncillos y una camiseta para que te puedas cambiar. Venga, nos están esperando.

—¿Quién? ¿Dónde vamos? —dijo mientras se levantaba como un autómata sin haber digerido aún las órdenes.

—A La Manga. Nos vamos a la playa.

—¿En serio? ¿De vacaciones a tomar copas en un chiringuito?

—Mucho mejor que eso. Vamos a excavar a petición de la Guardia Civil y hacer un bonito informe cuando acabemos.

—Pues qué romántico, ¿no?

—Voy a por el coche, te espero luego en la puerta.

—¿Vamos a dormir allí o volvemos a Murcia? Lo digo por lo de los calzoncillos…

—Si te llevas bien con los de secretaría, pide que nos gestionen alojamiento, si no, a dormir a la playa.

Salió de la sala sonriendo. No le había costado mucho convencerlo.

Miró su reloj y calculó la hora de llegada al Cabo de Palos. Era la primera vez en mucho tiempo que tendría algunos días de trabajo al aire libre. Cerró los ojos y se imaginó las olas del mar, el tacto de la arena mojada en sus pies, el olor a salitre y a tierra removida. Volvió a sentirse fresca, viva e ilusionada. También estaba algo nerviosa. Si todo salía bien ganaría bastantes puntos para que la eligieran a ella en otra salida, incluso por qué no, en alguna de las excavaciones permanentes de la Universidad.

A petición de Pedro, antes de salir en dirección a Cartagena, se acercaron hasta su apartamento. Ana se quedó en doble fila

mientras su compañero subía para hacer una apresurada mochila con algo de ropa y algunos accesorios y productos de aseo personal. Algo más tarde, repitieron la misma operación en casa de Ana, donde esta se demoró un poco más, llevando una maleta de viaje que por las dimensiones y peso parecía preparada para una larga temporada.

Viajaron en el Seat Ibiza de color blanco de Ana, un modelo bastante antiguo que consumía tanto aceite como gasolina. Era un modelo antiguo en el cual, algunos botones habían dejado de hacer las funciones para las que fueron diseñados y ejecutaban tareas elegidas al azar o programadas por algún ingeniero demente. Se recordó por enésima vez que debía llevar el coche al taller mientras continuaba accionando interruptores hasta que dio con el encendido de la radio. Saliendo de Murcia y ya en la carretera hacia Cartagena, Pedro terminó de gestionar el alojamiento para una semana en el Hotel Las Gaviotas de La Manga, al teléfono con la secretaria del departamento. Colgó una vez pasado el Puerto de la Cadena, cuando el coche enfilaba la bajada hasta el Mar Menor.

Comieron en una venta rodeados de agricultores y transportistas, y después de media hora tras haber retomado el camino, aparcaban frente al edificio de la Guardia Civil en el Cabo de Palos. En el control de entrada al cuartel, preguntaron por el sargento Hontoria de Frutos y un agente con barba oscura los acompañó por el interior hasta su despacho.

—¿Los arqueólogos? —preguntó el sargento con voz grave y enérgica, mirando a ambos de arriba abajo y analizando y estudiando lo que veía.

—Sí, me llamo Ana Torres, él es Pedro Carracedo.

El sargento Hontoria era alto, corpulento y con las marcas en la cara de quien, tras más de treinta años de servicio, había visto de todo y tratado con los más diversos y variados tipos de personas. Sus ojos negros, a juego con su espeso bigote, se clavaban intimidatorios sobre los arqueólogos.

—Llegáis tarde. Solicitamos el servicio esta mañana.

—Hemos tenido que preparar el material y la logística —mintió Ana, aunque no del todo.

—He hecho llamar al cabo Domínguez. Él os pondrá al día y os llevará al lugar de la actuación —dijo con mucha lentitud, fijando sus ojos en los suyos y obligándola a bajarlos tras un momento tenso.

—Con su permiso —oyeron por detrás.

—Pase, cabo —ordenó el sargento.

Ana y Pedro se volvieron hasta ver un hombre corpulento, de media altura, algo más bajo que Pedro, pero con unas espaldas que casi doblaban las de este.

—Estos son los arqueólogos que nos envía la Universidad. Lléveselos al sitio de trabajo e infórmeles del asunto para que empiecen cuanto antes. Retírense, por favor, tengo asuntos urgentes que tratar.

Ana sintió una mezcla de escalofrío ante la sequedad del sargento y alivio ante la salida del cuartel. Iban siguiendo el coche patrulla de Domínguez por la Gran Vía de La Manga, cuando recordó las palabras de Adrián, diciéndole que las relaciones entre ambos organismos no eran del todo buenas y debía tener mano izquierda.

Cuando llegaron al punto kilométrico 17, les estaba esperando el agente Losada, junto a la obra. Entre ambos les fueron poniendo al día de todos los datos de la investigación y la naturaleza de los trabajos a ejecutar, mientras realizaban una inspección ocular bajo la atenta mirada de los agentes. Quedaban pocas horas de luz y Ana prefirió emplearlas en fotografiar el estado del terreno y en echar un vistazo a las parcelas colindantes. Una hora y media después escaseaba la claridad y comenzaba a anochecer, por lo que dieron por concluida la primera jornada de trabajo.

Se marcharon al Hotel Las Gaviotas para hacer el *check in*, dejar sus pertenencias en las habitaciones y salir a cenar por la zona. La patrulla de la Guardia Civil se quedó para vigilar la obra hasta que les llegase el relevo. Ana pensó que sería un trabajo fácil.

Esas no fueron las únicas fotos que se hicieron por la tarde. Desde su atalaya, el equipo de Víctor había filmado y fotografiado la

llegada de los arqueólogos. Consiguieron unos buenos primeros planos con potentes teleobjetivos. Víctor sonrió satisfecho mientras decía para sus adentros:

—Comienza el baile.

* * *

El viaje a Qart Hadasht

Algún punto intermedio entre Cástulo y Qart Hadasht, Oretania. Año 220 a.C.

El Ejército púnico avanzaba con lentitud. Aníbal no quería imprimir el ritmo habitual de las campañas de guerra para no agotar a su futura esposa, ni a su séquito. Por otro lado, aprovechaban para visitar ciudades y poblados que encontraban al paso para anunciarles el compromiso ya oficial, aunque las noticias ya habían llegado a casi todos los rincones de I-span-ya. Las poblaciones se sentían dichosas al ver llegar el contingente cartaginés, pero más aún cuando los veían marchar sin haber tenido que luchar para mantener intactas sus casas.

Por el camino, el general recibía correos e informadores que cabalgaban desde los confines de aquellas tierras de conejos a donde los intereses del imperio habían llegado. Algunos eran atendidos sobre la marcha. En aquellos casos más importantes, el ejército hacía una parada y se montaba una tienda de mando para dirimir y decidir las cuestiones que le preocupaban.

La Princesa Imilce aprovechaba las paradas para pasear por aquellas tierras pobladas de encinas y alcornoques, como si se despidiese de ellas o se aferrase a los recuerdos de lo que hasta ese momento había sido su vida. Si algo temía la hija del rey Mucro, era que su futuro esposo decidiese ir a vivir a su ciudad natal, más allá de la gran masa de agua que la separaba, rodeada de palmeras y hombres de pieles oscuras y lenguas extrañas. Ella sabía que, si algún día subía a uno de esos barcos, dejaría de ver a su familia y a su pueblo.

Las doncellas y su escolta personal le acompañaban en sus paseos. Buscaban zonas frondosas junto a los ríos, lejos de las

miradas de los rudos soldados, donde poder aliviar sus necesidades corporales, bañarse y asearse para eliminar el polvo del camino.

La joven Dayra procuraba buscar otro momento, ya que debía montar guardia alrededor de la zona en la que estaba la princesa y no permitir que nadie se acercase. Cuando regresaban a las tiendas, la cercanía del general y la plana mayor del ejército, las cuatro guerreras aprovechaban la oscuridad para salir y aliviarse lejos de las miradas de los púnicos.

Ella siempre era la última en salir. Con el silencio de la noche, sorteaba tiendas, tropas y guardias, y buscaba lugares alejados amparada en sus dotes de cazadora y rastreadora. Con la espada desenvainada y un puñal en la otra mano, olía, escuchaba e interpretaba los sonidos de la noche hasta convencerse de que estaba completamente sola.

Pero no siempre pudo conseguirlo. La tercera noche, con el estómago dolorido por la condimentación de la comida púnica, descuidó su salida y un chasquido de una rama pisada la sorprendió cuando terminaba de vestirse. Se giró rápidamente y a unos pocos pasos de distancia vio a Serbal, sonriente, observando su cuerpo a medio tapar.

—Si te acercas, te mato —le amenazó levantando su espada.

Serbal la miraba de un modo extraño. No era odio ni ira, pero le atemorizaba la manera con la que sus ojos recorrían su cuerpo. El cartaginés no entendía su lengua, pero tampoco parecía ser necesario. Debió intuir lo que ella le había querido decir, pero no le importaba. Aparentaba cierta seguridad; pensó que no sería la primera espada que se interponía entre él y su presa, y si las veces anteriores no debió suponerle un problema, no vería en esta ocasión ningún impedimento tampoco.

El enorme púnico avanzaba hacia ella y su cuerpo parecía agrandarse a cada paso, llegando a tapar la luz de la luna que se filtraba entre las copas de las encinas. Sus dedos en la sombra parecían manipular algo y cuando la inmensa túnica cayó al suelo, entendió que se estaba desnudando.

Su instinto decidió con rapidez atacarle y escapar antes de que perdiese la oportunidad de la sorpresa. Lanzó un golpe directo al

corazón, pero Serbal se giró con agilidad y solo consiguió un pequeño rasguño sobre el antebrazo. El púnico terminó su movimiento golpeando con el otro puño a Dayra y esta salió despedida, siendo frenada por el tronco de una de las encinas.

Se levantó lastimada, con el costado raspado y su arma alta, impidiendo que se acercase su rival. Había perdido la baza de la sorpresa y ahora debía batirse contra él. Al contemplar su brazo, creyó que cabrían en él al menos dos como el suyo. Buscó una escapatoria y solo vio dos posibilidades: saltar por encima de los arbustos de su derecha, o tratar de alcanzar la espalda del cartaginés, y huir por la única salida de la ratonera en la que se había metido.

Serbal había sacado su espada y ella cerró por un instante sus ojos. Pensó en Bodilkas, en sus enseñanzas y su entrenamiento, en cómo tenía un cuerpo similar al de su enemigo y cómo le venció usando su astucia y su inteligencia. Volvió a abrirlos. Sabía que no podría vencerle si intercambiaban golpes. Si lo intentaba sería un error y lo pagaría caro. Su mente pensaba con rapidez buscando alternativas. Tras unos instantes en los que ambos se estudiaban, se decidió.

Entendió que su rival era buen luchador al ver sus movimientos y el modo en el que agarraba su arma, y tampoco era estúpido. Él defendería la única salida posible que tenía a su espalda. Comenzó atacando su lado diestro, tratando de moverle hacia allí. Necesitaba tener su propia derecha libre para tomar unos pasos de distancia sobre el arbusto y en el momento oportuno, correr hacia él y saltar.

El intercambio de golpes fue brutal, consiguió detener los dos primeros, pero el tercero resbaló por la hoja de su arma y rasgó su muñeca. Un intenso dolor precedió a la salida de la sangre y tuvo que dar varios pasos hacia atrás, cambiar de mano la espada y ver la importancia de la herida. No era grave, quizás algo aparatosa, pero no le impedía seguir luchando.

En el siguiente encuentro recibió un golpe en el hombro y otro en la sien que le hizo sangrar. Pero esta vez el púnico se llevó un pinchazo en el hombro que le hizo dar un alarido.

Dayra aprovechó ese momento de confusión para dar tres pasos a la carrera y saltar por encima del arbusto, recibiendo todo tipo de cortes y arañazos de las ramas de la encina. Una vez al otro lado, corrió sin mirar atrás y sin saber la suerte que había corrido su enemigo.

Al salir de la tienda la princesa, sus doncellas y su escolta, el general ya había dado la orden de levantar el campamento y comenzar la marcha. Las tropas auxiliares se quedarían recogiendo mientras ellos saldrían con las primeras unidades. Nada más salir le vio. Serbal llevaba una venda en su hombro derecho y una herida bastante fea en el otro. Instintivamente, se aferró a la empuñadura de su espada y sus músculos se tensaron.

Aníbal les llamó. Cuando ambos estaban frente a él, comenzó a explicarles que atravesarían un paso montañoso algo estrecho y quería que ambas escoltas estuviesen pendientes de la princesa. Serbal asintió y el general esperó a que el intérprete tradujese sus órdenes a Dayra. Cuando está asintió, el general iba a continuar, pero algo le llamó la atención.

Miró con detenimiento al jefe de su guardia personal y a Dayra. Contempló las heridas de uno y las de la otra. Por un instante pensó que podría haber habido una pelea y no tenía claro quién se había llevado la peor parte.

—¿Todo bien? —dijo señalando el hombro de Serbal.

—Sí. Son antiguas, pero se han abierto en el viaje.

Aníbal asintió lentamente y se dirigió a Dayra.

—¿Todo bien?

—Sí —contestó la joven cuando el intérprete terminó.

El general miró de nuevo a uno y a otro. No quería problemas entre ambas escoltas y sus ojos penetrantes no consiguieron sacar ninguna conclusión más. Se giró lentamente y dijo en voz alta, ladeando la cabeza:

—Mataré con mis propias manos a quien ponga en peligro a la princesa.

Serbal asintió y salió detrás del general, no sin antes dedicar una mirada de odio a Dayra. Esta entendió que, a partir de ese momento, su vida no volvería a ser lo tranquila y placentera que hubiese deseado. Supo que nunca más, mientras Serbal viviese, conseguiría dormir tranquila y que a partir de ese momento debía prepararse para luchar, no solo por la seguridad de la princesa, sino también por su propia vida.

Dos días más tarde abandonaron las últimas montañas y se adentraron en las tierras contestanas. El paisaje cambió. Aparecieron los páramos y la escasez de sus queridas encinas. Una nueva región se abría ante ellos, con el inmenso mar al fondo y justo antes Qart Hadasht, la capital púnica de I-span-ya, la ciudad inexpugnable de grandes murallas que se convertiría en su hogar a partir de ese momento.

Miró hacia la princesa y creyó ver lágrimas en sus ojos. También en los de las doncellas y los de la guardia oretana. Echando la vista algo más atrás, descubrió a Serbal, que la miraba y sonreía maliciosamente. Se sintió como una presa a la que estaban acorralando entre el mar y los muros de piedra de la que podría ser su prisión.

Se juró a sí misma aprender la lengua de los cartagineses, a moverse por los muros y las calles de Qart Hadasht como si fuesen sus bosques de encinas y alcornoques y, sobre todo, a no permitir que nadie la ultrajase ni le hiciese daño.

El propio Aníbal cuidaría de su futura esposa y ella lo haría de sí misma.

Unas horas después, el olor a salitre penetró en su nariz y en el cielo azul, grandes pájaros blancos volaban en bandadas graznando y chillando. Frente a ella, a lo lejos, los muros de Qart Hadasht comenzaban a crecer según se acercaban más. Dayra se quedó aturdida ante la inmensidad de aquella fortaleza, de sus edificios, palacios y templos blancos. Nunca había visto nada igual. Ese bosque de piedras sería el lugar donde libraría su gran batalla, la de su vida, la única que no podía perder.

* * *

Pelea de gatos

Fue durante el tercer vaso de orujo cuando la oyó bufar. Hasta ese momento le había mirado inquisitivamente desde lo alto de la mesa grande, donde se había subido para observarle. Marcos, recostado en una silla de playa alta con respaldo, le ofrecía a la gata negra un trago por cada copa que se sirvió, entre risas y burlas. El felino olisqueó el primero y retrocedió hasta el borde de la mesa dónde, acostado sobre sus patas y con la cabeza entre las delanteras, le miraba impasible.

Con el segundo bufido se removió inquieta y sus pelos se erizaron. Sacó las uñas, arqueó el lomo y comenzó a mover la cabeza buscando algo sobre el muro.

—¿Qué te pasa, minina? —le preguntó Marcos—. ¿Has oído algún ratón?

Apuró su copa mientras observaba a la gata. Esta ya no le miraba, se movía nerviosa mirando hacia la valla.

—Vamos, que ningún inmundo roedor nos estropee nuestra gran noche. Estoy a punto de declararme...

No llegó a terminar la frase cuando una sombra cayó desde una de las ramas del árbol más próximo a la valla. El estruendo fue tal, que Marcos, sobresaltado, cayó hacia atrás golpeándose la cabeza con la pared. Se levantó como pudo con una mano en la nuca, algo aturdido y alcanzó a ver un espectáculo que le impresionó.

Frente a él, una bola de pelo, garras y colmillos rodaba de un lado hacia otro arañándose, golpeándose y luchando en la más cruenta pelea que nunca había presenciado. Por un lado, la gata negra atacaba y se defendía con una fiereza salvaje. Por el otro, un siamés, el doble de grande que ella hacía valer su fuerza, propinando un fuerte castigo a su rival.

Marcos tuvo la impresión de que la batalla duraría poco. El siamés parecía decidido a matar a la gata negra y él, sin pensarlo apenas, se abalanzó sobre su rival para mediar por ella. El arañazo que recibió pareció tratar de cortarle el brazo en dos partes. Dio un

par de pasos hacia atrás y cogió la botella de orujo para golpear al enorme felino.

La gata negra dio un salto hacia un lado, dejando por un momento al siamés solo, situación que aprovechó Marcos para darle una fuerte patada y lanzarlo contra la pared. Como si estuviese poseído, este se incorporó saltando sobre él con las uñas y colmillos preparados para desgarrar.

Marcos blandió la botella y consiguió golpearle cuando estaba ya en el aire, lanzándole de nuevo contra la pared. El enorme gato dolorido miró a sus dos rivales enseñando sus dientes y debió dar por terminado el primer asalto al brincar sobre la valla. Desde allí dedicó un bufido que salió de dentro de su cuerpo, el cual le hizo estremecerse.

Le vio saltar hacia la calle para marcharse. Seguía impactado por la mirada de odio del animal, como si ese sentimiento fuese propio de su especie y no solo de la raza humana. Trató de retener su imagen por si se volvía a encontrar con él. Tenía el pelaje marrón claro con algunas manchas, la cola y la cabeza de color negra. No parecía ser vagabundo. Un colgante con la forma de un colmillo adornaba su cuello. Posiblemente fuese de algún chalé de la urbanización y decidió que al día siguiente lo buscaría para hablar con el dueño.

Al girarse, la gata negra le miraba mientras lamía su pecho. Debía estar limpiando sus heridas. Quiso acercarse a ella, pero esta saltó y se encaramó a la valla. Desde arriba, seguía observándole.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme quién era ese? —le preguntó Marcos desde abajo—. ¿Acaso era tu novio y estaba celoso?

La gata le abrió la boca y acto seguido saltó hacia la calle. Marcos se quedó solo.

—Vaya, qué mala suerte tengo con las mujeres últimamente. Nada de nada. Para una que no me insultaba… ¡Ingrata! ¿Así me agradeces que te haya ayudado?

7
Figuras de piedra

El exvoto

La jornada acabó sin incidentes. Una vez realizadas las revisiones visuales y tras haber fotografiado toda la superficie delimitada, había dedicado las cuatro horas de inmersión en realizar algunas catas selectivas para analizar el fondo marino. Buscaba restos de estructuras, zócalos, arranques de muros o algo que pudiese justificar la alineación de las algas en esa zona del Mar Menor. En ocasiones tuvo que elevarse hasta casi la superficie para buscar el rastro de las supuestas líneas rectas, las cuales simulaban formar el plano de cualquier yacimiento localizado con un georradar.

Sin embargo, Marcos tenía el presentimiento de que ese fondo marino ocultaba algo que la plana mayor del departamento quería tapar, y precisamente esa era la razón que le llevaba a buscar con más ahínco ese secreto de la laguna. En los dos descansos que hizo subiendo al barco, recibió las mismas preguntas y contestó con las mismas respuestas.

—¿Has visto algo? —le interrogó Fede nada más saltar a la cubierta.

—Nada de nada, ahí no hay más que algas y peces.

—Quizás debieras hacer las catas más profundas.

—No sé, hay un espesor considerable de sedimento y parece ser bastante uniforme. Aunque el fondo no es regular y hay zonas más deprimidas que otras, desde la superficie no reproduzco ninguna posible estructura.

—Puede que no hayas perforado justo encima de alguna de las líneas.

Marcos movió la cabeza asintiendo, pensativo.

—Es posible. Voy a reducir la distancia entre algunas de las catas. A ver si hay algo entre ellas.

Fede se marchó a la cabina del puente de mando y Miguel enrollaba algunos cables en la popa. Marcos se quedó sentado con la espalda apoyada en la borda. Bebía de una botella de agua a tragos cortos que alternaba con unos pocos frutos secos. Al poco tiempo se levantó y se asomó para ver el fondo.

A pesar de la transparencia del agua no consiguió distinguir nada, excepto la alfombra verde oscura que tapaba el suelo arenoso.

‹‹Qué cojones habrá ahí››, pensó.

La última de las tres inmersiones del día ofreció los mismos resultados que las anteriores: nada. Si algo escondía ese mar no parecía dispuesto a mostrárselo. En esta ocasión realizó recorridos circulares de distinto radio entre catas ya existentes. Por un momento se vio a sí mismo perforando y recorriendo el océano con una vara de un metro de longitud, buscando una moneda enterrada.

Consultó su reloj y decidió emplear sus últimos veinte minutos en el sector A3, uno de los situados más al sur de la zona delimitada. En esa zona, el fondo parecía más oscuro e irregular. Bajo la alfombra de algas un objeto gris llamó su atención. Se acercó lentamente con un movimiento de aleta apenas perceptible y encontró unas piedras bajo la vegetación marina. Las levantó con cuidado y algunos peces y un cangrejo salieron rabiosos a saludarle. Los asustó con un ligero movimiento de brazo y en el espacio que había quedado al descubierto vio una pequeña talla que asemejaba una forma humanoide. Era pequeña y cabía en la palma de la mano. Quizás era solo un trozo de roca desprendida de una mayor o un resto de alguna embarcación. La miró con detenimiento y creyó ver una estatuilla o algo parecido. Después de pensarlo bien, anotó mentalmente el lugar y sector dónde lo había encontrado, y la guardó en un bolsillo del traje sin fotografiarlo ni documentarlo.

—¿Has visto algo? —preguntó Fede al llegar al barco.

—Nada de nada. Ahí no hay más que algas y peces.

Comió en su casa, regando de vino y cerveza un bocadillo comprado en el puerto, y lo acompañó todo con una de sus pastillas de color verde claro. Antes de que su estado ebrio le hiciese cerrar los ojos en el porche de la entrada, limpió con agua dulce la piedra encontrada y jugueteó con ella entre sus dedos hasta acabar dormido.

El sonido de un timbre le sobresaltó. No estaba acostumbrado a oírlo y pensó que no debía ser el de su casa. Pero la segunda vez que lo oyó, le hizo entender que sí y se levantó. Bajó los escalones de la entrada y llegó hasta la puerta exterior. En el suelo había un par de folios escritos que alguien debió haber introducido por debajo.

—¿Hola, hay alguien? —oyó una voz femenina al otro lado de la valla.

—Sí, un momento —contestó mientras abría la puerta metálica.

—Hola —una voz dulce entró por sus oídos mientras una sonrisa divertida lo hacía por sus ojos.

—Eh… María, qué sorpresa. ¿Querías algo?

—Bueno, no te lo vas a creer, venía ojeando unos apuntes, tropecé y se me cayeron al suelo. La casualidad ha hecho que un par de ellos entrasen por debajo de la puerta del garaje, y no me cabe la mano para recuperarlos. —Hizo una pausa—. Los necesito.

Marcos miró los folios del suelo y sonrió.

—El caso es que ahora están en mi casa y me pertenecen —dijo entornando una sonrisa pícara—. Si los quieres, deberías aceptarme una copa.

—¿Cerveza mejor?

—Hecho. Pasa —dijo abriendo la puerta del todo y franqueándola el paso—. Ven, nos sentamos en el porche. Te saco un botellín.

Cuando volvió de la cocina María jugaba con la piedra con forma de estatuilla.

—Toma —le dijo cambiándole la estatuilla por el botellín en un juego rápido de manos que sorprendió a la chica.

—¿Qué es? —preguntó María señalándola.

—Aún no lo sé. Lo acabo de limpiar. Lo encontré esta mañana.

—¿En el mar? ¿Ese es el secreto que me no me podías contar?

—Lo del otro día era broma. Como ya te dije, soy submarinista y arqueólogo, no tengo nada que ocultar.

—¿Me la das? —preguntó con voz melosa, señalando la piedra.

—No puedo. Tengo que analizarla. Si no es importante para el estudio, yo te la regalo.

—Vale, gracias —contestó resignada—. ¿Y de qué va ese estudio?

—Hay gente que cree que ahí debajo no hay nada, y otros opinan que hay algo y yo tengo que averiguarlo.

—¿Algo como qué?

—Pudiera haber algunas ruinas. No sé. En una foto de un satélite se intuye algún tipo de construcción, poblado... Pero el caso es que las veces que he bajado allí no he visto nada. Si hay algo debe estar muy escondido.

—Quizás ese algo no quiere que lo descubras.

—Pues ha tenido mala suerte, porque yo soy bastante cabezón en ese sentido.

—No deberías remover el pasado.

—¿Por qué? —preguntó Marcos sorprendido.

—Puede que haya cosas que no deban salir nunca a la luz.

—No te entiendo bien. Ese es precisamente mi trabajo. Busco cosas antiguas para sacarlas a la luz, estudiarlas y aprender de nuestro pasado para mejorar nuestro futuro —apuró su botellín mientras se iba a la cocina por otros dos.

—Si alguien escondió algo para que no se viera, no tienes derecho tú a sacarlo —dijo María mientras cambiaba el botellín vacío por el lleno.

—Venga ya. Si encuentro algo, ¿va a venir su dueño desde el pasado para reclamarlo?

—Podría ser.

—No me dirás que crees en fantasmas, ¿no?

María no contestó, le miró sonriente y dio un nuevo trago a su cerveza.

—Te aseguro que he sacado muchos huesos y esqueletos, y sus dueños no han venido después a reclamarme sus cráneos.

—No todos los muertos son iguales.

María hizo el ademán de levantarse para marcharse. Recogió sus apuntes y Marcos se adelantó.

—¿Tienes prisa? ¿Te espera alguien? ¿Te apetece comer algo o tomar algo más?

—No tengo prisa, no me espera nadie y no tengo nada para cenar en casa. Vengo del supermercado de Veneziola, de comprar una tortilla para hacer en el micro, y una ensalada para acompañar. Antes, he estado repasando mis apuntes en el mesón mientras tomaba un café.

—Perfecto, podemos compartir tu cena. Yo saco algo más para picar y algo de beber. ¿Sigues con la cerveza?

La noche le sorprendió oscureciendo todo aquello que no conseguía iluminar la bombilla de la terraza. Mientras Marcos recogía los restos de la cena, María curioseaba por el jardín. Se agachó a levantar una maceta caída.

—No te preocupes. Debí haberlo limpiado ya, pero no he tenido tiempo. —María le miraba como un gesto de sorpresa, señalando varias macetas más—. Fue una pelea. Salvé a una dama que estaba siendo atacada por un malvado.

María sonreía y le invitaba a seguir.

—Bueno, digamos que fue un gato que saltó la valla y atacó a una gata con la que yo trataba de ligar.

—¿Y después de salvarla, no se rindió ante tu valentía?

—La verdad es que no. Se marchó la muy desagradecida sin decir nada.

—Eso no quiere decir que no te lo agradezca o que esté en deuda contigo.

—Pues creo que no. Podía haber vuelto a hacerme compañía por lo menos.

—A lo mejor no ha venido por estar yo aquí. Si quieres, me marcho —dijo con voz melosa.

—No, no, no te vayas. Vente dentro de la casa, que empieza a refrescar. Te invito a una copa.

—Bebes demasiado, ¿no? —dijo al sentarse en el sofá del salón—. Llevas un montón de cervezas y al menos tres chupitos que yo te haya visto.

Marcos miró pensativo los hielos de su copa.

—Este vaso me hace compañía por las noches. Me hace olvidar la soledad.

—Pero hoy no lo necesitas, ¿verdad? —dijo María quitándoselo de las manos y poniéndolo sobre la mesita baja del salón.

Las últimas palabras sonaron tan cerca de su oído que Marcos sintió como su cuerpo se tensaba nervioso mientras respiraba su olor y sentía su aliento en el cuello. Las manos suaves de María acariciaban su pecho y él buscó con ansia su boca para besarla.

La encontró. Mejor dicho, se encontraron. Al tercer beso, la pasión se deslizaba entre sus abrazos y las tímidas caricias iniciales dieron paso al intento frenético de despojar de su ropa al otro. Marcos ya no tenía la suya cuando pugnaba por levantar la camiseta de María y sacarla por la cabeza, mientras simultaneaban besos y tropezones, camino de la habitación. Sintió la piel joven y sedosa de ella al acariciarla. Su pecho moreno hacía relucir el colgante con el nombre Imilce oculto bajo la tela instantes antes.

—¡Pero qué cojones!

María colocó un brazo por debajo de su pecho izquierdo, tapando aquello que le había llamado la atención.

—¿Y esto? —preguntó, separando con delicadeza el brazo de María de su cuerpo.

—No es nada. Un pequeño accidente.

Marcos miraba incrédulo su cuerpo. Bajo uno de sus pechos, tres gruesos arañazos en paralelo descendían hacia su costado. Parecían recientes, sin estar aún cicatrizados.

—Me subí a una escalera para regar las plantas que tengo y al bajar caí sobre las ramas de un arbusto y me arañé.

Marcos observaba sus ojos y la herida. De un lado al otro. Por su cabeza se cruzó la imagen de la gata negra lamiéndose el pecho. Luego, su mirada penetrante, verde. Se separó ligeramente de ella.

—Tú… tú eres...

—Marcos, fue un resbalón y un arañazo sin importancia.

—Tienes la misma mirada, los mismos ojos verdes —trataba de pensar aceleradamente en voz alta—. El collar con el nombre Imilce en el cuello...

—Marcos, para. Te estás poniendo nervioso.

—Ayer el gato te arañó en la pelea. Eras tú, claro, por eso no ha venido. Hoy has venido tú con el cuerpo de mujer.

—Marcos, me estás asustando. Has bebido mucho, llevas toda la tarde haciéndolo. Y he visto las pastillas esas encima de la repisa. Sé lo que son. Las venden cerca del puerto de Cartagena y provocan alucinaciones.

—No son alucinaciones. Ayer te vi con una forma y hoy con otra.

—Me voy, lo siento. Tengo miedo y mejor me voy a casa.

—No, no, María. Yo sí que lo siento, no quería asustarte. Quédate, por favor. Pensé que...

—¿Qué pensaste? ¿Qué yo era la Lady Halcón, como en aquella película? De día soy un halcón y por las noches una mujer. Solo que yo soy una versión gata en lugar de pájaro, ¿no?

—Sé que parece estúpido, pero...

—Marcos, por favor. Deja de tomar esas pastillas, te van a destrozar. Si tienes problemas aquí. —María señaló su cabeza—, arréglalos de otra manera.

—Lo siento, lo siento. —Cayó en el borde de la cama con las manos tapando la cara.

—Ven, tranquilo —susurró una María que se acababa de despojar de la ropa que le quedaba encima, mientras llevaba las manos de Marcos sobre sus pechos—. Me has asustado un poco, pero seguro que me vas a hacer sentir mejor ahora. ¿Verdad?

Con mucha destreza le guio y le llevó por donde quiso. Le besaba y gemía junto a su oído obligándole a acariciarla. Poco a poco fue tomando el control sobre un Marcos que cayó rendido bajo sus encantos como un adolescente torpe en su primera vez, mientras ella le regalaba sensaciones que llevaba mucho tiempo sin sentir.

Sus manos recorrían el cuerpo joven y fibroso de María. Sus muslos y glúteos eran duros, al igual que sus pechos. Un vientre liso sin rastro alguno de la más mínima grasa presidía el centro de las

sinuosas curvas de la chica. Se movía rítmicamente, sin apenas improvisación. Sabía lo que tenía que hacer y cómo. Marcos estaba impresionado sobre el buen hacer de ella. Nunca hubiera esperado que su recatada amiga fuese una experta en sexo.

María no le daba tregua ni descanso. Su cuerpo danzaba rozando el suyo premeditadamente y le jadeaba al oído para transmitirle su excitación. Se había propuesto volverle loco de deseo y lo estaba consiguiendo.

Despertó completamente desnudo y solo en la cama. Su primera reacción fue tocar el lado derecho de su colchón, buscando un cuerpo femenino junto a él.

—¿María?

Se incorporó y miró alrededor de la cama y por la ventana, sin encontrar nada ni a nadie. ‹‹Lo habré soñado››, pensó.

La puerta de la habitación se abrió y el cuerpo estilizado de la joven morena entró en ella.

—María...

—¿Sorprendido? ¿Acaso esperabas ver una gata negra en mi lugar? ¿La hubieras preferido a mí? —dijo con una voz insinuante, mientras avanzaba con lentitud hacia él.

—No…, bueno…, yo te prefiero de esta manera.

—Tengo que marcharme. Ayer por la noche no estudié nada —dijo mientras se vestía—. Alguien me lo impidió y tú, deberías ir a trabajar.

—¡Mierda! Llego tarde. Me voy ya. Tengo que desenterrar fantasmas.

—Te lo digo en serio. Deja las cosas como están. No juegues con eso.

* * *

El fémur de piedra

Apenas pudo dormir por la noche, pese a la comodidad de la habitación y la cama del hotel. Su diseño invitaba al descanso y al

relax, pero la excitación de sentirse de nuevo útil no le permitió dormir hasta altas horas de la madrugada.

En el desayuno de la cafetería del hotel, Pedro probaba todas y cada una de las delicias saladas del buffet, mientras Ana apenas atinaba a mojar un trozo de napolitana en el café, entre bostezo y bostezo.

—Puedes cerrar la boca cuando quieras, ya he contado todos tus dientes y no te falta ninguno.

—Lo siento —dijo Ana tapándose la boca con una mano—, he dormido poco esta noche.

—El colchón a mí me ha parecido cómodo.

—No sé, quizás haya sido el de mi cama.

—Pues esta noche vente a mi habitación y pruebas el mío.

—Pedro…

—Eh, era solo una idea.

—Vamos a ver qué nos depara el día. Puede que sea una jornada dura y quizás al llegar la noche no vaya tan mal el colchón de mi habitación. Ya veremos —concluyó mientras volvía a bostezar.

Fue Pedro quien condujo hasta el chalé en obras. Llegaron sobre las ocho y media, encontrando al cabo Domínguez y al agente Losada charlando con el responsable de la obra, Luis Silva. Aparcaron en la acera de enfrente y cruzaron la calle hasta llegar a la entrada. Se reunieron con el pequeño grupo allí y el cabo Domínguez, acostumbrado a dar novedades tras los saludos iniciales les informó, alargándose quizás en exceso, de que no había ocurrido nada destacable desde la visita de la tarde anterior.

—Ayer solo pudimos fotografiar la parcela. Hoy repetiremos algunas con la luz de la mañana y luego procederemos con el estudio —dijo Ana mirando al jefe de obra. Antes me gustaría ver los restos encontrados.

—No hay problema. Los tenemos tapados con una lona, tal y cómo fueron encontrados tras actuar la pala excavadora. Aunque llamarle restos... Yo diría más bien que son piedras con una forma que puede dar lugar a confusión.

—No te preocupes por eso. Los fotografiaremos y los enviaremos al laboratorio para analizar y ellos nos dirán exactamente qué son.

—En media hora llegará la cuadrilla. Me dijeron que no habría problemas por ir avanzando, ¿no? —preguntó el jefe de obra.

—De momento, solo en el interior del chalé. En la parcela trabajaremos nosotros. Consideradlo una zona acordonada.

—Voy a por el material —interrumpió Pedro.

Luis Silva acompañó a Ana para señalarle el lugar dónde habían encontrado los restos y en qué posición trabajaba la pala de la máquina excavadora, para que tuviese toda la información. Ella apuntaba todos los datos para procesarlos posteriormente. Esperó la llegada de Pedro con el material y entre ambos destaparon la lona, dejando el hallazgo al aire. Ana comenzó a sacar fotografías, colocando regletas de medida y comparación para determinar distancias y tamaños, y otras a modo de croquis para analizar y documentar el contexto en el que fueron descubiertos.

Una vez concluida la primera toma de datos, comenzaron a trabajar con los pinceles y cepillos para desenterrar completamente las piezas de estudio, añadiendo toda la información que iban obteniendo a la anterior. Cuando las hubieron extraído, Ana se las llevó a la caseta de obra para terminar de documentarlas, mientras Pedro bajaba algunos niveles más por si encontraban más restos.

Dentro de la caseta, hicieron un hueco en una de las mesas, limpiándolas de papeles, para colocar las piedras encontradas y hacer las fotografías correspondientes. En su pequeña mochila, además de la cámara y sus objetivos, había traído una serie de pequeñas regletas pintadas en blanco y negro y con escalas marcadas en centímetros que, junto a las herramientas de medida y comparación que llevaban, fueron desplegadas en puntos estratégicos de la mesa, junto a los restos que debían documentar. Dispusieron un fondo de papel oscuro sobre la mesa para resaltar sobre él los hallazgos de colores claros. Finalizó analizando individualmente cada pieza por separado, anotando en su cuaderno toda la información obtenida.

Pedro trajo otra bolsa con las herramientas para excavar y la empresa constructora le dejó un pico, una pala y una carretilla con el ánimo de que no perdiesen ni un minuto y se marchasen cuanto antes.

Comenzaron a realizar las primeras catas selectivas alrededor del yacimiento para determinar la posible extensión de este, si se trataba de un hallazgo aislado o pudiera formar parte de un grupo más extenso, todo ello bajo la atenta mirada de los agentes de la Guardia Civil. Mientras trabajaban, perforaban y documentaban, los obreros de la cuadrilla iban llegando y sumándose a la expectación del hacer de los arqueólogos.

Ana estaba feliz. Por fin volvía a sentir el aroma de la tierra húmeda removida mientras el sol le castigaba brazos y piernas. Pero no le importaba. Por su mente desfilaron escenas y recuerdos de otros yacimientos en los que sus antiguos compañeros se afanaban en sacar vasijas, cántaros y todo tipo de objetos cerámicos del suelo.

Uno de ellos se volvió hacia ella. Era Marcos, inconfundible, con esa sonrisa de dientes perfectamente alineados. Estaba arrodillado, cepillando algo en el suelo con una delicadeza que no se correspondía con los enormes brazos del chico. Llevaba sus típicos pantalones de excavar con más bolsillos que objetos dentro de ellos. Su camiseta de media manga apretaba su tren superior y quedaba algo más holgada por el vientre. Una mancha de sudor se asomaba por la espalda y Ana sintió su olor corporal penetrando por su nariz.

Un destello de luz la sacó de su ensimismamiento. En una de las torres de nueve pisos, alguien o algo con algún objeto liso metálico o un espejo, había reflejado la luz del sol en ese justo momento y la había deslumbrado. Al bajar la vista, sus compañeros se habían esfumado, incluido Marcos. Este, pese a vivir permanentemente en su cabeza, se le aparecía en cualquier ocasión delante de ella, provocándole un deseo incontrolable de tocarle.

—Ana, despierta, es la tercera vez que te lo digo: ¿seguimos por el contorno de la parcela o trazamos paralelas?

—Como quieras —contestó con desgana una vez perdida la imagen de Marcos.

A las once y media decidieron hacer un descanso y se acercaron a los guardias civiles para sentarse y charlar con ellos. Habían necesitado utilizar en dos ocasiones el pico y la pala, bajando en varios palmos el nivel excavado.

—¿Cómo va el asunto?

—De momento bien, en las catas realizadas no hemos visto nada, pero apenas llevamos la quinta parte de la parcela.

—¿Habréis acabado hoy?

—Las catas, sí, la parte fotográfica inicial de la superficie también.

—¿Y qué es lo que quedaría?

—Hemos excavado selectivamente en algún punto y habría que probar en otros. Por otro lado, tenemos que enviar al laboratorio los restos y esperar a que nos indiquen su composición.

—¿Hay algo que te preocupa, Ana? —intervino Pedro.

—Hay dos zonas a las que no tenemos acceso, el propio chalé y la piscina. Esta última sería fácil de levantar con grúa mientras echamos un vistazo debajo. Aunque habría que evaluar si es necesario.

—El chalé imposible, ¿no?

—Lleva un solado de hormigón. Además, es posible que ya haya excavado la constructora lo suficiente como para eliminar cualquier indicio.

—Pero… ¿qué es lo que buscáis? —preguntó el agente Losada.

—Si se trata de restos óseos, podríamos pensar en un supuesto enterramiento. Dependiendo de la antigüedad de este, sería raro no encontrar un ajuar, armas o elementos propios de la época. Algo más debería aparecer y de momento no hemos sacado nada.

—¿Y si es algo reciente? —preguntó el cabo Domínguez.

—Deberíamos localizar más cosas, aunque...

—Suéltalo —dijo Pedro.

—Si fuese un cadáver reciente, deberíamos encontrar un esqueleto o parte de él. De momento solo tenemos algo parecido a un fémur —dijo Ana bajando la voz.

—Pudieran haber enterrado solo un miembro —intervino Domínguez.

—Nosotros solo somos arqueólogos. Sacamos lo que encontramos, lo interpretamos y damos nuestra opinión. El resto es cosa vuestra —dijo Ana con una sonrisa dirigiéndose a los agentes de la Guardia Civil.

Mientras volvían al trabajo, Pedro se acercó a Ana y le dijo en voz baja:

—Ana, ¿vamos a excavar toda la parcela? Nos llevaría más de un mes.

—Ya lo sé.

—¿Y por qué no nos limitamos a la zona donde nos indicó el jefe de obra?

—Porque si encontraron algo, no fue ahí.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición. He visto algo que no me cuadra. Luego a solas te cuento. De momento sigue trabajando en la parcela. Yo voy a hacer una llamada a un antiguo compañero de facultad, Jaime, que es experto en esta zona y la estuvo estudiando durante su trabajo de fin de grado. Después voy a reunirme de nuevo con el encargado.

—¿Y por qué no se lo dices a la Guardia Civil?

—Me avisó Adrián que tuviéramos cuidado con ellos. Hubo algún problema en una ocasión anterior y no quiere que lluevan las quejas y amenazas de nuevo. No vamos a informarles de algo de lo que no estemos seguros y podamos meter la pata.

Aparcaron frente al Playa Chica, un chiringuito de madera en la ribera del Mar Menor que se había adelantado a la apertura habitual de la temporada. Debido al buen tiempo que hacía, los primeros clientes ya disfrutaban de su ambiente acogedor.

Era una construcción grande, con techo y suelo de madera, mesas altas y bajas y la barra a la derecha, según se accedía desde la carretera. Eligieron una mesa en la parte izquierda, la más apartada, para poder hablar con tranquilidad lejos del resto de la clientela.

—¿Y bien? ¿Qué tenías que contarme? —preguntó Pedro cuando el camarero se marchó después de dejarles unas cervezas sobre la

mesa.

—No sé, quizás sea una tontería.

—Dispara. Dijiste que algo no te cuadraba.

—Bueno, quizás me haya equivocado.

—Suéltalo o te torturaré hasta que lo largues.

—Vale, vi bastante nervioso al jefe de obra.

—Normal, dos arqueólogos y dos guardias civiles contra él, yo también lo estaría.

—Estamos aquí a petición de la Guardia Civil, estaban investigando la muerte de dos personas, una de ellas relacionada con obras de arte y arqueológicas, y la otra era un trabajador de la empresa constructora. Luego nos enseña esas piedras que yo creo que son de mármol. Además, cuando estuve fotografiando los restos estaba muy nervioso y miraba por la ventanita de la caseta constantemente.

—Vale. Pero eso no es extraño, ¿no?

—Lo que es raro y no me cuadra mucho es la manera de construir. —Hizo una pausa mientras Pedro la invitaba a seguir—. Quizás sea una tontería, pero ¿cuántas casas has visto construir en las que ya hayas colocado la piscina sin haber terminado la edificación?

—Sí, cierto, pero la casa ya está levantada y tabicada.

—Correcto. Y habrían empezado a hacer el agujero para el vaso de la piscina, pero todavía es pronto para instalarla. Faltan por poner las ventanas, subir material con grúas, y rematar lo que quede aún. Yo no pondría una bañera para que se llenase de polvo, arena, escombro y trozos de ladrillo.

—¿Crees que encontraron algo y han tapado la zona con la piscina?

—Es posible.

Un camarero les acercó unas sardinas a la brasa que habían pedido.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Pedro cuando se fue.

—He llamado a la oficina para que me manden más planos de la zona y algo de información sobre la obra: licencias, promotor… Esta noche buscaré en internet información sobre La Manga, para ver si

hay algo de historia documentada. El cabo Domínguez se ha llevado los restos al laboratorio de Cartagena. Mañana seguramente nos digan que son piedras de mármol, supongo. Pero esperaremos un poco antes de decir nada.

—¿Y mientras?

—Nosotros a lo nuestro, excavamos un poco más y posiblemente hagamos catas en los solares que hay a ambos lados. Habrá que pedir permisos a los dueños, así tenemos entretenida a la Guardia Civil.

—Ana, no te líes. Esto es algo rutinario. No buscamos tesoros y tampoco problemas. Nos han dicho que encontraron los restos en un lugar. Excavemos allí y si no encontramos nada, informe y de vuelta a casa.

—Pedro, para algo misterioso que nos encontramos, ¿no te pica el espíritu aventurero?

—Pues no. Yo prefiero terminar, tomarme una cerveza y volver cuanto antes a casa.

—Vale, tenemos un máximo de 5 días, dame cuatro.

—Tres. Ya llevamos dos aquí.

—Uno y medio para ser exactos. Vale, está bien, tres días.

—¿Y la piscina?

—Mañana hablaré en privado con Luis Silva y le insinuaré que es necesario levantarla para analizar lo que hay debajo. A ver cómo reacciona.

—¿Y con la Guardia Civil?

—De momento, nada.

El sol ya había dado por concluida la jornada cuando desapareció detrás del Cabezo Gordo. La montaña que guardaba la Sima de las Palomas, yacimiento donde Ana realizó una de sus prácticas en la universidad, era la mayor altura de aquella parte de la ribera del Mar Menor y a sus pies comenzaron a encenderse las luces de Santiago, Los Alcázares y Lo Pagán. En ese momento decidieron pedir la cuenta y volver al hotel. Les esperaba una buena ducha, ropa limpia y algo de cenar en el restaurante.

Había dormido poco la noche anterior, pero Ana quería bucear por Internet y ver si descubría más información sobre la zona de Veneziola, su historia y algo sobre la constructora. Repasaría los informes que le dieron Adrián, por un lado, y el sargento Hontoria por otro. Era consciente de que un buen trabajo allí podría sacarla del tedio de una oficina sin ventanas que abrir, totalmente impersonal y que abusaba del aire acondicionado en verano y de la calefacción en invierno.

Al salir del Playa Chica pasaron junto a una mesa donde un hombre bien vestido jugueteaba con el móvil. En su conversación con Pedro se había fijado en él un par de veces y en ambas notó que les observaba. No había parado de hablar por teléfono. Al aproximarse a él, cruzaron de nuevo sus miradas. Tuvo la sensación de que la estaba siguiendo como en las películas de espías. No quiso apartar los ojos de los suyos y solo decidió retirarlos cuando ya le había rebasado y necesitaba torcer el cuello para seguir el juego visual.

* * *

El acoso
Qart Hadasht. Sureste de I-span-ya. Año 220 a.C.

Habían pasado varias lunas desde que llegaron allí. Si Cástulo le parecía grande a Dayra, Qart Hadasht era inmensa, un bosque de piedras, muros, templos y casas. No tardó mucho en conocer los mejores barrios y los peores, los arrabales o las tabernas del puerto.

Ya sabía decir algunas frases en aquel idioma y aunque aún no era capaz de mantener una conversación larga o de un nivel alto, sí era capaz de contestar a preguntas simples si le hablaban despacio.

Le atraía mucho el mar y bajaba al puerto con cierta frecuencia. Al tercer o cuarto día ya sabían todos, soldados y marineros, que a esa diosa portadora de una afilada espada era mejor no molestarla. Al menos eso transmitían los primeros que lo intentaron, al ver demasiado cerca de sus cuellos el color del metal de su arma.

Pese a ello, en los muelles y arrabales se sentía más segura que en palacio. Allí debía estar siempre en guardia y en tensión para

proteger a la princesa y a ella misma.

Dormían en tres habitaciones contiguas. En la del centro, más grande y espaciosa, lo hacía la princesa Imilce. Flanqueaban esta estancia la de las doncellas, a su derecha, y la de la escolta a la izquierda. Al final del pasillo que recorría aquella ala del palacio, se encontraban los aposentos del todopoderoso Aníbal, cuando éste no estaba fuera con el ejército. Protegiendo al general, la guardia cartaginesa poblaba las puertas de todas las estancias, salas y salones excepto las destinadas al séquito oretano. Todo este despliegue de soldados estaba al mando de Serbal, el cual acariciaba su hombro derecho cada vez que se cruzaba con ella, para recordarla que él no olvidaba aquel lance.

Una tarde en la cual la princesa y el general fueron al templo de Tanit para hacer una ofrenda, Dayra se quedó sola en la habitación para descansar. Por la noche, Aníbal quería llevar a su futura esposa a ver las estrellas desde un barco de la flota, y hacer un pequeño recorrido por la bahía. Dayra prefirió descansar para aguantar despierta por la noche todo el tiempo que hiciese falta.

Estaba recostada en su jergón cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe. La silueta que se perfiló espada en mano, no le dejó lugar a dudas. El enorme Serbal había irrumpido a traición y la miraba lujurioso. Dayra llevaba un vestido ligero, de falda corta por la mitad del muslo y algo transparente. No se sentía cómoda sin su traje de guerrera, de cuero ajustado y sin sus armas, apiladas en la pared de la derecha, lejos de su alcance.

—Parece que por fin ha llegado nuestro día. Hoy vas a saber lo que es un hombre y no esos aldeanos de tu tribu —dijo sonriendo maliciosamente.

Dayra no había entendido toda la frase, pero no le hizo falta. Intuía qué es lo que quería y no necesitaba traducción. Valoró sus posibilidades. Su única opción era saltar sobre sus armas y coger su falcata afilada. Aunque Serbal era más fuerte y duro en el combate, al menos tendría una mínima opción. Con un movimiento rápido le lanzó un plato que tenía a mano, luego un cántaro que también esquivó el cartaginés y pudo en dos zancadas saltar sobre su espada y cogerla.

Estaban frente a frente con las armas en guardia. Su rapidez sorprendió al púnico. Ahora lucharía por su vida y si pensaba ultrajarla lo haría después de muerta. No le daría el placer de verla sufrir.

—¡Quietos! —la voz potente de Aníbal les sorprendió—. Serbal, ¿qué está pasando aquí?

—Se supone que deberían haber ido todas al templo de Tanit. Oí ruidos y entré para ver si era un ladrón.

—¿Y qué dices tú? —dijo el general señalando a Dayra.

—Yo respondo por ella. Me dijo que se quedaría a descansar para acompañarme esta noche en el barco —intervino la princesa.

Aníbal dudó. Era la segunda vez que se peleaban los jefes de ambas guardias. Aquello no saldría bien. Si le pasaba algo a alguna oretana, el rey Mucro pediría explicaciones o se enojaría. Militarmente no suponía ningún problema, pero cuantas más tribus estuvieran de su parte, antes se centraría en su guerra con Roma.

—Sal de la habitación, Serbal. Prepara tu escolta para el barco de esta noche —Esperó que el cartaginés saliera y se dirigió a Dayra sin tener claro si esta le iba a entender—. No quiero peleas en mi palacio. Una más y pediré a Mucro que te sustituya por otra.

—No permitiré que ninguno de tus hombres le haga daño a la princesa ni a ninguna oretana. Si ese malnacido intenta violarme otra vez, te traeré su cabeza para que lo sustituyas por otro —contestó Dayra en la propia lengua de Aníbal, muy despacio, errando alguna que otra palabra y pronunciación, pero con una fuerza que sorprendió al general. Ninguno de sus hombres se atrevía a hablarle así.

8
Dos mares y una bahía

La historia de La Manga

Al término de la cuarta jornada de inmersión, Marcos recogió algunas muestras de algas, arena y piedras que, junto a la cámara fotográfica y el ordenador, metió en su mochila para trabajar en su casa por la tarde.

Tomó sus dos o tres botellines en la cafetería Falúa con los que solía despedir la jornada en tierra firme, mientras esperaba que le preparasen un bocadillo de lomo con pimientos para llevar. Sobre la cubierta del barco, Fede y Miguel esperaban a que se marchase definitivamente, para sacar sus latas de cerveza e incumplir las normas que les había impuesto Santos.

Al llegar a su casa, Marcos limpió la mesa del porche y sacó un hule con alguna mancha que otra y desplegó el material que había traído del barco junto al bocadillo, unas cervezas y una botella de licor de orujo sin abrir. Ese era el único lugar de la casa donde no había problemas con la cobertura del móvil ni con el acceso a Internet.

Mientras mordisqueaba a ratos el bocadillo y vaciaba algunos tercios, se dedicó a repasar toda la documentación que le había sido entregada, más aquella que había buscado él por su cuenta. Terminó de comer mientras miraba durante un largo rato las fotografías sacadas vía satélite por Google Earth. Abrió la botella de licor de orujo y se sirvió en un vaso con hielos una generosa copa. Sacó una pastilla verde claro del bote y la tomó junto al primer trago. Sabía que no debía hacerlo, pero él se sentía mejor. Su mente divagaba y era capaz de ver cosas que en circunstancias normales no

conseguiría. En estos momentos, cuando más necesitaba tirar de imaginación, esos pequeños comprimidos le permitían liberarse de sus problemas habituales y de su soledad, y volaba y viajaba por lugares donde no había estado nunca y disfrutaba, encontraba razonamientos y explicaciones a las que de otro modo no hubiese llegado.

Miró a su alrededor, pero no había ni rastro de la gata ni escuchó la voz de María paseando junto a su puerta. Consiguió por un momento centrarse en la imagen del ordenador.

La fotografía aérea mostraba el tramo desde el kilómetro dieciséis al dieciocho aproximadamente. Distinguió con facilidad las urbanizaciones de Taray Club, Punta Cormorán, Punta Manga y Luz Bahía, entre otras. También su casa con sus paredes blancas y techo azul. En el centro de la imagen, el trébol de Veneziola se perfilaba con un color marrón, con las carreteras que lo atravesaban en gris y los canales de agua de un azul marino o negro. En las costas, tanto la del Mediterráneo como la del Mar Menor, las franjas ocres o amarillas señalaban la situación de las playas. Los dos mares quedaban pintados como una mancha oscura.

Frente a la playa de Veneziola, en el Mar Menor, una mancha verde combinaba dos tonalidades: Una más oscura que representaba las líneas rectas y trazos, y otra más clara, casi amarillenta, el interior de las figuras que formaban las anteriores. El resultado de todo ello era un rectángulo de grandes dimensiones que parecía tabicado o particionado en su interior y fácilmente distinguible del resto del agua del Mar Menor.

Como arqueólogo estaba acostumbrado a ver planos y mapas de yacimientos, y al igual que la arquitecta que lo descubrió en el 2007, lo primero que pensó al verlo era que se trataba de algún poblado o construcción.

Abrió Google Earth y fue haciendo *zooms* sucesivos hasta encuadrar en su pantalla la zona de Veneziola. Jugueteó con las vistas en dos y tres dimensiones, alejando y acercando la imagen hasta hacerse una idea de la magnitud de las líneas.

En la escala representada de la aplicación, tomó distancias para hacerse una idea más aproximada de la dimensión. El lateral del

rectángulo más cercano a la playa estaba a unos cien metros de esta. Y el lado contrario, a unos cuatrocientos metros. Cerraban la figura una línea cercana al restaurante La Escuela de Pieter y en el extremo norte, el límite se localizaba junto a la entrada del canal de tránsito náutico de Veneziola. En total, lo que tenía delante era un área de mil por trescientos metros, es decir, unas treinta hectáreas.

Hasta ahí, nada nuevo le había aportado la revisión, ya que todos esos datos y fotos estaban en los dosieres que Villalta les había facilitado. Lo que Marcos pretendía hacer era enumerar todas las posibilidades o explicaciones sobre qué serían esas líneas, aunque fueran ideas alocadas, descartando en una fase posterior aquellas menos probables.

Se sirvió una segunda copa y tras dar el primer trago, comenzó a escribir en un papel todas las opciones que le vinieron a la cabeza. Empezó por las relacionadas con aquellas culturas más antiguas y fue avanzando hasta la época actual.

Desechó cualquier tipo de asentamiento hasta el final de la Edad del Cobre. Los vestigios más cercanos que encontró fueron los de Las Amoladeras, al principio de La Manga en el cual, las construcciones eran circulares y formaban un pequeño núcleo o poblado. Por otro lado, los recursos encontrados en la zona comprendida entre el Cabo de Palos y La Manga serían mejores y con tierras más fértiles que diecisiete kilómetros de tierra más hacia el norte. Inicialmente La Manga no existía y la lengua de tierra que se conoce como tal fue creada gracias a los sedimentos arrastrados desde la desembocadura del río Segura en el norte, o desde el sur por la fuerza del oleaje. El Mar Menor al principio era una gran bahía abierta donde la fuerza de la naturaleza hizo separar poco a poco los dos mares que se distinguen actualmente, a base de ir acumulando y depositando arena en los dos brazos que terminaron por unirse. De este trabajo constante realizado durante miles de años, quedaron únicamente algunas golas sin cerrar, por las que se intercambia el agua entre ambos mares y se permite el paso de embarcaciones, al menos en una de ellas.

Recordó que Jaime, uno de sus antiguos compañeros de facultad, hizo un trabajo de fin de grado sobre los asentamientos

prehistóricos en el litoral de la Región de Murcia, y en concreto sobre Las Amoladeras. Él había realizado estudios de la zona y probablemente fuese una de las personas con más conocimiento sobre ese tema. Le llamó, pero no contestó y le dejó un mensaje en el buzón de voz.

Avanzando en el tiempo, se tiene la creencia que un pueblo llamado Mastia, localizado entre los contestanos y los bastetanos, se asentaba en esa zona. Algunos piensan que pertenecían al Reino de Tartessos y otros que era un pueblo independiente. Sobre él, sobre su ciudad principal, se cree que se levantó la ciudad de Qart Hadasht por los cartagineses. El pueblo mastieno ya comerciaba con los fenicios antes de la llegada de los púnicos.

Estos últimos eran otros posibles candidatos para haber construido algo allí, aunque no existía nada documentado. El levantamiento de la capital del imperio cartaginés en la península ibérica provocó que se desarrollasen otras infraestructuras alrededor de la ciudad, Qart Hadasht, para acopio y suministro de recursos naturales de la zona. No era improbable que pudieran existir más construcciones creadas por ellos en la Sierra Minera y el Mar Menor.

Los siguientes a considerar fueron los romanos, ya que estos conquistaron Qart Hadasht en la segunda guerra púnica, con la sorprendente táctica de un joven general, Publio Cornelio Escipión. Esta sería una de las teorías más consistentes, ya que las dimensiones y ortogonalidad de las líneas se ajustaban a los diseños de un campamento romano. Sin embargo, esta opción caía por su propio peso al estar tan cerca de la recién conquistada Cartagonova, nombre romanizado de la capital cartaginesa, y no haber en tiempos antiguos nada documentado sobre ella. De esta civilización sí se habían encontrado y estudiado restos de canteras, villas y construcciones alrededor de la ciudad. Pero el hecho de no hallar ninguna referencia entre los escritos de los historiadores de la época, convertían la posibilidad en algo remoto.

Finalmente, atendiendo a periodos más actuales, las líneas descubiertas podrían deberse a construcciones para la extracción y tratamiento de sal —Las Salinas de San Pedro estaban justo al lado y fueron instalaciones de gran importancia a lo largo del tiempo,

beneficiadas por la alta salinidad, la fuerte insolación y la poca profundidad del Mar Menor—, o para uso de pescadores, aunque esto sería menos probable.

Apuntó todas las posibilidades para pensar en ellas y tratar de seleccionar las que pudieran tener un grado mayor de credibilidad. Pero su mente, fruto del alcohol y las pastillas, estaba inquieta y seguía trabajando y aportando todo lo que se le pasaba por delante.

De estas últimas, la opción más alocada y que más le gustaba a Marcos era la posible ubicación allí de la Atlántida, ciudad perdida que había despertado la curiosidad de cientos de personas que soñaban con encontrarla, algo que se le ocurrió al acabar el segundo copazo y una vez que la pastilla verde comenzó a hacer su efecto. La tan buscada civilización, la más avanzada de la antigüedad, había desaparecido bajo las aguas y eran ya muchas las localizaciones que se habían sugerido para ella: las Torres de Hércules, o sea, el Estrecho de Gibraltar, las bahías de Cádiz o Huelva, las islas griegas, y en una decena de sitios más.

‹‹¿Y si descubro la Atlántida?››, pensó Marcos mientras se servía una tercera copa. ‹‹Me convertiría en el arqueólogo subacuático más importante del mundo››.

Después de reírse de su delirio, trató de concentrarse de nuevo y buscar y trabajar con otras posibilidades más serias.

‹‹¿Y si allá abajo hubiera algo que nadie desea que salga a la luz y por culpa de esas líneas pudiéramos encontrarlo? ¿Y si no se trata de un poblado o construcción y es un objeto, un pecio, un meteorito o una bomba como la de Palomares?››.

La bebida y la pastilla ya habían comenzado a hacerle efecto y sentía como su mente bullía por dentro. Al cerrar los ojos, imaginaba mundos y situaciones remotas o increíbles. En ocasiones veía a Ana excavando junto a él; en otras a María, convirtiéndose en gata y de nuevo en ser humano. Él sabía que esa droga no le hacía bien, que se jugaba tener un accidente si buceaba bajo el influjo de esas sustancias, pero no podía dejar de tomarlas. Su cuerpo le pedía una dosis diaria de alcohol y su mente volar para olvidar las tediosas tardes que se habían instalado en su vida.

La melodía de su móvil le trajo de nuevo al mundo real. En la pantalla aparecía el nombre de *Jesús el Plantas*, antiguo amigo suyo del instituto que se decantó por estudiar biología y al que había enviado un mensaje previamente:

—Hombre, Jesús «el Vegano». ¿Qué tal va todo, se te ha vuelto a morir de sed un cactus?

—Hola «sardinita» —contestó el aludido—. Supongo que habrás aprendido ya a nadar, ¿no? No es fácil hacer submarinismo con un flotador con forma de patito, y además no queda elegante.

Intercambiaron alguna broma más y se pusieron rápidamente al día. Marcos le envió algunas fotos tomadas de las algas de la zona de estudio, para que le diera su opinión de experto en plantas marinas.

—¿De dónde son estas muestras?

—Del Mar Menor.

—Lo dudo, debes haberte equivocado.

—¿Por qué lo dices?

—Lo que me mandas son fotos de posidonia oceánica.

—¿Y? ¿Qué tiene de extraño?

—Es una planta endémica del Mediterráneo, que se desarrolla hasta cuarenta metros de profundidad formando praderas en aguas muy transparentes. ¿De qué parte del Mar Menor dices que son?

—De la zona norte.

—Lo digo porque, aunque tolera bien los rayos de sol y la temperatura, no aguanta tan bien el cambio de salinidad. Por esa razón es una planta que se desarrolla en el Mediterráneo, pero no en el Mar Menor.

—Pero en algunas playas del Mar Menor yo he visto los típicos arribazones y las pelotas de mar, que se forman con las hojas desprendidas de la posidonia, a fuerza de rodar por el fondo empujadas por las olas.

—Esos arribazones y pelotas de mar han podido entrar por las encañizadas, arrastradas por las corrientes en el intercambio de agua de ambos mares. Otra posibilidad sería que en alguna zona concreta se diesen las condiciones idóneas de temperatura y salinidad para que la posidonia creciese allí. Habría que estudiarlo.

Marcos se quedó en silencio, pensando. Al ver que no decía nada, Jesús volvió a comentar:

—Las praderas que has podido ver en el Mar Menor podrían ser de *Cymodocea nodosa*, que es una especie muy parecida a la posidonia que se desarrolla allí. Por cierto, en la foto número tres, aparecen junto a la *caulerpa prolífera*, esa que es de un verde más intenso y con hojas más ovaladas. Estas dos sí serían del Mar Menor.

—Pues creo que tienes razón, he debido confundirme y enviarte fotos tomadas cerca de Calblanque. Fallo mío, tengo un jaleo de ficheros en el ordenador que no me aclaro. Por eso te he pedido ayuda.

—No te preocupes, para eso estamos.

Colgaron con la promesa de verse por Cartagena y tomar unas cervezas, como hacían siempre, pero sin encontrar nunca un hueco. Marcos le había engañado diciendo que se había equivocado, para evitar que se despertase la curiosidad de su amigo. De momento no, primero debía investigar él y cuando acabase, ya le diría la zona concreta para que fuese allí a estudiar la rareza de tener posidonia en el Mar Menor. De momento él tenía otra incógnita: ¿por qué precisamente estaban esas algas allí?

Se levantó, aunque ya le costaba moverse, y cogió el trozo de piedra que había encontrado en el fondo. Lo miró detenidamente y comenzó a darle vueltas observándolo desde todos los lados.

Tenía la sensación de que esa piedra estaba fuera de lugar, no parecía ser de allí. Era como si a alguien se la hubiese caído al mar. Pensó que podría ser un amuleto o parte de él.

De repente, una luz se cruzó en su cerebro y volvió rápido al ordenador. Al buscar información de distintas culturas le había parecido ver algo similar. Los nervios apenas le permitían teclear y necesitaba borrar cada poco lo escrito, para que el ordenador le entendiese. Cuando lo que buscaba apareció en pantalla, Marcos, incrédulo, se echó hacia atrás en la silla mientras no daba crédito a lo que veía.

La imagen de un exvoto ibero apareció en la pantalla. Tenía una forma humanoide como su piedra, y era la representación de alguna

deidad antigua. Miró detenidamente el suyo y comenzó a encontrar muchas similitudes con el del ordenador.

Pero ¿cómo había llegado un exvoto allí? Se suponía que eran estatuillas de casi dos mil años de antigüedad. Deberían estar, si acaso, enterradas bajo una capa de sedimento que el tiempo hubiese acumulado sobre ella y no sobre el fondo del mar, bajo un pequeño manto de algas.

A su mente vino la imagen de Villalta, mirándole fijamente y diciéndole que se sumergiese y elaborase un informe indicando que allí no había nada.

¿Por qué esa actitud? ¿Qué ocultaban todos? Pese al influjo del alcohol y los efectos de la pastilla verde, Marcos tuvo clara una cosa: ahí abajo había algo importante y él lo iba a sacar.

* * *

El encuentro

Había caído ya la tarde cuando dieron por concluida la jornada y comenzaron a guardar el material. Habían avanzado bastante con las catas selectivas y en la supuesta zona del hallazgo delimitaron una superficie de unos cuatro metros cuadrados y descendieron unos centímetros el nivel. Toda piedra o guijarro encontrado era analizado, documentado si procedía y el resto de material extraído se iba almacenando en unas espuertas negras de goma.

Todavía no habían recibido el informe del laboratorio sobre los supuestos restos encontrados, aunque a Ana eso no le planteaba ninguna duda. Era mármol o algún otro mineral con esas formas de fémur y otros huesos. Supuso que tendrían bastante trabajo los técnicos y probablemente les llegaría al día siguiente. No tenía ninguna prisa en saberlo, ya que era consciente de que no supondría nada importante para su investigación.

Decidieron ir a tomar unas cervezas al Playa Chica al finalizar. Los agentes Losada y Domínguez debían esperar a que llegase su relevo de vigilancia en la obra y acordaron que Ana y Pedro fueran saliendo ya hacia el chiringuito, cogieran una mesa y les esperaran allí.

Aparcaron enfrente y eligieron al entrar la misma mesa que el día anterior. Todavía era pronto y había poca clientela a esas horas. Ana pidió una cerveza y antes de que Pedro pidiese su consumición, le pasó un brazo por los hombros y le recordó que estaban a la espera de la Guardia Civil, y él era quien conducía. Pidió una sin alcohol a regañadientes.

Una vez servidos, comenzaron a repasar toda la información y las novedades del día. Ana hablaba atropelladamente, feliz por su nueva situación laboral. Se sentía viva, activa y útil.

El cielo comenzaba a perder luminosidad y Marcos, cansado de navegar entre documentación y de darle vueltas a un sinfín de posibilidades, a cuál más inverosímil, decidió salir a dar una vuelta y despejarse.

Seguía bajo los efectos del alcohol y la pastilla y consideró que sería una buena idea pasear por la zona para estirar las piernas. Al llegar a la rotonda de Veneziola se dejó llevar por el color del carril bici y sin pensarlo mucho lo siguió absorto en sus teorías.

—¿No piensas decirme nada? —oyó a su derecha al pasar frente al supermercado Veneziola.

—Hola, María… esto… yo... Lo siento, no te he visto.

—¿Y eso? —se acercó para darle un beso y acabó haciéndolo en la mejilla—. Veo que tienes los ojos irritados.

—No es lo que piensas, he estado trabajando hasta ahora y he salido para pasear y despejarme.

—Ya, aunque hueles un poco a alcohol.

—No, María. Estoy bien, solo he tomado una. ¿Qué haces tú por aquí? ¿No deberías estar estudiando?

—Llevo todo el día y necesitaba también un poco de aire fresco. ¿Quieres que te acompañe?

—Como quieras. Voy sin rumbo fijo. Solo quería caminar un poco frente al Mar Menor.

Pasearon juntos hablando del tiempo, de las oposiciones y de todo aquello que saltaba de una cabeza a la otra. Sin darse cuenta,

caminaban por el arcén de la Gran Vía de La Manga, en dirección al puente del Estacio.

La conversación era muy amena. María derrochaba simpatía en cada frase y Marcos se sintió realmente a gusto a su lado. A la altura del Playa Chica, Marcos le propuso entrar y tomar algo. María era un poco reticente.

—No llevo dinero.

—No importa. Pago yo que soy el que trabaja.

María cedió. Entraron en el chiringuito y localizaron mesas libres al fondo a la izquierda.

Ana mantenía una agradable conversación con Pedro sobre su estado de ánimo. Por enésima vez, le había contado lo viva y feliz que se sentía tomando unas cervezas al terminar una jornada de excavación. Recordaba que eso era una especie de ritual que se seguía rajatabla en todos los yacimientos y proyectos en los que había trabajado, sobre todo en sus inicios como estudiante de arqueología.

Pedro no quería interrumpirla y la dejaba hablar, soltando algún monosílabo de vez en cuando, para que quedase constancia de que él estaba también presente. Cuando el botellín de Ana se volcó sobre la mesa, salpicándole, se levantó con rapidez.

—¡Mierda! —oyó decir a Ana.

Pedro pasó de la cara de estupefacción de su compañera a las de una pareja que, de pie, los observaban a dos metros de ellos. El chico vestía vaqueros ajustados y camiseta blanca. La chica, una falda corta de color crema que mostraba sus muslos y piernas perfectas y un top ceñido a juego.

—Qué sorpresa. ¿Llegamos tarde a la reunión de arqueólogos? —dijo el chico reparando en la vestimenta de Ana y Pedro.

—Que yo cuente aquí solo hay dos —contestó Ana, señalándose a ella misma y a Pedro—. Vosotros no sé muy bien qué sois ni qué hacéis en este sitio.

—Mira bien, «cariño» —dijo Marcos deleitándose en la última palabra. Hay agua por un lado y por el otro; son los dominios de la

subacuática. Lo que no tengo claro es que hacéis vosotros, los profanadores de tumbas, fuera de vuestras tierras de secano.

—Estamos trabajando en una obra en Veneziola —contestó Pedro al sentirse directamente interrogado por la mirada de Marcos.

—No me digas que venís de parte de la Universidad. ¿Es que ya no quedan becarios y han tenido que enviarte a ti? ¿Tan mal andan de recursos? —dijo Marcos señalando a Ana con el mentón.

—En la universidad hacen los procesos de selección buscando a los mejores, no como en Cartagena, que preguntan a los capullos que no saben ni dónde tienen el culo, para que mientan y así elegir a los amiguitos.

—A mí me pidieron mi opinión y fui sincero.

—¡Y una mierda! Por eso el puesto de arqueólogo se lo llevó tu amigo de toda la vida, que no sabe ni agarrar una pala. Lo hiciste adrede para joderme la vida —respondió levantando algo más la voz.

Pedro notaba como el ambiente se iban enrareciendo, el tono se iba elevando, y pensó poner punto final a ese encuentro de una manera civilizada, pero no estuvo rápido.

—Calma, chicos. Creo que no es necesario que…

—Marcos, vámonos de aquí —interrumpió María, tirando del brazo de este.

—Eso, hazle caso a tu fulana y vete de aquí, dónde no molestes —dijo Ana acompañando el comentario con la mayor mueca de desprecio que le pudo ofrecer.

—¿Perdona? —respondió la aludida avanzando unos pasos hasta ser frenada por el brazo extendido de Marcos— ¿Qué me has llamado?

Pedro dio un paso adelante en un gesto conciliador para tratar de atajar la situación y que el asunto no pasase a mayores. Era mejor evitar una posible pelea y de un modo sosegado y tranquilo, quiso calmarlos. No le dio tiempo a abrir la boca.

—Has oído bien, no te hagas la estúpida —se dirigió Ana a María sin cambiar su gesto de desprecio y mirándola de arriba abajo—. Date prisa, no sea que te cierren el burdel y no te dejen entrar.

Pedro cerró los ojos sabiendo que su oportunidad había pasado. Miró a la joven morena. Era guapísima, con un cuerpo moldeado a la

perfección. Tenía la cara seria y no quitaba el ojo a Ana. Esta la ensartaba con su mirada, lanzándola todo el odio y la furia que pudo acumular. Sus ojos desprendían ira y envidia a partes iguales. Se levantó despacio, cogiendo el botellín vacío, dispuesta a estamparlo sobre cualquiera de los dos.

—Repite lo que la has llamado. —Esta vez fue Marcos quien habló mientras avanzaba amenazante hacia ella.

Pedro se interpuso entre Marcos y Ana. Trató de sujetar la mano de esta antes de impactar el botellín en la cabeza del primero. No fue capaz de pararlo y el chico se trastabilló dando un par de pasos hacia atrás al sentir el impacto, ligeramente desviado por el mediador.

—Maldita zorra, hija de puta. —Comenzó a repasar todo el vocabulario aprendido en las noches de tabernas junto al puerto de Cartagena, mientras avanzaba hacia Ana con una mano sobre su sien dolorida. Los clientes de las mesas de alrededor se levantaban y se retiraban.

—¡Quietos, cojones! —La voz de Domínguez tronó autoritaria desde la entrada del chiringuito.

La irrupción de los dos uniformes de la Guardia Civil provocó un silencio que permitió a los agentes escrutar qué estaba pasando allí

—Vamos, circula —se dirigió a Marcos identificándole como uno de los contendientes.

—Y una mierda. La ha llamado puta —dijo señalando a María—. Que la pida perdón.

—Vaya, ya no eres tan gallito, ¿eh? —contestó Ana señalando a los agentes.

—Pídela perdón, zorra —dijo avanzando hacia ella y empujando al agente Losada en su camino.

A continuación, se produjo un forcejeo tras el cual, en unos angustiosos segundos, Marcos fue reducido por los agentes y sentado en una silla. No fue necesario esposarlo. Sujetado desde atrás por Losada, la furia de Marcos se tradujo en una mirada de odio que claramente no tenía nada que ver con el insulto a María. Allí se dirimían cuestiones que el tiempo había alimentado, hecho crecer y acababan de aflorar como la lava de un volcán sin control.

Al cabo de unos minutos, liberado de la sujeción de Losada y algo más calmado, Marcos se levantó y señalando a Ana con el dedo, le dijo muy despacio mientras se dirigía a la salida:

—Si algún día está en mis manos ayudarte o salvarte, date por muerta.

* * *

La llegada de los oretanos
Qart Hadasht. Sureste de I-span-ya. Año 220 a.C.

La brisa de aquella mañana primaveral traía los aromas de las flores y frutales, mezclándolos con los del salitre del mar. Dayra respiraba vida desde el ventanal de su habitación en un lateral del Palacio de Asdrúbal. Los nervios se apoderaron de las tres estancias oretanas. Esa misma mañana estaba prevista la llegada del rey Mucro, con la reina y algunos de los personajes principales de Cástulo. Sus padres y Bodilkas acompañaban a la comitiva y la joven guerrera no tardó mucho en contagiarse del estado de ánimo de las demás.

El motivo era la boda de la princesa Imilce con Aníbal, que tendría lugar al día siguiente en el templo de Tanit, tal y como aconsejaban las costumbres púnicas. Algunas delegaciones invitadas ya habían llegado a Qart Hadasht y una de las últimas en llegar era precisamente la de Cástulo.

Desde su ventanal, Dayra tenía una buena panorámica de gran parte de la ciudad. Pero desde el palacio situado en lo alto de la colina, no lograba distinguir las comitivas que atravesaban las puertas de la capital púnica en I-span-ya.

Decidió bajar hasta la calle de acceso de la muralla. Allí los vería pasar y los saludaría desde un lateral.

Una comitiva contestana entró la primera. Los caballos y carretas atravesaban las puertas de entrada. Los ciudadanos cartagineses congregados allí, los aplaudían y vitoreaban.

Algo después divisó los estandartes oretanos que se iban acercando solemnemente. Con un paso tranquilo, recreándose en aquel momento en el que ellos eran parte importante de los

acontecimientos que iban a tener lugar. Vestían sus trajes de gala. Dayra no pudo reprimir unas lágrimas sentidas al ver desfilar a su pueblo.

Abría la comitiva el rey Mucro, al cual saludó con una inclinación de cabeza que fue contestada por este, junto a una gran sonrisa, cuando la reconoció. Un poco más retrasados vio pasar a sus padres y a su tío Bodilkas, erguidos, con el porte oretano que les distinguía de los demás. Las lágrimas corrieron desbocadas por sus mejillas y no pudo resistirse más.

—¡Padre, madre! —los tres la miraron aliviados al verla y contestaron a su saludo.

Bodilkas le regaló una amplia sonrisa mientras llevaba su puño derecho al corazón, golpeándolo dos veces, siendo replicado el mismo gesto por Dayra.

La comitiva debía llegar hasta las puertas del palacio de Asdrúbal, donde Aníbal y la princesa les recibirían y les acomodarían en el interior.

Dayra subió corriendo, atajando por las callejuelas para recibirles allí también y unirse a la escolta que protegía a la princesa.

La comitiva fue recibida en las escaleras de acceso al palacio y tras los saludos, abrazos y entrega de regalos, pasaron al interior. Bodilkas aprovechó para acercarse a su sobrina.

—Te veo flaca, ¿no te dan bien de comer aquí? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

—La comida es buena, aunque un poco especiada. Pero sí, echo de menos comer de la caza, asada en un buen fuego.

—Ja, ja, ja. Escápate y mataremos un jabalí para compartirlo.

—Sí, mejor, porque hasta ahora los debes comer tú solo —dijo señalando su prominente barriga—. ¿Ya no tienes a nadie a quien enseñar?

Bodilkas rio con ganas y cuando paró, puso una mano sobre el hombro de su sobrina y con voz seria, preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, contestó Dayra agachando la cabeza y bajando un poco la voz.

Cuando la joven se giró y echó a andar, Bodilkas tuvo la certeza de que le engañaba.

9
Incidente a bordo

El informe

Nada más sentarse a la mesa, Pedro tuvo la certeza de que su compañera apenas había dormido. Lejos de haber elegido una cómoda coleta para que no le molestase al trabajar, se había presentado con el flequillo tapándole la cara, para disimular unos ojos hinchados y aún llorosos, y una boca que bostezaba más de la cuenta.

—Buenos días, colega. ¿Vienes dispuesta y a tope para manejar pico, pala y carretilla? —saludó, aunque no obtuvo respuesta—. Bien, supongo que eso es un sí. —Ana seguía en silencio peleándose con el sobre de azúcar de su café—. En cuanto a lo de ayer...

—Pedro, no quiero hablar de lo de ayer.

—Y una mierda. Casi me abres la cabeza de un botellazo y me veo inmerso en una pelea con un bestia que necesitó dos guardias civiles para calmarse. Ya puedes darme una explicación.

—No, Pedro, por favor.

—Vamos, somos compañeros, trabajamos juntos. Dime, ¿qué te preocupa? Está claro que conocías al chico de ayer y no de nada bueno.

—Hoy vamos a comenzar excavando junto a la valla...

—¡Los cojones con la valla! Dime, ¿ese es el culpable de que quisieses suicidarte? Tengo que saberlo.

Si Ana creía que no le quedaban más lágrimas que llorar, al menos dos salieron impetuosas resbalando por sus mejillas.

—Creía que lo había superado. Siempre se me aparece en sueños, pero ayer, al verle delante... No sé...

—Ana, si ese tío te hizo daño, olvídalo. Hay más hombres en este mundo a los que les importas.

—Ah, ¿sí? ¿Se puede saber a quién? Todo el mundo me dio la espalda cuando me encontraba mal.

—Todos, no.

—Es verdad, tú no. Tú has sido el único que ha estado cerca de mí. Vamos, se hace tarde y tenemos mucho trabajo por delante. Hoy conduzco yo —Se levantó e hizo una pausa mientras le miraba—. Siempre te lo agradeceré. Eres mi mejor amigo.

‹‹Estupendo››, pensó Pedro mientras tiraba la servilleta contra la mesa y se ponía el chaleco técnico con el logo de la Universidad.

Al llegar a la obra, la pareja de la Guardia Civil había cambiado. En lugar de Domínguez y Losada se presentaron dos agentes, algo entrados en años y con pocas ganas de entablar conversación. Sacaron el material del maletero y se pusieron a trabajar, sin mayor pérdida de tiempo.

Comenzaron a cavar cerca del muro. El agujero bajaba de nivel cuando Pedro actuaba, ya que Ana apenas podía sujetar las herramientas. A las once de la mañana sonó su móvil y salió de la parcela a la calle para hablar.

Al volver, Pedro le interrogó con la mirada.

—He tenido dos llamadas, nada importante o que no supiéramos ya. Luego en la comida te cuento.

La mañana terminó con el cansancio de una Ana que pedía a gritos hacer una parada y decidieron ir a comer al Fogón de Juan Manuel, un restaurante ubicado en la urbanización Aldeas del Taray, que tenía un amplio comedor de paredes blancas, cenefa de azulejo y friso hasta media altura de color oscuro y sillas y mesas de madera con manteles de papel. Disponía de un ambiente acogedor y era centro de reunión de obreros, jardineros y empleados de servicios públicos de la zona durante los desayunos y almuerzos. Una vez pedidos los menús, comentaron alguna noticia que vieron en los televisores del salón, mientras saboreaban un arroz con costillas de primero, del cual apenas dejaron rastro en los platos. Al llegar los segundos, Pedro le interrogó.

—¿Las llamadas?

—Ah, sí, nada importante, lo que ya sabíamos. La primera era del laboratorio y me han confirmado lo que intuía. Son réplicas en mármol de huesos humanos.

—Bien, pues confirmado lo que creíamos.

—Pero hay algo más. Juntando todas las piezas, no se reconstruye ninguna parte del cuerpo.

—No te sigo.

—Pues que no se corresponden unos con otros. Es como si alguien hubiera traído huesos de diferentes tipos y tamaños en una bolsa, y los hubiese echado allí.

—Pero eso a nosotros nos da igual al no ser restos humanos.

—Ya, pero no deja de ser extraño.

Habían bajado algo el tono de voz, ya que distintas cuadrillas de trabajadores de diferentes empresas y uniformes les rodeaban. Pedro había pedido de segundo carrilleras en salsa y nada más probarlas, supo que ese plato acabaría vacío como el primero. Aun así, no quitaba ojo al de Ana.

—Joder, estos calamares en salsa tienen buena pinta —Pedro alargó su tenedor hacia el plato de Ana y pinchó uno de ellos llevándoselo a la boca.

—Eh, esas manos —le recriminó Ana en broma moviendo su cuchillo de forma amenazante—. Que seas mi amigo no te da derecho a ciertas cosas.

—¿Y la otra llamada? —centró Pedro la conversación.

—Jaime Vega, un antiguo compañero de la facultad. Le llamé antes de ayer y le dejé un mensaje. Hoy me ha contestado. Trabajó en el yacimiento de Las Amoladeras a la entrada de La Manga desde el Cabo de Palos.

—Ese yacimiento es de la Edad del Cobre, ¿no?

—Correcto. Me ha contado que hicieron algunas prospecciones a lo largo de La Manga y no vieron nada más. La zona de Veneziola está demasiado lejos para ser un lugar de enterramiento.

—Estás dando por supuesto que excavamos un enterramiento.

—¿Y qué puede ser si no? Ten en cuenta que las piedras parecen haber sido colocadas adrede. Puede que lo que hubiera allí lo sacaran y sustituyeran por las réplicas para disimular.

—Está bien, te voy a seguir el rollo. ¿Qué puede ser si no es de la Edad del Cobre? Te recuerdo que La Manga se formó hace miles de años por la acumulación de sedimentos de las desembocaduras de los ríos cercanos y lo que ha arrastrado el mar desde el sur. Nunca ha habido una civilización que se asentase aquí hasta épocas modernas.

—Sí, pero desde entonces por aquí han pululado mastienos, cartagineses, romanos, musulmanes, cristianos, berberiscos… Cualquiera podría haber enterrado a uno de los suyos caído en combate.

—Bueno, eso sí tendría algo de lógica. Puede ser creíble.

—Estoy convencida de que es así —zanjó el tema Ana.

Al finalizar la jornada hicieron una parada en el Playa Chica para tomar algo antes de llegar al hotel. Los agentes Domínguez y Losada estaban allí y, tras saludarse, se sentaron todos en la misma mesa. Ana estaba un poco nerviosa por si veía aparecer de nuevo a Marcos, pero la presencia de los agentes de la Guardia Civil terminó de calmarla.

Sutilmente solicitaron más información de la que inicialmente les ofreció Domínguez el primer día. Ana buscaba datos más concretos y trató de sonsacar a los agentes algo que no les hubieran contado hasta ese momento.

—¿Y cómo va la investigación del caso? —preguntó.

—Bien. De momento avanza sin contratiempos —contestó Domínguez.

—¿Y hay algo más que nos podáis contar?

—No, la información es reservada.

—Ya, pero nos ayudaría conocer en qué punto estáis, para saber qué pretendéis que encontremos allí.

—Bueno, a ver —dijo Domínguez con tono conciliador—. Eso a vosotros os da un poco igual.

—Me temo que no —intervino Pedro. No es lo mismo buscar herramientas de sílex de la Edad de Piedra que armas de la Edad del Hierro.

—Vosotros sacad lo que encontréis y luego nos lo contáis.

—A ver —retomó la conversación Ana—, si buscamos una espada, por ejemplo, apartaríamos las piedras encontradas o las analizaríamos posteriormente, pero no perderíamos mucho tiempo en ello. Saber qué hipótesis manejáis nos ayudaría bastante.

—Lo que os puedo contar es lo que ya sabéis —contestó Domínguez—. Se han encontrado dos cadáveres, uno en un acantilado del Cabo de Palos y otro en su casa. Como comprenderéis, no es muy habitual en La Manga tanto suceso junto.

—¿Y se confirma alguna relación entre ellos? —preguntó Pedro.

—Es posible. Uno traficaba con obras de arte y piezas arqueológicas y el otro trabajaba en la obra en la que estáis. Si unimos toda la información, todo apunta a que algo encontraron durante el vaciado del terreno y lo han tratado de vender, pero alguien ha debido silenciarles.

—¿Y no se sabe nada más?

—De momento se ha solicitado información a las compañías telefónicas para que indiquen qué móviles o dispositivos estaban conectados ese día en Cabo de Palos. No estamos en temporada alta y no debería ser un listado demasiado extenso. También se está preguntando a los vecinos de la zona del acantilado por si vieron algo. Hemos pedido las llamadas realizadas o recibidas por cada una de las víctimas y estamos presionando a posibles compradores de piezas arqueológicas para ver qué sacamos por allí. Por otro lado, hay una línea de investigación abierta para cada uno de los fallecidos y seguimos a la espera de los informes definitivos de los forenses. No solo estamos Losada y yo; ahí hay medio cuartel y parte de la Comandancia de Cartagena trabajando en el caso.

—O sea, que seguimos sin saber qué buscamos —dijo Pedro.

—¿Y no habéis avanzado nada más? ¿Solo estáis a la espera de noticias?

—Mira, Ana, no te lo tomes a mal —contestó Domínguez en tono conciliador—. Vosotros sois arqueólogos, limitaros a hacer vuestro trabajo y nosotros haremos el nuestro, así evitaremos problemas.

—¿Problemas como los que sucedieron hace tiempo?

—Sí, todavía por las noches se oye aullar al sargento Hontoria —intervino Losada.

—¿Qué pasó? —preguntó Ana—. Eso no es parte de la investigación, así que podéis hablar de ello.

—El sargento tuvo un choque de egos con un arqueólogo compañero vuestro. Un tal Adrián «no sé qué» —Ana y Pedro, se miraron instintivamente al oír el nombre de su responsable—. Desde entonces, nuestro jefe hace pruebas de tiro con la foto del chico. Creo que el asunto escaló por los ministerios implicados y tuvieron que reunirse las altas esferas para poner fin al tema.

—Ya, los arqueólogos somos lo peor, ¿a que sí? —concluyó Ana apurando la cerveza y mirando el reloj—. Nos marchamos, que se nos hace tarde.

—Ok, mañana nos vemos en la obra. Nos toca ese turno. Ah, se me olvidaba, ¿has vuelto a encontrarte con tu amigo el violento?

—No, ni sabía que estaba por aquí. Pero no tengo intención de preguntarle qué está haciendo en La Manga.

—Te lo puedo decir yo —contestó Domínguez—. Está con un grupo de arqueología subacuática, revisando o buscando algo en la playa de Veneziola.

—¿Sí? ¿y qué están buscando, un pecio?

—Creo que tiene algo que ver con las líneas que mostró Google en el mar. Hay quien piensa que pudieran ser ruinas de algún poblado antiguo.

—Y han debido enviar al más apropiado —intervino Losada soltando una carcajada ante la mirada confusa de Ana y Pedro.

—Bueno, después del altercado de ayer hemos investigado un poco a ese chico y parece ser que es todo un experto en rayas. De hecho, cuando se alteró tanto debía haberse metido alguna para adentro.

Ana se quedó pensativa durante un momento y luego se despidió:

—Entonces me alegra teneros cerca. Mañana más, señores.

Salieron apresuradamente para no coger el puente móvil abierto y se marcharon al hotel. Acordaron trabajar un poco hasta la hora de la cena en la habitación de Ana, que era donde tenían el ordenador

y toda la documentación. Al llegar, Ana abrió su puerta y le dio la llave a Pedro; le pidió que esperase quince minutos mientras se duchaba antes de pasar, y por si acaso hubiese tenido que salir a la calle a algo, que fuese comenzando con el informe.

Pedro golpeó tres veces la puerta de la habitación de Ana y esperó. Al no tener contestación, llamó de nuevo y pegó la oreja a la madera por si oía algo. Finalmente, abrió con la llave y entró.

A la izquierda, sobre la cama, vio una camiseta y una toalla, y a los pies las botas de trabajo de Ana. A la derecha, sobre la mesa, el ordenador estaba encendido con un documento de texto abierto y el teclado y el ratón, escondidos bajo unos desordenados papeles que indicaban que Ana ya había comenzado a trabajar.

Pedro se acercó a la ventana para abrir algo más las cortinas y que entrase más luz del exterior. Al darse la vuelta, al fondo, la puerta del baño se abrió. Una Ana desnuda y sin otra prenda encima que una toalla pequeña anudada en la cabeza avanzó hacia la mesa distraída. Movía en alto los brazos intentando secar su pelo sin reparar en la presencia de Pedro.

—Ana...

—¡Joder! —gritó la joven, tratando de tapar su cuerpo con brazos y manos y optando al final por usar la diminuta toalla de la cabeza.

—Lo siento, perdón. Llamé, pero no oí nada. Dijiste que viniese en quince minutos y han pasado más de veinte.

—¡Mierda! Un momento… —Cansada de destapar una parte de su cuerpo para ocultar otra, pero mostrando siempre algo, optó por acercarse a la cama y cambiar su pequeña toalla por la otra más grande—. También hubiera sido un detalle que mirases para otro lado, ¿no?

—Eh… Sí, claro, lo siento, no pensé…

—Voy a ponerme algo encima, no me siento muy cómoda luchando con una toalla —dijo mientras trataba de anudarla sobre el pecho, procurando que no se abriese.

Pedro no acertaba a decir nada y tampoco era capaz de desviar su mirada. Estaba muy sonrojado y avergonzado y Ana lo notó.

—Vamos, que no es para tanto, ¿no has visto a ninguna mujer desnuda? ¿No tienes internet en casa? —El color de las mejillas de Pedro adquiría un tono cada vez más rojizo—. Pásame las bragas y el sujetador que están en la silla, por favor.

Pedro le alcanzó ambas prendas sujetándolas apenas con un par de dedos.

—Eh, que no muerden —Ana se regodeaba con la situación—. Venga, me cambio y empezamos. Ve echando un vistazo a los papeles que hay sobre el teclado.

Cogió unos pantalones cortos y una camiseta y se metió en el cuarto de baño. Al salir, seguía con el pelo húmedo, revuelto y lo cepillaba mientras se acercaba.

—A ver, esta es la información que nos entregaron; esto es lo que nos dio la Guardia Civil, y estas notas las he ido tomando yo en la excavación.

—¿Y esa libreta? —Pedro empezaba a recomponerse.

—Son las notas adicionales que he ido acumulando en conversaciones con Domínguez y Losada, con mi amigo Jaime, y alguna que otra información o dato que he extraído de Internet.

—Esa última documentación no la necesitamos para el informe.

—Para la parte técnica, no, pero para el contexto, ya veré. Cualquier información que nos ayude a entender lo que hemos hecho nos vendrá bien.

—Ana, dos cositas. La primera, solo hay que incluir información veraz y las conversaciones, suposiciones y datos sin confirmar no tienen cabida en el informe.

—Bueno, eso ya lo veremos.

—Te recuerdo que no eres Sherlock Holmes, ni somos detectives. Somos arqueólogos que vivimos en precario, con unos sueldos de mierda y por esa razón no nos inmiscuimos en los asuntos de otros, es decir, de la Policía o la Guardia Civil.

—Vale, ¿y la segunda cosita?

—La segunda es el tipo de informe. Que no se te olvide que nos han llamado para ver si hay algo más allí y la respuesta será un

documento donde se concluya: sí o no.

—Bueno. Vamos a empezar a escribirlo y ya veremos cómo lo acabamos. Si quieres, puedo bajar a por un par de latas frías y algo de picar. Luego salimos a cenar a costa de los que no nos quieren pagar un salario digno.

—Mejor bajo yo. Ve empezando, que para eso vienes de jefa y es tu ordenador.

—Ok. ¿Te llevas la llave?

—Ni de coña. Te llamo y me abres.

—Está bien, procuraré acordarme y abrirte vestidita… —dijo apuntalando su sarcasmo con una sonrisa maliciosa.

* * *

El accidente

El día amaneció despejado, con tan solo algunas nubes por levante, allá en la línea del horizonte, que obstaculizaron la salida del Sol, pero no evitaron que este tomara pronto altura y presidiera un cielo limpio y azul. Sus rayos comenzaron a inundar ventanas y recovecos que hasta ese momento albergaban sombras y los sonidos de un día estival comenzaron a llenarlo todo.

La Manga se despertaba poco a poco. Las primeras gaviotas ya graznaban sobre las azoteas de las torres de viviendas y los coches de los trabajadores más madrugadores recorrían de norte a sur, o en sentido contrario, los diecinueve kilómetros de lengua de tierra rodeadas de mar. Sobre las aguas, los pescadores más matutinos ya faenaban con las redes trampa de langostinos y en el Mediterráneo, la flota de bajura del Cabo de Palos salía en busca de los caladeros.

Marcos trató de incorporarse y tirarle algo al despertador para que callara. Con la almohada falló, pero encontró una zapatilla al tantear el suelo con la mano, con la cual logró derribar el maldito aparato tratando de silenciarlo.

Sin embargo, el artilugio dotado de dos campanas a modo de orejas y un pequeño martillo metálico que golpeaba sin compasión una y otra vez a un ritmo frenético, se mantuvo en su intención de

despertar a media Manga. Al final, no le quedó más remedio que levantarse.

Al apagar el despertador, su móvil comenzó a sonar sobre la mesa del comedor.

—¡Madre de Dios! ¿Hay algo más que pite o suene en esta casa? —se dijo a sí mismo en voz alta.

En la pantalla iluminada de su teléfono apareció el nombre Jaime Vega Montilla. El día anterior le llamó, pero no le contestó y ahora le devolvía la llamada.

—Hola, Marcos. Qué sorpresa. Tenía un mensaje de voz tuyo, pero ayer acabé tarde y no pude oírlo.

—Jaime, me alegro mucho de hablar contigo. ¿Cómo va todo?

—Bien. Me pillas ya en la calle. ¿Es importante?

—No, solo quería un poco de información sobre asentamientos de civilizaciones en La Manga. Creo que tú eres de los más expertos con el estudio de Las Amoladeras.

—¿Volvéis a estar juntos Ana y tú?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Me llamó ella hace unos días preguntando por lo mismo. Creí que habíais coincidido en alguna excavación.

—Pues no, ¿te dijo por dónde estaban trabajando?

—No. Y le dije lo mismo que te digo ahora a ti. No existe documentación fiable previa al periodo romano. De la Edad del Cobre te aseguro que no hay ningún asentamiento en La Manga, más allá de Las Amoladeras. Hicimos un estudio nosotros y descartamos que hubiesen llegado tan lejos en una tierra que no era fértil. De la época cartaginesa o romana pudiera ser, aunque de los primeros no se documentaba casi nada, y de los segundos no se ha encontrado información de ningún historiador. Para ambas civilizaciones fue una zona de interés: minero por la sierra y de la industria pesquera para producción de garum romano, ya sabes, la salsa esa con la que condimentaban sus guisos. Hay restos arqueológicos de villas romanas alrededor del Mar Menor, pero en concreto en La Manga, no se ha encontrado nada. No descarto que pudiera haber algo, pero a fecha de hoy, ni se tiene indicios, ni hallazgos, ni nada. De encontrar algo, habría que datarlo bien,

porque podría ser algo cristiano, berberisco o árabe, ya que las encañizadas, en la zona norte, fueron un invento de estos últimos.

—Ok, gracias. No me has resuelto muchas dudas, pero al menos me das información.

—Somos arqueólogos, ya sabes. Hasta que no encontramos y analizamos, no afirmamos.

Jaime Vega Montilla era un experto en la Edad del Cobre. No parecía que hubiese algo de esa época por allí. Trató de resumir brevemente las opciones que había pensado el día anterior, completándolas con la información que acababa de recibir. Luego trató de centrarse. De Jaime había recibido un dato que había pasado por alto. Ana le había llamado también por lo mismo que él. Ella trabajaba para la Universidad de Murcia. ¿Qué hacían ellos interesados en este tema? Su compañero le dijo antes de la pelea que tenían algún proyecto por allí. ¿Por qué ese interés de todo el mundo con La Manga?

Apenas veinte minutos después, con resaca y la misma ropa del día anterior, sin afeitar ni peinar, conducía por la Gran Vía en dirección al puerto Tomás Maestre para iniciar una nueva jornada de inmersión.

Aún tenía en la cabeza todas las hipótesis de la tarde anterior revoloteando en su mente. ¿Qué secretos escondía el Mar Menor? ¿Qué había ahí abajo? Y lo más importante, ¿por qué había tanto interés en que no se encontrase nada? Tal era su grado de abstracción que estuvo a punto de atropellar a un peatón en un paso de cebra a la altura del restaurante Casa Paco. Tras recoger su ración de insultos merecidos, continuó hacia el puerto planificando sus próximas actuaciones: el informe era fácil de realizar y ya contaba con parte de la documentación para acompañarlo. Con eso se darían por satisfechos sus superiores y él dispondría de tiempo libre para continuar la investigación por su cuenta. Dado que el largo del rectángulo a revisar era de casi mil metros y se había centrado en apenas doscientos en la zona norte de la playa de Veneziola, pensó en hacer al menos tres inmersiones más: una en el extremo

más al sur, frente a la Escuela de Pieter, otra frente a la urbanización Las Góndolas y la última, en la zona continua donde encontró el exvoto, por si encontraba algo más.

Fede le indicó la necesidad de repostar gasoil y él, tras echar una mano en la maniobra de atraque en la gasolinera, bajó al camarote, desplegó las cartas de la zona. y se puso a trabajar con ellas.

Fede y Miguel hicieron la maniobra de desatraque, dirigieron el barco hacia la salida del canal y navegaron rumbo norte hasta el punto de fondeo utilizado en los últimos días. Fede situó la proa entre las dos torres de viviendas usadas como referencia el primer día y se dispuso a echar el ancla.

—¡Marcos, fondeamos! —gritó desde el puente.

—Ok, id preparando todo. Ahora salgo.

Terminaba de calcular distancias con el compás sobre una de las cartas del Mar Menor, sopesando la posibilidad de desplazarse con la barca auxiliar para trasladar herramientas o hacerlo buceando con ayuda de un motor, cuando un alarido le sobresaltó.

—¡Aaaaahg! ¡Por Dios, ayuda!

El ruido que precedió al alarido era el de una cadena rodando sin control. Se incorporó y saltó con rapidez hacia la escalera de la cubierta. Un poco más adelante., otro estrépito sonaba desde la escalerilla del puente y vio como Fede caía por ellas hasta golpearse con la borda.

—¡Cojones! ¿Qué coño pasa aquí?

—¡Joder, ayuda! —gritó de nuevo Miguel desde la proa.

Cuando Marcos quiso reaccionar y miró hacía allí, la pierna de su compañero estaba atrapada en un lazo hecho con la cadena y la aprisionaba contra el molinete.

—Fede, ¿estás bien? —preguntó al llegar al primer herido.

—Sí, no es nada. Ve a por él —dijo señalando la proa.

Con un par de zancadas, Marcos llegó hasta Miguel. Trataba de tirar hacia él la cadena para que no hiciese más fuerza contra su pierna, pero no podía sujetarla. El dolor estaba a punto de hacerle

desmayar. No se lo pensó dos veces, se lanzó con ambos pies por delante para hacer freno en el molinete y agarró uno de los eslabones con ambas manos mientras tiraba de él hacia atrás, como si estuviese jugando en el colegio al «tira y afloja». Poco a poco, la cadena dejaba de apretar la pierna, aunque no lo suficiente aún como para tratar de liberarla. Echó un vistazo a su compañero y el hueso parecía roto, a punto de salirse del cuerpo.

—¡Fede, no puedo! ¡Ven! —Marcos tiraba de la cadena, pero esta se resbalaba y él cedía centímetro a centímetro frente al peso del ancla—. ¡Acciona al freno o súbela!

Fede gateaba por la cubierta. No podía caminar y arrastraba un pie roto o dislocado. Con la mano, parecía sujetar la cabeza allí donde se había golpeado. Sobre el piso de madera, un reguero rojo marcaba el camino que había seguido y la seriedad de su herida.

La pierna de Miguel parecía estar a punto de seccionarse. La cadena seguía apretando con la intención de partirla en dos.

—No, por favor, no sueltes, por tus muertos. Me la va a arrancar.

—No… voy… a soltar… ¡Fede, ostias! ¿Dónde estás?

Fede se acercó gateando y trató de activar el freno.

—No funciona, mierda.

—Otra vez, dale otra vez —gritaba Marcos—. Trata de levarla.

—No puedo, no funciona.

—¡El bichero! ¡Cógelo! —Los dedos de Marcos se agarrotaban por el esfuerzo y comenzaban a resbalar—. Cuando te diga, voy a tirar con fuerza y ganar un par de eslabones. Mételo entre dos de ellos para atrancar la cadena.

—Me la va a amputar, por favor —lloraba y gemía Miguel.

—No te la va a cortar. Ayúdame cuando te diga y haz toda la fuerza que puedas con las manos.

—Lo tengo —dijo Fede con el palo de madera preparado—. ¿Aguantará?

—Puede que no mucho. Cuando se frene el molinete, tenemos unos segundos para liberar la pierna y sacarle de ahí. ¿Estamos? —No esperó respuesta—. A la de tres: una... dos… y tres.

Tiraron echando sus últimas fuerzas. Inicialmente apenas se movió, pero un par de segundos después el ancla comenzó a subir

centímetro a centímetro. Un eslabón. Necesitaban al menos otro más.

—Vamos —aullaba Marcos—. Un poco más. Prepara el bichero.

Su cuerpo estaba en tensión. Ejercía fuerza con sus piernas, brazos, manos, dedos y cualquier músculo que pudiera ayudar. Si en ese momento se rompiese la cadena o el molinete, él saldría despedido fuera del barco y la pierna de Miguel quedaría amputada.

—Un poco más, Marcos, un poco más —decía Fede con la punta metálica del bichero preparada.

Marcos tiró como un poseso, como si fuese su vida la que estaba en peligro. Comenzó a gritar creyendo que así liberaba más fuerza.

—¡Lo tengo! —Fede metió el bichero en el segundo eslabón y al ir soltando Marcos, la punta metálica del palo de madera comenzaba a doblarse por la fuerza de la cadena.

—¡Vamos, rápido, no hay tiempo! —Marcos se giró y comenzó a desenredar la cadena de la pierna.

—Se va a partir el bichero, rápido.

Marcos quitó la vuelta que aprisionaba el muslo justo en el momento en que la punta metálica se partió, y la cadena comenzó de nuevo a correr hacia el fondo arrastrada por un ancla que caía a peso. El palo del bichero, al partirse, golpeó a Marcos en un brazo. La cadena en su aceleración, lo hizo en la espalda, como si se tratase de un latigazo.

Los marineros, avisados por radio, les esperaban en el puerto para ayudarles en las labores de atraque. Tuvieron que soltar el ancla y dejarla en el fondo ya que la urgencia de la pierna de Miguel no les permitía perder ni un segundo más. Fede pilotaba el barco sin apoyar su pie derecho y con un fuerte mareo debido al golpe con la borda. Marcos, dolorido, se arrastraba como podía, sacando las defensas, largando cabos y derrumbándose cuando quedaron atracados.

Los servicios sanitarios estaban preparados y una vez tendida la pasarela, saltaron a la cubierta buscando a Miguel. Lo que peor aspecto tenía era la pierna. Además del hueso roto, tenía una herida

que sangraba abundantemente. Pese a todo, no había perdido la consciencia. Los médicos se agacharon junto a él y comenzaron a suministrarle calmantes, inmovilizar la pierna y cortar la hemorragia. Eran momentos tensos, pero al menos ya estaba en buenas manos.

Cerca de Miguel estaba Fede, sentado en la escalerilla del puente, con un tobillo hinchado como un balón de playa y la cabeza sangrando debido al golpe. Dos enfermeros le rodearon y comenzaron las curas.

Los agentes Domínguez y Losada subieron después. Nada más acceder, el espectáculo en la cubierta mostraba bastante ajetreo. A su derecha, dos médicos y una enfermera asistían a Miguel, y a su izquierda, dos enfermeros más lo hacían con Fede. Justo delante de ellos, Marcos estaba de pie apoyado en la borda. Con los dos codos sobre esta y contemplando la actividad sanitaria. Domínguez se acercó a él.

—Hombre, si es el busca peleas. ¿Qué ha pasado?

—Un accidente —contestó Marcos sin apenas mirarle.

—Curiosamente, eres el único que parece haberse librado, ¿no?

—¿Perdona?

—Decía que es una suerte que tú hayas resultado ileso, así podrás contarnos lo que ha pasado.

—Ha sido un accidente con la cadena del ancla. Cuando yo llegué ya tenía la pierna atrapada contra el molinete. Ellos mismos te lo podrán contar —contestó señalando a sus compañeros.

—Sí, sí, ya los preguntaremos. Por cierto, ¿con cuál de los dos fue la pelea el otro día? —Marcos reaccionó sorprendido—. Bueno, al llegar a puerto tus compañeros estuvieron comentando la pelea y ya sabes... los usuarios de otros barcos se enteraron de todo, suele ocurrir en un espacio tan abierto.

—Fue una pelea por un asunto de trabajo.

—Ya. ¿Sabes? El otro día, cuando tuvimos que reducirte por tu estado violento, hice una llamada a un viejo amigo de la Policía de Cartagena y me contó que eres un habitual de las broncas de las tabernas que hay alrededor del puerto.

—No sé qué insinúa, pero le repito que esto ha sido un accidente.

—Ya, ya lo sé. Pero me deja algo intranquilo que una de tus últimas visitas al calabozo fuese tras una pelea con ese chico —dijo señalando a Miguel—. En fin, tú cuéntame qué ha pasado y yo lo apunto. Luego cotejaremos versiones. Supongo que vuestra mutua de accidentes querrá saber qué ocurrió porque me da a mí que ese chico va a estar una temporadita en tierra firme.

Marcos, con más desgana que otra cosa, comenzó a relatar lo que había ocurrido, mientras Losada tomaba notas y Domínguez interrogaba y solicitaba aclaraciones, aunque algunas de ellas, eran las mismas preguntas cambiadas de orden o realizadas con distintas palabras.

Una vez los servicios médicos tenían estabilizados a los heridos, y la Guardia Civil terminó de interrogarlos, los fueron bajando al muelle, donde un par de ambulancias les esperaban. Había bastantes curiosos revoloteando alrededor a una distancia prudente del dispositivo montado.

El primero en bajar fue Fede, ayudado por dos enfermeros.

—Marcos, cuando me suelten, vengo a echar una mano con el barco.

—Cuando te suelten te vas para casa. Ya llamo yo a Santos para contarle todo.

—¿Y el barco?

—No te preocupes, recojo y cierro todo yo.

—¿Y el material que hemos dejado de la inmersión?

—Me encargo yo. Pediré ayuda a Santos para que me mande algún compañero. Y si no hay nadie disponible, voy yo a recogerlo. Solo necesito ayuda en la cubierta, ya encontraré a alguien.

—Gracias —dijo Fede señalando a Miguel.

El siguiente en salir fue Miguel. Iba tumbado en una camilla y consciente. Al pasar junto a Marcos, hizo una seña a los enfermeros para que pararan.

—Gracias —Marcos asintió mientras le miraba—. ¿Por qué lo has hecho?

—Tú lo hubieras hecho por mí, ¿no? —contestó Marcos.

—No.

—Al menos eres sincero —Marcos se dio la vuelta para comenzar a recoger todo.

—Pero si tengo que hacerlo en un futuro, lo haré.

—Pues yo espero que no se te presente la ocasión —sentenció Marcos.

Ambos sonrieron y Marcos puso la mano sobre su hombro. No necesitaban decirse nada más. No se caían bien, no eran amigos, ni lo serían nunca, pero eran compañeros y uno había salvado la pierna y posiblemente la vida al otro.

Cuando las sirenas de las ambulancias se fueron apagando y sus luces dejaron de brillar, los curiosos se fueron marchando. Marcos se quedaba solo y tenía que recoger todo y cerrar el barco. Entre los coches aparcados detrás del muelle le pareció ver un hombre espigado, alto, bien vestido con un traje oscuro. Le resultó familiar. Le sonaba haber coincidido con él en La Manga, en algún bar, o quizás en el Playa Chica.

El hombre lo observaba descaradamente hasta que desapareció de su vista. Un todoterreno negro comenzó a dar marcha atrás y supuso que sería el suyo. Lo siguió con la mirada hasta que salió del puerto.

* * *

Betatun
Qart Hadasht. Sureste de I-span-ya. Año 220 a.C.

—Llévame a beber el vino de estos salvajes.

—Tío Bodilkas, me has asustado —contestó Dayra.

—¿Qué hacías?

—Estaba sentada viendo los preparativos de la boda. Aquel es el templo de la diosa Tanit —dijo señalando una construcción con columnas en la explanada del palacio de Asdrúbal—. Lo están adornando con flores y banderas. La guardia de Aníbal y uno de los cuerpos de élite de su ejército ya visten de gala con sus capas blancas.

—Sí, muy bonito, pero llévame a probar ese vino que dicen que lo hacen los mismos dioses.

Sacaron los caballos del establo porque Bodilkas no quería subir de vuelta al cerro del palacio con el estómago lleno. Dayra le llevó a conocer la ciudad y acabaron en una taberna cerca del puerto, donde se sentaron en una mesa apartada, bajo la mirada indiscreta de marineros y soldados.

—¿Te sientes segura en este sitio? —dijo Bodilkas señalando al resto de clientes.

—Tuve que sacar la espada un par de veces al principio, pero parece que ya me aceptan por aquí.

—Ten mucho cuidado.

—Sí, tío, no te preocupes.

—Pues claro que lo hago —dio un manotazo a la mesa y levantó algo la voz, provocando que el tabernero sirviera la bebida a la carrera para evitar problemas con el enorme oretano—. Al llamarte en el palacio te he asustado porque estabas desprevenida y no me oíste llegar. En los montes de Cástulo eso te hubiese costado la vida. ¿Vas a decirme qué te pasa? ¿Qué te preocupa?

—Nada. Es solo que después de la boda, la guardia personal de Aníbal será la encargada de proteger a la princesa y no sé muy bien qué pasará con nosotras. He oído que a lo mejor nos mezclaban con ellos.

—Deja de engañar a tu tío. Te conozco desde pequeña. Casi te he criado yo. ¿Es por ese cartaginés grande, ¿verdad? ¿Cómo se llama, Serbal? —Dayra se quedó callada mirando el cuenco del vino—. Vamos, vi cómo te miraba cuando marchasteis de Cástulo. ¿Te ha hecho algo?

—Lo ha intentado, pero hasta ahora se ha encontrado mi espada en medio.

—Maldito sea, lo mataré.

—No, tío, estamos en una ciudad hostil.

—Ya lo sé, he visto demasiada gente para matar en un solo día. Tendremos que hacerlo en dos.

Dayra sonrió. Su tío tenía el don de ponerla de buen humor en cualquier circunstancia.

—He pensado que cuando ya estén casados esperaré un par de lunas y pediré a la princesa volver a Cástulo, no creo que me lo niegue.

—Mientras tanto…

—Mientras tanto, me cuidaré. Pediré a los dioses que me protejan.

—Toma esto —dijo Bodilkas sacando de una pequeña bolsa de cuero una estatuilla—. Es Betatun, diosa de la curación y oráculo de nuestro pueblo. Ella te cuidará.

Dayra jugó con la pequeña estatuilla entre sus manos. Al final trató de devolvérsela a Bodilkas.

—No puedo aceptarla, es tuya.

—Claro que puedes. Te lo ordena tu tío. Llévala en todo momento contigo y te protegerá como ha hecho conmigo. Recuerda que debe estar siempre junto a ti.

10
Lo que oculta el corazón

No hables

Habían decidido dejarlo a las ocho y media de la tarde. Todavía les quedaban algunos días de trabajo y estaban a expensas de conocer las conclusiones para añadirlas al informe. Ana se quedó en la habitación para terminar de arreglarse mientras Pedro hizo tiempo esperándola en la puerta del hotel para dar un paseo, despejarse un poco y cenar en algún restaurante de la zona. Se demoró algo al bajar y se reunieron en la escalera de acceso principal.

—Perdona el retraso. Ya estoy, ¿vamos?

Ana echó a andar sin esperar contestación. Caminaba mirando al suelo absorta en sus pensamientos. Pedro la siguió sin hablar. Ella barruntaba algo y él creyó que sería mejor no molestarla. Dieron un paseo en silencio salpicado de algunas frases cortas con contestaciones más breves aún, y algún comentario intrascendente que otro. En alguna ocasión notó que ella le miraba, pero no se atrevió a preguntar en qué ocupaba su mente.

En la elaboración del informe habían vuelto a discutir sobre la conveniencia o no de cerrarlo tal y como estaba. Por supuesto, había vuelto a imponerse Ana con sus argumentos arrolladores. Decidieron buscar un sitio para cenar en la salida dieciocho. Allí había algunos restaurantes o mesones con cierta fama en La Manga, algunos de los cuales permanecían abiertos todo el año. No hacía frío y eligieron una mesa en la terraza con vistas al faro del Cabo de Palos y a la playa.

Ya habían pedido la comida y cuando les sirvieron las bebidas, Pedro deshizo el silencio coreado por el rumor de las olas.

—No me gusta cenar en silencio. Vamos, rómpelo. Estás muy callada desde que hemos salido del hotel.

—Estaba pensando y recomponiendo un poco todo. Ya sabes, ordenando la cabeza.

—Miedo me da entonces, pero bueno. Comienza a largar. Empieza primero por el trabajo y así no lo quitamos de encima. Este proyecto me está saturando.

—Hoy ha sido un día interesante. Hemos recibido mucha información.

—¿En serio? Que yo sepa, Domínguez solo nos ha contado lo que ya sabíamos.

—Hay que saber leer entre líneas.

—¿Sí? ¿Y se puede saber qué se me ha escapado?

—Somos parte de una investigación sobre dos cadáveres que han aparecido. Ambos murieron en extrañas circunstancias.

—Uno se ha caído por un acantilado y el otro se ha suicidado. Es algo bastante normal. Deberías ver más el telediario.

—Si fuera así de simple, no estarían involucrados medio cuartel del Cabo de Palos y parte de la Comandancia de Cartagena, según Domínguez. ¿Es así?

—Sí, eso es verdad.

—Además, se conocían. Las llamadas de uno llevarán probablemente al otro. Uno trabajaba en una obra y el otro traficaba con obras de arte y piezas arqueológicas.

—Vale, hasta ahí llega mi corta inteligencia. ¿Qué más has sacado?

—El perfil del traficante sugiere que algo encontraron en la obra y contactaron con él y, por lógica, no debía ser una pistola del siglo XX. Seguramente era algo más antiguo. Una espada, un casco, un escudo…

—Sí, es lógico —Pedro no quería intervenir.

—Es posible que encontraran unos restos y alguien debió irse de la lengua. Por alguna razón debieron eliminar al trabajador y retiraron los huesos encontrados. Los sustituyeron por réplicas de mármol por si la Guardia Civil se presentaba a investigar, decirles que había sido una confusión.

—Vale, entonces nos llaman a nosotros, llegamos, buscamos, no vemos nada y pasado mañana nos vamos —intervino Pedro.

—Las réplicas de mármol no se correspondían entre ellas —continuó Ana ignorando el comentario—. No deben ni formar parte de un mismo esqueleto, o ese muñeco estaría mal hecho o deformado. Da la impresión de que cogieron unos cuatro o cinco huesos al azar, y los llevaron a la obra haciendo desaparecer los verdaderos.

—Bien, ese pasillo nos lleva hasta una puerta cerrada y no podemos continuar por ahí. ¿Media vuelta y abandonamos ya?

—Ni siquiera sabemos qué encontraron.

—Ni lo sabremos.

—Depende.

—¿Qué estás pensando? —Les retiraron los platos mientras los cambiaban por los segundos. Pedro esperó que le sirvieran nuevas copas de vino. Cuando se quedaron a solas de nuevo, le hizo una seña para seguir.

—Les preguntaré a los obreros. Ellos debieron ver algo, pero callan —continuó Ana.

—Claro, y lo que no les hayan dicho a la Guardia Civil te lo van a contar a ti, ¿verdad?

—Tengo dos poderosas razones para pensar que sí —dijo acomodándose la camiseta y haciendo que se moviesen sus pechos—. No subestimes lo que puede hacer una mujer.

—Vale, no lo dudo. ¿Algo más de este tema para ir cerrando?

—Hay cosas que no entiendo. Si la Guardia Civil interviene una obra y la para llamando a un servicio de arqueología, ¿por qué en dos días que llevamos allí no se ha presentado ni el aparejador, ni el arquitecto, ni responsables de la constructora, el promotor o el dueño de los terrenos?

—Ahora que lo dices… sí, me parece raro también.

—Y has sido tú el que has visto en al menos dos catas que se pierden las líneas de los estratos de un lado sin continuidad en el siguiente. Eso es porque han removido tierra y han vuelto a rellenar el hueco.

—Pero eso no es concluyente. Aquí en La Manga se construye metiendo pilotes para compactar la tierra. Esto al final es sedimento y no es muy fiable edificar sobre la arena.

—Muy bien. Y si han usado pilotes en la parcela, ¿por qué no hemos encontrado nada de hormigón ni hierro en ninguna cata?

—No sé, Ana, este terreno tuvo una urbanización previa hace mucho tiempo para parcelar el terreno.

—Pedro, sabes también como yo que ahí han excavado y han vuelto a rellenar para que no veamos nada. Además, hay otro tema que me preocupa.

—Sorpréndeme.

—Tengo la impresión de que nos observan.

—¿Quién? —dio un respingo Pedro.

—Gente desde las azoteas cercanas. He notado como si nos observasen con prismáticos.

—Venga, ya. Ahí te has pasado.

—Hay un tío espigado, muy bien vestido, que creo que nos sigue. Le he visto ya dos veces en el Playa Chica y no nos quita ojo.

—Ana, creo que se te está yendo la pinza. Te estaría mirando las tetas.

—Sí, ya. ¿Y tampoco te parece raro que estén los de la subacuática de Cartagena por aquí?

—Están investigando algo que no tiene que ver con lo nuestro.

—¿Seguro? Si se confirmase que en el mar hay ruinas de alguna estructura antigua, las dos excavaciones podrían tener algo que ver.

—¿Estás de coña? No hay, ni ha habido, ninguna antigua civilización asentada aquí, en la zona norte de La Manga.

—¿Y si fueran instalaciones antiguas dedicadas a la pesca, a la sal o a la elaboración de *garum* romano?

—Si fuese algo romano relacionado con la comida, estaría documentado por Plinio «el viejo», que le gustaba mucho comer.

—O no. Podrían haberlas construido y no entrar nunca en funcionamiento. Piensa que un poco más arriba están las encañizadas y detrás, las salinas. Esta zona siempre ha tenido un interés comercial para muchas civilizaciones.

—¿Y cuál es tu teoría? ¿Que ambos yacimientos están relacionados?

—Me gusta que le empieces a llamar yacimiento.

—Eh, para el carro. Te estoy siguiendo el juego. Aunque tuvieses razón en algo, te recuerdo que un arqueólogo no cobra lo suficiente para jugarse el cuello en un asunto de la Guardia Civil. Si ha habido muertes y han sido asesinatos, empecemos a hacer las maletas y vayámonos de aquí.

—Vamos, Pedro, nosotros no somos importantes para nadie.

—Por eso mismo, pocos llorarían por nosotros si nos tiran por un acantilado.

Ya era noche cerrada y únicamente se veían las luces del faro de Cabo de Palos y las de la costa y el paseo recién arreglado que llegaba hasta él. Estuvieron unos minutos en silencio y esta vez fue Ana quien lo rompió.

—Pensé que te gustaban los hombres.

—¿Qué? —La cucharilla de Pedro se cayó sobre la tarta de queso.

—Pues eso. Que he visto como me mirabas al salir de la ducha y una mujer sabe distinguir esos ojos de otros.

—Lo siento, debí haber mirado para otro lado, no puede evitarlo.

Ana se quedó en silencio. Su cabeza giraba por dentro a una velocidad de vértigo. Pedro miraba hacia su tarta sin levantar la vista. Sus mejillas se encendían poco a poco avergonzadas por la situación.

—Pedro, has sido la única persona que me ha ayudado cuando estuve a punto de morir. Tú me sacaste del pozo. Me ofreciste tu amistad, tu apoyo. No me pediste nada a cambio. Yo no sabía... Siempre he notado que me mirabas de una manera distinta, pero creía que era compasión o algo así. Yo no sabía...

—¿Qué no sabías? ¿Qué me importabas lo suficiente como para no evitar enamorarme de ti?

—Pedro, no puedo, lo siento. —La humedad de sus ojos amenazaba desbordarse—. Te quiero, pero no del modo que a ti te gustaría.

—Es por ese matón drogadicto de la subacuática, ¿no?

—No es eso. Es que ahora no quiero atarme…

—Vi cómo le mirabas mientras le insultabas. Sigue dentro de ti. Nunca se fue de tu cabeza, ¿verdad?

—No puedo evitarlo, no depende de mí.

—Ese cabrón te jodió la vida. Estuviste a punto de morir por su culpa y todavía te deshaces delante de él... Yo te he tratado siempre bien, he estado a tu lado ayudándote, acompañándote. Te he querido y te he hecho sentir querida. ¿Y para qué? Para nada. —No pudo evitar que un par de lágrimas salieran de sus ojos—. He estado haciendo el gilipollas. ¿Debería haberte puteado y jodido la vida para que te fijaras en mí?

—No eres justo.

—No te preocupes. Sé reconocer la derrota, llevo haciéndolo mucho tiempo contigo.

—Pedro, no quiero perderte.

—No, no lo harás. Seguiré siendo tu compañero y soy un profesional. Mañana volveremos al curro y acabaremos lo que hemos venido a hacer aquí y luego nos marcharemos. Quiero irme de aquí cuanto antes. No me apetece estar cerca del «sirenito». —Se levantó y tiró la servilleta con rabia contra la mesa—. Por cierto, pagas tú que eres la jefa. Me voy al hotel a dormir. Mañana a la misma hora de siempre. Puntual.

—Pedro...

Ana se quedó llorando sola, sentada en una mesa para dos sin acompañante. Ningún camarero se atrevió a acercarse a retirar los platos del postre. Su mejor y único amigo la abandonaba y como siempre que se cruzaba en su camino, Marcos tenía la culpa. Nunca podría librarse de él. Lo amaba en sueños y moría por dentro al recordar cuánto le deseaba. Sabía que él era tóxico para ella y si pudiera sacarlo de su corazón, lo haría. Pero ni un bote de pastillas fue capaz de liberarla de él. Lo odiaba por todo ello y, sin embargo, su cuerpo se seguía estremeciendo cuando su mente le traía escenas de caricias y pasión.

A la media hora salió del restaurante y se dirigió al hotel. Subió hacia la habitación, pero pasó de largo y se paró frente a la de

Pedro.

—Ana, es tarde —dijo al abrir y verla—. Además, no quiero hablar.

—Pues perfecto —contestó empujándole hacia adentro y cerrando tras de sí la puerta.

Con un movimiento rápido, tiró su bolso al suelo y se quitó la camiseta. Pedro se quedó parado sin reaccionar. Cuando quiso abrir la boca, el pantalón corto de Ana cayó a sus pies y los lanzó junto a los zapatos contra la pared.

—Ana… —acertó a decir al verla en ropa interior.

—Chisst. Dijiste que nada de hablar —le calló dando dos pasos hacia adelante y besando una boca incapaz de articular palabra. En los minutos que siguieron formaron un amasijo de manos, brazos, bocas y cuerpos en ebullición, compitiendo por sentir y hacer sentir al otro.

Las tres copas que tomó Ana en el restaurante al quedarse sola, junto al vino de la cena, hicieron el resto. No reparó en gastos ni detalles al disfrutar del cuerpo de Pedro. Se entregó a él con una pasión que hacía tiempo que no experimentaba. Se sentía excitada, poseída. Buscaba con ahínco cada rincón de su compañero. Tomó el control subiéndose encima de él y más tarde, terminó de descargar la tensión acumulada en forma de gemidos sobre su cuello.

Los golpes en la pared de la habitación no consiguieron parar la locura que se había adueñado de ella. Sin apenas descanso, arremetía de nuevo contra un Pedro, el cual era incapaz de controlar el aluvión de deseo que se le venía encima. El ritmo frenético impuesto no conseguía aplacar el ardor interno que sentía y solo cuando su respiración comenzaba a entrecortarse y sus jadeos eran incapaces ya de salir, se abrazó con fuerza a su compañero, asustado por el furor con el que había sido sometido, sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir.

Pedro fue incapaz de decir nada y a ella, exhausta, no le quedaron fuerzas para mantener los ojos abiertos unos segundos más. El silencio se adueñó de aquella cama la cual, instantes antes, había sido el escenario de un feroz combate.

A las siete de la mañana, impasible, la alarma despertó a la pareja que yacía desnuda, abrazada, compartiendo una cama desecha y maltratada por el ímpetu del deseo de la noche anterior. La Manga despertaba con un nuevo día radiante y en las calles ya aparecían los primeros madrugadores que se dirigían a sus puestos de trabajo. Comenzaba un nuevo día.

* * *

La advertencia

Estaba cabreado. Justo después de cenar, Fernando Arteso le había llamado para recriminarle que no estaba haciendo nada, que los arqueólogos llevaban varios días trabajando y su obra estaba siendo ralentizada. Antes de colgarle, le recordó que cuando él pagaba un servicio no admitía otra cosa que no fuese su llevada a término. Además, en esta ocasión había sido muy claro respecto a la metodología. Podía hacerlo como quisiese, pero con rapidez. El fin justificaba los medios.

Las siguientes dos horas las pasó ordenando toda la información acumulada en los dos dosieres, uno por cada proyecto.

En el primero, al abrir la carpeta, apareció la ficha del responsable del Grupo Arqueológico Subacuático, Marcos Triguero. Las siguientes cinco hojas contenían información pormenorizada de su historial profesional, su trayectoria en el grupo y otros datos relevantes como informes policiales de atestados, arrestos, etcétera. Leyó de nuevo la documentación y subrayó en color rojo las palabras conflictivo, estupefacientes, detenciones y alcoholismo. No necesitó indagar más para tener claras las actuaciones que debía poner en marcha con cierta inmediatez. La fuente que le había enviado los datos era muy fiable, ya que provenía de su mismo entorno.

Las siguientes hojas contenían las fichas de Federico Martín y Miguel Olmos. Apenas las leyó, porque además de haber visto el desembarco de los heridos en el Puerto Tomás Maestre, su equipo le informó puntualmente que ambos habían sufrido un accidente que les tendría de baja al menos una semana en el más leve de los casos. El primero de ellos con un esguince que le tendría apartado

del proyecto. Y el segundo permanecía hospitalizado y se preveía una larga estancia allí, o de baja en su domicilio. Del equipo subacuático, sus problemas se reducían a un único miembro, Marcos Triguero, algo que simplificaba sus próximos pasos.

El resto de la documentación de la carpeta eran fotos, algunos planos e información de horarios y movimientos de los miembros del equipo. En concreto, Marcos se alojaba en una casa en la misma zona en la que se ubicaba el ático que hacía las veces de cuartel general, lo cual les permitiría una mayor rapidez y control en las acciones a realizar.

El resto del material lo formaban las grabaciones desde el ático, matrículas de vehículos, datos del barco, localización del punto de amarre y todo aquello que habían ido acumulando y guardaban celosamente en el disco duro del ordenador.

La siguiente carpeta contenía la documentación referente a la obra del chalé de la Familia Ruiz Almansa. Al igual que en la anterior, en primer lugar, aparecieron las fichas de Ana Torres, responsable del proyecto y Pedro Carracedo, en calidad de ayudante. Ambos estaban adscritos al equipo de arqueólogos de la Universidad de Murcia. Al igual que en el caso de Marcos buceó en el informe de Ana, subrayando en rojo las palabras intento de suicidio, depresión o intoxicación.

No necesitó mirar detenidamente el historial de Pedro, ya que el informe lo debía firmar Ana como responsable. Con lo que había subrayado, tenía de sobra para perfilar su estrategia.

Además, esta pareja la tenía bastante más estudiada que al de la subacuática. Les había seguido y observado tanto desde el ático como en el Playa Chica, y eran muchos los datos e información acumulada. Era una verdadera pena que una chica tan bien parecida, con un cuerpo que no estaba nada mal, se obstinase en salir del tiesto intentando lucirse en un trabajo que deberían haber acabado ya. Ese encabezonamiento le iba a conducir a una situación que él no hubiera deseado, pero en los negocios había aprendido que había que ser muy metódico y no dejarse influenciar por nada, mucho menos por sus víctimas.

En el resto de la carpeta aparecía información de la obra, la plantilla de la constructora y las parejas de agentes de la Guardia Civil que se habían relevado en el dispositivo de vigilancia efectuado en el chalé.

Se reservó para el final las últimas actualizaciones de las investigaciones que llevaba a cabo la Guardia Civil. Una fuente fiable le mantenía puntualmente informado de los avances en ella. De momento, todo seguía el plan previsto.

Para finalizar, llamó a Luis Silva, el encargado de la obra y mantuvo la conversación diaria con él, con la que completaba el estado de los trabajos de los arqueólogos.

—¿Han vuelto a comentar algo de la piscina?

—De momento no, don Víctor. Lo sugirieron al principio, pero no han vuelto a decir nada.

—Bien, ¿tú crees que les queda mucho por hacer?

—Al ritmo que van, podrían tardar semanas.

—¿Semanas?

—Parece que están poniendo mucho celo en lo que hacen y van desesperadamente despacio.

—¿Algún problema con los chicos y los arqueólogos o la Guardia Civil?

—De momento procuro estar siempre a su lado. No doy lugar a conversaciones con ellos. Cada uno está a lo suyo. Los nuestros van cumpliendo.

—Bien, ya sabes que cualquier información, por insignificante que parezca, me la comentas. No importa la hora.

—Así será, don Víctor.

Se sirvió una copa y se asomó a la terraza del ático a observar el Mar Menor. Las luces de la orilla contraria temblaban y la calma de ese mar sin olas le sumió en sus pensamientos.

Ya tenía perfilado su plan de acción. Había dedicado tiempo a pensar en los detalles, para prevenir sorpresas. Convocó a su equipo a una reunión en el ático antes de la hora de la comida para explicárselo y que lo fueran preparando. Necesitaban adquirir cierto material y sobre todo que su equipo interiorizase la cadena de

acciones a realizar, para no dejar ningún cabo suelto ni nada que los pudiese incriminar.

Se sirvió una nueva copa mientras llamaba por teléfono para informar de los últimos avances, sin especificar los planes que comenzarían a poner en marcha al día siguiente, para proteger a su interlocutor.

Cuando su equipo se marchó, él se quedó degustando un *whisky* irlandés, regalo de Fernando Arteso. Esa botella la tenía reservada para tomar cuando, una vez acabada la jornada y relajado, repasaba todo la acontecido en el día y los pasos a dar en el siguiente.

Desde su terraza, a la izquierda, veía el Mar Menor. Estaba oscuro, calmado, reflejando las luces del aeropuerto de San Javier en el agua y silencioso, lejos del bullicio estival que llegaría pronto. Calculó el lugar donde solía fondear el barco de la subacuática y se lo imaginó allí, de día, esperando la subida del buzo para levar anclas y marcharse.

A su derecha veía la obra del chalé de la Familia Ruiz Almansa. Un leve resplandor rojizo le recordó que le tocaba la guardia de vigilancia a la pareja que fumaba. Las farolas de la calle apenas iluminaban el terreno que una y otra vez insistían los arqueólogos en horadar.

Al cerrar los ojos se imaginó en otra playa, a más de seis horas de avión, disfrutando de un idílico entorno caribeño. Ya tenía los billetes sacados con suficiente antelación para no levantar sospechas. Había dejado caer en conversaciones insulsas con los camareros del Mesón Murciano, el Falúa y el Playa Chica el día de partida, para que no levantase sospechas su salida de España después de los sucesos que estaban a punto de ocurrir. Serían unas merecidas vacaciones con su mujer y sus hijos, aprovechando la finalización del curso escolar.

Su móvil sonó y una voz grave y seca, sin saludos previos ni concesiones, le indicó:

—Tenemos los datos del enlace.

—De acuerdo, ¿me envías un mensaje?

—Sabes que no, no se deja nada registrado. ¿Tienes para apuntar?

—Sí, adelante.

—Alberto Álvarez Mansilla. Urbanización Puerto Bello, kilómetro dos. Te dejo un sobre con la dirección completa y una foto de él, donde siempre. Acuérdate: máxima discreción.

—Ok. Lo recogemos esta misma noche.

—Actúa ya. Hoy mismo. No hay tiempo y esta vez sacadlo de La Manga.

—Así se hará.

Finalizó la conversación sin despedidas. Acto seguido llamó a su equipo y prepararon el dispositivo. Sobre un plano de La Manga acordaron los emplazamientos de vigilancia, acceso a los edificios, calles de entrada o salida, puntos de reunión y vías de escape. Una vez memorizada y entendida la primera fase, se centraron en la segunda, eligiendo el mejor lugar para deshacerse de las pruebas y el modo en qué sería efectuado el plan. Uno de los coches con tres ocupantes partió hacia el puerto Tomás Maestre, punto de recogida de la información y después iría al encuentro de la segunda unidad. Este otro vehículo, con cuatro hombres, partió directamente a la urbanización Puerto Bello para aparcar por la zona y comenzar a desplegarse para no llamar mucho la atención. El resto se quedó en el ático junto a él, a la espera de acontecimientos y realizando las tareas de vigilancia sobre el chalé de la obra.

Con el segundo *whisky*, volvió a él una sensación extraña. Algo había allí en aquella zona del sureste de España que no entendía. No era la primera vez que la percibía.

Normalmente no le preocupaba qué había detrás de las órdenes que recibía. Tampoco las cuestionaba. Sus objetivos eran claros: el grupo subacuático debía emitir un informe que indicase que allí abajo no había nada; y el otro grupo debía concluir lo mismo de la obra del chalé y permitir que se finalizase en tiempo. Su misión era velar por que estos dos asuntos concluyesen de esta manera y para ello, emplearía los mecanismos que fuesen necesarios.

Él era un ejecutor. Sabía lo que tenía que hacer y obraba en consecuencia. Cuanto menos supiese de los motivos que había por detrás, mejor. Su dilatada experiencia le aconsejaba tomar distancia con el mundo real que se escondía detrás de sus acciones.

Sin embargo, era la segunda vez que percibía esa sensación de que había algo que no entendía o que se escapaba a su control.

De lo que podrían haber sido dos trabajos sencillos, ambos grupos de arqueólogos se empeñaban en demorar sus estudios. ¿Por qué? ¿Qué ocurría en aquella parte de La Manga? ¿Había realmente algo ahí, hundido o enterrado, que mereciese la pena? Quizás ellos no fueran conscientes de que estaban poniendo en peligro sus vidas. ¿Por qué ese afán de salirse de las directrices que tenían y buscar lo que no debían?

Se sirvió la última copa mientras contemplaba el reflejo de la luna sobre el mar. Llevaba mucho tiempo dedicado a su trabajo y debería ir pensando en retirarse. Era arriesgado lidiar con ciertas personas que no dudarían en machacarle si su honor o credibilidad estuviesen en juego. Mientras tanto, la sensatez que le brindaba su experiencia le permitía seguir viviendo con una salvaguarda. Tamborileó los dedos sobre la memoria USB en la que guardaba todas sus conversaciones grabadas con sus clientes y que llevaba consigo en el bolsillo del pantalón. Había otra copia a buen recaudo. Toda precaución era poca cuando tenía que bregar con según qué gente.

* * *

La videoconferencia

De los tres cuadrados que aparecían en pantalla, el suyo era el de abajo. Arriba, a la izquierda aparecía Santos, con un fondo en el que se veían unas cortinas blancas tapando una ventana por la que se colaba la luz artificial de alguna farola y dos cuadros con motivos marineros a ambos lados. En el de la derecha, Villalta permanecía quieto, impasible sobre un fondo con una librería perfecta de tomos y colecciones iguales, perfectamente ordenados. Marcos dudó que hubiera leído alguno de esos volúmenes en su vida.

Él no tuvo más que moverse un poco a un lado para tapar la botella de licor abierta.

—Supongo que imaginarás el motivo de esta videoconferencia, ¿no? —comenzó Santos.

—Algo intuyo. —Trató de ganar tiempo.

—Creemos que ya tienes todo el material que necesitas para elaborar el informe. Con las bajas de Fede y Miguel tenemos que cerrar el proyecto.

—De acuerdo. Necesito que me mandes a alguien, Santos.

—¿Para el barco? No tengo personal.

—Hay que cerrar ya —intervino Villalta autoritario.

—No podemos hacerlo —contestó Marcos.

—Es una orden, no me la discutas.

—De acuerdo. Mañana elaboro el informe y os lo envío. ¿Qué fecha pongo?

—La de mañana mismo, ¿por qué?

—Cuando la prensa se entere de que hemos realizado un informe indicando que ahí abajo no hay nada, justo después de un accidente sufrido por dos de los tres miembros del equipo y con el material sin recoger... Yo no me lo creería. Por eso prefiero que me ordenéis hacerlo y me digáis qué fecha de fin de estudio debo poner, y yo lo hago —Villalta se removió inquieto antes de hablar.

—¿Cuánto tiempo tardarías en las condiciones actuales en cerrar este tema?

—Con tres días más me vale. La prensa verá salir el barco tres veces al menos, y a mí me daría tiempo a recoger todo el material y las muestras que faltan. El informe será más creíble.

—¿Y puedes tú manejar el barco solo? No puedo enviarte a nadie en un par de días —dijo Santos.

—Si, no hay problema. Me manejo bien con estas bañeras. Solo necesitaré ayuda de marineros del puerto en las labores de atraque y desatraque. Lo pediré por radio, siempre nos atienden.

—¿Y para recoger todo el material? ¿Y el ancla que soltasteis en el accidente? ¿Vas a poder tú solo?

—Si me dais permiso, puedo subir a un estudiante o becario para que me eche una mano. Me ayudará a elevar las cajas y el ancla con la grúa. Yo le indicaré lo que tiene que hacer. No es peligroso, ni tiene que pasar nada, pero necesito que estéis enterados y lo autoricéis.

—Hecho. Pasa el nombre y DNI a Santos para que sea legal y se formalice.

—Ok, de acuerdo pues.

—Muchacho. Tres días, ni uno más. Quiero ese barco en el puerto de Cartagena el viernes y el informe encima de mi mesa el mismo día antes de comer —zanjó Villalta antes de desconectarse.

—Marcos —dijo Santos—. Un momento. A ver cómo te lo explico... Una pelea, un accidente y la Guardia Civil llamando aquí preguntando por ti. Cierra esto de una puta vez sin más ostias, o te corto los cojones. ¿Estamos?

—Lo de las ostias no lo pillo, jefe, ¿te refieres a lo del informe?

—Escúchame, gilipollas. Mírate bien las pelotas y si las tienes aprecio, no la cagues. Ah, y procura no hundir el barco, solo nos faltaba eso.

Santos se desconectó y Marcos se quedó mirándose en la pantalla. Tenía tres días por delante. Si trabajaba mañana y tarde, podría darle tiempo a realizar las inmersiones que había planeado. Había pensado dejar de tomar las pastillas, pero justo ahora no podía. Necesitaba toda la ayuda posible para terminar, incluso quizás necesitase incrementar el número. Así, se aseguraría de que el cansancio no le venciese. Cuando acabase el trabajo tiraría el bote.

11
Armas de mujer

El día de la boda
Qart Hadasht. Sureste de I-span-ya. Año 220 a.C.

El gran día llegó con un amanecer despejado e iluminando calles, muros y edificios. La ciudad blanca, Qart Hadasht, la capital y la joya púnica del imperio cartaginés en I-span-ya se desperezaba y se preparaba para el gran acontecimiento que iba a tener lugar. Sobre una de las colinas, en la explanada que separaba el colosal palacio de Asdrúbal el Bello y el templo dedicado a la diosa Tanit, formaban los cuerpos de élite del ejército de Aníbal, con sus capas níveas, sus armas fruncidas y sus trajes de gala, dejando un pasillo en la línea recta que unía la escalinata de acceso al palacio con la del santuario.

La parte baja de la ciudad bullía de actividad. Distintas delegaciones llegadas desde los lugares más remotos de I-span-ya accedían por las empinadas calles de acceso a lo alto de la colina. Los oretanos disponían de un lugar de privilegio, siendo rodeados por turdetanos, contestanos, olcades, mastienos, lusitanos, carpetanos, vacceos, celtíberos y otros pueblos de filiación céltica.

No eran los únicos. Grupos de comerciantes y representantes, venidos desde los más remotos pueblos a ambas orillas del ancho mar llamado por los griegos Hē Thálassa o Mare Magnum según los romanos: helenos, galos o egipcios, se unieron a las embajadas de Tiro, Sidón o Siracusa. Desde la misma Cartago, amigos y allegados de la familia bárcida, senadores y consejeros afines al poderoso Amílcar Barca, ocupaban el resto de los lugares de privilegio.

En el puerto, pequeñas flotas de barcos de diferentes tipos y propósitos, originarios de los puntos más remotos del mar que les

unía, fondeaban plácidamente con los restos de la que fue la mayor armada naval que jamás surcó esas aguas.

En las afueras de Qart Hadasht, pequeños campamentos habilitados extramuros recogían las partidas guerreras de los pueblos peninsulares. Sus caballos, armas y aquel personal que no fue autorizado a entrar por temas de seguridad.

Quienes no hicieron acto de presencia fueron las delegaciones romanas, masiliotas y algunas otras aliadas de la primera. Con correos y mensajeros declinaron la invitación deseando prosperidad para el futuro matrimonio, con sus mejores palabras.

Tampoco asistieron los senadores y consejeros de las facciones más próximas a Hannón el Grande, uno de los sufetes del imperio y enemigo declarado de Amílcar y toda la familia bárcida.

En el interior del palacio cundía el caos. Doncellas y sirvientes de la princesa Imilce se afanaban en preparar, ajustar y dar los últimos retoques al tocado de esta y al traje de finas telas doradas y azules y ribetes en negro. Se repartieron flores frescas para adornar las negras cabelleras de las iberas y ristras de joyas, collares y colgantes adornaban el pecho y los brazos de la novia.

La guardia personal de la princesa, con Dayra a la cabeza, afrontaba la que probablemente sería su última misión para con la hija de Mucro. Una vez desposada, la novia sería conducida a sus nuevas habitaciones para compartirlas con el general Aníbal. Las doncellas serían acomodadas en un cuarto contiguo para ofrecer sus servicios cuando fuesen requeridos y la escolta oretana, que hasta ese momento las había acompañado, se mantendría en su ubicación actual.

Pero eso sería al finalizar el día. Ahora montaban guardia en las dos puertas de acceso a la habitación de la princesa y controlaban que no entrase nadie sin autorización, y mucho menos armado. Tan solo ellas cuatro portaban sus espadas y cuchillos y vestían con prendas de cuero elásticas que les permitieran moverse libremente si tuviesen que intervenir.

Cada vez que se abría la puerta, instintivamente, las cuatro guerreras llevaban su mano a las correspondientes empuñaduras y miraban hacia el pasillo controlando quien estaba fuera.

Cuando ya estuvo todo preparado, dieron el aviso para la salida, con algo de retraso y Dayra fue la encargada de abrir las puertas de la habitación y salir la primera, mirando a derecha e izquierda para no llevarse sobresaltos.

Frente a ella, un imponente Aníbal con túnica blanca, peto de cuero negro por encima, y un casco con un tocado de plumas rojo le miraba. Quizás se había demorado un poco más de la cuenta observando al general y cuando este hizo una ligera mueca con la boca, entendió que debía echarse a un lado y franquear la salida de la princesa.

Imilce estaba espléndida. Tocada con joyas de oro y plata y finas prendas de gasas y sedas, se plantó frente a Aníbal tendiéndole la mano. El púnico, sin dejar de admirar su belleza, la tomó y ambos comenzaron a caminar por el pasillo en dirección a la escalera de salida. En la explanada, impacientes, les esperaban las tropas formadas y los invitados al evento.

La guardia de Aníbal abría la formación. Tras ellos, la pareja y futuro matrimonio, las doncellas y la escolta de la princesa rodeándoles. Detrás de las guerreras, los familiares de los novios, el rey Mucro y la reina por la parte oretana, y los hermanos Magón y Asdrúbal por parte del cartaginés.

Caminaron con paso firme entre tropas e invitados hacia el templo. Los vítores y gritos de alegría del gentío inundaron la explanada. Al llegar al otro extremo Dayra vio a la delegación oretana, situada cerca de las escaleras, con sus padres Dalko y Vasemin, y a su tío Bodilkas. Se saludaron con un leve movimiento de cabeza. Era un día feliz para todos.

Dayra no pasó al interior del templo. Allí tendría lugar la parte más reservada de la ceremonia. Las escoltas y guardia quedaban fuera y únicamente un pequeño grupo de familiares accedió. Nada más entrar, comenzó la ofrenda a la diosa Tanit y posteriormente tuvo lugar la boda bajo los ritos púnicos.

Al finalizar, Aníbal saludó desde el exterior del templo y dedicó unas palabras a soldados e invitados. Habló de los nuevos tiempos que comenzaban y de la unión de los pueblos y el hermanamiento, llevándose la pareja las aclamaciones de todos los asistentes.

Una vez en el banquete, Dayra se sentó a comer junto a su familia y con las de las otras escoltas y doncellas. Debido a que ya eran oficialmente esposos, la guardia personal de Aníbal era quien velaba por la seguridad de la pareja. Ella quedó en ese momento liberada y acudieron a comer junto al resto de oretanos. Al sentarse, acomodó la bolsita de cuero que contenía la estatuilla de Betatun, para que no le hiciese daño en el vientre.

—No te separes nunca de ella bajo ningún concepto —le susurró su tío Bodilkas señalando la bolsa.

—No lo haré ni para dormir.

—Ella te protegerá. Ya sabes, siempre contigo. —Luego levantó la voz y se dirigió a su hermano Dalko—. ¿Qué te parece? Tu hija y sobrina mía se ha sentado entre nosotros para que no corra el vino de estos bárbaros.

—No lo hago por eso, es para que no os comáis un jabalí a medias entre los dos —contestó la aludida.

—Pues entonces no te preocupes, hemos pedido uno entero para cada uno.

Ambos hermanos rieron, chocaron sus cuencos de vino derramando casi la mitad y empapando a la joven guerrera que miraba a su madre Vasemín, mientras una negaba con la cabeza resignada y la otra reía.

La comida se demoró hasta bien entrada la tarde. Grupos de comediantes danzaban, hacían música con extraños instrumentos y otros daban saltos acrobáticos o escupían fuego y enseñaban enormes serpientes, extrañas arañas y animales exóticos.

En las mesas se sirvieron todo tipo de asados y aves untados con salsas de frutas y pesadamente condimentados. Extraños peces del interior del mar hicieron las delicias a los presentes y bandejas de fruta fresca y otras con muchos dátiles acompañaban los platos. Probaron cosas que jamás habían olido o tomado, elaborados con productos traídos de todas partes de alrededor del mar. Los dulces y frutos exóticos terminaron por hacer las delicias de los más reticentes con los sabores cartagineses.

La comida llegó a juntarse con la cena y el vino con la cerveza e hidromiel preferidas por los celtas y celtíberos. El alcohol comenzó a

hacer mella en los asistentes y aquellos que fueron incapaces de llegar a sus habitaciones, buscaron acomodo entre bancos y mesas.

Sus padres y su tío se retiraron y ella, junto a las otras guerreras, se marcharon a su estancia. Dayra insistió en hacer guardias nocturnas para evitar problemas con los cartagineses por la alta ingesta de alcohol y se ofreció a hacer la primera.

La noche era agradable y abrió los ventanales de la habitación para respirar el aire del mar cargado de salitre y los olores de una enorme ciudad que por fin descansaba después de un día completo de celebración.

Sacó su estatuilla y jugueteó con ella en sus manos. Le dedicó unas oraciones y le pidió fuerza y valor a la diosa para afrontar su futuro más inmediato.

Lo principal era conseguir el permiso para volver a Cástulo. Al día siguiente, trataría de hablar con la princesa o con el rey Mucro para proponerlo. Sabía que el rey se resistiría ya que preferiría tener oretanos cerca de su hija y no dejarla sola en manos de los cartagineses. Pero Aníbal era distinto. Las guerreras oretanas se habían visto envueltas en algún que otro problema y en especial ella, con esa bestia de Serbal acosándola constantemente.

Pensó que quizás el Palacio no fuese el lugar ideal en el que refugiarse. El general pasaba el día fuera y salía a marchar de vez en cuando con el ejército y quizás fuese más seguro el submundo de las tabernas. Cuando sus padres y delegaciones comenzasen a marcharse en uno o dos días, las cosas cambiarían en lo alto de aquella colina, y comenzaría el verdadero peligro de su misión: quedaría expuesta a los caprichos de Serbal.

* * *

El esqueleto

A las diez y media tuvo que parar. No podía apenas sostener las cejas en su sitio y mucho menos una piqueta, pala o carretilla. Llevaba dos noches sin apenas dormir. La primera, dando vueltas a una cabeza que giraba a la velocidad de las más modernas atracciones de feria. Durante gran parte de la noche, Marcos insistió

en no dejarla una y otra vez, volviendo a su mente cada vez que cerraba los ojos. En la segunda, la pasión desenfrenada que le habían provocado los celos de Pedro, amenizados con unas copas de más, dieron paso a una noche de sexo y locura de la que ahora todo su cuerpo se resentía.

Se encontraba terriblemente cansada, tanto física como psíquicamente, y decidió parar sentándose junto a la valla con la excusa de revisar la mensajería de un móvil al cual llevaba sin prestarle la más mínima atención justo esos dos días. Pedro la miró sin decirle nada. Él seguía excavando y bajando algunos centímetros más en la zona principal de la parcela. Le estaba dando espacio. No la quería presionar.

A su mente llegaron los recuerdos de la mañana. El irritante sonido de la alarma del reloj, el cuerpo tibio de él a su lado o el despertar en una habitación de un hotel que era igual a la suya, pero que ella notaba extraña. Pedro ya estaba despierto, se levantó el primero y coincidieron después en la puerta del baño. Él salía y ella quería entrar. Por un momento se quedaron los dos quietos, uno frente al otro, desnudos, observándose.

Pedro la miraba a los ojos. Con una mano en su cintura y la otra, haciéndola levantar suavemente la barbilla para que se encontraran. Hubiera preferido que la manosease, que acariciase sus pechos y el resto de su cuerpo, que le pidiera ansioso algo de sexo rápido y matutino. Pero no, su compañero, en un gesto meditado, acercó sus labios a los suyos para besarla suavemente y esperar su reacción.

Al principio no lo hizo. Se dejó besar mientras pensaba apresuradamente si devolverle en ese instante la pasión acumulada de la noche y dar por sentado el inicio de algo, o reaccionar de una manera más tímida, entregando su boca por unos breves segundos e instándole a dejarla pasar al baño por una urgencia física. Optó por lo segundo, dándose cuenta de que a Pedro no parecía haberle sentado tan bien esa reacción.

El desayuno fue rápido, apresurado, donde comentaron algunos aspectos del trabajo y nada sobre temas personales. Pedro insistió en dedicar esa jornada a concluir, recoger todo y finalizar el

proyecto. Ella le pidió que la dejase, tal y como le comentó en la cena, preguntar a los obreros para ver si les sacaba algo.

Decidió en ese momento hacerlo. Los vio distendidos, hablando de fútbol o alguna serie de televisión, y aprovechó para levantarse y acercarse bajo la mirada de reojo de Pedro.

—Hola Luis —dijo saludando al encargado.

—Hola Ana, ¿qué tal va todo?

—Bien, ya estamos completando el proceso.

—¿Y habéis visto algo?

—Pues sí, algún indicio en la lectura de los estratos de la tierra. Nos hace pensar que pudiera haber algo debajo de la piscina. —La cara de Luis Silva comenzó a palidecer—. Quería preguntarte antes de comentar nada a la Guardia Civil, si la grúa que usáis para subir el material a la planta de arriba del chalé podría levantar el vaso de la piscina.

—No… no creo que pueda… —contestó balbuceando extremadamente nervioso.

—Pues es una lástima, porque entonces tendríamos que pedirle a la Guardia Civil que solicite los servicios de una grúa que lo haga y ya sabes, permisos, papeleos, tiempo…

—Déjame que haga una llamada y ver si la constructora puede o tiene algo cerca.

—Ok, de acuerdo. Mientras, no digamos nada a los agentes. Además, Losada y Domínguez hoy no han venido, que son los que están más encima de este caso —dijo Ana dando unos pasos hacia atrás y volviendo a la zona en la que estaba.

Luis Silva marcó un número en el móvil y salió a la calle para mantener una conversación privada, lejos de los agentes, arqueólogos y obreros. Por casualidad, Ana miró al ático donde un par de días atrás, un destello le hizo creer que los estaban observando con prismáticos. En esta ocasión había tres hombres, aunque no les distinguía demasiado bien y uno de ellos pareció llevarse una mano a la cabeza, como si hablase por teléfono. Observó de nuevo al encargado, andando por la acera y moviendo la mano libre, haciendo aspavientos y miró después a la torre de apartamentos, donde una de las tres personas coincidía al hablar

justo en ese momento y también se metió dentro buscando quizás algo más de privacidad. Ana supo que ese era el momento.

Vació su botella de agua de medio litro disimuladamente en uno de los hoyos y se acercó contoneando las caderas hacia el grupo de trabajadores de la obra. Estos volvían en ese instante a sus quehaceres y eligió uno de ellos al que dirigirse.

—Hola, ¿tenéis agua fría? —preguntó agitando su botella y poniéndola boca abajo.

—Tenemos un botijo, ya sabes, última tecnología —dijo señalando hacia uno de los pilares de la estructura mientras sonreía—. ¿Has usado alguno antes?

—Lo intentaré y si no, me miro un tutorial de internet —contestó Ana desplegando toda la simpatía que pudo acumular en ese instante—, a no ser que quieras enseñarme.

Se dirigió hacia el botijo y dando la espalda al empleado, lo levantó y se roció el cuello y el pecho con su contenido. La frescura del agua hizo reaccionar sus pezones endureciéndolos.

—Ay, qué tonta —se volvió hacia el trabajador—. Acabo de aprender que hay que beber del pitorro pequeño en lugar del otro.

Dejó el botijo en el suelo y con las manos trató, en un gesto inocente, de quitar el agua de los pechos, provocando que la camiseta se pegara aún más a ellos, bajo la atenta mirada del obrero.

—Por cierto, hay una cosa que no me ha quedado clara —le dijo de nuevo mientras metía la mano por debajo de la camiseta y la levantaba hasta que la parte seca de la cintura llegaba hasta su cara y cuello, dejando al aire gran parte de un sujetador mojado que transparentaba su contenido—. ¿Dónde encontrasteis la espada? ¿Allí, dónde está mi compañero?

El trabajador no tenía mucho interés en desviar la vista de su sujetador y tras una rápida mirada al lugar señalado, contestó antes de volverse a fijar en ella.

—Sí, por esa zona.

—¿Y en qué posición estaba, sobre el esqueleto o a un lado? —dijo mientras tiraba un poco más de la camiseta para llevarla hasta una oreja mojada, bajo la atenta mirada de su interlocutor.

—Sobre los huesos —contestó. De repente se puso nervioso y rectificó—. Bueno, yo no vi nada. Ese día no estaba y no sé si eso es verdad o no.

Ana miró hacia la calle y vio a lo lejos que Luis Silva volvía a la obra.

—No te preocupes. Lo habré entendido mal yo. No le digas nada a los demás —dijo señalando a todos— ni a mi compañero, que luego dice que no me entero de nada y me echa la bronca. Gracias por el agua.

Ana volvió hacia el muro donde ella trabajaba. Pedro, junto al borde de la piscina, la miraba de reojo. Había presenciado todo el espectáculo y negaba con la cabeza. Ella intentó continuar con el trabajo, pero el hecho de ser la única mujer de la obra, vistiendo además una camiseta mojada la hizo sentirse incómoda y decidió dejar de ser el centro de atracción de todos y dar una vuelta para despejarse.

No disponía de otra prenda en el coche para cambiarse, por lo que optó por caminar hasta la playa de Veneziola, quitarse la camiseta y el sujetador, y ponerlos al sol para que se secaran.

A unos doscientos metros de ella, en el mar, un barco se mecía tranquilo en sus aguas. Su mente comenzó a girar como un ventilador. La información parecía brotar de los lugares más escondidos de su cerebro, y se agolpaba junta dando vueltas a la misma idea. ‹‹Son los del equipo de la subacuática››, pensó. Estudiaban unas posibles estructuras o edificaciones antiguas, muy cerca de ella y de la obra donde ella excavaba.

Se levantó y se puso de espaldas al barco. A su izquierda estaba Las Encañizadas y más allá, las Salinas de San Pedro. De frente, el chalé en construcción y detrás de este, el campo de golf y las urbanizaciones del Taray y Veneziola Golf. Y un poco más lejos aún, el Mediterráneo, el Mare Nostrum romano. A su derecha estaba la gola del Estacio, donde el puente móvil permitía el paso de vehículos rodados sobre el canal. Diecisiete kilómetros más al sur, el yacimiento de Las Amoladeras y el Cabo de Palos. A su espalda, el Mar Menor y la orilla contraria, donde se divisaban las torres y

edificios de Lo Pagán, Santiago de la Ribera y Los Alcázares, dónde se habían localizado las ruinas de una villa romana.

Sintió un ligero escalofrío. El sol no calentaba mucho pero su piel estaba ya seca. Aun así, notó esa sensación de piel de gallina sobre su cuerpo y se abrazó y restregó con sus manos para darse algo de calor.

Cerró los ojos y se imaginó de nuevo allí, en una época anterior. Sin torres ni edificios, sin asfalto, sin farolas ni modernidades de los últimos siglos. Frente al barco de las subacuática imaginó embarcaderos y construcciones menores, donde hombres de otras épocas extraían los recursos del mar.

Sintió haberse equivocado. Nuestros antepasados se acercaban al mar para obtener productos con los que alimentarse. Pero aquí no era necesario salir al Mediterráneo. Entre este y las poblaciones de la costa existía otro mar, separado por una lengua de tierra, el cual, tal y como lo hace ahora en pleno siglo XXI, ofrece sus recursos en forma de doradas, lubinas, langostinos y ocio y diversión.

‹‹Este lugar lo debieron pisar pescadores y trabajadores, pero también gente de armas. Aquí se luchó contra los piratas berberiscos y posiblemente hubiera combates entre musulmanes, cristianos, romanos, cartagineses e iberos. ¿Dónde enterrarías a algún caído, si no podías hacer una pira, por ejemplo?›› Ana comenzó a dar vueltas mirando a su alrededor, eliminando cualquier vestigio de modernidad e imaginando una época antigua que había visto en reproducciones gráficas de libros de historia. Fijó sus ojos en el barco y decidió que tenía que hablar con Marcos para poner en común ambos proyectos.

Una pareja de jubilados se acercaba a ella y decidió ponerse el sujetador y la camiseta, aunque ambas prendas estaban aun húmedas, y caminar por la orilla de la playa. El simple recuerdo de Marcos le trajo otro inmediatamente a la cabeza. No había pensado aún en él y tenía que tomar algunas decisiones.

Pedro era un hombre estupendo, un buen compañero y amigo. Siempre la apoyó y ayudó en sus peores momentos. Esa misma noche había descubierto una nueva faceta de él, en la que se había mostrado como un gran amante, haciéndola vibrar y flotar hasta casi

tocar el cielo. No recordaba, en los últimos años, ninguna otra noche de pasión como la que acababa de tener.

El solo hecho de recordar sus dedos acariciándola, la hizo estremecer y sentir ese calor interno que por la noche la dejó extasiada.

Ella le quería, pero no estaba segura si era del mismo modo que él le había confesado. Le daba miedo comenzar una relación que pudiera resquebrajarse al poco tiempo o no sentir lo mismo por él. Sería todo más fácil si pudieran compartir únicamente la cama cuando les apeteciese y seguir así, disfrutando de su compañía y conversación. Pero era difícil. Con el beso de la mañana, Pedro buscaba algo más que el sexo esporádico de un par de amigos, y ella tenía que decidir si estaba dispuesta a intentar una relación estable o no.

Tampoco podía esconder la cabeza como el avestruz y dejar que el tiempo aplacase los ánimos o curase posibles heridas que apareciesen. En breve, saldrían a comer juntos y la conversación sería inevitable. Ella trataría de darle largas, pero si no era en el restaurante, sería después en el Playa Chica tomando unas cervezas. Tenía claras dos cosas: su compañero quería volverse a casa, por un lado, y a ella por otro. Pero esta quería seguir investigando y, además, dudaba entre el deseo de meter en su cama a Marcos o a él.

Al colgar la llamada, Víctor reunió a sus hombres en el ático. Les informó de la situación e indicó los planes que debían poner en marcha inmediatamente. Repartió roles y tareas entre ellos y se aseguró que cada uno comprendiera lo que debía hacer.

Los acontecimientos se habían acelerado por la insistencia de la arqueóloga en levantar la piscina y debían actuar rápidamente. Les pidió que cada uno fuese preparando su parte y él, a mediodía, acudiría a una importante reunión en el puerto, donde daría el aviso del inicio de la segunda fase con carácter urgente.

* * *

Reunión en el puerto

A las dos de la tarde ya había atracado en el puerto con la ayuda de un par de marineros. Tenía intención de salir de nuevo por la tarde. Podría haberse llevado unos bocadillos y pasar el día en el barco, pero Marcos quería que todo pareciese normal tras el accidente de sus dos compañeros. Había navegado gobernando el barco él solo con su experiencia como patrón. No necesitaba ayuda, excepto en las labores de partida y llegada al muelle.

Por la tarde tenía la intención de salir y realizar una inmersión algo más al sur de lo habitual. Para ello necesitaría ayuda en el barco y saldría a buscar a María. Ella era una estudiante que preparaba unas oposiciones, aunque no fuese de arqueología, por lo que no mentiría a Santos ni a Villalta. Además, seguro que a la chica le gustaba la idea de navegar, tomar el sol en la cubierta mientras repasaba o estudiaba sus apuntes, y ayudarle con el manejo de la grúa cuando él se lo pidiese.

Caminaba por el margen derecho del puerto hasta su coche, aparcado junto a las oficinas. Hizo una parada en el Falúa pidiendo un tercio de cerveza y sentándose en la terraza frente a los muelles. No había demasiada actividad aquella mañana y eran pocos los que a esa hora se acercaban a comer a los restaurantes.

A su derecha, varios locales más allá, había un *Lounge Bar* de copas que solía abrir de cara al público algo más tarde, y le llamó la atención los tres hombres trajeados que salían de él y se despedían con cordiales apretones de manos, frente a varios coches de alta gama.

No pudo evitar mirarlos pensando en qué estarían tramando o negociando. Su sorpresa fue mayúscula al reconocer a Villalta como uno de ellos. Su sola presencia le puso en guardia. Justo el día anterior tuvo una videoconferencia con él y con Santos, y unas pocas horas después le veía en el puerto base del equipo de la subacuática. ‹‹¿Por qué no ha venido a verme? ¿Por qué en lugar de una reunión por ordenador no la hemos tenido presencial? ¿A qué leches ha venido hasta aquí?››

Trataba de reconocer a los otros dos. Uno de ellos le sonaba mucho, pero no tenía claro de qué. Tras un breve recordatorio de los pocos momentos en los que él había estado junto a alguien tan trajeado, vino a su memoria el momento de la firma de las escrituras del chalé de sus padres. En efecto, se trataba del constructor o promotor que se lo vendió, con algo más de tripa y barba blanca muy cuidada.

Al tercer hombre también lo reconoció. No sabía quién era ni cómo se llamaba, pero lo había visto antes, tomando un café en el Falúa los primeros días al llegar al puerto; también paseando cerca del chalé por Veneziola; y la última vez que lo vio fue en el Playa Chica, justo el día en que se encontró con Ana y tuvieron aquella pelea. Él estaba solo en una mesa y presenció todo.

Los vio subirse a los coches y pasar delante de él. Su mente pensaba. Había algo que no le quedaba claro. Parecía gente muy dispar. Villalta tenía un perfil político. El segundo, Fernando Arteso —recordó su nombre—, era un empresario de la construcción. Y el tercero no lo tenía claro, pero tenía aspecto de matón o brazo ejecutor del trio.

Su cabeza seguía girando y las casualidades comenzaron a tomar forma como distintas hipótesis. En su mente, Villalta le gritaba e insistía en que remitiese un informe que dijese que no había nada bajo las aguas del Mar Menor; Fernando Arteso firmaba escrituras de venta de chalés y promociones; y el tercero le miraba amenazante, como en un tráiler del cine.

Un cuarto hombre, alto corpulento y con un espeso bigote, salió al rato cerrando la puerta del *Lounge Bar*. Miró a ambos lados y se introdujo en un discreto Renault Megane azul marino. Vestía pantalones vaqueros oscuros y una camiseta gris.

Su cabeza estaba a punto de estallar y casi lo hizo al saturarse con la aparición de otros personajes saltando por el interior de su mente: Santos señalándole su entrepierna, Fede y Miguel luchando contra la cadena del ancla y la imagen de Ana y Pedro excavando en un solar de Veneziola.

—Joder, no me gusta nada. ¿Qué coño está pasando aquí?

12
Reyertas junto al mar

La agresión

Aparcó su coche frente al Mesón Murciano. María le había dicho que en ocasiones comía y tomaba café allí y subió las escaleras para buscarla y proponerla que le ayudase con el barco, para subir todo el material a bordo antes de partir a Cartagena. Tras saludarse, a ella le encantó la idea y acordaron verse el siguiente jueves por la mañana a las ocho en ese mismo sitio. Marcos tenía la intención de zarpar de nuevo esa tarde y salieron juntos del restaurante caminando hacia su casa, para coger algunos mapas y material que necesitaba.

Aún no había comido, pero durante la mañana tomó un par de latas de cerveza en el barco con un ligero tentempié y otro par en el Falúa, cuando arribó al puerto. Caminaban por la acera izquierda de la Gran Vía de La Manga en dirección a su casa, una vez dejada atrás la urbanización de los Canales de Veneziola, junto al solar que separaba la avenida principal de la urbanización Luz Bahía.

Al pasar por la rotonda desde la que partía la calle que llevaba hasta su casa, Marcos cayó derribado por un fuerte golpe en la cabeza. Su vista se nubló y dejó de percibir sonido durante unos instantes. Ligeramente conmocionado y de rodillas, palpó con la mano su nuca y vio mucha sangre. No entendía nada. Se sentía mareado y al abrir los ojos buscando alguna explicación, lo que pudo observar lo dejó paralizado, sin poder reaccionar.

María paraba golpes con una estaca de madera que debía haber encontrado en el suelo. Frente a ella, un extraño la atacaba con lo que parecía ser la pata de una mesa. Iba vestido de una manera

peculiar, con una túnica blanca y un peto de cuero marrón oscuro sobre ella. Era calvo, con barba poblada y grandes aros en las orejas. Fuerte y enorme de talla, cada descarga de su garrote provisional hacía retroceder unos pasos a María.

Marcos trató de recomponerse, pero cayó de nuevo al suelo mareado. Tenía que ayudar a la chica, pero no podía apenas tenerse en pie. Encontró entre la maleza de ese descampado otra de las patas de la mesa y la tomó entre sus manos para usarla de apoyo y levantarse.

La pelea era desigual. María se movía con agilidad, pero lo único que podía hacer era esquivar, parar y alargar una agonía que no auguraba un buen final. El enorme cuerpo del atacante no dejaba lugar a dudas. Era cuestión de tiempo o tan solo de unos golpes más. El siguiente mazazo hizo caer a María.

Marcos logró avanzar un par de pasos y se acercó al atacante por detrás. Le golpeó con la madera encontrada con todas sus fuerzas en los riñones y el extraño aulló de dolor. Hincó una rodilla en el suelo, pero se levantó, se giró y antes de que el arqueólogo consiguiese levantar de nuevo su arma, la del oponente impactó en uno de sus costados, dejándole sin respiración. De la boca del gigante salieron unas palabras que no entendió, mezcladas con una mirada de odio que le atemorizó. Esperaba un golpe de gracia cuando María se rehízo y le atizó en la cabeza.

Lo siguiente que vio no supo con certeza si fue real o no. María luchaba, saltaba y golpeaba enrabietada. Esquivaba y paraba los golpes de su enemigo con un estilo que le recordaba las películas medievales. Solo que eso era real. La chica luchaba por su vida.

El coche que se aproximaba por el camino sin asfaltar desde la urbanización Luz Bahía debió asustar al atacante. Aulló de rabia con un grito desesperado y se metió entre los árboles del solar, de los que supuestamente había salido.

Marcos estaba de rodillas intentando respirar cuando María se acercó a él. Le ayudó a levantarse y le instó a alejarse de allí. Llegó a su casa apoyándose en ella, atinó a sacar las llaves del bolsillo y abrir la puerta. Ella le acompañó hasta el salón.

Una vez dentro, Marcos estaba nervioso y se movía con pasos cortos de un lado para otro. Se quitó la camiseta y contempló el fuerte golpe del costado. Su cabeza sangraba bastante menos que al principio. Se sirvió un vaso de orujo que apuró de un trago y un segundo que dejó por la mitad. Mientras, aplicaba una toalla mojada que había traído María para limpiar su nuca.

—¿Quieres que te cure?

—¡No!

María estaba apoyada en la mesa viendo como Marcos se movía nerviosamente de un lado para otro.

—Habría que mirar si tienes algo roto…

—¡No! ¡Déjame en paz!

Marcos seguía moviéndose muy nervioso. Ya llevaba dos copas que sumar a las cervezas de la mañana. Se echó algo más en el vaso y tomó un par de pastillas del bote que tenía en el bolsillo. María le miraba fijamente sin quitarle la vista de encima, persiguiéndole con la mirada por la habitación. Con mucha tranquilidad, le dijo.

—¿Quieres hablar?

—Sí, sí. Claro que quiero... —comenzó en un tono suave que no tardó en elevar—. ¿Puedes decirme qué cojones ha pasado?

—Alguien nos ha atacado.

—¡Vete a la mierda! ¡Joder! —No dejaba de gritar—. Quiero saber qué cojones está pasando.

—No te entiendo.

—¿No me entiendes? Yo te lo explico. Esa bestia ha estado a punto de matarme. Pero tengo la impresión de que no me quería a mí, no le importaba demasiado. Iba por ti, pero no quería robarte. Lo que quería era molerte a palos. Os conocíais de antes, ¿verdad?

—Es la primera vez que lo veo.

—¡Y una mierda! —dio un par de vueltas a la mesa mientras pensaba—. Sabes luchar…

—Fui a clases de pequeña.

Marcos no contestó. Se plantó frente a ella con un nuevo vaso de orujo en las manos y la miró a los ojos. Reunió toda la calma posible que encontró en su interior y muy despacio, le dijo:

—Han estado a punto de matarme. Ahora vas a decirme quién era ese bestia, por qué va vestido así, qué me ha dicho en ese extraño idioma y por qué lleva el mismo colgante que el gato gordo del otro día. Y de paso, me cuentas quién coño eres tú, por qué llevas ese colgante igual que la gata negra y que ostias está pasando aquí.

María bajó la mirada al suelo. Tardó unos segundos en contestar.

—Hay cosas que es mejor que no sepas.

—¡¿Qué?! Empieza a largar.

—La verdad puede hacerte daño a ti, a tu vida, a tu futuro. No te conviene.

—Soy mayorcito para saber lo que me conviene o no. Vamos.

—Está bien —dijo tras meditarlo—. Tú lo has querido así. Me llamo Dayra, soy oretana, de Cástulo. Fui entrenada para acompañar a la princesa Imilce, hija del rey Mucro como guardia personal en su viaje a Qart Hadasht para casarse con el general Aníbal.

—¿Qué…? —dijo atónito con la boca semi abierta, dejando caer el vaso vacío al suelo.

—Es mejor que olvides todo lo que ha pasado, borra de tu cabeza lo que hayas visto o escuchado. Eres una buena persona.

—Quieta ahí, espera —hizo una pausa mientras pensaba—. ¿Te estás riendo de mí? ¿Han estado a punto de matarme y te estás cachondeando de mí? ¿Quién coño era ese tío?

—Se llama Serbal y es el jefe de la guardia personal de Aníbal.

—¿Aníbal Barca? ¿El general que salió de Cartagena con los elefantes a conquistar Roma? —La joven asintió mientras se agachaba, cogía el vaso del suelo y lo rellenaba de nuevo. Se lo ofreció a Marcos.

—Vamos a ver… espera. ¿Me estás diciendo que ese tipo nació hace más de dos mil años?

María no contestaba, pero asentía sin quitarle la vista de encima.

—Y ya que tú pareces saberlo todo, ¿puedes decirme qué me ha dicho en la lengua que sea?

—Bah, nada importante.

—¡María! —escupía ira y rabia por los ojos—. ¿Qué me ha dicho?

—Solo que te iba a matar, que debía haberlo hecho la primera vez.

—¿Ese tío era el gato gordo del otro día?

—Me temo que sí.

—¿Y se transforma en gato cuando quiere?

—Eso es más difícil de explicar y llevaría tiempo.

—Vale, para. —Levantó la palma de la mano para hacerla callar. Esperó unos instantes para reordenar su cabeza y continuó—. A ver si lo he entendido bien. Ese tío es de hace más de dos mil años, se transforma en gato y quiere matarnos a los dos. Tú también tienes los mismos años que él y te conservas muy bien, por cierto. Además, tú hablas castellano del siglo veinte, y esa bestia solo habla púnico, supongo. ¿Voy bien?

María le miraba fijamente, pero ya no decía nada.

—Lo voy a decir de otra manera. Hoy, al salir de trabajar, me ha atacado un fantasma que quería matar a otro fantasma —le señaló a ella—. Pero el que se ha llevado la peor parte, he sido yo. ¿Ahora mejor?

—Te dije que era mejor que no preguntaras.

—María, me gustas y me caes bien. Pero hay ocasiones en las que hay que dejar a un lado las bromas. Llevo muchas copas encima, sí, lo sé, pero sé perfectamente lo que he visto y oído. —Hizo una pausa y señaló con el dedo hacia una ventana—. Los golpes de ese tío eran reales y cuando yo le pegué en los riñones, gritó de dolor. Si vuelvo a ver a ese merodeando por aquí, llamo la Guardia Civil. Y tú lo harás también. Es mejor denunciar a ese loco que lamentarlo después.

—No es tan fácil. Esto no funciona así. Tienes que creerme…

—¡Basta, María! No soporto que se rían de mí. La broma ya está durando mucho. Ahora, déjame en paz. Tengo otros problemas en el trabajo más importantes.

María se incorporó y le miró con detenimiento. No había gestos de burla, tampoco de enfado en la cara. Sí parecía haber algo de preocupación. Dio unos pasos hacia la puerta y se giró. Marcos rellenaba de nuevo su vaso, perdiendo la cuenta de las copas que

llevaba. La joven salió de la casa sin despedirse, y él la siguió con sus ojos hasta que se perdió en la calle.

Había bebido demasiado. Apuró lo que quedaba en el vaso y decidió salir a andar para despejarse. Pensó en caminar hasta el Playa Chica o quizá hasta el puente móvil, y volver pronto para terminar la planificación del día siguiente, descartando salir a navegar esa tarde.

Mientras caminaba, su cabeza daba vueltas intentando dar un sentido a lo que había pasado en sus últimos días. La imagen de María se instaló en su mente. ¿Quién era esa chica? No la conocía de nada, salvo las pocas veces que habían coincidido. Era una estudiante que preparaba oposiciones. Tampoco sabía si ese era su verdadero nombre. No tenía su teléfono ni sabía dónde vivía. Siempre se veían por casualidad. Era alegre, simpática y muy ardiente en la cama, lo cual contrastaba con su timidez, con lo poco habladora y lo introvertida que era. Cuando le pidió explicaciones de lo que había pasado, al principio no quería darlas y después le había contado esa milonga de iberos y cartagineses. Cuando le levantó algo la voz, volvió a quedarse callada. ¿Le estaba siguiendo el rollo? ¿Se estaba riendo de él y luego se arrepintió? Al sentir el golpe quedó conmocionado. ¿Lo que vio fue real o fue fruto del mareo? ¿Se debió acaso a las cervezas que había tomado por la mañana? ¿Qué había ocurrido exactamente?

La situación le estaba superando. Las algas, la estatuilla, Santos, Villalta, Fede y Miguel, María, Fernando Arteso, el hombre trajeado del Playa Chica, Ana y su compañero, la otra excavación, gatos que se pelean, guerreros de hace más de dos mil años. ¿Qué estaba pasando, o mejor aún, está pasando algo o es mi mente la que está inventando todo? ¿Acaso María simplemente quería conquistarle y le contaba lo que él pretendía oír?

Su cabeza parecía estallar por momentos. Lo que estaba tomando le perjudicaba, lo sabía. Debía dejarlo, pero ahora no podía. Ahí, en el fondo del Mar Menor, entre las posidonias había algo. Algo que sus superiores no querían que se supiese. Su espíritu no le permitía abandonar. Por una vez en los últimos años se sentía

con ganas de luchar y no estaba dispuesto a que su mente le desviara de ese objetivo con historias de hacía dos milenios.

Estaban terminando el segundo plato cuando casi habían agotado todos los temas disponibles de los que hablar. En esos momentos, Ana había desviado por segunda vez la conversación pendiente al trabajo.

—Estamos cerca.

—No, no vuelvas ahí de nuevo.

—Pedro, cuando le dije a Luis, el encargado, que había que quitar la piscina palideció. Se puso muy nervioso y dijo que tenía que consultarlo. Hizo una llamada y tuve la impresión de que hablaba con alguien en un ático. Ese que te decía desde el que nos espiaban.

—Ana, ¿te estás oyendo?

—Luego le sonsaqué a un obrero que habían encontrado una espada y un esqueleto. Me la jugué con el arma, pudiendo haber preguntado por un casco o un escudo y funcionó. Primero me lo confirmó y después debió darse cuenta de que había metido la pata y lo negó todo.

—¡Para ya, joder! —levantó Pedro la voz. Tras una pausa, se calmó de nuevo y continuó—. Ana, se acabó. Esto no tiene ni pies ni cabeza. Vas a caerte con todo el equipo y serás el hazmerreír del departamento. Te he conocido hundida, desesperada, en el borde del abismo. Estos días has estado exultante, con ganas de comerte el mundo, de vivir, pero basta ya.

—Pedro, aquí está pasando algo.

—Me da igual, somos arqueólogos, no somos detectives. Lo que haya pasado lo tendrá que investigar la Guardia Civil, no nosotros. No vamos a jugarnos la vida ni por una espada ni por nada. Esta tarde recogemos y nos vamos esta noche o mañana por la mañana, como quieras.

—Estamos muy cerca.

—¿Cerca de qué? ¿De hacer el ridículo? Mira, te voy a decir lo que debería haberte dicho hace unos días, aunque te duela. Si

tuvieras que presentar una tesis con lo que has hecho, te suspenderían. Esto no sigue ninguna metodología. No sé si en el resto de España o del mundo se excava así, pero nosotros no. No se hacen catas indiscriminadas en un terreno. No. Se acota la superficie excavada y se va bajando por estratos, sacando y documentando. Las catas solo se hacen para ver hasta dónde llega un arranque de un muro, una calle o para delimitar el yacimiento. Pero no somos topos ni conejos, que hacemos agujeros cada diez centímetros, como si la tierra fuera un colador. Si el responsable de la obra tuviera algo más de idea, ya se habría quejado a sus jefes y a la Guardia Civil. Lo que hemos hecho no sigue ningún criterio técnico ni tiene rigor científico. Estamos haciendo el imbécil. Esta tarde recogemos y terminamos.

Las palabras de Pedro habían sido muy duras. Ana le miraba con los labios fruncidos y los ojos húmedos. No dijo nada.

—Lo siento —continuó—. No quería decirlo así de esa manera, pero me importas demasiado como para ver cómo te hundes. Ana, sabes lo que siento por ti y no quiero verte destrozada otra vez. Tú y yo podemos…

—Pedro, no. Ahora no, por favor. Déjame que ordene mi cabeza. Necesito pensar. Dame tiempo.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Date un paseo hasta el Playa Chica. Yo voy recogiendo todo y luego te paso a buscar por allí con el coche y hablamos.

* * *

Otro accidente

—Una cerveza, gracias.

Había tomado un café en la comida y ya era media tarde. En un rato pasaría a buscarla Pedro y pensó que sería mejor llevar algo de alcohol encima, para afrontar la conversación que tenía pendiente con él.

Al salir de El Fogón de Juan Manuel, decidió dar un paseo por la orilla del Mediterráneo. A la altura de la urbanización Punta Cormorán, se quitó las botas y comenzó a caminar por la playa

sorteando las suaves olas que jugaban a mojarle los pies. Con la vista perdida en el horizonte, y la mente deambulando por los últimos días de su vida.

Trató de recomponer su situación laboral, la excavación, Marcos, Pedro, ella misma... Todo le daba vueltas y sentía que, como en muchas otras ocasiones, no era ella quien manejaba sus propios hilos. Y una vez más, se sintió abrumada por todo lo que le rodeaba.

Se sentó al fondo en una mesa de la parte izquierda del Playa Chica, junto al muro que separaba el chiringuito de la carretera, mirando hacia el Mar Menor. De todos los problemas que le rondaban en la cabeza, había uno que insistentemente le golpeaba: Pedro. Tenía que tomar una decisión. O le decía que lo utilizó en una noche de desahogo, donde su cuerpo y mente pedían sexo y pasión desesperados, o se lanzaba al abismo de una relación en la que, la única experiencia acumulada fue la que mantuvo con Marcos y la llevó al borde del suicidio.

—Hola, ¿te importa si me siento? —Era la primera vez que oía la voz del hombre trajeado que parecía espiarla.

—Estoy esperando a alguien. Estará a punto de llegar.

—Cuando llegue me levanto —dijo sin hacerla caso y sentándose a su derecha. Tomaba una copa de algo que dejó sobre la mesa—. Tenemos suerte, llevamos unas semanas de buen tiempo, muy agradable, y apetece sentarse al aire libre antes de que llegue el calor del verano.

—Perdona, ¿nos conocemos?

—De vista. De aquí de esta zona de La Manga. Ya sabes, esto es muy pequeño y todos sabemos quién es quién.

—Pues sorpréndeme. ¿Quién soy yo?

—Tú eres Ana Torres, la arqueóloga de la universidad responsable de hacer un informe para la Guardia Civil en una obra de un chalé en Veneziola.

Ana dio un respingo. Ellos no habían dicho a nadie su nombre completo, ni al encargado de la obra ni a los trabajadores. La Guardia Civil sí lo sabía, aunque dudaba si Losada y Domínguez lo conocían.

—Pues entonces estoy en desventaja, porque yo no sé quién eres tú.

—Nadie importante; solo soy una persona que da buenos consejos.

—¿Buenos consejos? Claro, y supongo que tendrás alguno para mí, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Eres una mujer joven, guapa y supongo que querrás triunfar en la vida. Pero debes aprender aún a dar los pasos poco a poco, despacio y buscando siempre un suelo firme en el que apoyarse.

—Creo que no te pillo. ¿Cuál es el consejo?

—Acaba ya lo que has venido a hacer aquí. Ya lleváis varios días y tu actuación empieza a no gustar a la gente.

—¿Qué gente? ¿A Luis, el encargado de la obra?

—Pudiera ser.

Ana se incorporó un poco sobre la silla y meditó unos segundos.

—¿Tú eres el del ático, al que llamó Luis esta mañana? —preguntó mientras observaba un leve gesto de incomodidad de su interlocutor. ‹‹Bingo››, pensó.

—Deberías zanjar este asunto. Haz tu informe y vete, y así evitarás que tu actitud moleste a otras personas.

—¿Personas a las que le molesta que levante una piscina, por ejemplo?

—Gente que quizá no entienda cómo una persona que ha estado en tratamiento psiquiátrico reciente esté tomando decisiones desacertadas.

Ana se puso alerta. El tono de voz del hombre trajeado se había endurecido y elevado. La conversación estaba pasando a otro estadio. Y acababan de aparecer sobre la mesa datos suyos de un pasado doloroso, que un simple vecino de la zona no debería tener.

—Me limito a hacer mi trabajo.

—Tu trabajo ha sido buscar y hacer un informe diciendo si has encontrado algo o no. Hazte un favor y no te metas en líos. Entrega ya tu informe.

—¿Meterme en líos? ¿Y qué podría pasar por hacer mi trabajo?

—Tienes, como ya te he dicho antes, un futuro por delante. No te lo querrás jugar, ¿verdad?

—¿Vas a hacerme algo tú?

—Yo no. Pero sé que hay gente con una gran capacidad de convicción. Un poco… digámoslo así… rudos en sus formas, pero muy efectivos, aunque a veces se les vaya la mano.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy dando un consejo. Vete ya, hoy mejor que mañana, antes de que sea tarde.

—¿Estás intentando meterme miedo? ¿Crees que me estás acojonando? —preguntó Ana alterada, levantándose de su silla.

El hombre trajeado se incorporó también. Y ya se giraba para marcharse cuando se encontró de frente con otro joven.

—¿Qué pasa aquí? ¿La estabas amenazando?

—¡Marcos! —se sorprendió Ana.

—Le he escuchado desde la calle.

—Le estaba dando un consejo. Si sois inteligentes, marchaos.

—¿Sois? ¿También me amenazas a mí?

El hombre del traje miró de reojo y vio que camareros y el resto de la clientela les observaban. Desafió a Marcos con la mirada y cuando hacía el ademán de marcharse, este le dijo:

—Te he visto esta mañana en el puerto muy bien acompañado. ¿Quién coño eres?

—Eso a ti no te importa.

—Pues entonces te lo voy a decir yo. ¿Eres el matón que ha venido a amenazarnos? ¿Por qué? ¿Qué está pasando aquí?

El hombre seguía sin hablar. Miraba a uno y otra sin decir nada. Marcos estaba alterado bajo los efectos del alcohol. Ana miraba atónita a ambos.

—¿Qué es lo que hay debajo del mar? ¿Y qué hay en el terreno de ese chalé? ¿Qué es eso que no queréis que se sepa? ¿Es tan importante como para venir a amenazarnos?

—Se os acabó el tiempo. Ya no hay más avisos. Marchaos.

—Ni lo sueñes —dijo Marcos a un palmo de él—. Mírame bien porque te vas a hartar de mi cara en los próximos días.

El hombre trajeado no contestó. Asintió con los labios apretados, mirando a ambos. Salió del chiringuito en dirección al aparcamiento bajo la atenta mirada de Marcos. Este se acercó a Ana y le preguntó:

—¿Sabes quién es?

—No. Y si no hubieras interrumpido haciéndote el machito, quizás lo hubiera averiguado.

—Te estaba amenazando.

—Sé cuidarme sola, no te necesito. Estaba a punto de enterarme qué está pasando aquí.

—Bien, perdona por haberte molestado. La próxima vez que te vea en apuros, procuraré no intervenir.

—Estupendo. Y si te puedes marchar para que deje de verte, mejor. No te soporto tanto tiempo seguido. ¿Qué pasa, hoy no estaba la puta del otro día disponible?

—No la vuelvas a llamar puta —dijo Marcos agarrando con fuerza el brazo de Ana.

—Suéltame.

—¡Suéltala!

Una mano en el hombro hizo girarse a Marcos mientras un puño se estrellaba contra su mentón.

—¡No la toques! —gritó de nuevo un Pedro alterado.

—Pero… ¿Tú quién coño te has creído que eres, gilipollas? —le recriminó Marcos.

Los dos arqueólogos se enzarzaron en un baile en el que se soltaban patadas y puñetazos, se movían mesas y sillas y caían vasos al suelo. Los clientes, asustados ante la ferocidad de la pelea, se retiraron mientras trataban de calmar a los contendientes y pedían ayuda a los camareros. Estos, dejaron lo que estaban haciendo y corrieron para separarles. Ana lloraba y gritaba sin que nadie le hiciese caso.

—¡Basta ya! ¡Quietos!

Los puños seguían volando y las primeras gotas de sangre mancharon el suelo. Marcos, acostumbrado a las peleas en las tabernas, golpeaba duro y sin compasión. Pero los efectos del alcohol hacían mella en su resistencia y rápidamente se vio igualado

por un Pedro que, sin saber luchar, lanzaba sus manos enrabietadas, ciego de ira, contra el cuerpo de su oponente.

Fueron necesarios tres camareros y dos clientes para separarlos. Apenas los podían sujetar. Ana lloraba ante el espectáculo que acababa de presenciar. Pedro se resistía y pugnaba por tratar de liberarse y lanzarse de nuevo sobre Marcos.

—¡Cabrón! No vuelvas a tocarla.

—¿Quién me lo va a impedir? ¿Tú, gilipollas?

—Puto drogadicto borracho, ni te acerques a ella.

—Te voy a matar, cabrón

Forcejearon de nuevo, pero ninguno consiguió soltarse. Marcos fue arrastrado a la salida y empujado por los dos camareros fuera del chiringuito.

—¡Te mataré! —gritó desde fuera al quedar liberado. Dio media vuelta con los puños apretados, rojo de ira y comenzó a caminar por el arcén que hacía las funciones de acera en aquellas alturas de la Gran Vía de La Manga, en dirección a Veneziola.

—¿Se puede saber qué coño has hecho? —recriminaba Ana a un Pedro que se limpiaba la sangre del labio con una servilleta.

—Te estaba agarrando del brazo y gritando, ¿qué querías que hiciera?

—No necesito que me proteja nadie, me basto sola.

—Sí, ya lo veo, ¿por eso estabas tan nerviosa?

—Pedro, no necesito dos gallitos soltando testosterona. Te has comportado como un crío.

—¿Por intentar defenderte?

—Te lo repito: no necesito ayuda.

—Bien, me alegro. Ya he recogido todo el material, vámonos para casa porque no aguanto ni un minuto más aquí.

—Pedro, yo me voy a quedar.

—¿Qué? Ni lo sueñes. Vinimos juntos y nos vamos juntos —Hizo una pausa mirando a Ana—. Ah, ya entiendo. Es por el de la subacuática, ¿verdad?

—Al llegar aquí, después de comer, he conocido al hombre que nos espía desde la azotea.

—No me lo puedo creer.

—Aquí está pasando algo. Y ha llegado a amenazarme, me ha dicho que abandonase.

—¡Joder, Ana! ¿Amenazarte? ¿Cómo? ¿De muerte?

—No lo sé. Justo en ese momento llegó Marcos y discutieron. El hombre trajeado se fue y luego llegaste tú y te peleaste.

—Vaya, el «musculitos» apareció. Ana, si te han amenazado, hay que denunciar a la Guardia Civil. De paso les damos el informe y nos marchamos. Vamos —dijo levantándose con las llaves del coche en la mano.

—No voy a irme.

—Esto ya lo hablamos ayer en la cena, luego en la habitación y hoy en el desayuno y en la comida. —Ana miraba al suelo para no cruzar sus ojos con los de él.

Pedro se quedó de pie, quieto, fijando la vista en ella. Tardó unos segundos en reaccionar.

—Joder, qué idiota soy. Tú no pensabas marcharte, ¿verdad? Te acostaste conmigo para ganar tiempo o convencerme de que me quedase. ¿Es así?

—No, Pedro, no es así, no me acosté contigo por eso.

—¡Y una mierda! ¿Entonces, por qué? Ni siquiera sientes nada por mí. Esta mañana he querido besarte y me has dado largas.

—No es eso. Es que necesito tiempo para pensar.

—¿Pensar el qué? Volvamos a casa y piensas allí.

—No.

—Ya lo entiendo. Es por el drogadicto ese, ¿verdad? Te acostaste conmigo, pero era él quien te hubiera gustado tener en la cama. ¿A que sí?

—Pedro, no eres justo.

—¿Pues sabes lo que te digo? Ahí le tienes. Vete a buscarle y a meterte en su cama. Debe ir haciendo eses por la carretera. Yo me voy a subir al coche y me marcho. O vienes conmigo o vete buscando otro gilipollas que te coja el teléfono a deshoras. Elige, o él o yo.

Pedro salió del chiringuito con pasos acelerados. Llegó al aparcamiento, se metió en el coche y arrancó. Ana había llegado corriendo detrás de él. Lloraba. Golpeó la ventanilla del copiloto hasta que su compañero la bajó.

—Vamos a hablar —suplicó Ana.

—No tengo nada que decir. O subes, o me voy.

—Es mi coche.

—Pues te dejaré las llaves en el hotel.

Ana abrió la puerta cuando notó el movimiento del vehículo. Pedro frenó y ella se metió dentro.

—Yo sí tengo algo que decirte —comenzó Ana muy alterada—. Estás celoso.

—¿Celoso yo? ¿Por ese? ¿Por qué he visto en tus ojos que le sigues deseando? —preguntó, pisando con fuerza el acelerador, haciendo que patinasen las ruedas sobre la arena del aparcamiento sin asfaltar y cogiendo cierta velocidad en la carretera.

—No puedes pretender que me olvide de él de la noche a la mañana. Pero para tu tranquilidad te diré que es agua pasada.

—Y una mierda.

—Pedro, para. Vas muy deprisa —dijo al ver cómo en la última curva, las ruedas pasaron cerca del arcén, de las piedras y del agua del Mar Menor.

—Faltan dos minutos para que se abra el puente y no pienso estar ni un instante más aquí.

—Tranquilízate, por Dios. Marcos pertenece al pasado.

—¿Sí? Pues díselo a él porque creo que es el que viene detrás de nosotros.

Ana se giró y vio el coche negro deportivo con lunas tintadas. Lo reconoció al instante, pese a los años que habían pasado sin verse. Parecía estar acosándoles. Pedro iba demasiado rápido y Marcos iba a mayor velocidad. En un tramo de recta, se salió del carril y se puso en paralelo con ellos.

—Pero ¿qué hace ese gilipollas? Nos vamos a matar —gritó Pedro.

Las lunas tintadas no permitieron ver la cara de Marcos, pero Pedro se lo imaginó ensangrentado, rojo de ira y rabia. Su coche

comenzó a sacarle unos metros al de Ana, pero él no quiso quitar el pie del acelerador. De repente, Marcos dio un volantazo hacia la derecha asustando a Pedro y lanzándoles contra una pequeña palmera que les frenó y evitó que cayeran en el Mar Menor. Los airbags invadieron el poco espacio que quedó, apretando sus cabezas contra los asientos. Los cristales estallaron causando algunas heridas, y el habitáculo se deformó, quedando atrapados entre algunos hierros y puertas que no se abrían.

Ana llamó a Pedro antes de perder la conciencia, pero éste no contestó.

La policía local regulaba el tráfico por el único carril que permitía la circulación dando paso primero a los de un sentido y luego a los del otro. Dos dotaciones del parque de bomberos de La Manga se afanaban en cortar piezas del coche y dos ambulancias del Servicio Murciano de Salud esperaban su turno para intervenir.

Ana contemplaba la escena sentada en las escalerillas de la UVI móvil que la había atendido. Lloraba incrédula ante el espectáculo de luces y sirenas. Al menos diez personas rodeaban su coche aplastado junto a la pequeña palmera en las inmediaciones del chiringuito El Estacio, que había impedido que cayesen al agua, incrementando el riesgo de muerte por ahogamiento.

Domínguez se acercó a ella. La suya era una de las dos patrullas de Guardia Civil que se habían personado en la escena. Le puso una mano en el hombro y señaló el coche siniestrado:

—Hay que tener esperanza. Que se muevan nerviosos alrededor del coche significa que sigue con vida.

Ana se tapó la cara sin creerse aun lo que había pasado.

—Ana, sé que no es el mejor momento —dijo suavemente Domínguez— pero necesito que me cuentes qué ha pasado, con todos los detalles posibles para ir avanzando.

Ana comenzó a relatarle todo excepto la conversación con el hombre trajeado y la discusión con Marcos. Contó desde la entrada de Pedro, la pelea entre ambos arqueólogos y cómo el coche les había echado de la carretera chocando con la palmera.

—Bien, vamos por partes. Tenemos algunos testigos para confirmar algunas cosas —comentó Domínguez intentando infundir calma—. Tú estabas hablando o discutiendo con Marcos cuando llegó Pedro y se pelearon. ¿Correcto?

—Sí.

—Y luego Marcos se fue, y tú discutiste con Pedro hasta que montasteis en el coche.

—Así fue.

—Discutíais, pisasteis el acelerador y un coche de color negro os echó de la carretera, en esta recta. Por cierto, ¿no llevabais el cinturón de seguridad?

—Pedro sí —zanjó Ana.

Los servicios de emergencia que rodeaban el coche se pusieron a gritar y en unos instantes se abría medio lateral del vehículo, tras el trabajo de las radiales de los bomberos y los sanitarios corrían con una camilla hasta situarse junto al herido.

Ana se levantó, pero Domínguez la sujetó el brazo.

—Es mejor que no le veas.

—No, por favor, es Pedro.

—Quieta. Hazme caso. —Domínguez la abrazó para retenerla mientras su compañero era sacado con goteos, mascarillas y equipos conectados. Le tumbaron en la camilla y salieron corriendo hacia la ambulancia.

—Tengo que ir con él —suplicó.

—Tranquila, tú también irás al Santa Lucía de Cartagena. Te has dado un buen golpe en la cabeza y aunque solo sea por precaución, deben observarte. Ahora te llevarán. Mientras tanto, ¿recuerdas qué coche fue el que os echó fuera?

—Ha sido Marcos, era su coche. Era un Kia de color negro, deportivo, viejo y con las lunas tintadas.

—¿Estás segura?

—Nos gritó en el Playa Chica que le iba a matar. Tuvieron que sujetarle entre varios camareros. Yo pensé que era una forma de hablar. No me imaginé que lo estaba diciendo en serio.

—Vale, esto es muy importante, ¿confirmas que era el coche de Marcos?

—Ha sido él.

* * *

La detención

Marcos llegó tarde a su casa. Ya era de noche y las farolas apenas iluminaban las calles. Las últimas horas las había pasado deambulando, vagando por ahí, apurando los únicos tragos que le servían en los bares, debido a su estado de embriaguez. Antes de regresar, buscó con ahínco a María. Necesitaba hablar con ella, ordenar su cabeza, entender qué estaba pasando.

El día se le había torcido. Primero, la salida en barco solo. Luego la reunión que presenció en el puerto, después el ataque de esa bestia que estuvo a punto de matarle y que le habló con rabia en un idioma que no entendía. A continuación, María se reía de él contándole historias de cartagineses de más de dos mil años. Discutieron. Se enfadó y la gritó porque se burlaba de él y después ella se marchó sin decir nada.

Más tarde, en el Playa Chica, el mismo hombre trajeado de la mañana amenazaba a Ana. Él intervino para ayudarla, pero la muy estúpida en lugar de agradecérselo, se encaró con él. Luego llegó ese perrito faldero buscando pelea.

No se sentía orgulloso de lo que había hecho, pero estaba harto de cómo le trataba la vida. Sabía que tenía un problema con la bebida y las pastillas, pero ya lo arreglaría. Lo único que quería era demostrarle a su jefe y sus compañeros que seguía siendo uno de los mejores arqueólogos subacuáticos del país. Necesitaba reivindicarse, demostrar a todo el mundo que seguía siendo el Marcos que todos conocieron. Y no iba a permitir que nadie se burlase de él ni que lo insultasen. No iba a pasar ni una más. Quien lo hiciese, lo pagaría.

Al doblar la esquina y dirigirse hacia la puerta de su casa, notó algo raro. De un coche aparcado unos metros más adelante, salieron dos personas que se dirigieron con paso tranquilo hacia él. Se paró junto a la entrada jugueteando con las llaves en la mano. Uno de los hombres se quedó unos metros por detrás y el otro avanzó hacia él.

Pensó que era mejor así. En el estado de embriaguez que llevaba no podría con los dos. Pero de este modo, si conseguía noquear al primero, tendrían más opciones con el segundo.

—¿Marcos Triguero? —se dirigió el individuo hacia él—. Soy el cabo Domínguez, de la Guardia Civil. Necesitamos hacerle unas preguntas.

13
El cuartel del Cabo de Palos

En las sombras de la noche
Qart Hadasht. Sureste de I-span-ya. Año 220 a.C.

Los días transcurrieron lentos tras la boda. Una vez concluidos los actos, la ciudad fue recuperando poco a poco su actividad habitual y el tedio se instaló en sus vidas. No quedaba rastro de ninguna delegación ibera o celta. Tan solo quedaban algunos comerciantes fenicios y griegos que demoraron su partida para aprovechar y vender en Qart Hadasht las mercancías que trajeron en sus barcos.

Dayra había impuesto ejercicios y entrenamientos matinales para las cuatro guerreras oretanas, de modo que se mantuvieran en todo momento activas y preparadas. Eligieron para ello un patio interior donde apenas les molestaban, aunque ellas se sabían observadas por ojos escondidos tras las cortinas de los ventanales.

Los primeros días que transcurrieron después de la boda fueron tranquilos, sin sobresaltos. Pero a medida que se iban sucediendo, fueron encontrándose con problemas de acceso a partes del palacio, estancias y salas por las que antes entraban y salían sin pedir permiso. Dayra fue notando como poco a poco las miradas hacia ellas se endurecían y comenzó a sentirse incómoda en un entorno cada vez más hostil.

Consiguió hablar con la princesa. Le comentó su situación, sin otra asignación que ver pasar el tiempo y le pidió interceder ante Aníbal para que permitiera su regreso a Cástulo. Algunos días después seguían esperando la respuesta.

Según avanzaban los días, Dayra se sentía más insegura por los pasillos del palacio. Ya había tenido que esquivar en un par de ocasiones a Serbal, el cual parecía buscarla cuando no tenía nada mejor que hacer. Una de las veces se escondió tras una enorme puerta abierta y la otra metiéndose en la habitación de las doncellas.

Pero ese día estaba relajada. Aníbal había partido con su ejército el día anterior y Serbal con la mitad de la guardia personal del general, lo acompañaba. Solo estarían tres o cuatro días fuera, lo suficiente como para poder andar con tranquilidad por los pasillos. Aun así, el tedio de no tener que hacer nada, influía en su estado de ánimo y se sentía aburrida, cansada y anodina.

Había llovido por la mañana y eso les había impedido entrenar en el patio. Después de comer, las nubes se fueron retirando y excepto algunas gotas que se resistieron a no caer, la tarde quedó agradable, con un aroma a tierra húmeda que le trajo recuerdos de su Cástulo natal, dónde la cercanía de las sierras y montes mantenía el frescor del ambiente, excepto en las estaciones más calurosas del año.

Esa tarde decidió pasear por la ciudad. Llevaba algunos días sin hacerlo. Buscaría algún mercado donde curiosear las mercancías procedentes de lejanos rincones del mundo. A los comerciantes que aún no habían abandonado Qart Hadasht, se les unieron los llegados en barcos que navegaban por la costa y que el mal tiempo de la mañana les habría forzado a buscar abrigo en el puerto. Estaba segura de que aprovecharían la escala en la ciudad blanca para hacer sus tratos y trueques. Desde lo alto de la colina, le había parecido contar al menos cinco embarcaciones entrando por la bahía a primera hora del día.

Sus pasos la llevaron a la parte baja de la ciudad. Buscó por las plazas y calles principales y se detuvo en todos los puestos que encontró. Admiraba el trabajo de orfebres y artesanos y sus ojos saltaban de objeto en objeto, parándose sobre todo en las joyas, collares y fíbulas que encontraba. Intentó entablar conversación con algunos comerciantes. Sin embargo, aunque había avanzado mucho con la lengua púnica, no sabía nada de griego, que era el idioma más utilizado en cualquier punto bañado por el Mare Nostrum.

Debido a que con las manos era capaz de expresarse en un idioma universal y disponía de suficientes monedas para hacerse entender, acabó adquiriendo algún objeto y probando bebidas y comidas que nunca antes había degustado.

El sol comenzaba a bajar y aprovechó para acercarse a las tabernas del puerto. Los productos griegos y egipcios que había probado despertaron sus ganas de comer y beber, y vería de cerca los barcos recién llegados.

El muelle estaba animado. Gentes de aspectos muy diferentes, de distintos colores de piel y cabello y lenguas extrañas invadían el puerto llevando fardos y paquetes de un lado para el otro. Instintivamente, se echó la mano en la empuñadura al sentirse rodeada. Notaba como decenas de ojos se clavaban en ella. Eran en su mayoría marinos de los que pasaban largas temporadas sin yacer con una mujer. Y una vez atracados y descargadas sus naves, buscaban diversión y placeres en los que vaciar sus bolsas de monedas.

Buscó una mesa en la que sentarse, pero en las dos primeras tabernas que entró no vio sitios libres. Fue en la tercera, una algo más retirada del bullicio de los muelles, donde encontró lugar en el que sentarse.

Tras el segundo cuenco de vino, notó como cerca de la puerta dos hombres hablaban en voz baja, acercándose mucho uno al otro.

El más alto parecía estar dando órdenes y lo reconoció por su piel curtida y barba negra anudada bajo la barbilla. Llevaba aros en las orejas y parecía faltarle algún diente. Cuando paseó junto al muelle, le vio sobre la cubierta de un trirreme púnico y éste, con el mayor descaro posible, clavó sus ojos en ella y posiblemente la siguiese hasta allí. Ella le miraba con disimulo y una de las veces le pareció que la señalaban con el mentón. Algo en su interior le hizo ponerse en guardia, tantear la empuñadura de su espada y desatar el nudo de la vaina para permitir su salida con mayor rapidez. Contó medio centenar de hombres en la taberna, de los cuales algo más de la mitad creía recordar de otras visitas. Le preocupaban los otros, de los cuales al menos diez de ellos vestían de una manera similar al que la observaba.

Decidió no tomar nada más. Lo que había bebido en los puestos griegos se le había subido a la cabeza y los dos cuencos de vino de la taberna hicieron el resto. En esos momentos se sentía mermada física y mentalmente. Pensó que lo mejor sería esperar. Nadie se arriesgaría a empezar una pelea en un espacio tan reducido, sin tener la certeza de quién podría estar de su parte y quién no. Con más de cincuenta personas bebiendo aquello podría convertirse en un infierno de sangre y muerte.

Disimulaba, aparentando que bebía tragos cortos del cuenco y cuando nadie parecía mirarla, vertía parte del contenido al suelo. El tiempo fue pasando y algunos clientes ya abandonaban la taberna. El grupo que le preocupaba fue saliendo también de dos en dos o tres en tres, hasta no quedar ninguno dentro. Esperó un poco más. Tenía la opción de salir acompañada de alguien, pero prefirió no hacerlo. Ella era oretana y todos los demás cartagineses. No debía fiarse de nadie y, por otro lado, estaría más libre para correr y escapar.

Se puso en pie, desató los nudos del cuchillo que llevaba en la pernera y el de la espalda. Comprobó que su espada salía de la vaina con facilidad y tomó una bandeja en la que servían los asados como escudo, al menos para la salida de la taberna. Se dirigió a la puerta con pasos firmes y se cercioró de que nadie la seguía o se aproximaba por detrás.

Pisó la calle con la bandeja delante de ella para cubrirse, pero nada impacto ni en ella ni en su cuerpo. De un vistazo rápido observó cuatro o cinco hombres, pero ninguno de ellos eran los marinos del barco. Comenzó a caminar despacio hacia el palacio, buscando la protección de paredes y muros por su lado izquierdo. Mientras, su mano derecha agarraba con fuerza la empuñadura de su espada preparada para salir al encuentro de quien se acercase por ese costado.

Avanzaba felinamente, sin hacer ruido, amortiguando sus pasos en las cuestas que subían hasta la colina. Las calles comenzaban a estrecharse en la ladera y reparó que aquello podría ser una trampa mortal.

Se paró en seco. No escuchaba nada, salvo su respiración acelerada. A lo lejos, algunos gritos ahogados llegaban desde el puerto, pero a su alrededor reinaba el silencio más absoluto. Maldijo el momento en el que probó las bebidas griegas y el vino. Seguía bajo sus efectos en el peor momento.

No había luna llena, pero era creciente y algo de luz clareaba la noche. A lo lejos le pareció ver dos sombras. No pudo asegurarse de qué eran, pero prefirió no arriesgar. Dio media vuelta. Algo más abajo, tres bultos ocupaban la calle entera y subían en su dirección.

Sacó su espada con lentitud, alternando la mirada a ambos lados de la calle. En la parte de arriba, las sombras se habían convertido en cuatro bultos que le cortaban cualquier intento de retirada. Acarició su estatuilla de la diosa protectora mientras pensaba: ‹‹Ayúdame, Betatun. Dame la oportunidad de luchar dignamente y dile a mis padres y mi tío que me batí como una guerrera oretana de Cástulo››. Después la dejó en la bolsa de cuero y sacó uno de los cuchillos con su mano izquierda.

Decidió enfrentarse a los que venían por abajo. Eran solo tres y lucharían cuesta arriba. Miró hacia el otro extremo de la calle por si podía escapar por alguna ventana o balcón de alguna casa, pero no encontró nada. Avanzó hacia ellos, pegada a los muros y buscando las sombras de la noche.

Comenzó a caminar con más rapidez y decidió atacar a la carrera y cargar contra el que estaba pegado a la pared. Si conseguía romper la línea que formaban, escaparía cuesta abajo hacia el puerto con la mayor velocidad que le permitieran sus piernas.

Aceleraba cada vez más, con sus armas preparadas cuando algo le hizo detenerse. Dos bultos más se sumaban a los tres que viera al principio y ya sería infranqueable ese lado. A su espalda bajaban a la carrera los otros.

No tenía tiempo para pensar y tampoco ninguna opción que intentar. Decidió correr de nuevo hacia ellos. Tenía que derribar al menos a dos para tratar de abrir un hueco. Posiblemente la hiriesen en su costado izquierdo que protegería con el puñal. Si tenía suerte, serían solo arañazos o pinchazos en brazos y piernas. Y trataría de

escapar. Si no, o si la alcanzaban en el cuerpo, caería allí mismo y todo acabaría para ella.

Al llegar hasta sus atacantes, saltó y estiró la mano que sostenía la espada para tratar de encontrar carne con rapidez. El choque fue terrible y notó en cuerpo y rodillas que sus oponentes llevaban escudos.

Trató de repartir golpes con sus dos armas a un lado y a otro y consiguió derribar a dos de ellos, por el ímpetu de sus brazos, que se trastabillaron y cayeron. Pero rápidamente otros dos ocuparon su lugar y los primeros se levantaron de nuevo. La lucha era desigual y sus atacantes comenzaron a rodearla.

Llevaba algunos instantes golpeando, pero encontrando siempre la dureza de algún escudo. Había recibido algunos golpes con estos y unos arañazos que comenzaron a sangrar. Sus brazos perdían fuerza y se sintió como una fiera acorralada, vencida, reculando hacia la pared de su cueva, viendo como un enemigo superior se cebaba con ella.

Un fuerte golpe le arrancó el cuchillo de su mano izquierda. No quiso sacar el otro que tenía detrás para poder sujetar con dos manos su espada. Antes, tocó instintivamente su estatuilla de Betatun. ‹‹Concédeme el favor y déjame matar al menos a uno››.

Se lanzó aullando desesperadamente con su espada en alto, recordando los entrenamientos y la caza con su tío Bodilkas, el olor de las tierras y los montes oretanos, de sus encinas, olivos y alcornoques, de sus gentes y de su ciudad natal, Cástulo.

No llegó a impactar contra su enemigo. Sintió un fuerte golpe en la cabeza y la noche en Qart Hadasht, capital púnica de I-span-ya, la ciudad blanca, se volvió totalmente oscura.

* * *

El interrogatorio

—¿Quieres agua o algo de la máquina? ¿Café? Si no tienes buen estómago, no te lo recomiendo.

—No. Gracias.

—Como quieras.

El cabo Domínguez se sirvió una botella de agua fría y puso otra frente a Marcos desoyendo su contestación.

—¿Estoy detenido? —preguntó mirando a Losada, que estaba de pie en un rincón de la sala sin intervenir.

—No, estás aquí porque necesito hacerte unas preguntas.

—Entonces, si quiero, puedo irme, ¿no? —dijo Marcos levantándose.

Domínguez seguía absorto en la lectura de los papeles de una carpeta y ni le miró al contestar:

—Tengo indicios para arrestarte, por lo que creo que de un modo u otro voy a hacerte esas preguntas. Tú eliges cómo te las hago.

Marcos se sentó de nuevo. Observaba a los dos agentes, aunque aún no entendía bien que estaba pasando. El guardia Losada estaba de pie, cerca de la puerta cerrada. Delante de él había un espejo donde supuso que detrás habría más personas escuchándole, como en las películas. El cabo Domínguez se sentaba en el otro lado de la mesa, junto a una cámara que parecía estar grabando todo.

—¿Puedo al menos saber de qué se me podría acusar, o por qué estoy aquí?

—Intento de asesinato. —Domínguez seguía leyendo con mucha tranquilidad.

Marcos trató de acomodarse en la silla, notó sus manos nerviosas y, pese a la dosis de alcohol y pastillas, su mente se puso en guardia.

—Yo no he hecho nada.

—Lo sabemos, por eso no estás en el calabozo, ni esposado. Estás aquí porque eres un chico listo que sabe que lo que más le conviene es colaborar y ayudarnos a saber qué es lo que ha pasado.

La puerta de la pared junto a la que estaba Losada se abrió tras unos golpes de llamada y una enfermera con un pequeño maletín metálico solicitó permiso para entrar. Domínguez se lo concedió y Marcos se quedó mirando cómo se sentaba junto a él, abría la cremallera y sacaba algunos tubos y jeringuillas.

—Es algo rutinario, nos ayudará a descartarte, por lo que entiendo que no te importará que tome una pequeña muestra,

¿verdad?

—No, claro. ¿A quién se supone que he intentado asesinar?

—Tranquilo, todo a su tiempo. —Esperó que la enfermera terminase de sacar la muestra, recogiese sus utensilios y se marchase.

Los silencios de Domínguez empezaban a ponerle nervioso. Había cambiado la postura en la silla varias veces, cruzando cada vez una pierna distinta sobre la otra. La cámara, en el lado izquierdo de la mesa, lo grababa todo.

—Te llamas Marcos Triguero. Naciste en Cartagena. Vives solo en un apartamento cerca de la Universidad. Bueno, no voy a contarte tu propia vida, que supongo que la sabrás tú mejor que nosotros. Pero sí quiero que sepas que te conocemos bastante bien, por si te asalta la duda de engañarnos. —Hizo una pausa para beber agua—. Estudiaste arqueología y trabajas actualmente para la subacuática, ¿correcto?

—Sí, lo sabéis de sobra.

—Ya. Hiciste unos cursos de buceo de perfeccionamiento con algunos compañeros nuestros del GEAS, ya sabes, el Grupo Especial de Actividades Subacuáticas. De hecho, han sido ellos los que nos han informado de que eres bastante propenso a meterte en líos.

Marcos suspiró mientras Domínguez se tomaba otro de sus silencios. Su fama de camorrista se la había ganado a pulso y posiblemente, entre las muchas peleas que sostuvo tiempo atrás, algún GEAS debió sufrir el tenerle como rival.

—¿De qué conoces a Ana Torres?

—¿Qué tiene que ver ella en esto? —saltó rápidamente. Domínguez le miraba con detenimiento sin hablar. Finalmente claudicó y contestó al cabo—. La conocí en la universidad, coincidimos en varias excavaciones de prácticas en verano. Nos liamos y luego lo dejamos.

—Cortaste la relación de un modo poco amistoso, ¿no?

—¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio o un consultorio sentimental?

—A ver, gallito, te lo voy a decir muy clarito y sin rodeos. Un coche igualito que el tuyo, con una matrícula igualita que la tuya, ha echado de la carretera al coche de Ana Torres y su acompañante, provocándoles un accidente. Y solo me falta saber quién era el conductor de tu coche.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó Marcos, alarmado.

—Mira listillo. Yo mismo he oído de tu boca llamarla zorra, hija de puta y que se diese por muerta. Y hoy mismo, después de liarte a puñetazos con su compañero Pedro Carracedo, le gritaste que le ibas a matar, minutos antes del accidente. Los camareros y algunos clientes del Playa Chica lo han confirmado.

—Yo no he sido.

—¿Tu coche es de esos modernos que se conducen solos?

—Yo no he hecho nada.

—¿Seguro? ¿Puede que sea que no lo recuerdes? Porque también tengo apuntado que te salía el alcohol por las orejas.

—No bebí nada. Bueno, quizás algo sí.

—Tranquilo, en unos minutos tendremos los resultados de tu muestra y en ellos veremos lo que necesitamos saber. Mientras, volvamos a tu coche. Si no conducías tú, ¿quién crees que podría haberlo hecho?

—No lo sé, me lo habrán robado.

—¿Robado? Vaya, esa sí es buena. En todos mis años de guardia civil nunca había oído nada parecido.

Marcos estaba cada vez más nervioso.

—Yo no he hecho nada.

—Ya lo sé, pero tengo que comprobarlo. Lo entiendes, ¿no? —Marcos asintió—. Bien, sigamos. Después de discutir con Ana, pelearte con Pedro y amenazarle de muerte, te fuiste del Playa Chica. ¿Dónde estaba en ese momento aparcado tu coche?

—No sé, creo que junto al Mesón Murciano.

—¿Y por qué no estaba junto a tu casa? En estas fechas no hay problemas para aparcar en tu calle.

—Vine del puerto y aparqué allí para buscar a María.

—¿La chica morena de la pelea del otro día? —Marcos asintió—. María…, ¿qué más?

—No sé su apellido, pero vive por allí.

—Vale, no te preocupes, la buscaremos.

Se abrió la puerta de la sala y un agente les hizo una señal a Domínguez y Losada para que salieran.

—Te dejamos un ratito solo y con tiempo para pensar la historia esa de quién conducía tu coche. Ahora volvemos.

Debió estar esperando cerca de la media hora, solo, sentado frente al espejo, consumiendo los nervios con la misma rapidez que el agua de la botella.

La puerta había quedado medio abierta y el agente que llamó a Domínguez y Losada se quedó fuera. Al rato, estos dos llegaron flanqueando a un sargento alto, corpulento, de pelo negro y bigote tupido. No llegó a verle bien la cara ya que en ese momento le daba la espalda. Trató de prestar atención a lo que hablaban, aunque no parecía que lo estuviesen haciendo de él. No los podía oír con nitidez, pero algo si logró entender:

—¿Y dónde lo han encontrado?

—En el camino de subida a la Batería de Cenizas, dónde los cañones Vickers, en una zona de mucha vegetación y de difícil acceso. Debieron dejarlo semienterrado, aunque es posible que algún animal lo haya dejado al descubierto

—Mi sargento, ¿entonces se confirma que era el enlace?

—Sí. Alberto Álvarez Mansilla. Al cruzar los datos de las llamadas de los teléfonos móviles nos centramos en él, ya que sostuvieron algunas conversaciones en los días previos a encontrar el cuerpo de Ramón, el obrero, y también mantuvo alguna con el traficante de arte.

—Pues tenemos el eslabón de la cadena que faltaba, pero eso nos deja sin saber qué ha pasado finalmente, cuál era el móvil y quién lo ha hecho —apuntó Domínguez.

—Cierto. Un obrero parece encontrar algo en una obra, un enlace se encarga de contactar con un traficante de arte y ahora tenemos tres cadáveres. En quince minutos nos reuniremos todos los equipos involucrados para determinar los siguientes pasos a dar, aunque ya os adelanto que habrá que seguir investigando en la vida privada de cada fallecido, llamadas, mensajes, búsquedas por

internet, en fin, lo habitual. También habrá que interrogar al vecindario de este último, para ver si alguien notó o vio algo. Existe la posibilidad de que una misma persona haya acabado con las tres víctimas y pudiera estar a estas alturas muy lejos de aquí. Debemos movernos con rapidez, aunque creo que no será fácil.

—¿Llevamos nosotros la investigación? —preguntó Losada.

—De momento sí, aunque la Comandancia de Cartagena ya estaba trabajando en esto y posiblemente tome el control definitivo del asunto. Nosotros seguiremos a lo nuestro, y aportaremos lo que podamos. En el momento que nos pidan que demos un paso a un lado, lo daremos.

—¿El accidente de los arqueólogos está relacionado con todo esto?

—Me temo que sí. Seguramente los hayan intentado eliminar, pero no lo han conseguido. Quiero que no les quitéis el ojo de encima a ninguno de los dos. No hay que escoltarlos, pero sí estar pendiente de ellos. No tenemos recursos suficientes y no depende de nosotros. Para el que está en el Santa Lucía, pediremos que se valore un servicio de vigilancia en la habitación del hospital.

—¿Y el que tenemos ahí dentro? —intervino Domínguez señalando hacia el interior de la sala.

—Hasta ahora no tenemos nada contra él, excepto que su coche estuvo involucrado en el accidente. Pero hay indicios que lo exculpan. De momento, no le quitéis el ojo de encima. Personalmente creo que es un pobre idiota, pero… tiene una enorme capacidad de meterse en líos y eso lo hace peligroso.

La conversación acabó. Entraron los tres agentes en la sala, quedándose Losada de nuevo junto a la puerta y sentándose frente a él los otros dos.

—Marcos, te presento al sargento Hontoria.

—Antes de empezar, te diré que yo soy el que hace de poli malo, y no me gustan nada los arqueólogos —dijo con una voz seca, grave, enérgica y en cierto modo hostil—. Os creéis importantes y no hacéis más que causar problemas.

Marcos miró al suelo. El asunto parecía complicarse cada vez más. La cara del sargento le resultaba familiar, aunque su tono hostil

no le parecía que fuese algo a su favor. Sin embargo, ese bigote lo había visto en algún lado y, además, tenía la impresión de que había sido recientemente. Al instante lo recordó: era la cuarta persona que vio el día anterior salir de la reunión del puerto a la que acudieron Villalta, Fernando Arteso y el matón trajeado. Hontoria salió algo después, en vaqueros y camiseta, echando la llave a la puerta del *Lounge Bar* que estaba cerrado al público, como si fuese el anfitrión de la fiesta. Un escalofrío recorrió su espalda de arriba abajo.

—Bien, a ver qué tenemos por aquí —continuó leyendo por encima la carpeta de Domínguez—. Respecto al accidente, las víctimas han sido trasladadas al Santa Lucía de Cartagena. Una de ellas está bastante mal y con pronóstico reservado. La otra está mejor.

—¿Quién es la…?

—No puedo darte esos datos. No me está permitido —Hizo una pausa—, pero estás de suerte. Una vecina tuya dice que te vio a la hora del accidente merodear por tu barrio, lo cual no te sitúa en la escena de los hechos o al menos no te dio tiempo a dar media vuelta, volver a tu casa, aparcar y pasear.

—La cotilla de enfrente, seguro.

—¿Cómo? —Hontoria no esperó contestación—. Además, tu coche cruzó el puente móvil a toda velocidad, cuando el semáforo estaba ya cerrado y casi se llevó por delante las barreras que bajaban. El operario de la torre de control lo vio desde su cabina y nos contó que, al bajar la rampa, giró a la izquierda y se metió hacia los terrenos de Puerto Mayor.

Marcos miraba atento, parecía que la situación comenzaba a dar un giro inesperado.

—Existe además otro testigo, un pescador que estaba en el espigón del faro del Estacio. Vio cómo llegaba tu coche y quedó aparcado entre los arbustos. De él salieron dos personas cuya descripción no coincide con la tuya.

—Eso significa que me creéis.

—No. Significa que te puedes ir de momento. Pero procura estar localizable. Aún no sabemos nada del accidente y tú sigues siendo

uno de los sospechosos que podrías haber participado directa o indirectamente.

—¿Y mi coche?

—Lo están analizando. Huellas y esas cosas, ya sabes. Por cierto, tenía hecho un puente, por lo que pudiera ser un robo… En unos días es posible que hayan acabado, te llamaremos cuándo esté para que pases a recogerlo. Ahora, Domínguez y Losada te acompañarán fuera.

Marcos se levantó despacio, sin hacer ningún gesto o decir alguna palabra que le pudiese fastidiar la salida. Miró a Losada y le hizo un ligero gesto con la cabeza preguntándole si le acompañaba.

—Ah, se me olvidaba —volvió a hablar el sargento Hontoria—. Tres cositas que ya sabes, pero no quiero que las olvides: Te recuerdo que no me gustan los arqueólogos; siempre localizable por si tenemos que hablar contigo y, por último, no te metas en líos por una temporada. Deja el alcohol y lo que estés tomando. Al no ser el conductor, no puedo sancionarte. Pero un informe de enfermería nos dice que eres una bodega andante con trazas de sustancias no legales. Si la lías, yo personalmente iré a por ti.

Al salir por la puerta oyó cómo le pedía a Domínguez que se apresurasen. Habían comentado algo de una reunión en ese momento y debían tener alguna urgencia que cubrir, ya que se notaba cierto revuelo por los pasillos del cuartel del Cabo de Palos.

* * *

La UCI

Algunas horas después de su llegada, Ana salía de urgencias con decenas de pruebas, placas, resonancias y pinchazos encima. Se sintió como una humilde cobaya, pero accedió a todo lo que le pidieron. En el mostrador de admisión insistió varias veces, levantando incluso la voz, en que quería conocer la suerte de su compañero, pero nadie sabía o quería decirla nada.

El estado de ansiedad y nerviosismo hizo que Ana no dejara de preguntar a gritos por Pedro. Un vigilante de seguridad trató en vano de poner fin al altercado que se estaba montando y finalmente

consiguió que una enfermera se interesase por su compañero. Al volver de hablar con el equipo médico que le atendía, le comunicó que debía permanecer en la sala de espera de familiares y la llamarían.

Los minutos se le hacían interminables. Cerró los ojos y trató de recordar los últimos tres días de su vida. Habían ocurrido muchas cosas, demasiadas para tan poco tiempo, y su mente saltaba de una a otra sin ningún orden.

—¿Ana Torres?

—Sí. —Abrió los ojos sobresaltada al ver a un joven médico—. Soy yo.

—¿Eres la acompañante de Pedro Carracedo?

—Sí, sí, ¿cómo está? ¿Puedo verlo?

—No es buena idea, acabas de sufrir un pequeño shock y quizás no sea el mejor momento para hacerlo. Está intubado y con vías y equipos conectados.

—Me da igual —le interrumpió levantándose.

—Tenemos unas normas que no nos podemos saltar.

—Perfecto. Pues se las cuentas a quien te dé la gana, y a mí me dices dónde está mi compañero para ir a verle —le increpó, subiendo el tono de voz, a dos palmos de su cara.

—Está bien, pero tan solo dos minutos —dijo tras evaluar el estado alterado de Ana y meditar su respuesta—. Está sedado y no podrás hablar con él. Solo verlo y salirte. A esa sala no pueden entrar ni familiares ni acompañantes fuera del horario establecido.

—Vale, vale.

—Necesitamos contactar con su familia. ¿Tú puedes facilitarnos un teléfono?

—No conozco a su familia, pero puedo llamar mañana a la oficina y que ellos lo consigan. Yo lo traigo.

—Está bien, ahora apuntamos el tuyo por si esta noche necesitamos contactar contigo.

—Voy a quedarme aquí esta noche.

—Ni hablar, acabas de salir de urgencias y necesitas descansar. Vete después de que lo veas, y si quieres puedes volver mañana. Se

permite una visita a las doce y otra a las seis de la tarde. Sígueme, que te llevo.

El médico la llevó por interminables pasillos por los que tuvo la sensación de estar dando vueltas por el edificio. Finalmente llegaron a una puerta donde la dejaron unas calzas para sus botas y un gorro verde para coger el pelo.

—En silencio, por favor.

Al entrar y ver a Pedro se le cayó el alma a los pies. Parecía escondido entre tubos, gomas, sueros y esparadrapos. Solo pudo ver un poco de pecho, pero se alegró de notar que subía y bajaba.

—¿Cómo está? —preguntó en voz baja al joven médico.

—Es pronto para saberlo. Ahora está estable dentro de la gravedad. Las próximas horas serán cruciales.

—Parece que está destrozado —dijo señalando las vendas y escayolas.

—Lo peor está por dentro, ha sido un golpe muy fuerte y se ha llevado la peor parte. Viéndole a él, lo tuyo parece milagroso.

Le costó abandonar el hospital, pero al final lo hizo. Dedicó quince minutos a llorar en una silla bajo la atenta mirada de celadores y enfermeras. Pasado ese tiempo, se levantó apoyándose en una pared y caminó como pudo hasta la parada de taxis.

No supo cómo llegó, pero tras una hora mirando al techo de la habitación del hotel, cerró los ojos y se quedó dormida por agotamiento.

14
Un mensaje a base de golpes

El puñal de hierro

Fondeó frente al restaurante La Escuela de Pieter, tomando como referencias los edificios altos, azules y blancos de la urbanización Mar Azul, en la orilla del Mediterráneo. Soplaba un viento de levante de apenas cinco nudos que situó la proa enfilada entre las dos primeras torres de la derecha.

Trató de concentrarse en lo que hacía, aunque los últimos acontecimientos le habían agitado su cabeza con bastante más efectividad que las pastillas que tomaba.

En el plan de inmersión que traía preparado, tenía previsto hacer al menos tres: una frente al restaurante, otra frente a la urbanización de Las Góndolas y una tercera para agotar el aire que quedase en la botella, en la zona en la que encontró la estatuilla. En ella se dedicaría a fotografiar, revisar el fondo y buscar estructuras o restos de piedras bajo este. No parcelaría ni delimitaría área a estudiar, ya que no disponía de ayuda en superficie y todo el material lo tenía en la zona donde actuaron el primer día.

Los resultados que obtuvo fueron similares a los de la primera jornada. Decidió no dedicar más tiempo allí y tras emerger y subir al barco, levó el ancla y se dirigió al segundo punto previsto.

Repitió los mismos pasos que en la primera bajada y el resultado fue similar. Calculó los minutos de aire que le quedaban y decidió dedicar toda la reserva al último punto de inmersión previsto en aquella mañana.

Se acercó con el barco. Calculó que había invadido algo el área de estudio y paró motores para dejarse empujar por el ligero levante matinal. Bajó a cubierta y se dirigió al molinete del ancla y observó

el fondo buscando el momento propicio para echarla. Fue en ese momento cuando lo notó. No había vuelto a darse cuenta de ello ni se lo recordó a Fede en los siguientes días. Miró hacia el techo de la cabina y el vello de sus brazos se erizó. La veleta marcaba hacia el levante, pero la proa enfilaba hacia el noreste.

Comprobó nervioso, que no hubiese nada alrededor del casco que le sujetase. Los escasos seis nudos de levante eran suficientes para aproarle en esa dirección, pero el barco no se movía apenas. Tampoco reculaba, empujado hacia el interior del mar. Estaba justo en el borde del área de estudio y decidió echar el ancla allí mismo.

‹‹¿Qué hay debajo? Es como si una fuerza magnética moviese el barco emulando la aguja de una brújula. Parece que estoy apuntando al norte magnético››, pensó mientras revisaba que el resto de los relojes y sistemas de navegación funcionasen bien.

Observó desde la borda el fondo y distinguió los diferentes tonos verdes de las algas. Volvió a mirar hacia la proa. ‹‹Es como si me señalaras algo, pero hacia allá solo está la playa de Veneziola, mi casa detrás y un poco más allá…¡Joder! La obra en la que está Ana. ¿Pero qué cojones? No, a ver, tranquilo, debe ser una puñetera coincidencia››.

Terminó de ponerse las aletas, el *jacket* con botella, las gafas y el regulador. Hizo una rápida comprobación rutinaria del funcionamiento y saltó de nuevo al agua. Se orientó en superficie y cuando creyó estar sobre el punto donde encontró la estatuilla, se sumergió.

Buceaba cerca del fondo cuando vio la zona que buscaba a unos metros de él. Era una pequeña área donde había proliferado una mayor concentración de posidonia. Esa parte ya disponía de fotografías y toma de muestras, por lo que se dedicó a buscar entre las algas por si hallaba alguna otra cosa más.

Pasaron los minutos, pero no encontró nada. Había revisado la zona haciendo un recorrido en espiral. No le quedaba mucho aire en la botella y debía ir pensando en salir para tratar de llegar al puerto a las dos de la tarde.

Un pequeño pez terrero salió apresurado a dos palmos de él. ‹‹Perdona, pequeño, no voy a molestar. ¿Vives ahí? ¿Esa es tu

casa?››, le gustaba pensar o hablar solo cuando buceaba. Se acercó un poco más y comprobó que se trataba de un tupido manto de posidonia. Buscó con sus manos entre las algas y lo vio enredado, debajo de ellas, de un color gris oscuro. Le costó sacarlo, pero una vez entre las manos se quedó estupefacto observándolo.

Aguantó los últimos cinco minutos sin hallar nada más y salió a la superficie. Subió a la cubierta y tras limpiarlo con una toalla lo contempló. Se trataba de una pieza de hierro cuya forma se asimilaba a la hoja de un puñal. Era evidente que se trataba de un arma antigua. Y lo había encontrado en la misma zona que la estatuilla. Había excavado el fondo por si hubiese algo más enterrado allí, pero no vio nada. Una vez limpio y seco, se lo acercó a la cara para ver si distinguía algún detalle. Y en ese momento se encontró mirando de nuevo hacia la proa del barco y en la misma línea recta, su casa y el chalé donde trabajaban Ana y Pedro, dónde habían encontrado algo parecido a unos huesos y que ellos debían corroborar si lo eran o no, y si había algo más.

¿Qué extraña fuerza le mantenía aproado hacia el norte? ¿Había algo magnético ahí? ‹‹Imposible››, pensó. ‹‹Una fuerza de este tipo hubiese vuelto locos los relojes analógicos. ¿Qué más puede haber capaz de anclar una embarcación como el Mar Thalassa y no ceder al empuje de vientos y corrientes? Abajo solo hay algas. ¿Ocultaba algo más el manto verde que no haya visto? ¿Tan grande es la fuerza de la posidonia? ››

Se dio cuenta de lo tarde que era. Con la cabeza dando vueltas a los hallazgos que había encontrado, levó el ancla y navegó hacia el Tomás Maestre, avisando por radio a los marineros para que le ayudasen en las tareas de atraque.

Desde el ático alquilado, Víctor bajó los prismáticos y se mordió el labio inferior. Estaba rabioso. Se suponía que los arqueólogos debían haberse marchado ya y seguían allí. Le aseguraron que el barco partiría a Cartagena y, sin embargo, ahí estaba. Pensó que no podía esperar más.

Uno de sus hombres aguardaba frente a él esperando instrucciones.

—Activamos la fase dos —ordenó mientras el otro asentía y llamaba la atención del resto del equipo con un chasquido de dedos. Cuando se acercaron a ellos, Víctor continuó—. Salgo esta misma tarde para Murcia. Debo hacer una visita importante que espero que ayude a finalizar este asunto. Mientras, vosotros, actuad según las órdenes que os he dado. Volveré de Murcia esta noche, justo antes de la cena. Nos reuniremos aquí para que me comentéis cómo ha ido todo.

Aparcó el coche frente a su casa. Entró y tiró sus cosas en el sofá del salón. Se sentía cansado. Tras los acontecimientos del día anterior y la investigación posterior de la Guardia Civil, apenas había dormido algo.

Trató de ordenar todo aquello que le rondaba la cabeza. Por un lado, el estudio de las líneas del Mar Menor, la poca transparencia que recibía por parte de sus superiores, los accidentes de Fede y Miguel, la aparición de posidonia en un lugar que no era el suyo, el ligero desplazamiento del barco sin motivo aparente y los hallazgos de la estatuilla y el puñal. Pasaban cosas extrañas, posiblemente fruto de la casualidad, pero él no dejaba de pensar en ellas y las mantenía siempre almacenadas en su cabeza como datos a tener en cuenta por si acaso.

Por otro lado, estaba María y todo lo que la rodeaba. No sabía apenas nada de ella, excepto que su cuerpo parecía esculpido por un artista tocado por una mano divina. Sin embargo, había en ella algo enigmático. La pelea de los gatos y el ataque que sufrieron a cargo de ese bestia vestido como alguien anacrónico o fuera de lugar le había descolocado. Pero fueron las explicaciones que le dio, con la absurda historia de que era alguien del pasado lo que más le desconcertó. No le sentó demasiado bien que tratase de reírse de él en ese momento. Se sentía molesto y cabreado, y quizás le levantó la voz más de lo necesario y por eso se marchó de su casa. Debería buscarla y retomar su reciente amistad de nuevo.

Por último, estaba Ana. Siempre ella y siempre en todas partes. No conseguía librarse de su imagen que parecía tenerla clavada en su cabeza. La sola idea de pensar que había sufrido un accidente y se encontraba mal le provocó algo de ansiedad, que se rebajó bastante al enterarse por la Guardia Civil de que, pese a la gravedad de las heridas, ambos parecían estar fuera de peligro. Un resorte interior le hizo levantarse de golpe, corrió hasta su teléfono y buscó nervioso entre los contactos de su agenda, para llamar acto seguido.

—Dígame.

—¿Miguel?

—Vaya, eres tú. Sí, dime, ¿qué quieres?

—Quería saber si seguías con la pierna pegada al cuerpo y qué tal te iba con la rehabilitación.

—Bueno, bien, creo que va a ser lento, pero podré reincorporarme al trabajo en breve y compaginarlo con los ejercicios. Oye, Marcos, mira… Te agradezco mucho lo que hiciste por mí, pero tú y yo no somos amigos…

—Lo sé. Tampoco era mi intención reconducirlo. Ya me he acostumbrado a que sea así. Te he llamado porque necesito que me contestes a algo.

—Bueno, eso sí. Dispara.

—Cuando nos peleamos en el barco por el accidente que sufrieron Ángela Santisteban y los otros tres, dijiste que no habían fallado los frenos del coche como informó la Guardia Civil, que un coche los sacó de la carretera. ¿Te acuerdas?

—Sí, claro.

—¿Por qué lo dijiste? ¿Qué te llevó a pensar en eso?

—Porque no me lo creía y fui hasta allí, investigué por mi cuenta y di con un testigo, un agricultor o alguien que vivía cerca y estaba aquel día en la zona, cerca de aquella curva. Él me contó lo que pasó realmente.

—¿Y qué pasó?

—Un todoterreno los adelantó en una zona prohibida y de un volantazo los echó fuera y se despeñaron. La persona que me lo dijo también lo declaró a la Guardia Civil, pero el cabo Hontoria del puesto de Mazarrón ni siquiera lo apuntó en su informe.

—¿Hontoria? —Algo se activó en la mente de Marcos.

—Sí. Se mantuvo en su versión de los frenos y así se cerró el caso. Intenté hablar con él, pero no pude. Días después fue trasladado a Cartagena o a otro puesto en alguna localidad cercana y le perdí la pista. Adrián Casas era nuestro responsable y tuvo una fuerte discusión con él y con parte de la Plana Mayor de la Guardia Civil. El caso se escaló hasta las altas jerarquías de ambos organismos y supongo que, tras una comilona entre jefazos, decidieron dar carpetazo al asunto y que se olvidase todo. Adrián al poco tiempo fue trasladado a Murcia, a la universidad.

—Gracias, Miguel. Solo era eso. Espero que te vayas recuperando poco a poco.

Colgó y sujetó su nuca con ambas manos, mientras caminaba alrededor de la mesa y sillas. En esa breve conversación, habían salido a relucir los nombres de Adrián Casas, que fue trasladado desde Cartagena a la Universidad de Murcia y sería actualmente el jefe de Ana. Y el cabo Hontoria, trasladado desde Mazarrón a alguna otra localidad, posiblemente al Cabo de Palos y ascendido a sargento. No sabía cómo, pero algunas piezas de ese puzle comenzaban a casar entre ellas: Hontoria estaba en la reunión con Villalta, jefe de arqueología, y con Fernando Arteso, promotor inmobiliario y constructor, además del matón trajeado. Un accidente con arqueólogos en el 2007 y otro ahora, reciente, y relacionados con las líneas encontradas con Google Earth sobre el Mar Menor.

Su cabeza daba vueltas y el vacío que vio al abrir la puerta del frigorífico terminó por desesperarle. Cogió de nuevo llaves y cartera y salió en busca de comida rápida o precocinada en el supermercado de la urbanización.

Apenas había gente por la calle. Era mejor así. No le apetecía saludar o pararse a hablar con nadie. Lejos de la masificación del verano, los pocos vecinos que residían en esas fechas no perdían la ocasión de socializar con el resto de los habitantes de la zona en cuanto se veían.

Llegó hasta la esquina de la rotonda, donde fueron atacados María y él por aquel extraño personaje. Un fantasma, según ella, pero que golpeaba como el más rudo estibador del puerto. Ana y María, María y Ana. Cada vez que pensaba en una, la imagen de la otra se paseaba por su mente, tratando de distraerle, haciéndose notar como si peleasen entre ellas por copar cada rincón de su cabeza.

Tan ensimismado estaba en ellas que no reparó que apenas a unos metros de él, dos hombres vestidos con pantalones largos negros de tipo policial y camisetas del mismo color le cerraban el paso. Llevaban gafas de sol y pelo muy corto al estilo militar. Cualquiera que los hubiera visto los hubiese identificado como los matones de cualquier película de acción americana. Él también lo hizo. Calculó con rapidez la musculatura de cada uno y no le quedó lugar a dudas de que en una posible pelea, él saldría perdiendo.

Se echó la mano al bolsillo palpando por fuera del pantalón, como si buscase algo que supuestamente había olvidado. Y haciendo un gesto como excusa para volver sobre sus pasos, dio media vuelta, pero se encontró con otros dos hombres vestidos como los primeros, que le observaban sonriendo.

‹‹Vaya, me tocó el equipo de rugby››, pensó.

A su derecha tenía la maleza y los árboles del descampado que le impedían el paso. A su izquierda, la carretera, la rotonda y su única vía de escape posible.

Solo tenía que correr y lo hubiese hecho si no hubiese aparecido un Land Rover que frenó chirriando ruedas por el único sitio por el que podría huir. Al bajar del vehículo dos personas más, ya tuvo claro que tal despliegue de medios no iba a acabar bien.

En un intento desesperado, saltó entre la maleza buscando escapar por el solar hasta la playa, pero una mano rápida lo agarró de la camiseta y tiró de él hacia atrás. Dos fuertes brazos lo sujetaron y se vio frente al tipo del coche, que parecía llevar la voz cantante.

—No pensarías hacernos correr, ¿verdad? —preguntó mientras descargaba un potente gancho sobre la boca de su estómago,

haciéndole toser y dificultando su respiración—. Miradle bien. El chico guapo de los mares no sabe manejarse fuera del agua.

El segundo puñetazo llegó antes de que le diese tiempo a intuirlo o a tratar de endurecer el estómago. Le hizo doblar las rodillas y si no cayó al suelo fue porque lo tenían sujeto por las axilas. Una mano agarró su melena y le hizo levantar la cabeza. Quien le hablaba estaba solo a dos palmos de su cara y si hubiese tenido fuerzas para escupirle, lo hubiera hecho.

—Mi amigo va a enseñarte un poco de lenguaje de signos con sus propias manos, para que puedas entenderte con los médicos de urgencias. —Hizo una señal y el copiloto del Land Rover se acercó a él sustituyendo al anterior, con sendos puños americanos en sus manos.

—Acuérdate, no le golpees en la cara. Que no llame mucho la atención.

Lo que vino a continuación fueron los peores minutos que recordó de sus peleas tabernarias. Recibió tal castigo que comenzaron a dolerle músculos y huesos que ignoraba que tenía en el cuerpo. En varias ocasiones le echaron agua de una botella por encima para que se mantuviese consciente.

La brutal paliza concluyó cuando quien golpeaba se desfondó por el esfuerzo y el límite entre matarle o no podía depender de un único golpe más.

El que estaba al mando hizo una seña para dar por acabada su tortura, y sujetándole de nuevo la cabeza por los pelos, la levantó para hablarle de nuevo a dos palmos de su cara.

—Si te interesa saber por qué no vamos a matarte ahora, te lo voy a contar. Quiero que vayas al Hotel Las Gaviotas, busques a tu amiguita arqueóloga y le digas que deje de hacer el imbécil con la palita y el pico, que recoja sus cosas, haga el informe que se espera de ella y se marche. —Marcos apenas podía mantener la mirada y respirar a la vez. Quiso decir algo, pero no pudo—. La próxima paliza va a ser para ella si no nos hace caso, aunque con el cuerpo que tiene es posible que antes nos divirtamos un poquito con ella. Tú también puedes venir, pero solo para mirar, ¿eh? Seguro que te gusta el espectáculo.

Se separó lo suficiente para armar su pierna y darle una patada en los testículos, que lo hizo retorcerse de dolor.

—No te hemos tocado la cara para que no te pongan reparos al entrar al hotel. Yo que tú, iría esta misma tarde a decírselo —hizo una pausa—. Pero aún no te he oído contestar, ¿*capisci*?

—Que… te… jodan —consiguió decir antes de recibir la última patada que le dejó tirado en el suelo.

No supo cómo llegó a casa. Lo hizo sin que nadie le ayudase esta vez, apoyándose en las farolas, vallas, coches y cubos de basura. Cada paso que daba le suponía un esfuerzo enorme y creyó que nunca llegaría. Al hacerlo, desistió de llegar hasta la cama o sofá y se quedó en el porche, donde los restos de una botella de licor de orujo del día anterior le invitaba a cogerla y apurarla.

Lo hizo sentado junto a la mesa. Bebió largos tragos con la errónea creencia de que el alcohol le curaría las heridas por dentro. Pensó en la estatuilla, en el puñal y trató de recordar si en las clases de la universidad algún catedrático le habría tratado de explicar que la arqueología iba de eso, de peleas, enfrentamientos, palizas y todo por lo que había pasado en los últimos años.

Siempre había pensado en dejar el trabajo, comprarse un barco y llevar a los turistas a pescar cobrándoles un ojo de la cara por nada. No tenía claro que era lo que le impedía no hacerlo.

Cerró los ojos. El silencio de la tarde había atenuado los sonidos habituales que combinaban los de las gaviotas, palomas y cotorras por un lado, con los de los motores de vehículos y los de los humanos por el otro. En ese momento, tan solo algunas aves y el leve rumor de las olas del Mediterráneo sonaban como melodía de fondo en la zona norte de La Manga.

Trató de pensar, de entender qué estaba pasando. Se veía envuelto en algo que era incapaz de ponerle nombre. Estaba acostumbrado a los golpes y peleas, pero un castigo tan severo como el que acababa de recibir, con amenaza de muerte incluida, era demasiado. Estaba inmerso en algo que había dado un giro inesperado y era momento de perder unos minutos para analizar la nueva situación.

Todo el mundo a su alrededor tenía claro lo que debía hacer. Únicamente era él quien parecía oponerse a lo lógico. Su encabezonamiento en no seguir los consejos de superiores y gente de alrededor podría acarrearle un severo disgusto. En su mano estaba evitarlo.

Por otro lado, la amenaza de muerte no solo se centraba en él, también lo hacía en Ana. Al menos le quedó claro que era su compañero quien seguía en el hospital y ella era la que estaba bien. Se veía obligado a ir a buscarla a su hotel y convencerla para que abandonase y se olvidase de todo. Pero esa estúpida engreída que le había insultado a él y a María era ya mayorcita para solucionar sus propios problemas. Su último intento de ayudarla en el Playa Chica, ante las amenazas del tipo del traje, había acabado con una nueva discusión y visita al cuartel de la Guardia Civil.

Estaba harto. Había jurado no mover un dedo por ella y decidió no hacerlo. Cada cual debía solucionar sus problemas. Quizás un castigo como el que él había recibido no la vendría mal. ‹‹Que se joda››, pensó, ‹‹que llame a sus amigos de verde si quiere seguir viva››.

* * *

El desenlace
Algún lugar no determinado. Año 220 a.C.

Su cuerpo se balanceaba suavemente. Se sentía como si alguien la hubiese colgado de una rama de un árbol y se meciese al ritmo del viento. Le dolía enormemente la cabeza y antes de abrir los ojos, el vaivén de su cuerpo y el olor a pescado la hizo vomitar por tercera vez.

Con el segundo intento de levantar los párpados consiguió hacerlo. Poco a poco fue acostumbrándose a la escasa claridad que le ofrecía una rejilla cuadriculada por la que se filtraban los rayos de sol y el aire puro que apenas llegaba a sus pulmones.

Frente a ella distinguió cajas y bultos, redes, aparejos y al fondo, las sombras de unas decenas de ánforas tumbadas en lo que

intuyó que sería el interior de uno de esos barcos que había visto en el puerto.

Trató de incorporarse, pero el fuerte golpe de la cabeza la lastraba en su intento y unos grilletes de hierro, que encadenaban sus tobillos, no le permitieron moverse con libertad. Por encima de ella oía las pisadas sobre la cubierta de madera y voces en un lenguaje extraño que no entendía. Comenzó a ponerse nerviosa. Estaba prisionera y quizás navegaba más allá del mar de dónde esos bárbaros provenían. Le angustiaba la idea de ser vendida como esclava o pasar a formar parte de la diversión sexual de aquella tripulación en su viaje. Instintivamente revisó su cuerpo, tocando y buscando heridas entre sus muslos para saber si había sido ultrajada. No notó nada raro. De momento no parecía que lo hubiesen conseguido.

Buscó con ahínco algo alrededor que le permitiera soltarse, pero no encontró nada. La única posibilidad que encontró era que, si querían abusar de ella, tendrían que soltarle la cadena de los pies, ya que los tenía atados demasiado juntos y no le permitiría abrir las piernas. De ese modo, se aferró a esa única oportunidad, pensando en cómo la soltarían, cuántos la sujetarían y en cómo hacerse con algún arma de sus captores por sorpresa durante el forcejeo.

Su único problema era la distancia a la costa. Cuanto más tiempo transcurriese, más lejos estaría para volver a nado. En el supuesto de llevar tiempo navegando, entendió que su suerte ya estaba echada y que en su muerte debería tratar de llevarse consigo el mayor número de enemigos posibles.

En las siguientes horas abandonó toda esperanza de volver con vida a Cástulo.

Tenía los ojos cerrados cuando se abrió la trampilla por la que entraba la luz y bajaron tres soldados o marineros. Reconoció los ropajes del grupo de la emboscada que le hicieron en Qart Hadasht. Buscó con nerviosismo espadas o cuchillos al cinto que pudiera arrebatar con facilidad. Suplicó a Betatun y al resto de dioses que le concedieran esta vez el favor de matar al menos a uno. Los dos primeros hombres se abrieron, uno a cada lado, al llegar cerca de ella y eso le permitió ver al tercero.

Su cuerpo se tensó y su corazón se aceleró. Serbal sonreía maliciosamente mientras se acercaba. Dayra trató de golpearle con las manos, pero los otros dos la sujetaron. El enorme cartaginés se acercó a un palmo de ella y le dijo:

—¿Te das cuenta de que esto lo podías haber evitado desde el principio? —Le levantó la cara para obligarla a mirarle—. Ahora voy a disfrutar igualmente de ti, como debería haberlo hecho hace tiempo. La única diferencia es que después de mí, pasarán uno por uno todos los tripulantes de este barco. Y son más de una veintena.

Dayra trató de soltarse al notar las manazas de Serbal sobre sus pechos. El púnico soltó una carcajada antes de golpearle con fuerza en la cara.

—¡Soltadla! —ordenó—. Lo haremos arriba, delante de todos, para que sus gritos se escuchen en su aldea.

Él se dirigió a la trampilla para subir a la cubierta, pero antes de hacerlo le dijo:

—Encomiéndate a tus dioses y si te tienen estima, que te permitan morir lo más rápido posible, antes de que el último hombre de este barco disfrute de ti, porque si no, es posible que hagamos una nueva ronda.

Dayra trató de soltarse y forcejear con quienes trataban de desencadenarla entre risas y algún que otro golpe. Comenzó a suplicarles en su lengua oretana, llorando, mientras sus ojos no perdían de vista la espada corta de uno de ellos.

La subieron por la trampilla y al salir a la cubierta, la intensidad del sol la cegó y le hizo cerrar los ojos por un momento. Al abrirlos, volvió a localizar la espada en el cinturón del que la agarraba por su derecha y decidió que era el momento. Comenzó a patalear y provocó que la soltasen de las manos, dejándola caer al suelo mientras trataban de sujetar unas piernas que coceaban y golpeaban desesperadas.

Uno de los cartagineses no entendió qué ocurría cuando sintió que su espada salía del cinto e instantes después se clavaba en su abdomen. Su compañero tardó en reaccionar, pero un fuerte tajo abrió sus carnes a la altura del pecho, haciéndole caer hacia atrás.

Betatun se lo había concedido. Al menos uno había caído. Ya podía morir en paz con sus dioses. Los ruidos metálicos de las vainas comenzaron a sonar a su alrededor.

—¡Quietos! —oyó gritar a Serbal—. Que nadie la toque. La quiero viva.

La tripulación comenzó a abrirse, dando algunos pasos hacia atrás hasta los laterales del barco y provocando un espacioso hueco en la cubierta de proa. Frente a ella, Serbal caminaba lentamente, ajustando de nuevo sus cinturones y ropajes y acercándose cada vez más.

Dos motivos de alegría y esperanza la invadieron. Al herir al segundo cartaginés se le había caído el cuchillo y ella, al verlo dos pasos detrás de sí, se agachó a recogerlo. Enseguida lo reconoció. Era suyo. Posiblemente se lo quitó la noche en que la secuestraron. Fue un regalo que le hizo su padre Dalko cuando era niña. Con ese puñal aprendió a cazar y luchar junto a él y junto a su tío Bodilkas, en las sierras oretanas. Desde aquel día nunca se separó de él, ni cuando tuvo que sustituirle como arma principal por una espada.

El segundo motivo de esperanza fue asomarse por la borda y darse cuenta de que estaban en un pequeño mar que había junto a Qart Hadasht. Reconoció la montaña puntiaguda del litoral, las islas más grandes hacia el sur y la lengua de tierra a su derecha. Ella pensó que navegarían por el que los romanos llamaban Mare Nostrum en dirección a la capital de su imperio, Cartago. Pero no. Estaban tan cerca de Qart Hadasht y de su Cástulo natal, que albergó cierta esperanza de salvación.

Por si fuera poca su dicha, allí, en el norte del pequeño mar, se levantaban semi sumergidas unas construcciones hechas para extraer la sal del agua. El barco estaba dentro de esas pequeñas lagunas cercadas. Por lo que escapar a nado, podría ser factible.

Serbal seguía avanzando hacia ella, relamiéndose, disfrutando el momento. Era probable que ya diese por hecho tenerla tumbada sobre la cubierta de madera con él encima.

A su espalda quedaban dos cartagineses y por el rabillo del ojo vio que no estaban en guardia. La cercanía de Serbal los debía haber relajado. No lo pensó dos veces, saltó hacia atrás con la fiereza de

una gata salvaje, hiriendo con el cuchillo a uno de ellos y lanzando hasta tres golpes de rabia con la espada sobre el otro, de los cuales solo fue capaz de parar dos. El tercero alcanzó su cuello, cortando todo lo que encontró a su paso y provocando que la sangre enemiga la salpicase.

No llegó a lanzar un cuarto golpe. Al notar el gruñido de Serbal, se dio media vuelta y le encaró. El púnico trató de agarrarla, pero un movimiento rápido con el pequeño cuchillo arañó el pecho y el brazo del enorme cartaginés.

—Maldita zorra —masculló.

Se miraban y se estudiaban. Giraban con lentitud, moviendo los pies con pasos muy cortos, sin perder la distancia que los separaba, como si ejecutaran un baile ensayado. Serbal no la atacaba, pero trataba de aproximarse más a ella haciéndola retroceder. Cuando se dio cuenta de que, a unos pasos a su espalda, el resto de la tripulación se acercaba con sigilo para agarrarla, lanzó un fuerte ataque contra el púnico.

Su espada caía con fuerza desde distintos ángulos, haciendo que Serbal se tuviese que aplicar en defensa, parando con su espada púnica y un escudo que le lanzaron, el castigo de hierro que Dayra le proporcionaba. Pero no consiguió herirle, tan solo situarse en una posición ventajosa sin nadie a la espalda.

Trató de recuperar fuerzas bajando los brazos. El tiempo que había permanecido encadenada sin andar y los pequeños cortes que recibió la noche anterior comenzaban a pasarle factura. No pudo descansar mucho tiempo porque Serbal atacó esta vez golpeando con dureza.

Lanzó golpes de arriba abajo aprovechando su envergadura, descargando con fuerza su espada contra una Dayra que, al no tener escudo, esquivaba y paraba como podía con sus pequeñas armas el ataque de aquella bestia.

Tuvo que abandonar la guardia y dar un salto hacia atrás para alejarse. Era mucha la fuerza con la que combatía el cartaginés y el ataque se saldó con un corte a la altura del hombro que sangraba abundantemente, otro en el brazo derecho y uno más en el muslo que la hizo cojear.

Dayra se rehízo. Ella no había sido entrenada para rendirse. No podía. Lo juró ante los dioses en su ceremonia de iniciación: si debía morir en combate, lo haría luchando, nunca huyendo y nunca se quitaría la vida, ni se rendiría. La pena por no cumplirlo sería vagar por el mundo de los vivos y no viajar a la morada de los dioses, hasta no cumplir el juramento.

Tocó con la mano izquierda la estatuilla de Betatun que llevaba atada al cinto y cuando creyó tener fuerzas suficientes, saltó sobre su rival descargando toda la furia, hierro y odio que tenía acumulados.

Lo que vino a continuación fue el más brutal intercambio de ira y golpes que jamás habían presenciado unos marineros, que dando un paso atrás no daban crédito a lo que veían. Las heridas afloraban, la sangre púnica se mezclaba con la oretana y los golpes se cebaban con uno y otro cuerpo. Serbal ya no la quería viva, quería destrozarla.

Tras unos intensos instantes, ambos cayeron al suelo de rodillas, odiándose mutuamente y siendo conscientes de que aquella lucha solo acabaría con la muerte de alguno de ellos.

Serbal se levantó agarrando su espada con las dos manos sobre su cabeza, dejando en el suelo un escudo que apenas podía sujetar, buscando asestar el último golpe sobre ella. Dayra se elevó como un resorte al verlo, con su espada en alto tratando de parar el fatídico final, pero con la inteligencia aplicada en su mano izquierda, que avanzaba veloz con el puñal buscando el vientre del cartaginés.

Y lo encontró.

Serbal lanzó un alarido de rabia y dolor. La espada cayó hacia su espalda y su pecho fue abierto por la de una Dayra que empleaba las escasas fuerzas que le quedaban en rajar y atravesar el maldito cuerpo de su enemigo.

La tripulación gritó incrédula por lo que habían visto. Esa salvaje, había matado al capitán de la guardia personal del todopoderoso Aníbal Barca. Poco a poco, comenzaron a avanzar hacia ella y a estrechar el cerco con sus armas en alto.

La oretana retrocedió como pudo. Apenas podía caminar y sus heridas sangraban abundantemente, debilitándola a cada paso que

daba.

—Ha matado a Serbal. Esa bárbara salvaje ha matado al capitán —comenzaron a gritar mientras se acercaban cada vez más—. Que sufra y lo pague.

Dayra apenas podía andar. Ya estaba en la proa y no podía retroceder más. Su espada estaba clavada en el pecho de Serbal y solo disponía de su cuchillo para defenderse de la veintena de cartagineses, que estaban ya unos pasos. Tirarse al agua y escapar tampoco era una opción. Apenas sabía nadar y no tendría fuerzas ni para mantenerse a flote.

—¡Maldita perra bastarda! —gritó un Serbal apoyado en el costado del barco que escupía sangre y espuma por la boca—. Juro ante Baal, Tanit y Melkart, que no abandonaré este mundo hasta no vengarme. Te haré sufrir a ti y a tu familia. Nunca volveréis a descansar hasta que lo cumpla. ¡Lo juro ante los dioses!

Fueron sus últimas palabras. Su cuerpo resbaló hacia el suelo y quedó doblado y atravesado por la espada oretana, bajo un charco de sangre.

—¡Matadla! —gritó la tripulación.

Dayra apenas podía moverse. Miró a Serbal, a la tripulación que avanzaba hacia ella y al poblado salinero de ese pequeño mar encerrado en aquella lengua de tierra. Cogió la estatuilla de Betatun con su mano izquierda y le habló:

—Lo siento, Betatun, pero sabes que debo hacerlo.

Volvió a mirar a Serbal, inerte, chorreando sangre y en ese momento su mano derecha hundió con fuerza el puñal sobre su propio vientre.

Con los ojos fijos en el pequeño mar y la vida escapándose por sus heridas, cayó hacia el agua, hundiéndose y bajando hasta el fondo con el puñal que le dio su padre y la estatuilla de Betatun que le regaló su tío Bodilkas, hasta quedar acostada sobre un lecho de algas que rápidamente la envolvió.

* * *

El mensaje

Subió los escalones de la entrada del Hotel Las Gaviotas de dos en dos. No recordó la paliza que había recibido a mediodía hasta que no llegó al último. Se detuvo unos segundos al llegar arriba, doblado sobre su cintura, haciendo inventario de todos los puntos de su cuerpo en los que creía tener algo roto o dañado.

Llegaba algunos minutos tarde. Había dejado un mensaje en el hotel por teléfono para hacérselo llegar a Ana: «Te espero a las ocho en el bar del hotel. Hay problemas graves en el trabajo. Es muy importante. Marcos». No sabía si se lo habrían hecho llegar o no, pero en caso negativo o de no haber estado en toda la tarde allí, la esperaría hasta verla entrar.

No hizo falta. Al llegar a la cafetería, Ana le esperaba sentada en una mesa apartada tomando un zumo de frutas. Frente a ella había una butaca individual vacía. Ella estaba sentada en un sillón de dos plazas, ocupando la de al lado con su bolso, una chaqueta y una carpeta con papeles para que Marcos no se sentara allí. Al verle llegar, le señaló la butaca.

—¿Cómo estás? —preguntó a modo de saludo.

—Ha sido un buen intento, pero fallido. Sigo viva.

—Yo no he sido.

—Eso dicen.

—Ayer estuve con tus amigos de la Guardia Civil. Me robaron el coche y quien fuese provocó el accidente. Ellos te lo pueden confirmar.

—Lo hicieron, pero ya no me fío de nadie.

—¿Cómo está tu compañero?

—¿Pedro? Jodido y mal, pero saldrá de esta.

—Me alegro.

—Oye —le interrumpió—, no tengo toda la noche. Querías contarme algo de un problema en el trabajo, ¿no? Suéltalo y vete.

Marcos se armó de paciencia antes de hablar.

—Nuestros trabajos están relacionados. Hay algo que los une, pero todavía no sé bien qué es. Pero ese no es el problema. He dado palos de ciego hasta hoy. La verdad es otra.

—¿Cuál? —dijo Ana mostrando cierto interés en lo que oía.

—Lo de siempre. Los sucios intereses de unos pocos con tanto poder como dinero. No nos quieren aquí, nos quieren fuera.

—Tú lo has dicho. Eso es lo de siempre y hasta ahora nunca me he rendido. ¿Por qué dices que nuestros trabajos están relacionados?

—Lo están. Aún no he conseguido descifrar por qué, pero lo están. Son contemporáneos y hay algo raro que los envuelve, pero por más vueltas que le doy no lo veo.

—Pero vosotros llegasteis primero, nosotros después. A vosotros os llamaron de la Universidad. A nosotros fue la Guardia Civil. Pueden ser de la misma época, por supuesto, pero..., ¿a qué más te refieres con estar relacionados?

—Son trabajos independientes, de eso no hay duda, pero detrás de los dos existe un nexo entre ellos. También tengo claro que detrás de ambos están los mismos intereses.

—El tío trajeado del Playa Chica.

—Sí. Además, ¿no te parece raro que nos escogiesen a dos arqueólogos con ciertos problemas en sus vidas?

—Habla por ti.

—Vale, de acuerdo, ¿no había en toda la universidad otra persona a la que mandar en tu lugar? —Ana callaba. Su silencio le daba la razón—. Eligieron a dos personas maleables, con ganas de hacerlo bien para caer en gracia a sus jefes y que volviesen a contar con ellas.

—Pues han pinchado en hueso, porque yo voy a continuar —contestó airada.

—No, tú vas a emitir el informe que quieren y te vas a ir de aquí.

—Los cojones. Soy una profesional y estoy orgullosa de serlo. Nadie de fuera me va a decir lo que tengo que hacer. Además, se lo debo a Pedro.

Marcos inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco.

—Ayer en el cuartel del Cabo de Palos, oí decir a los guardias civiles que había aparecido un nuevo cadáver, el amigo del trabajador de tu obra y enlace con el traficante de arte. Ya son tres los muertos por este asunto. Tres. Y hoy, al llegar a casa al mediodía, me han asaltado seis matones y me han dado una paliza

bestial. No han querido matarme para que viniera aquí a darte este mensaje: abandona todo y vete. De lo contrario, la siguiente serás tú. Van a ir a por ti y van a hacerte mucho daño.

—Ya lo han intentado con el coche y no han podido. No pienso abandonar, voy a terminar lo que he venido a hacer —dijo con decisión, pero temblándole la voz por la noticia de una nueva muerte.

—Mira, yo solo he venido a avisarte de lo que te puede pasar. Yo voy a recoger todo y marcharme. Tú, haz lo que quieras.

—Ya, tú lo que quieres es que me vaya y quedarte tú solo. ¿Acaso hay algo importante que descubrir o algo de gloria que ganar y no quieres que yo lo consiga por delante de ti? Es eso, ¿verdad? ¿Te jode que te demuestre que soy mejor que tú? ¿Qué tú me has estado jodiendo la vida, impidiéndome entrar en grandes proyectos, aunque sabías que lo merecía, solo porque estabas dolido por haberte dejado?

—Eres una gilipollas. Te han amenazado de muerte. Cuando te estén torturando no hace falta que grites muy alto. No te ayudaré. Te lo dije hace poco y te lo repito: no pienso mover ni un dedo por ti. Ya puedes suplicar e implorar que me alegraré de lo que te estén haciendo.

Marcos se levantó y salió sin despedirse. No debería haber venido. Por la tarde decidió no hacerlo, pero algo a última hora le hizo cambiar de opinión y presentarse en el hotel. No había sido buena idea. Por otro lado, se alegraba. Ahora, ocurriese lo que le ocurriese a Ana, él tendría siempre la conciencia tranquila por haberla intentado convencer hasta el último instante.

15
Sorpresa en el Mar Thalassa

La recogida del material

—Ve subiendo las defensas.

—Voy —gritó María desde la cubierta.

Marcos miraba el empeño de la joven en subir los protectores de los costados del casco frente a los golpes contra muelles u otras embarcaciones. Con los que tenían forma alargada y redonda no tuvo demasiados problemas, pero con los más grandes y esféricos sí. Uno a uno los fue depositando sobre la cubierta mientras él patroneaba la nave sacándola del puerto al canal, y girando al final de este en la boya verde rumbo hacia Veneziola.

El agua estaba clara, transparente y el día despejado. El último parte meteorológico que consultó arrojaba muy buenas previsiones para la navegación.

El día anterior, después de salir del hotel, tras verse con Ana en la cafetería, llegó a su casa y aparcó frente a ella, pero decidió dar un paseo por la barriada para despejarse. La entrega de su coche `por parte de la Guardia Civil se estaba demorando y optó por alquilar uno para poder moverse. Coincidió con María en el paseo marítimo de la urbanización de Las Aldeas de Taray. Le recordó que habían quedado en que le acompañaría durante la mañana en el barco y le ayudaría a recoger el material que habían dejado en el fondo unos días atrás. Él podría hacerlo solo, pero le venía muy bien alguien en cubierta para tardar menos tiempo en hacerlo. La chica accedió encantada y ahora, desde los ventanales de la cabina del puente de mando, la veía evolucionar con unos pantalones vaqueros muy cortos y ajustados y un top blanco a juego con las zapatillas

deportivas que se había traído. Durante unos instantes no pudo apartar la mirada de esas curvas que rozaban la perfección y que saltaban de una defensa a otra, como si ejecutase una coreografía ensayada.

La suave brisa de levante acariciaba el costado de la nave, mientras esta surcaba el agua tranquila de la mayor laguna salada de Europa. A su derecha, iba dejando una a una casas, urbanizaciones y pequeñas barcas que se mecían al paso de su estela. Mantenía un rumbo paralelo a la línea de boyas amarillas que delimitaban la zona de baño de las playas.

A la altura del restaurante La Escuela de Pieter fue aminorando la marcha. Mientras, fue preparando la maniobra para fondear en el lugar en que lo hicieron el primer día y bajo el cual estaba todo el material que debían recuperar.

María miraba nerviosa desde la proa. Parecía recorrer ansiosa el fondo y la playa de Veneziola. Marcos entendió esa excitación por la tarea que le había encomendado momentos antes. Le había pedido que se encargase del manejo de la grúa, con un muy breve cursillo de funcionamiento, que les permitiría izar el material hasta subir él a la cubierta y encargarse de terminar de depositar las cajas recuperadas sobre esta.

Procedió a la maniobra de fondeo, buscando situarse sobre el material a recuperar, soltando el ancla, recuperando parte de la cadena y parando motores. Los siguientes minutos los dedicó a comprobar el equipo de buceo y ponerse el traje de neopreno.

—¿Ves este cabo? —María asintió callada—. Yo meteré las cajas en la red en el fondo. Cuando tire tres veces de él, aprietas este botón para elevar el material hasta que lo veas aparecer en la superficie. Luego lo paras. Cuando llegue yo arriba, ya me encargo de terminar de subirlo y depositarlo sobre la cubierta. ¿Estamos?

María seguía mirando obsesivamente al fondo y a la playa y parecía no haberle hecho caso.

—¡Eh, cojones! No tenemos todo el día —gritó Marcos, sacando a relucir su vena más marinera—. ¿Has entendido lo que te he dicho? —Esperó a que la chica volviese a asentir de nuevo—. Pues

céntrate, que pareces dispersa. Un accidente manejando este trasto puede ser fatal.

Se sumergió en el agua y comprobó que la cadena de la grúa había caído a tan solo un par de metros de distancia. Eso balancearía un poco la carga en el momento de elevarla y el barco cabecearía suavemente.

Tardó unos veinte minutos en recoger todo el material desperdigado y colocarlo sobre la red. La enganchó en la cadena de la grúa y tiró tres veces del cabo para avisar. Enseguida la carga fue elevándose y él comprobó que ninguna caja pudiera caerse.

La lenta marcha de la carga pareció interrumpirse en su recorrido hacia la superficie. Esperó un poco, pero al no haber más movimiento tiró de nuevo tres veces del cabo.

‹‹Esta chica no sé en qué estará pensando. Le dije que lo subiera hasta la superficie. No ha debido hacerme ni caso. Estaba más pendiente de mirar al agua y a la playa que a mí. Aunque parecía nerviosa, a ver si se ha mareado o se encuentra mal››.

Subió hasta el costado del barco, del que colgaba una escalerilla, para terminar la maniobra. Se quitó las aletas y ascendió hasta saltar a cubierta. Hizo lo mismo con la botella y las gafas. Miró hacia la grúa, pero allí no había nadie.

—María, ¿dónde cojo...? —Un fuerte golpe en la espalda le impidió terminar la frase y le hizo caer hacia adelante.

—¡Marcos, cuidado! —oyó detrás de él.

Pudo girar la cabeza a tiempo para ver cómo la punta metálica de un bichero se acercaba hasta su cara. Consiguió retirarla a tiempo y sentir un arañazo junto a la oreja. María saltó desde atrás con sus dos pies por delante, pateando la espalda de la inmensa mole de carne que atacaba, haciéndola perder el equilibrio y pasando por encima de él. Enseguida reconoció al personaje del día anterior, vestido con la túnica y el peto de cuero negro y aullando palabras raras en esa extraña lengua.

—¡Pero qué cojo…! —De nuevo, un bichero iba a alcanzar su cara cuando otro se interpuso en su camino. María había parado el golpe con el suyo.

—Cuidado, Marcos, es Serbal.

—¿Serbal?

El enorme púnico atacó de nuevo a María, que paró el golpe, y acto seguido contra Marcos, que se agachó haciendo que el bichero se estrellara contra la pared de la cabina, mientras él rodaba por el suelo y buscaba algo con lo que defenderse. Encontró uno de los remos de la barca auxiliar que usaban para los desplazamientos desde el barco. Se levantó con él en la mano y se dirigió a la mole cartaginesa enrabietado.

María luchaba con un puñal en la mano y un bichero en la otra a modos de jabalina. Serbal tenía otro y un arma algo más parecido a una espada. Él se acercó, sin pensar mucho en su inferioridad, a derribar a palos a esa bestia.

El cartaginés paraba y lanzaba golpes a uno y otro lado. María los repelía y atacaba con los suyos. Marcos se dio cuenta rápidamente de que él no sabía luchar así. No era lo que estaba acostumbrado y al recibir dos impactos en el costado decidió buscar otra arma. La encontró. Detrás del púnico estaba la caja metálica que guardaba la pistola de señales de emergencia. Solo tenía que rodearle y cogerla.

Marcos lanzó su ataque con el remo de la zodiac, usando sus dos manos y descargando con toda su fuerza la madera sobre Serbal.

Este, sorprendido, trató de defenderse mientras María saltaba hacia él por el otro lado, buscando cogerle desprevenido. El cartaginés se volvió contra ella y la repelió lanzándola hacia un lado. Marcos aprovechó para golpearle dos veces hasta que su rival le encaró y con un par de golpes en la boca del estómago, le hizo caer hacia atrás. Su espalda impactó con la borda del barco, mientras trataba de introducir desesperadamente aire en sus pulmones. Los ojos se le nublaron y apenas distinguía lo que tenía delante de él. Veía sombras borrosas.

Lo siguientes minutos los pasó sin poder moverse apenas, recuperando la vista y el resuello con lentitud y observando la salvaje pelea entre María y Serbal, en la que se golpeaban con furia y odio y se decían cosas que él no conseguía entender. Logró

ponerse de pie, pero se sentía incapaz de blandir algo entre sus manos.

Tras una fuerte patada, Serbal lanzó a María hacia atrás, mientras reía a carcajadas viendo su victoria cercana. La joven se puso de nuevo en pie, orgullosa, acarició la estatuilla que él había encontrado en el fondo del mar y saltó sobre el cartaginés aullando como si estuviese poseída. Atacó con su bichero el cuello de su rival obligándole a levantar la guardia para defenderse. En ese momento alargó su mano izquierda, que sostenía un puñal que buscaba carne enemiga y la encontró.

El pinchazo sorprendió a un Serbal que, incrédulo, bajó la guardia, permitiendo que el bichero de María rasgase su cuello arrebatándole la cadena con el colmillo y el orgullo al verse vencido.

—¡Vuelve a tu fosa! —le gritó María en un castellano que Marcos sí entendió.

Había presenciado atónito el desenlace de la pelea, viendo como un titubeante Serbal daba pasos trastabillados hacia la proa del barco, tratando de contener las hemorragias del estómago y cuello con sus manos.

El enorme guerrero cayó de espaldas al agua gritando algo en aquel idioma que él no llegaba a entender.

María se asomó a la borda para ver cómo se hundía y hasta que no llego al fondo, no soltó las armas, comprobando como sus manos temblaban por la tensión. Marcos se acercó a ella dando pasos cortos, agarrándose a la estructura del barco para no desplomarse, dolorido por los golpes recibidos momentos antes, en la paliza del día anterior y durante los últimos años de su vida.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó.

—Lo que tenía que suceder.

—¿Qué? María, has matado a un hombre. ¡Joder! ¡Joder! —Hizo una pausa tratando de pensar—. Dime quién cojones era ese y no me toques los huevos con que es un fantasma de hace dos mil años.

—Marcos, debes olvidar lo que has visto. Es mejor para ti.

—¡Y una mierda! —gritó mientras bajaba la mirada al suelo y vio el puñal de María ensangrentado. Lo cogió y con un movimiento rápido se lo puso a ella en el cuello—. ¿Dime quién coño eres?

—Me llamo Dayra y…

—No, no, no —apretó un poco más el cuchillo sobre la yugular—. No me toques las pelotas, que no estoy de humor.

—Tú no puedes matarme —dijo sin inmutarse y mirándole fijamente a los ojos.

—¿Qué… qué has dicho?

—Inténtalo si quieres, pero tú no puedes matarme.

Marcos dio unos pasos hacia atrás. Y agarró con fuerza el puñal de un modo amenazante. Tardó unos instantes en hablar. Mientras, su mente giraba a un ritmo vertiginoso, buscando respuestas que no tenía.

—Llevo unas semanas en las que todo el mundo me golpea o me quiere matar —dijo sorprendentemente tranquilo—. No me digas lo que me conviene o no, o lo que puedo hacer o no. Comienza a largar.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Quiero saber por qué ese animal habla ese idioma extraño y por qué va vestido así, como un guerrero; por qué tú hablas la misma lengua y, sin embargo, vistes normal; dime si eres o no una gata en tus ratos libres y lo más importante, vas a contarlo de una manera que hasta un idiota como yo pueda entenderlo.

—Me llamo Dayra y nací en Cástulo. Soy oretana…

—Ya estamos —interrumpió Marcos negando con la cabeza.

—¿Ves? Es mejor que no sepas nada.

—Vale, bien —hizo una pausa—. Voy a ser bueno y te voy a dejar que lo expliques todo.

—Mi tío Bodilkas salvó la vida al rey Mucro en una batalla. En agradecimiento, por esa y otras veces en las que hizo lo mismo, le nombró jefe de su guardia personal y el encargado de entrenar a los jóvenes de Cástulo que se iniciaban como guerreros.

—Sigue —le pidió sin bajar el puñal que la apuntaba.

—En mi tiempo las mujeres no podían ser guerreras, pero el rey Mucro permitió que mi tío Bodilkas entrenara a cuatro chicas jóvenes para ser la escolta personal de su hija, la princesa Imilce.

Marcos levantó la vista y vio como María acariciaba la cadena con ese nombre que llevaba.

—Acompañamos a la princesa a Qart Hadasht donde tuvo lugar su boda con el general Aníbal Barca. Desde que salimos de Cástulo, el capitán de su guardia personal, Serbal, se encaprichó de mí y quiso a toda costa poseerme. Tuvimos varias peleas con armas y nunca lo consiguió. A mí me gustaba ir por las tardes a las tabernas del puerto para ver llegar los barcos de todos los rincones del mundo. Una noche, al volver al palacio, ocho hombres me atacaron y me apresaron. Me llevaron encadenada a uno de los barcos por orden de Serbal. Este había salido con Aníbal y parte del ejército hacia Edeta. Yo me confié por su ausencia. Cuando las tropas cartaginesas regresaron, Serbal fue a buscarme al barco que estaba esperándole justo aquí, para violarme.

—¿Aquí donde estamos fondeados ahora?

—Justo aquí —confirmó—. Conseguí liberarme y luchar con la tripulación. Serbal quiso enfrentarse él solo a mí y los apartó a todos. Peleamos y conseguí herirle de muerte. La tripulación vino a por mí para vengarle.

Marcos miraba distraído a la playa y hacia el fondo del mar, tratando de imaginarse la escena que estaba oyendo.

—Los guerreros de Cástulo hacen un juramento a los dioses. Debemos morir en batalla o de muerte natural o por enfermedad, pero nunca debemos rendirnos ni quitarnos la vida, ya que sería un desagravio para con ellos. No respetar el juramento significa que nunca podríamos entrar en su morada y quedaríamos vagando en el mundo de los vivos eternamente. —Tomó un poco de aire, escrutando el rostro de Marcos—. Yo ya había herido a Serbal y se estaba desangrando. Solo me quedaba esperar que alguno de los marinos me matase en combate. Yo ya estaba sentenciada. Eran muchos y yo me sentía muy débil. Entonces ocurrió aquello.

—¿El qué? —preguntó Marcos al ver que callaba.

—Serbal lanzó una maldición. Juró ante sus dioses que no abandonaría el mundo de los vivos hasta vengarse de mí y hacer sufrir a mi familia. Acto seguido murió. Entonces me vi obligada a tomar una decisión.

—¿Cuál? —preguntó Marcos con impaciencia.

—Pedí perdón a mi diosa protectora, Betatun y me quité la vida.

—¿Por qué?

—Porque así faltaría a mi juramento de guerrera y me quedaría en el mundo de los vivos controlando a Serbal y cuidando a mi familia.

Marcos daba pasos nerviosos hacia un lado y hacia otro, rascándose la cabeza sin saber muy bien qué decir.

—Te quitaste la vida y…

—Ahí, justo ahí, en el lugar donde encontraste el puñal y la estatuilla de Betatun.

—¿Y Serbal?

—Le llevaron a tierra y lo enterraron justo donde están haciendo la obra del chalé.

—¿Y lo de los gatos?

—Eso no puedo explicártelo. Solo sé que he vivido desde entonces con forma de gato. He visto pasar por aquí cartagineses, griegos, romanos, visigodos, musulmanes, cristianos, piratas berberiscos y gente de tu época.

—¿Y por qué ahora tienes cuerpo de mujer?

—Cuando Serbal se despierta, lo hace en forma de gato y luego recupera su aspecto normal. Yo recupero el mío cuando él está a punto de despertar. No sé, no lo controlo, yo no decido cuándo soy una cosa u otra. Por eso me has visto con los dos cuerpos.

—Has dicho cuando se despierta, pero tú siempre lo estás, ¿no? —preguntó Marcos, extrañado.

—Él solo se despierta cuando alguien desentierra sus restos o nuestros objetos personales. Ya sabes, obras públicas, alumbrado, canalizaciones, obras en un chalé... Esta es la cuarta vez que se despierta y la cuarta vez que le mato.

—Ahora entiendo por qué te odia tanto. Y así… ¿eternamente?

—Sí, eternamente. No encuentro la manera de entrar en la morada de los dioses.

—¿Y si te dejas matar por él?

—Antes me violaría y después me torturaría. No sé qué pasaría si me presento ante los dioses, habiéndome dejado ultrajar y matar voluntariamente. Quizás no me abriesen las puertas. De momento, hasta que encuentre una solución es mejor que nadie desentierre

nada, ni huesos, ni armas, ni estatuillas. Déjalo todo como está y vete. Olvida esta conversación y lo que hayan visto tus ojos.

—Te crees que es muy sencillo, ¿verdad? Te recuerdo que hace unos días estuviste en mi cama. Joder, me he acostado con un fantasma de más de dos mil años. ¿Con cuántos tíos has estado en todo este tiempo?

—Marcos —le recriminó.

—Vale, vale. Pero para mí esto es nuevo. Estoy por intentar ligarme a la chica de la curva, a ver si se me da igual de bien. Al fantasmita Casper no, que es menor.

—Haces bromas con un asunto que es serio.

—Está bien, lo dejo. Por cierto, ¿De dónde sale esa cadena con el nombre de Imilce? Que yo sepa, hace más de dos mil años, y hasta que no llegaron los romanos, no existía nuestro alfabeto.

—Sí, es verdad. La cadena es de tu época. La cogí de un puesto de recuerdos en una fiesta de cartagineses y romanos que hacéis cada año en vuestra Cartagena, en mi Qart Hadasht. La vi un año que fui allí para ver en qué se había convertido nuestra ciudad. Yo le hice un juramento a la princesa de que la protegería hasta su boda, y ella me regaló una cadena suya para que siempre la llevara y me acordara de mi promesa. Cuando me secuestraron me la robaron. Por eso al verla, decidí hacerme con ella y llevarla siempre en memoria suya. Para una gata no fue difícil saltar, cogerla y escapar.

—¿Te vas a quedar conmigo?

—No, yo no pertenezco a tu mundo. Además, vi cómo te miraba esa chica que me llamó puta y cómo la mirabas tú a ella. Sigues enamorado. Olvídate de mí y recupérala.

Marcos recordó la paliza y las amenazas de los hombres de Víctor y el peligro que corrían.

—Hay unos hombres que me quieren matar, ¿qué sabes de ellos?

—No sé nada, pertenecen a tu mundo. Los he visto, pero no sé quiénes son ni qué quieren. —María se quedó mirando al suelo durante unos instantes—. Ahora debo irme, no volverás a verme.

—Espera. Antes de que te vayas, ¿qué hay ahí abajo? —preguntó señalando al fondo del mar—. Vine a estudiar unas

líneas extrañas y no he visto nada.

—Lo que veis son unas antiguas estructuras que usaba el pueblo de Mastia para conseguir sal y hacer salazones. Eran construcciones de madera que delimitaban esta zona a modo de cercas. En la parte más próxima a la playa había chozas y chamizos también de madera, que utilizaban los pescadores para guardar sus cosas. Los barcos podían entrar hasta los embarcaderos que había junto a las casas. Antes de que llegaran los romanos, el fondo se hundió unos metros y las aguas y los sedimentos terminaron de cubrirlas. Los romanos nunca llegaron a verlas. Las algas, por algún motivo, crecieron con fuerza sobre los tablones cuando estos se descomponían, dando lugar a esas líneas que veis.

—La fuerza de la posidonia —pensó Marcos en voz alta. María tiró el puñal y la estatuilla de Betatun al agua.

—No —gritó Marcos.

—Ese es su sitio. Déjalos ahí y no provoquéis de nuevo la llegada de Serbal.

María y Marcos se miraron. Ya no tenían nada más que decirse. La joven levantó la mano y señaló a la espalda de él.

—Vienen hacia aquí.

Marcos se giró y vio dos motos de agua pilotadas por dos jóvenes que parecían divertirse echando carreras. Estaban demasiado cerca.

—¡Gilipollas! ¡Vais a chocar con nosotros!

Ambas motos giraron bruscamente y pasaron demasiado cerca de la popa del barco, haciéndole balancearse por las olas levantadas por ellas.

—Cabrones —les amenazó con la mano—. ¿Estás bien, María?

La buscó con la mirada, pero no la encontró. La llamó un par de veces más y tampoco lo consiguió. Buscó por la cubierta, por si se había escondido, y por el agua por si había caído por la borda. No vio ni rastro de ella. Simplemente había desaparecido.

Tardó veinte minutos en levantarse, tras pensar y darle vueltas a todo lo que le había ocurrido en esos días. Terminó de subir la carga con la grúa y la depositó sobre la cubierta. Hizo lo propio con el

ancla principal. Arrancó motores, levó la auxiliar y partió con rumbo sur hacia el puerto Tomás Maestre.

* * *

La libélula

—Así me gusta. Huye, cobarde.

Desde la playa de Veneziola, sentada en la arena, Ana seguía las evoluciones del barco de la subacuática, el cual arrancaba motores, levaba el ancla y partía en dirección al puerto Tomás Maestre. Se había descalzado, subido las perneras del pantalón hasta las rodillas y las mangas de la camiseta hasta los hombros para recibir más sol sobre su piel. Rápidamente notó su calor y una sensación placentera que permitió bajar algo el nivel de tensión acumulada en esos días.

Repasó mentalmente los últimos acontecimientos que le habían sucedido tanto en Murcia como en La Manga, desde la reunión con su jefe, Adrián, en la que le asignaron ese proyecto, el viaje con Pedro, la conversación con el sargento Hontoria y los agentes Domínguez y Losada. También recordó los primeros trabajos en la obra, las conversaciones con el encargado Luis Silva, las amenazas del hombre trajeado, la pelea con Marcos o el accidente.

En ese punto se acordó de Pedro y de cómo la ambulancia lo trasladaba al hospital, el baile de luces de los equipos de emergencias y la impresión de ver a su compañero tendido en una camilla de la UCI con tantos cables y tubos conectados como lágrimas soltó. Él quería irse cuando detectó el peligro y ella hizo lo posible por retenerlo. Pedro la recriminó haberse acostado con él con la única intención de que desistiera de su empeño en irse y ella fue incapaz de negárselo, entre otras cosas, porque no lo tenía claro. Ahora se sentía culpable.

Había tenido suerte, podría haber sido ella quien estuviese tumbada allí, en aquella sala aséptica del hospital en lugar de su compañero, pero salió ilesa con apenas algunos rasguños y heridas. Luego vino la conversación con Marcos, donde le insistía en abandonar todo e irse, pero no, ella no lo haría. Llegaría hasta el

final con todas sus consecuencias. Se lo debía a ella misma y sobre todo, a Pedro.

Marcos era un cobarde. Abandonaba. Ahí marchaba con su barco a esconderse a Cartagena. Ella no. Se había levantado pronto, desayunó fuerte y se armó de decisión y valor para presentarse de nuevo en la obra sin material ni herramientas, pero con una determinación ciega en finalizar lo que había empezado. Sabía que estaba amenazada de muerte, pero a plena luz del día y con una pareja de la Guardia Civil en la obra no tenía nada que temer. Llegó en taxi sobre las once y tenía grabada a fuego la conversación que tuvo con el encargado:

—Hola, Ana. No esperábamos verte por aquí —la saludó—. Creíamos que os habíais marchado el otro día por la tarde.

—Hola, Luis. Sí, pero hemos hecho un cambio de planes.

—¿Cómo está tu compañero?

—Bien. Está fuera de peligro y lo único es que tendrá que pasar una temporada en el hospital hasta que le den el alta.

—¿Alguna secuela importante?

—Sorprendentemente, no. Habrá cosas que no pueda hacer o comer, pero me han dicho que llevará una vida bastante parecida a la que llevaba hasta ahora.

—Me alegro. Algo nos habían adelantado ellos —dijo señalando a la pareja de la Guardia Civil que sustituía a Domínguez y Losada—. Por cierto, has dicho que habías cambiado de planes. ¿Qué vas a hacer si se puede saber?

Ana tomó aire y miró fijamente al encargado.

—Vamos a levantar esa piscina para ver lo que hay debajo.

—¿Cómo? No, eso no puede ser. Tenemos un compromiso de entrega en tiempo.

—Me importa una mierda tu tiempo. Vas a llamar a esa grúa que tenéis disponible y la quiero aquí antes de las cinco de la tarde. Voy a ver lo que hay debajo.

—No, no puedes. Además, estaba disponible el otro día, pero no sé si hoy lo estará.

—Mira, si tu grúa no está esta tarde aquí, se la pediré a la Guardia Civil para que ellos busquen una. Eso sí, ellos suelen tardar

bastante más tiempo que tú. Así que ya sabes: en cuanto me dé la vuelta llamas con el móvil a tu jefe y le dices que empiece a perder el culo y que la traiga él mismo si quiere.

—No puedes hacer eso.

—Sí, sí puedo. Y también puedo pedirle a la Guardia Civil que se persone aquí tu jefe para dar explicaciones de por qué no ha traído la grúa y así le conocemos.

El encargado miraba nervioso a su alrededor mientras pensaba. Tras un breve silencio, continuó.

—Si nos hacéis levantar la piscina y no encontráis nada, os podemos denunciar.

—Correcto, pero no a mí. A ellos —dijo señalando a la pareja de la Guardia Civil—. Te recuerdo que yo estoy aquí porque ellos nos han llamado. Yo no tomo ciertas decisiones.

—Esto no va a quedar así.

—Lo sé. Va a quedar con la piscina suspendida en alto para que pueda mirar qué hay debajo. —Comenzó a dar media vuelta para marcharse—. No es necesario que te vayas fuera para llamar a tu jefe, ya me voy yo a dar un paseo por la playa para que puedas hablar tranquilo. Tienes mi número de móvil. Cuando sepas a qué hora estará la grúa me llamas.

Ana salió de la obra dejando un encargado furioso, airado, sus trabajadores mirándole y ella con la sensación de estar devolviendo lo que les habían hecho unos días antes.

Caminó hasta la playa de Veneziola y se sentó allí, recibiendo el calor de un sol que la tranquilizaba. A lo lejos, mar adentro, el barco de la subacuática fondeaba frente a ella. Apenas podía distinguir quién estaba en cubierta, pero supuso que sería Marcos, quizás ayudado por algún compañero más de Cartagena. Cuando lo vio partir antes de la hora habitual, supo que el cobarde abandonaba y se iba como un perrito asustado a esconder la cabeza donde no se la vieran.

Acompañaba con la mirada el lento navegar de la embarcación. A su derecha, a lo lejos, algunas parejas extendían toallas y hamacas en la arena de la playa. A su izquierda, al fondo, un grupo numeroso de jubilados disfrutaba junto a la orilla. Alguno incluso

desafiaba la temperatura del agua, aún fría para la época del año en la que estaban.

Su móvil vibró furioso y vio en la pantalla iluminada el nombre y la foto de su madre. Llevaba varios días sin hablar con ella y descolgó buscando apresuradamente algunas excusas para justificarse.

—Hola. mamá.

—Hola. hija. Ya que no me llamas tú, lo hago yo para ver cómo te va todo.

—Bien, mamá, bien. He estado un poco liada, con mucho trabajo. Por eso no he podido llamarte estos días. Lo siento.

—Ya, siempre igual. El trabajo. Si no te deja vivir, búscate otra cosa y reordena tu vida. —Ana intuyó que comenzaba un nuevo capítulo de su relación madre-hija—. Espera, que te pongo en manos libres.

—Hola, Ana —escuchó una voz ronca.

—Hola, papá. ¿qué tal llevas esa vida tan ajetreada de jubilado?

—Bien, llena de emociones, ya sabes. Ayer gané a la petanca en el parque y me invitaron los perdedores al vino en el bar de Juan.

—Estupendo, ya te queda menos para ser olímpico. Me alegra que estéis tan distraídos y ocupados.

—Bueno, eso no es todo. Hace unos días recibimos una visita en casa.

—Ah, ¿sí? ¿Quién?

—No recuerdo el nombre, pero dijo que era amigo tuyo.

—¿Qué? —Algo en su mente le hizo ponerse en alerta. Exceptuando a Pedro, no tenía buenas relaciones con ningún compañero—. ¿No dijo su nombre? ¿Cómo era?

—Creo que era uno de tus jefes. Al menos por cómo iba vestido.

—¿Iba con ropa de trabajo, como la mía?

—No, no. Llevaba un traje oscuro. A lo mejor me sonaba de alguna fiesta de la universidad o algo de eso.

—Mamá, ¿cómo era? —Ana comenzó a ponerse nerviosa—. ¿Delgado, gordo, alto, bajo…?

—Ay, hija, no sé… Era alto y delgado, muy bien vestido y muy simpático.

—¿Y le dejasteis entrar en casa?

—Pues claro, no íbamos a dejarle en la escalera. Anda esta —intervino su padre.

—Papá. No podéis dejar pasar a cualquiera a casa si no le conocéis —elevó un poco el tono nerviosa—. ¿Y si fuese otra persona?

—Hija, no te alteres. Preguntó por ti. Estuvimos hablando un poco y te conocía. Le invitamos a tomar un café y mientras lo preparábamos, estuvo viendo las fotos tuyas del salón.

—Joder.

—¿Qué dices, Ana? No te escucho bien. Ah, además nos dio un recado para ti.

—¿Cuál?

—Nos dijo que ya llevabas mucho tiempo en La Manga y que debías volverte antes de que fuese tarde, que necesitaban que acabases ya lo que estabas haciendo. Supongo que te tendrán preparado más trabajo aquí.

—Oye, Ana —intervino su madre—. Es un hombre encantador, y debe estar muy bien colocado, por cómo viste. Ya sabes…

—Mamá, papá, escuchadme bien —hizo una pausa—. No volváis a abrir la puerta a nadie. ¿Entendido?

—Pero hija —respondió su padre—. ¿Qué nos va a pasar a nosotros? Todo el mundo sabe que los que vivimos en este barrio, poco tenemos que ocultar en nuestras casas. ¿Qué crees, que nos van a robar?

—¡Me importa una mierda! —gritó nerviosa.

Se hizo un silencio en la conversación. Sus labios temblaban y reconoció que se había excedido.

—Ana, ¿esa es forma de tratar a tus padres? ¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—No, no, todo bien. Estoy un poco agobiada por el trabajo y bueno… Perdón, no quería gritaros. Pero por favor, prometedme que no vais a volver a abrir la puerta a nadie que no conozcáis.

—¿Ni siquiera a un jefe o compañero tuyo?

—A nadie, papá. A nadie.

—Bueno no pasa nada. Si te quedas más tranquila, así lo haremos, aunque te recuerdo que ya somos mayorcitos para andar así.

—Lo sé, papá, pero os quiero mucho y me preocupo por vosotros. Dentro de poco estaré de nuevo allí.

—No importa, hija —intervino su madre—. Quédate allí el tiempo que necesites. Te prepararé un arroz como a ti te gusta para cuando vuelvas.

Al colgar, dedicó unos minutos a respirar profundamente inhalando mucho aire y soltándolo poco a poco, para tratar de calmarse y bajar las pulsaciones de su corazón. Se veía en medio de una encrucijada. Por su carácter, su testarudez y su orgullo, había decidido llegar hasta el final de lo que fuera, y no pensaba abandonar. Pero presentarse en su casa de esta manera era algo más que una amenaza. Era una prueba clara de que podrían hacer cualquier cosa. Ya lo habían hecho con Pedro. Ahora, con la visita a sus padres, le demostraban que no se detendrían ante nada ni nadie. Ella se sentía protegida con una pareja de la Guardia Civil en la obra, siempre cerca de ella, pero nunca se perdonaría que le pasase algo a sus padres por su culpa o su cabezonería. En este asunto, cuánto más próxima estaba a su final, más sentía que se le escapaba de las manos y se le descontrolaba todo.

El sol llevaba tiempo calentando y notó un calor especial en pies y brazos. Supuso que no le avisarían todavía de la llegada de la grúa, y tampoco le apetecía estar hablando con los agentes de la Guardia Civil. Tenía que hacer tiempo de alguna manera. Decidió que lo mejor sería comer temprano, con un pincho de tortilla o algo ligero en el Mesón Murciano, y evitar así las miradas de los obreros en El Fogón de Juan Manuel.

Se bajó las perneras del pantalón. Su piel blanca empezaba a enrojecerse, castigadas por un sol que comenzaba a apretar con más fuerza. Observó algunos insectos desorientados y eclosionados antes de tiempo, debido a ese arranque de altas temperaturas que mantenían en manga corta a toda la región. Vio una libélula de tonos azulados volar con desplazamientos cortos cerca de ella. Se paraba justo delante y se movía con rapidez hacia un lado y hacia el

otro. En un momento dado, la perdió de vista al irse hacia su espalda. Se abrazó las piernas y hundió su cabeza junto a sus rodillas. Necesitaba pensar, ordenarlo todo, evaluar si merecía la pena seguir o tirar la toalla. Algo en su interior le pedía a gritos reivindicarse frente a todos y resurgir, como el Ave Fénix. Pero, por otro lado, se sentía insegura y llena de dudas. El barco de la subacuática, con Marcos a bordo, seguía su lenta andadura de regreso.

Notó un pinchazo en el cuello que asoció rápidamente con la libélula. Era más fuerte que el de un simple mosquito y le llegó incluso a doler. El barco continuaba su marcha hacia el puerto, pero a ella le costaba seguirlo. Sus párpados se cerraban y sintió un cierto mareo y malestar por la picadura del insecto.

* * *

La llamada

—Despacio, despacio.

Dos marineros del puerto le esperaban en el muelle para ayudarle con las tareas de atraque. Marcos era un buen piloto y jugando con el motor y el timón fue arrimando primero la proa y después la popa. Uno de los auxiliares saltó a la cubierta con destreza, lanzó un cabo hacia el muelle y, tras amarrarlo a un noray, repitieron la misma operación en popa. Marcos apagó los motores y salió a agradecer la ayuda a los marineros y despedirse de ellos.

Al terminar de recogerlo todo se dirigió al Falúa. Necesitaba imperiosamente una cerveza o algo más fuerte. Lo que había vivido aquella mañana en el Mar Menor era algo que le daba miedo incluso pensar. Lo ocurrido sobre el barco, la conversación con María y su posterior desaparición le habían dejado en estado de shock. Al recuperarse algo, como si de un autómata se tratase, puso rumbo al puerto tratando de no pensar, de no intentar entender.

La tercera cerveza se acumulaba sobre la mesa de la terraza del bar, cuando recibió una llamada en el móvil con numeración oculta. Se quedó mirando las palabras «Número privado» en la pantalla, dudando si debía contestar o no. Decidió hacerlo. Pensó en la

posibilidad de que fuese Santos o Villalta, desde algún teléfono personal, tratando de presionarle para llevar el barco a Cartagena y presentar el informe.

Una voz distorsionada le indicó que guardase silencio y escuchase con atención. Lo primero que le dijo fue que no avisase en ningún caso a la Policía o Guardia Civil. Le indicó que estaba siendo vigilado y su vida dependía única y exclusivamente de no hacer ninguna tontería ni desobedecer las indicaciones que le daban.

Después le recordó el compromiso de la entrega de su informe, las indicaciones para hacer llegar una copia de este y la inminente marcha hacia el puerto de Cartagena.

Por último, lo que le provocó mayor desasosiego fue recibir la noticia de que Ana no había seguido las pautas que se le habían indicado y que él, librándose de una muerte segura durante la paliza que recibió, había quedado encargado de explicarla y convencerla de lo que debía hacer.

La voz distorsionada se despidió sin dejarle intervenir, indicándole que la tenían retenida y que esa misma noche sería ejecutada.

16
Descarga de adrenalina

La negociación

Daba patadas a todo lo que encontraba en el suelo: piedras, latas de bebida o bolsas. Nada se libraba de sus arrebatos de furia. Golpeó con puños y pies contenedores, papeleras o farolas. Todo lo que encontraba a su paso en el aparcamiento vacío del puerto era susceptible de ser atacado para aplacar su ira.

Llevaba varias vueltas alrededor del coche de alquiler y apenas quedaba nada contra lo que arremeter. Sus pasos cortos y nerviosos eran un reflejo del estado de su pulso y su cerebro. La cabeza parecía a punto de estallar y era incapaz de pensar fría y ordenadamente.

La advirtió. Se lo dijo. Él había cumplido su parte y ya no era problema suyo. Debería haberse sacado un billete de autobús o solicitado un taxi y tendría que haber comido en Murcia. Pero no, esa maldita estúpida testaruda había decidido quedarse y ahora la tenían y sería eliminada.

¿Y qué podía hacer él? Nada. Él ya lo intentó, pero ella no le hizo ni caso. Podría ir a hablar con la Guardia Civil, pero eso no significaba que la encontraran, y le habían indicado que la ejecutarían antes de la noche. Además, su vida también estaba en peligro. Sabían todo de él, dónde buscarle o cómo encontrarle y ya le habían demostrado cómo se las gastaban. Además, ¿merecía la pena hacer algo por ella? María le había dicho que había notado en la mirada de Ana que seguía sintiendo algo por él. Y si no intentaba nada y era ejecutada por su culpa, ¿podría vivir con esa mochila a cuestas el resto de su vida?

En sus dos últimas vueltas al coche ya comenzó a patear las ruedas. Su rabia aumentaba, pero también su desasosiego y desesperación.

Tardó cuatro minutos en llegar. Al final, subió al coche, arrancó y pisó el acelerador queriendo sacar el pie por debajo, perforando la chapa del suelo. Ni se molestó en aparcar. Lo dejo abierto y entró corriendo en el chiringuito.

Los camareros del Playa Chica trataron de calmarlo, apenas le entendían de lo deprisa que hablaba. Poco a poco, respirando hondo consiguió hacerse entender.

Le contestaron que no habían visto al hombre trajeado. No era un cliente habitual, aunque sí se acordaban de él, de las dos o tres veces que pasó por allí. No pudieron darle más información que esa y salió del chiringuito cabizbajo, pensando dónde podría encontrarla.

El reloj de buceo marcaba las cinco y media y en apenas tres horas comenzaría a oscurecer. No sabía qué hacer, pero tampoco podía quedarse parado lamentándose. No mientras Ana estuviese en peligro.

Arrancó el coche de nuevo y condujo por la Gran Vía de La Manga sorteando vehículos, peatones que cruzaban y semáforos en rojo. Tardó menos de media hora en aparcar junto al Hotel Los Delfines. El Hotel Las Gaviotas, de la misma cadena estaba situado detrás de este y se dirigió a pie hacia él.

Caminaba con la esperanza de que estuviera allí. Que todo hubiese sido una pesadilla. Que Ana estuviese arriba en su habitación y que, al llamarla, bajase con cara agria recriminándole que de nuevo la estaba molestando.

Subió los escalones de dos en dos. Al llegar arriba, la puerta de cristal se abrió y él se dirigió a paso ligero a la recepción. A su derecha, las mesas de la barra de la cafetería tenían algo de actividad. Se detuvo en seco. En una de las mesas, un hombre trajeado daba sorbos a un vaso de licor con hielo mientras le miraba fijamente.

Avanzó despacio hacia él, con los puños apretados, eligiendo la parte de su cuerpo sobre la que descargaría el primer golpe. Una seña del hombre trajeado le hizo reparar en otros dos que estaban

de pie. Uno cerca de la recepción, otro en las cristaleras hablando por un móvil y dos más sentados detrás. Decidió cambiar de estrategia y se acercó despacio hacia la mesa. Quedó de pie a un par de pasos.

—Hola, qué sorpresa. No esperaba verte por aquí —le saludó Víctor.

—Suéltala.

—No sé de qué me hablas.

—Te hablo de la puta llamada que me habéis hecho. Suéltala.

Víctor señaló la silla e hizo una seña para que se acercara un camarero.

—Siéntate y tómate algo. Te veo un poco nervioso. —Marcos se sentó, trató de tranquilizarse y pidió un *whisky* doble cuando fue preguntado por ello—. Bien, tú dirás.

—Suéltala —dijo increíblemente tranquilo, tomándose su tiempo en cada sílaba para que se entendiese bien su mensaje.

—Mira, chico, os avisé. Os dije claramente lo que teníais que hacer y no me habéis hecho caso. La prueba es que estás en este hotel y deberías estar bastante lejos de aquí. ¿Qué pretendes? ¿Quieres que te coja y hagamos una fiesta esta noche con ejecución múltiple?

—No, no puedes hacerlo.

—Escúchame. Esto no es una película ni un libro donde al final gana el protagonista. Esto es la vida real. Y en ella, la gente muere por tomar decisiones equivocadas.

—No es cierto. Ana se iba a marchar ya.

—Tu amiguita ha insistido en levantar la piscina y si no lo conseguía se lo pediría a la Guardia Civil. Como reconocerás, eso no es lo que tú le tenías que haber explicado.

—Déjame hablar con ella, la convenceré y nos iremos.

Víctor tardó unos segundos en contestar. Dio un trago a su bebida y se quedó mirando el contenido del vaso.

—Tenemos un problema. Verás. Tu amiga tiene un buen cuerpo, no está nada mal y mis chicos ya han hecho una lista con los turnos para divertirse con ella. Como comprenderás, no puedo aguarles la fiesta.

Marcos se incorporó en un gesto rápido para golpearle en la cara, pero antes de hacerlo, cuatro de los hombres de Víctor estaban de pie con las manos acariciando los bolsillos internos de sus chaquetas o cazadoras. Víctor hizo una señal con la mano para que parasen todos y se dirigió a él.

—Siéntate, idiota. No me puedes hacer nada.

—Suéltala a ella y cógeme a mí.

—A ti te puedo tener cuando quiera. Podría cogerte ahora mismo, sacarte a la playa y ejecutarte.

Marcos buscaba soluciones y trataba de pensar con la mayor velocidad posible.

—Yo soy más valioso que ella.

—¿Para qué se diviertan mis hombres? Lo dudo —dijo Víctor sonriendo.

—Yo puedo entregar el informe de Ana y el mío y puedo eliminar el otro.

—¿Qué otro?

—He enviado uno a una persona de confianza en el que cuento las amenazas que nos hiciste en el Playa Chica, la paliza que me dieron tus matones, el intento de asesinato con mi coche y lo de la reunión.

—¿Qué reunión? —preguntó Víctor incrédulo.

—La que tuviste en el puerto con Villalta y el constructor ese. Lo tengo todo escrito y con fotos a buen recaudo por si me pasaba algo.

Víctor le miraba escrutándole el rostro, buscando una confirmación en sus pupilas que no parecía encontrar. Marcos bebió con tranquilidad un sorbo largo de su *whisky* mientras le miraba fijamente.

—Vas de farol, no tienes nada.

—Entonces, ¿por qué estás preocupado?

—No lo estoy, es tu palabra contra la mía.

—Perdona. Mi palabra y mis fotos.

—Esas fotos no prueban nada, me puedo reunir con quien quiera.

—Eso es cierto. Pero al desaparecer dos arqueólogos a la vez con los que algunos testigos te han visto discutir en el Playa Chica, no sé… quizás a la Policía o Guardia Civil se le ocurra tirar de la manta con tu foto por si ven algo.

Víctor se le quedó mirando. Ya no parecía sentirse tan cómodo en la conversación. Seguramente tuviese la certeza de que él iba de farol, pero no podía arriesgarse. Les podía ejecutar a ambos y salir inmediatamente del país, pero si se sumaban nuevos muertos a los ya existentes, los investigadores habrían tardado menos de veinticuatro horas en hilar toda la información, y a él podría sorprenderle la velocidad de respuesta. Conseguir un billete de avión a un país sin extradición y un vuelo de un día para otro podría no ser tan rápido como pensaba.

Marcos apuró su vaso y con las dos manos entrelazadas debajo del mentón y los codos apoyados sobre la mesa, le miraba fijamente. El teléfono de Víctor sonó con un zumbido que hizo vibrar la mesa. Lo atendió respondiendo con monosílabos mientras observaba al arqueólogo.

—En treinta y dos minutos van a ejecutar a tu amiga —le dijo al colgar.

—No, joder, no.

—Tienes margen para negociar conmigo y llegar a tiempo para salvarla.

—¿Dónde está?

—Te lo diré si llegamos a un acuerdo.

—¡Joder! —pensó durante unos segundos—. Haré lo que me pidas. Dime dónde está.

—No me vale. Quiero ambos informes entregados mañana, todas las pruebas destruidas y los dos fuera de aquí.

—Hecho. ¿Dónde?

—No tan rápido. Si alguno de los dos no cumple, volveremos a cogerla. Tenemos todos sus datos y sabemos dónde encontrarla. La torturaremos y lo grabaremos en vídeo para que lo veas durante una semana entera antes de ejecutarte a ti.

—Sí, joder, sí, ¿dónde ostias está?

Marcos miró, impaciente su reloj. Cada vez quedaba menos tiempo.

—Tienen orden de ejecutarla a las ocho de la tarde.

—Por favor... —suplicó.

—También tienen orden de adelantarlo si acudiese antes la policía.

—No voy a decírselo a nadie. Por Dios, dímelo ya —comenzó a levantar la voz mientras miraba el reloj.

Veintiocho minutos.

—En la parte central del trébol de Veneziola. No te acerques a menos de cien metros con el coche y quita las luces.

Marcos ya corría hacia la salida del hotel. Se maldijo por haber aparcado en la Gran Vía de La Manga. Las palizas sufridas y los golpes recibidos en los últimos días le pasaban factura. Notaba mil tipos de dolores distintos a cada paso que daba. Bajó las escaleras de la entrada del hotel de tres en tres, y trató de imprimir la mayor velocidad posible a un cuerpo que cojeaba ostensiblemente.

Tardó cuatro minutos en llegar al coche, no le quedaba demasiado tiempo. El hotel estaba situado en el kilómetro dos y él tenía que llegar hasta el diecisiete, por una avenida jalonada por semáforos. Arrancó y salió con un chirriar de ruedas haciendo frenar bruscamente a los vehículos que iban en dirección al Cabo de Palos, y ejecutando un cambio de sentido ilegal en cuanto la mediana de la calle, se lo permitió.

Veintidós minutos.

Había tráfico de entrada a La Manga, mucho tráfico. Siempre lo había hasta El Zoco, una zona comercial de tiendas, heladerías y restaurantes en el kilómetro cuatro. El puente del Estacio se abriría a las ocho, si había barcos que quisiesen cruzar el canal para ir de un mar al otro.

Si llegaba después de que el puente se abriese, no podría pasar y Ana sería ejecutada. Si se saltaba los semáforos o iba a demasiada velocidad, una patrulla de policía local o Guardia Civil podría perseguirle y, tanto si se detenía como si se presentaba con ellos detrás, Ana moriría.

Dieciocho minutos.

Frenó de golpe en el semáforo junto a la urbanización Eurovosa, una vez pasado el Castillo de Mar. No podía saltárselo mientras estuviesen cruzando peatones. Golpeó impacientemente con las dos manos el salpicadero.

Agarraba con fuerza el volante haciendo movimientos bruscos, cambiando constantemente de carril. Tuvo que frenar junto al Área Sunset en el Pedruchillo. Una persona mayor cruzaba por el paso de cebra mientras una patrulla de la policía local paraba en sentido contrario, para dejarla pasar. Maldijo todo aquello que le vino a la cabeza.

Doce minutos.

A la altura del Restaurante Paquebote, sus uñas eran parte del volante. El reloj avanzaba deprisa. Faltaban cuatro minutos. Tras la rotonda llegaría al puente móvil que cortaría el tráfico en solo tres. No solían adelantarse en las aperturas, pero ¿y si lo hacían? ¿Y si el reloj que las gestionaba estaba mal?

Pasó el puente del Estacio muy aliviado por ello y encontró algo de tráfico que le ralentizó a ese lado del canal. Algunas personas cruzaban sin demasiada prisa los pasos de cebra para llegar a las cafeterías y restaurantes de la barriada. Tres kilómetros de carretera de doble sentido le separaban del trébol de Veneziola. Tuvo que hacer un adelantamiento con línea continua.

Dos minutos

Pasó por delante del Playa Chica con apenas un minuto de margen. Sorteó al autobús urbano que recorría La Manga de norte a sur. Marcos gritaba y aullaba al pasar junto al Mesón Murciano, mientras apretaba con fuerza su pie derecho contra el pedal del acelerador.

Quedaban escasos segundos.

* * *

El acuerdo

El tubo que le aplicaron bajo la nariz provocó su tos haciéndola reaccionar. Quiso quitárselo de la cara, pero no podía mover las manos. Tardó en reconocer el sitio y entender su situación. Se

encontraba de rodillas, maniatada, había oscurecido y no veía a nadie alrededor, excepto las dos personas que la sujetaban.

Lo último que recordaba era que estaba sentada en la arena de la playa, haciendo tiempo, mientras esperaba la grúa. Sintió un pinchazo en el cuello, pero al tratar de tocárselo su brazo dejó de responder a mitad de camino.

Un sudor frío le recorría la frente.

—Desatadme —dijo moviendo con fuerza las manos—. Me duelen los brazos.

—No te preocupes, dentro de poco ya te dará igual.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no me sueltas? —pidió Ana.

—Mira, siento que te tengas que enterar así. ¿Ves esto? —El hombre de su derecha le enseñó una pistola a la que ajustaban un silenciador, y un reloj de manecillas que dejó en el suelo—. Dentro de tres minutos, a las ocho de la tarde, tengo orden de dispararte y no puedo fallar o me la estaría jugando yo.

—No, no, no. Estás de coña, ¿verdad? —El sudor caía por ambos lados de la cara.

—Me temo que no. Lo siento.

—No, mientes. Quieres acojonarme, lo sé.

—Mira, no te lo tomes como algo personal, yo no decido. Solo cumplo órdenes. Quedan menos de dos minutos.

—No lo hagas, por favor, haré lo que me pidas, lo que quieras. ¿Qué quieres que te haga? Dímelo —comenzó a decir desesperada.

—Lo siento, no depende de mí. Tu amiguito ese, el arqueólogo de la subacuática está negociando por ti, pero no debe ser muy bueno en ello o no debe tener mucho interés en hacerlo. Tendría que haber llegado antes de las ocho y quedan escasos segundos.

Ana comenzó a gritar y trató de levantarse para correr, pero unas manos fuertes la sujetaron y le obligaron a bajar la cabeza. Vio el reloj, faltaban veinte segundos. No podía moverse, ni hacer nada. Tan solo mirar un segundero que marchaba inexorable hacia su destino.

—No, por favor, no lo hagas.

Las lágrimas corrían por su cara, sus labios temblaban de tal modo que apenas se entendía lo que decía. La sangre subía con

fuerza a su cabeza y la mareaba. Notó un líquido caliente empapando sus muslos. Cuando quedaban ocho segundos notó el tacto frío del metal de la pistola en su sien.

Se desmayó.

La última rotonda la tomó derrapando. La rueda trasera izquierda chocó con el bordillo de la acera, al enfilar la calle que daba acceso a la parte central del trébol de Veneziola.

Distinguió dos figuras en el centro de este y un coche detrás. A sus pies había un bulto. Tocó el claxon con fuerza y a escasos treinta metros clavó los frenos, abrió la puerta antes de que parase el vehículo y salió tropezando de él.

—¡Noooo! ¡Ana!

Sus manos temblaban mientras echaba cubitos de hielo en el vaso. Habían pasado un par de horas desde que llegó a Veneziola y seguía nervioso, sujetando una copa que parecía condenada a derramarse.

La miró. Estaba tumbada en el sofá, tapada por una manta. Podía haber elegido echarla sobre la cama, pero pensó que a ella le daría igual. La había lavado en la ducha y quitado la ropa sucia. Su mano derecha sobresalía y caía hacia abajo y Marcos la cogió, la acarició y mientras apuraba una nueva copa de licor, las imágenes de los momentos que habían pasado juntos comenzaron a desfilar por su mente. Recordó la humedad de su boca, la suavidad de su piel, el color blanquecino de esta, excepto en brazos y piernas debido al sol de las jornadas de excavación en verano, y el calor de sus caricias en las interminables noches de pasión.

Dejó el vaso sobre la mesa y subió su mano izquierda a la altura de su cara. Seguía temblando y su corazón no parecía querer recuperar su ritmo habitual. Cerró los ojos mientras pensaba en ella.

Un movimiento brusco de su mano le despertó. Ana se había incorporado y pugnaba por soltarse de él. Al abrir los ojos y verlo, reaccionó tratando de golpearle y Marcos tuvo que esforzarse para sujetarle los brazos y tratar de apaciguarla. Ana luchaba

histéricamente contra él y tuvo que abrazarla para inmovilizarla. Tras unos instantes susurrándole palabras al oído, consiguió calmarla.

—Ya, ya… ya está. Vamos, calma.

Ana rompió a llorar en cuanto su mente recordó las últimas horas de su vida.

—Estás conmigo, ya pasó todo.

Ana se quitó la manta de encima y reparó en que llevaba únicamente una camiseta de hombre que la tapaba hasta la mitad de los muslos. No llevaba ropa interior y olía a jabón de aroma frutal.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Y los dos…?

—Estás en mi casa —la interrumpió—. Creí que no llegaba a tiempo, pero lo conseguí.

Ana miró a ambos lados del salón, Marcos se dio cuenta y le dijo:

—No hay nadie más, se fueron. Cumplieron su parte del trato.

—¿Qué trato?

—Mañana te lo cuento, ahora descansa.

—¿Y mi ropa?

—Ah, la he puesto a remojo, estaba sucia. La ropa interior también.

—Joder, debió soltárseme el esfínter.

—¿El? Di mejor «los».

—Oh, mierda. Qué vergüenza —se tapó la cara con las manos—. ¿Y me has lavado?

—Sí. Te metí en la ducha. —Ana hizo un gesto de resignación y Marcos continuó divertido—. No te preocupes, me apañé bien. Con una mano te agarré un pecho para que no resbalaras y con la otra te froté con la esponja, aunque luego se me cayó al suelo y por no agacharme contigo a cuestas, continúe con la mano.

—Eres un guarro —le dijo por decir, sin recriminárselo y sin ganas.

—Ahora que lo dices... Aproveché el momento para grabarte un video y lo subí a tus redes sociales. A tus amigos les ha debido gustar, porque todos le han dado al *like*.

Ana hizo un gesto de tirarle algo a la cabeza y Marcos hizo como que lo esquivaba.

—Ahora en serio, he preparado algo de picar.

—No tengo hambre —le interrumpió.

—Bueno, te lo dejaré cerca. Escucha, tú dormirás en mi cama y yo lo haré en este salón, en el sofá. Puedes cerrar la puerta de la habitación, yo estaré aquí. Si necesitas algo, me llamas. Y ya sabes, procura dormir que mañana hay mucho que hacer y hay que madrugar.

—Marcos… —El chico la miró antes de marcharse—. Gracias por lo que has hecho. Dijiste que no harías nada por mí.

—Ha sido un momento de debilidad. No me lo tengas en cuenta —sonrió pícaramente—. Vamos, hasta mañana.

—Marcos —le volvió a llamar. Esperó un momento mientras dudaba—. No quiero dormir sola hoy.

—Ana, no sé si es buena idea. Hoy al verte desnuda he recordado cosas y creo que es mejor que no nos metamos en la misma cama.

—Que le den a lo que es bueno y es malo —le contestó rodeándole con sus brazos y buscando su boca—. No me dejes sola hoy.

No necesitó que insistiese mucho para rendirse a sus caricias. Tan solo que sus dedos femeninos recorriesen su espalda o sus labios buscasen desesperados los suyos. Pese al aroma del jabón, respiró su olor corporal y le transportó lejos de allí, a noches de verano en polvorientas excavaciones, bajo la atenta mirada de cientos de estrellas, testigos silenciosos de una desbocada pasión.

Notó cómo su cuerpo se estremecía. Ana le conocía bien, como ninguna otra. Ella sabía cómo atacarle, cómo buscar aquellos puntos débiles en los que se perdía el sentido y se dejaba de controlar la situación. Sus labios jugaban con su cuello y boca, mientras sus manos se aferraban a su cabeza para no soltarle.

—Ana, espera un momento. Creo que estás agradecida por lo que he hecho antes y quizás pretendes devolverme el…

—Cállate, idiota. Es verdad que te estoy agradecida, tan cierto como que llevo muchos años deseando este momento. Y ahora no

pienso soltarte hasta que vuelvas a hacerme sentir todo aquello que echo de menos.

Ana se separó lo suficiente como para quitarse la camiseta sin perder la distancia con él. Sus manos nerviosas delataban el cuerpo excitado que se mostraba sin pudor, desafiante, como el depredador que sabe que su víctima está sentenciada. La camiseta de Marcos voló por los aires tras tres enérgicos tirones y su musculatura quedó expuesta a unos dedos y unos labios que trataban de recorrerla besando, acariciando, deleitándose en cada pliegue, en cada lunar, en cada cicatriz.

Cuando sintió cómo se soltaba su cinturón y cómo se liberaba el botón de su pantalón, se supo vencido. Pero no le importó. Él llevaba los mismos años que ella deseando encontrarse con ese cuerpo, con esos pechos que le señalaban y que le obligaban a rendirse con su sola presencia, con esas curvas que danzaban provocándole y haciéndole entrar en una senda sin retorno.

Durante todo ese tiempo había estado con otras mujeres y a todas acabó por ponerlas su cara. Veía sus cuerpos y disfrutaba con ellos. Pero al abrir los ojos era Ana, sonriente, quien le devolvía la mirada.

Ahora, sin embargo, era real. Era su cuerpo el que rozaba el suyo. Eran sus pechos los que acariciaban el suyo. Se rindió ante ella y se dejó dominar por su excitación.

El camino a la habitación estuvo jalonado de golpes, tropezones, besos, caricias, pasión derramada y ansia de lujuria.

La cama los recibió entrelazados, anudados, buscando cada uno la parte del cuerpo del otro que aún no había besado o acariciado. Derrocharon locura e ímpetu. Bailaron uno sobre el otro, pugnando por sentirse, por llenarse. Ambos estaban desinhibidos y descontrolados.

Cuando Marcos entró en ella, Ana gritó junto a su cuello mientras sus piernas y brazos le atenazaban y le impedían salir de su cuerpo. Su fuerza acabó por imponerse, levantándose y cayendo sobre ella a un ritmo frenético, compartiendo el sudor de una noche cálida de primavera, mucho tiempo después de la última vez.

Ana respiraba entrecortadamente combinando sus gemidos y jadeos con los miles de besos que pudo repartir. Seguía aferrada con fuerza a su cuello para que nada ni nadie la separasen de él. Marcos no lo intentó.

Unos instantes después Ana cayó extasiada, derrotada, libre de toda la tensión acumulada durante los últimos días. Sus muslos fueron perdiendo fuerza y sus brazos cedieron, dejando de retener el cuerpo de Marcos. Cuando este se levantó, la observó relajada, durmiendo con tranquilidad. Encontró una manta fina para taparla y se quedó unos minutos contemplándola.

* * *

El despertar

Eran las cinco de la madrugada, cuando se acercó a la ventana. Estaba abierta y desde ella se veía un cielo oscuro sin nubes salpicado de estrellas brillantes. Un satélite lo recorría de sur a norte y él lo siguió con la mirada. En el silencio de la noche, recibió una agradable brisa que le erizó el vello de los brazos. Estaba desnudo y debería haberse tapado con algo, pero la fascinación de la quietud que lo rodeaba le tenía ensimismado.

Encontró una botella abierta de la cual bebió. No se molestó en buscar un vaso. El licor bajaba por su interior ofreciendo una sensación de calor que le reconfortaba.

Junto a la botella estaba el bote de pastillas que tomaba habitualmente. Lo cogió y lo miró con detenimiento. Esa noche no las necesitaba. Su mente había volado a lo largo del día, como en una montaña rusa de sensaciones. Subiendo y bajando. Primero, la pelea en el barco, la conversación con María, la nota del puerto, la negociación con el hombre trajeado y la noche de pasión con Ana.

Instintivamente se dio la vuelta y la buscó con la mirada. Dormía tranquila, ajena a sus pensamientos, acurrucada bajo la manta y aferrada a la almohada.

Al darse la vuelta la vio. La gata negra estaba sobre el poyete de la ventana, con sus enormes ojos verdes y su inconfundible collar plateado.

—Hola, Dayra —susurró.

La gata saltó al interior de la habitación y con pasos cortos, decididos y desafiantes llegó hasta la cama. Giró la cabeza hasta cruzar sus miradas y acto seguido, saltó para subirse a ella.

Caminó sobre la manta hasta llegar junto a la cabeza de Ana. Marcos contemplaba atento la escena desde la ventana. Le pareció ver cómo la chica abría ligeramente los ojos, notando quizás la presencia de la gata y ambas felinas parecían observarse con detenimiento durante unos instantes.

Dayra bajó de nuevo al suelo y saltó a la ventana donde se encontró un Marcos que dejaba la botella y alargaba su mano para acariciarla. La gata arqueó su lomo, pero se dejó acariciar. Miró en dirección a la cama, dónde Ana se movía anunciando un pronto despertar, y después a él.

Abrió su boca y mostró dientes y colmillos, lanzó un pequeño maullido y saltó hacia el jardín en el momento en que Ana comenzaba a moverse. Marcos la siguió con la mirada. Cuando se encaramó sobre la valla le observó y él supo que no volvería a verla.

Caminó hacia la cama y contempló como se desperezaba Ana. El reloj marcaba las seis y diez y el horizonte comenzaba a clarear. Tenían por delante una larga jornada con muchas cosas que hacer. Se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—Vamos, remolona, que se hace tarde. Hay que ducharse, pasar por el hotel para coger ropa limpia y desayunar.

17
Nuevos aires

La despedida

Desayunaron en el Hotel Las Gaviotas una vez terminó de ducharse Ana, con ropa limpia y el hambre de no haber cenado nada el día anterior. Las prendas que lavó Marcos no habían quedado del todo bien y él terminó prestándole algo suyo de deporte: una camiseta que le quedaba muy holgada y un pantalón corto que en ella parecía una enorme falda, suficiente para salir a la calle sin enseñar nada, llegar a su habitación y cambiarse.

—Estás muy callada desde que has despertado —le comentó Marcos.

—Bueno, tú también.

—¿No quieres que hablemos de lo de esta noche?

Ana estaba callada, soltó los cubiertos sobre el plato con el cruasán a la plancha y tomó un trago de café.

—Marcos, tenemos que hablar.

—Vaya —dijo Marcos soltando la servilleta sobre la mesa, intuyendo que la conversación no le iba a gustar—. ¿No te gustó lo de anoche?

—Sí, sí, me gustó. Es solo que...

—Suéltalo ya.

—Quiero empezar una nueva vida, dar un giro total a la que llevo. No quiero seguir como he estado todos estos años.

—Me parece bien, pero eso no tiene que excluirme. Juntos podemos cambiar de aires, comenzar de nuevo.

—No. —Hizo una pausa mientras miraba el café. Al subir la cabeza, sus ojos se encontraron—. Es con Pedro con quién quiero

intentarlo.

—¿Pedro? ¿Tu compañero, el arqueólogo idiota?

—Marcos…

—Lo siento, perdón. ¿Es con él, estás segura? ¿Le quieres?

—Sentía algo por él, pero no sabía qué era. Hoy al despertar, miré a mi lado y mi corazón le buscaba. Al no verle junto a mí, le he echado de menos y he notado que me faltaba algo, algo a lo que no quiero renunciar. Ahora lo tengo claro.

—Joder, ¿y lo nuestro de esta noche? No puedes engañarme. Sé lo que sentiste.

—Lo de ayer era algo que necesitaba hacer. Llevaba muchos años sufriendo. En mis relaciones veía a los otros chicos siempre con tu cara.

—A mí me pasaba exactamente lo mismo.

—Tenía que enfrentarme a ti, tocarte de nuevo, notar tu piel, tu cuerpo, sentirte dentro de mí. Necesitaba cerrar ese círculo, para desprenderme de ti, liberarme. Claro que disfruté anoche. Me elevaste, me llevaste de paseo por las nubes.

—¿Me has utilizado para arreglar tus problemas? No me lo puedo creer.

—Marcos, tengo que aprender a olvidarte. Lo siento, pero anoche te necesitaba para saldar una cuenta pendiente conmigo misma.

—Joder, Ana.

—Encontrarás a alguien mejor que yo, que te merezcas. Alguien que te acompañe a partir de ahora.

Terminaron el desayuno. Marcos ya no tenía hambre y Ana acabó el café con dos tragos largos. Pidió un taxi por teléfono. En la escalerilla del hotel, Ana le enseñó el portafolios.

—Voy a entregar el informe a la Guardia Civil —Se lo dio a Marcos para que lo revisase—. Es lo que pactaste con ellos, ¿no? ¿Acordaste algo más?

Marcos lo revisó y asintió. Volvió a meter las hojas en el portafolios.

—Solo cambié dos informes de mierda por nuestras vidas. Las dos. También por las de tus padres. Hay que confiar en que

respetarán su parte del trato y nos dejarán en paz.

—¿Y quién nos asegura que cumplirán su palabra y una vez entregados los informes, no vendrán a por nosotros?

—Ana, yo tengo algo que les incrimina y les causaría muchos problemas, y ellos tienen la capacidad de localizarnos en cualquier momento y eliminarnos. Hemos perdido, Ana. Esto no es una película o una novela en la que los buenos ganan y el malo pierde. Esto es la puta realidad. Los poderosos ganan y nosotros no. Se acabó. Hay cientos, miles de yacimientos por todo el mundo dónde excavar y trabajar. Aquí en La Manga, no. Acéptalo.

—¿Poderosos? ¿Quién gana con esto?

—Ana, es mejor que no lo sepas, pero piensa que en esta trama hay peces gordos con cargos políticos, empresarios y puede que hasta fuerzas de seguridad implicados. Yo solo he conseguido ver la punta del iceberg, pero tiene que haber mucho más, y de más alto nivel. La gente con poder se rodea de otros que también lo tienen. Hay muchos millones de euros en juego y tú y yo molestamos.

—No te preocupes —dijo Ana—. Yo cumpliré mi parte. Me retiro y abandono, no quiero más problemas. Creo que ya he tenido suficiente con todo esto.

—Yo parto para Cartagena y entregaré el mío a mis jefes.

—Es curioso eso que dices que, en la vida real, al final no siempre ganan los buenos —dijo Ana mirando distraída a la calle.

—Es así. Como arqueólogos, tenemos la posibilidad de parar grandes desarrollos si lo que hemos encontrado es importante y lo justifica. Cuando nuestros intereses chocan con la cantidad de millones que supone construir, edificar, levantar centros comerciales, dejamos de jugar en la misma partida. Nos convertimos en el enemigo de gente poderosa, que no va a renunciar a ganar un montón de dinero por culpa nuestra y en aras de la cultura. De cara a la sociedad, el problema no somos nosotros, son ellos, que prefieren ver arrasada nuestra historia, antes que sus proyectos.

—Pero hay ayuntamientos y organismos que nos llaman y nos dan todas las facilidades para que saquemos algo a la luz, con la esperanza de que sea algo importante.

—Sí, eso es lo que nos queda. Pero no olvides que lo hacen para poner un pueblo o localidad en primera fila, en boca de todos. Su interés suele ser comercial, turístico. Muchos dejan luego abandonados sus yacimientos cuando tienen que invertir en su conservación.

—Al final, estos días no han servido para nada —concluyó Ana.

—Bueno, quizás sí. En nuestro caso y a nivel personal, también hemos salido ganando. Al menos hemos aclarado algunas cosas y podemos empezar una nueva vida cada uno.

—Siempre te agradeceré lo que hiciste por mí.

Se abrazaron. Marcos buscó su boca y la besó, pero Ana ya no devolvía la pasión del día anterior. Él lo notó y retiró la suya.

—¿Qué vas a hacer después? ¿Vuelves a Murcia?

—Me quedaré por aquí. Llamaré a la oficina y pediré días libres.

—Para estar junto a Pedro, ¿verdad?

—Sí. Le pasarán a planta hoy o mañana. —Hizo una pausa—. Quizás nos veamos por Cartagena.

—Seguro, pero si no te importa, no le cuentes lo nuestro de anoche —dijo señalándose el mentón—. Este moratón es suyo y me sigue doliendo.

Ana sonrió antes de hablar de nuevo.

—Espero volver a verte.

—Estaremos en contacto. Además, si lo necesitas, algún día te buscaré un hueco en la subacuática. En tu primera inmersión, te quitaré el regulador para que te ahogues —ironizó con su sonrisa pícara.

Se volvieron a abrazar, esta vez sin beso. No se dijeron nada, pero expresaron mucho, todo aquello que aún tenían almacenado. Al separarse, Marcos bajó las escaleras, abrió el coche, arrancó y se despidió desde la ventanilla mientras ella esperaba su taxi.

Navegaba rumbo a Cartagena sorteando el Cabo de Palos y la reserva de Islas Hormigas. La brisa entraba por la ventanilla lateral impactando en su cara. A su derecha, las últimas estribaciones de la Sierra Minera, ya en el parque natural de Calblanque, con sus playas

de arena amarilla y sus aguas limpias y claras, que le amenizaban la travesía.

Llegó algo apurado de tiempo, justo antes de comer y solicitó ayuda por radio para las maniobras de atraque. Los prácticos le llevaron hasta el muelle Juan Sebastián Elcano, a la izquierda de la zona de la terminal marítima dónde atracaban los grandes cruceros turísticos. Una vez amarrado el barco, frente al ARQUA, miembros de la subacuática se encargaron de él y del material, mientras Marcos corría a entregar su informe.

Villalta ya no estaba en su despacho. Había salido a comer y dejado instrucciones para que lo recogiese su secretaria. Entregó una copia allí y otra se la dio a Santos, con quien intercambió varias tandas de insultos antes de conseguir unos días libres para recogerlo todo, cerrar el chalé de sus padres y mudarse de nuevo a Cartagena. Tomó un autobús hasta La Manga y una vez allí, otro hasta Veneziola. Eran las siete de la tarde cuando salió a tomar un poco de aire.

Paseando por el vecindario, llegó hasta el trébol de Veneziola, donde un día antes Ana estuvo a punto de ser ejecutada. Mientras caminaba, buscaba una gata negra con un colgante plateado entre las colonias de la barriada. No la encontró. Luego fue hacia la playa donde un Mar Menor se ondulaba perezoso, escondiendo sus secretos bajo sus algas de posidonia. No descartaba algún día volver a bucear en esa zona buscando lo que hasta ahora no había podido ver. Desde luego, de momento, no debían intentarlo. Tenía que dejar que las aguas se calmasen. Además, pesaba en su cabeza la historia que le había contado Dayra sobre las maldiciones, juramentos y el hecho de sacar o desenterrar objetos relativos a ella.

Él era arqueólogo; no era supersticioso. Su trabajo consistía en sacar a la luz trozos del pasado, para entender mejor a nuestros ancestros. Nunca se había detenido ante nada, se reía de las maldiciones y las leyendas. Aunque este caso era distinto. Le costaba creer lo que había visto, oído y sentido, pero tenía marcas en el cuerpo que corroboraban esas historias.

Regresaba a su casa y al volver la esquina creyó verla caminar, al fondo, entre los coches aparcados y los muros de las casas. Corrió en su busca y al llegar cerca de ella la llamó.

—¡María!

La joven se giró. Iba distraída mirando el móvil y al darse la vuelta y verle, le reconoció.

—Hola, Marcos, ¿qué tal?

—Bien, ¿no dijiste que ya no íbamos a vernos más?

—No recuerdo haberte dicho eso.

—Me lo dijiste ayer en el barco.

—¿Ayer? Creo que te equivocas. Llevo dos días fuera y he llegado esta mañana.

—Estás de coña, ¿verdad? ¿No te acuerdas ayer en el barco después de la pelea con el cartaginés?

—¿Otra vez estás con eso?

—¿Cómo que otra vez? ¿Me vas a negar lo de ayer en el barco?

—Marcos, yo no he subido a ningún barco contigo.

—Ya, y tampoco nos hemos visto nunca, ni has venido a mi casa, ni te has acostado conmigo, ¿no?

—A ver, para. Sí nos hemos visto, nos conocimos en la playa y luego coincidimos por la calle y quedamos una tarde para tomar algo en el Playa Chica, donde tu amiga me llamó puta. Todavía me acuerdo.

—Vale, ¿y lo de la pelea con el gato y la noche en que nos acostamos?

—Ya estamos otra vez. Marcos, yo no soy una gata, no sé si me ves bien. Y lo de acostarnos… lo siento, pero es fruto de tu imaginación. Yo tengo pareja estable que está fuera trabajando y que, por cierto, viene mañana.

—¿Acaso no has estado nunca en mi casa?

—Sí, un día se me cayeron unas hojas de apuntes y se colaron bajo la puerta de la calle. Llamé y me abriste. Tomamos una cerveza y yo me marché después.

—Esa noche te quedaste a dormir en mi cama.

—No, Marcos, esa noche estuve estudiando en la mía.

—Me hiciste vibrar, perder el control. Fue algo increíble. Era todo real. Nunca había sentido nada parecido. Ah, lo recuerdo, tenías una cicatriz. Tres arañazos debajo de tu pecho de la pelea con el gato. Dijiste que te habías caído sobre un arbusto, me acuerdo perfectamente.

María dudó, pero al final se levantó un poco la camiseta hasta el pecho, pero sin mostrarlo.

—No tengo ninguna cicatriz.

—¿Y la pelea con el cartaginés? —Marcos no entendía nada.

—Íbamos andando por la rotonda de Veneziola, tropezaste con el bordillo y al caer te golpeaste en la cabeza. Yo te acompañé hasta tu casa y te curé.

Marcos comenzaba a ponerse nervioso.

—Entonces, ¿lo de los gatos y el guerrero cartaginés es mentira?

—Empiezas a asustarme como la otra vez —hizo una pausa mientras miraba nerviosa ambos lados de la calle—. Mira, Marcos, siento mucho haberte dejado así en tu casa con un fuerte golpe en la cabeza y delirando. Dijiste cosas como que yo luché y vencí a un guerrero. Por Dios, si soy incapaz de matar un mosquito. Estabas muy excitado, histérico. Tuve miedo de que fueras a hacerme daño y me marché. Antes insistí en llevarte al médico, pero tú no quisiste.

Marcos tardó un poco en reaccionar.

—Entonces, ¿nada de eso ha sido real?

—Marcos, te lo dije. Bebes mucho, demasiado, y tomas esas pastillas que compras junto al puerto de Cartagena. Sé lo que son. Son alucinógenos, un derivado del LSD que se ha puesto de moda y que, al contrario de este, la combinación con el alcohol potencia su efecto.

—¿Veo alucinaciones?

—No solo las ves, sino que además te las crees y las defiendes como si fueran reales. Al trabajar como arqueólogo, sacando restos del pasado, tu mente debió imaginar que un soldado cartaginés de hace más de dos mil años te persigue y quiere matarte. Por Dios, Marcos, deja de tomar esas pastillas. Te están destrozando.

Marcos cerró los ojos, inspiró profundamente varias veces con las manos en la nuca y la cara sonrojada. Sentía vergüenza de sí

mismo y de lo que había dicho y pensado. Tras unos instantes de reflexión, movió varias veces la cabeza afirmativamente y la miró.

—Lo siento mucho, María, no tenía intención de asustarte. No quiero que tengas miedo de mí. No te preocupes, pensaba recoger mis cosas esta noche. Mañana vuelvo a Cartagena.

Marcos se despidió de ella, dio media vuelta y se alejó. Se sentía el hazmerreír de todos. Al entrar en su casa vio el bote de pastillas y pensó que ese sería un buen momento para dejar de tomarlas.

* * *

Noticias

Pidió una cerveza sin alcohol. La plaza de San Francisco comenzaba a animarse aquel jueves por la tarde. El sol calentaba anunciando la inminente llegada del verano y el tiempo ya aconsejaba salir en manga corta. Dio un trago a su bebida y se quedó mirando el botellín. Ya no bebía o al menos no lo hacía cuando trabajaba en algún proyecto. En la reunión que había mantenido unas horas antes, le habían asignado unas tareas de mantenimiento en el pecio Mazarrón II, un barco fenicio hundido cerca de la costa, de gran valor arqueológico.

Por esa razón tenía delante una cerveza sin alcohol. No pensaba jugarse de nuevo la vida en una inmersión. Tampoco tomaba pastillas, ni ninguna otra sustancia ilegal. Habían pasado seis días desde que lo decidió.

En dos semanas zarparían de Cartagena hacia Mazarrón. Le habían asignado a Fede y Miguel, que esperaban estar al cien por cien el día de la partida, como tripulación y dos arqueólogos más, para ayudarles con los trabajos en el pecio. La ubicación de la nave hundida no hacía necesario el uso de un barco para trabajar, pero el recuerdo de un accidente de tráfico ocurrido algunos años atrás fue determinante para elegirlo. Era algo sencillo: tenían que revisar, limpiar y acondicionar el yacimiento ante la temporada de verano que se les venía encima. Tardarían unos dos o tres días en volver al puerto, excepto si surgía algo que les hiciese quedarse o cambiar de lugar.

La elección de Miguel en el equipo le había hecho sonreír. Seguía con la rehabilitación que le habían prescrito para la pierna y esperaba que en dos semanas estuviese recuperado. Sin embargo, aunque ya estaba mejor, los médicos dudaban de que tuviese el alta médica para esa fecha, tratándose de una rotura de hueso. Seguían sin ser amigos, eso no iba a cambiar. Las cicatrices que les marcaban y separaban, eran tan profundas que sería difícil recobrar su antigua relación. Pero no le importaba. Desde el accidente del barco sabía que al menos podrían trabajar juntos, aunque no se dirigiesen la palabra más que lo necesario. Fede sí que podría estar al cien por cien cuando partiesen. Su esguince fue leve y el golpe en la cabeza no tuvo ninguna complicación posterior.

Todo era extraño, tenía la sensación de que no había ocurrido nada en las últimas semanas. Su jefe, Santos, se había dirigido a él en la reunión hilvanando tres frases seguidas sin insultarle. Además, desde que llegó de La Manga, frecuentó en dos ocasiones las tabernas cercanas al puerto, soportando las burlas de los estibadores y marineros al pedir cerveza sin alcohol. Lo más extraño aún, salió de ambos sitios sin pelearse con nadie.

Pidió otra cerveza y cogió un periódico olvidado en la mesa de al lado. Lo abrió por una página donde los titulares informaban de los exámenes y pruebas de acceso para auxiliares del ayuntamiento. Se acordó inmediatamente de María. Ella se estaba preparando para esa convocatoria. Miró con detenimiento la foto del reportaje. Buscaba entre las caras de los asistentes que aparecían posando en una escalera, la suya.

No pudo evitar recordarla desnuda sobre él, volviéndole loco, moviendo ese cuerpo perfecto que no se cansaba de acariciar. La vio en la cubierta del barco, ayudando con la grúa o las defensas de los costados. O luchando con aquella mala bestia, saltando, esquivando y repartiendo golpes con una agilidad felina que la permitía anticiparse a su rival. Todavía seguía sin creer que todo aquello fuese fruto de su imaginación.

También desfiló por su mente Ana. En esos momentos estaría con Pedro en la habitación del hospital Santa Lucía o quizás ya le hubiesen dado el alta y estarían en Murcia, compartiendo un

apartamento y brindándose los cuidados y cariños como una pareja de jóvenes enamorados al poco de conocerse.

Por un lado, sentía envidia de Pedro. Por otro, al igual que ella le confesó, él también se sintió liberado tras pasar la noche juntos y sintió cómo se cerraba el círculo tras acostarse con ella. Aun así, supo que sería difícil olvidarla. Y tenía miedo por si se volvían a ver y se desataba de nuevo la pasión.

También pasó por su cabeza Villalta. No pudo olvidar el día que vio salir a los cuatro personajes de la reunión en el puerto Tomás Maestre. En los días en los que había podido ir a trabajar a la oficina, no habían coincidido en un pasillo, sala o despacho y, por supuesto, tampoco le había agradecido la entrega del informe cumpliendo los objetivos que su jefe le había marcado. Tomó la decisión de no volver a salirse de las líneas marcadas por sus jefes, aunque él sabía, por su forma de ser inquieta y rebelde, que sería muy difícil.

Respecto a la casa de sus padres, finalmente tomó la decisión de quedarse con ella. Abandonaría el piso de alquiler de Cartagena y se mudaría a La Manga a vivir en un entorno tranquilo todo el año. No le importaba ir y venir en coche a diario si seguía sin beber. Pensó incluso en comprarse un pequeño barco y navegar por placer cuando le viniese bien. Pasó un par de páginas más del periódico y sin salir de la sección local vio un reportaje sobre la muerte de un empresario llamado Víctor Abellán, en un accidente ocurrido en La Manga del Mar Menor.

Le reconoció y se estremeció al ver su cara. Comenzó a leer la noticia con detenimiento. La fotografía no dejaba lugar a dudas, se trataba del hombre trajeado; el que les observaba en el Playa Chica, el que les amenazó, el que se reunió con Villalta y con el constructor Fernando Arteso y, en este punto se le erizó el vello de sus brazos, con el que negoció la liberación de Ana en Veneziola.

En el pie de foto aparecía su nombre, Víctor Abellán, y en otro de la siguiente página reconoció a dos de los hombres que le propinaron la paliza cerca de su casa. Comenzó a leer con avidez mientras pedía otra cerveza sin alcohol.

La noticia comenzaba hablando del accidente que había sufrido Víctor Abellán en el kilómetro quince de la Gran Vía de La Manga, al salirse el coche en una de las curvas. Chocó con las piedras de la escollera que sustentaba la carretera y en ese punto, además de los golpes y contusiones que le provocó el accidente, un trozo de la luna del cristal le había seccionado parte del cuello, muriendo desangrado antes de que llegasen los asistentes sanitarios.

Los únicos testigos, J.C.F.Y. y su mujer, M.C.A., declararon que viajaban tras el coche siniestrado cuando en una de las rectas les pareció ver al conductor braceando como si estuviese peleando con alguien. Pero a través de los cristales no vieron a nadie más dentro del vehículo. Cuando éste perdió el control y cayó sobre las rocas del arcén, ellos pararon justo detrás para asistirle.

Las puertas estaban cerradas y les costó abrirlas, por lo que aseguraron a la Guardia Civil que nadie pudo salir ni antes ni después del accidente del vehículo. Tan solo observaron un gato negro que cruzó asustado la carretera, al haberse estrellado el coche cerca de donde él debía estar cazando.

Una patrulla de la Guardia Civil se personó rápidamente en el lugar y se hizo cargo de la investigación, barajando la hipótesis de que el corte en el cuello que le seccionó la yugular a la víctima, se hubiese producido antes del choque con las piedras, ya que, de lo contrario, el airbag del vehículo hubiese impedido que un trozo de cristal hubiese alcanzado al conductor.

El segundo día de investigación terminó con la detención de un grupo de personas de diferentes nacionalidades que trabajaban para Víctor Abellán, realizando tareas de extorsión para distintos empresarios de la zona relacionados con el mundo de la construcción.

En la redada efectuada en un ático de la urbanización Pierre Vacances, se detuvieron a seis personas y se incautaron diversas armas, material de vigilancia y el disco duro de un ordenador que contenía documentación e información de algunos trabajos arqueológicos y obras que se venían realizando en la zona.

Fruto de esa información fue la orden de busca y captura del empresario Fernando Arteso, promotor y constructor de proyectos

de chalés en la zona de Veneziola, el cual, posiblemente involucrado en los asuntos de Víctor Abellán, desapareció sin dejar rastro.

Marcos pagó las cervezas y bajó caminando distraído por la calle Mayor en dirección al puerto de Cartagena. Paseó por los muelles, evitando el gentío que se agolpaba en las terrazas y restaurantes de la explanada. El cielo azul comenzaba a tornarse oscuro y las bandadas de gaviotas parecían recogerse ya. Se sentó en el suelo con las piernas colgando sobre el agua en el sitio donde años antes estuvo atracado La Parrocha, un restaurante que frecuentaban los de las subacuática en ocasiones, no demasiado lejos del ARQUA y de precio asequible. A su derecha, la base naval. De frente, la bocana del puerto y los pantalanes del Club Náutico, con el muelle Juan Sebastián Elcano detrás, preparado para acoger los más enormes cruceros que soltaban a miles de turistas a devorar la ciudad.

Con el tintineo de jarcias y cabos mecidos por el viento, le vino a la memoria la imagen de María. Ya habría terminado el examen y posiblemente esta noche lo celebraría con su pareja. Cerró los ojos y vio con nitidez su cuerpo desnudo, lozano, perfecto, su mirada felina y su sonrisa pícara. Esperaba que hubiese tenido suerte con su oposición, y que le fuese bien en la vida.

Unos instantes después, se paseó Ana por su mente agarrada de la cintura de un Pedro orgulloso, ya repuesto de sus heridas. Ya no la odiaba. Simplemente, sus caminos se habían separado y salvo que el azar los hiciera cruzarse en algún momento, quedaría su historia para el recuerdo. Le deseaba que fuese feliz en su nueva vida y que pudiese, por fin, resarcirse de todas las penalidades que sufrieron en su relación.

Víctor y Fernando Arteso habían encontrado lo que merecían. El segundo, con toda probabilidad, sortearía la cárcel gracias al buen hacer de sus abogados, en cuanto fuese encontrado.

Él fue quizás el que salió peor parado de su relación sentimental. Su historia con Ana se acabó y con María no llegó nunca a arrancar. Se había trasladado definitivamente al chalé de Veneziola, donde quería arrancar una nueva etapa de su vida, lejos del alcohol y las drogas que tanto perjuicio le habían hecho.

En las noches cálidas de verano se sentaría en el porche de su casa, viendo evolucionar a los gatos del vecindario y respirando el aroma a salitre de un Mar Menor que, silencioso y desafiante, ocultaba misterios por los que más de uno había perdido la vida.

* * *

Una jornada de navegación

La familia Álvarez Guzmán disfrutaba de una placentera jornada de navegación sobre las calmadas aguas de un Mar Menor acogedor, en una tarde de agosto. Habían alquilado un velero de siete metros de eslora, donde el pequeño de la casa, Juanmi, jugaba a ser un pirata correteando por la estrecha cubierta del barco. La familia disfrutaba de unas merecidas vacaciones que tenían como colofón aquella jornada de apacible brisa, sol y baño en aquel entorno idílico de la costa española.

Reservaron mesa en La Escuela de Pieter, y acercaron la embarcación a la playa para comer. El resto de la tarde lo dedicaron a fondear frente a la playa de Veneziola para tomar el sol, bañarse y disfrutar de un magnífico día.

Hacia las seis de la tarde decidieron levar anclas y dirigirse al puerto para entregar el barco.

—Yo voy subiendo el ancla y tú vigila que vaya todo bien, ¿vale?

—Vale —contestó feliz el pequeño.

—¿Cómo va?

—Bien, papá. Ya queda poco. Espera, para.

—¿Qué pasa, hijo?

—Hay algo enganchado en el ancla.

—Quieto, déjame, no quiero que te caigas.

El padre alargó la mano y tras quitar algunas algas enganchadas, liberó un colgante con forma de colmillo.

—Mira, hemos cogido un tesoro.

—¿Me lo das a mí, papá?

—Claro, seguro que perteneció a un pirata berberisco o un antiguo marinero. Ahora es para ti. Es el amuleto del capitán

Juanmi, el terror del Mar Menor y el más valiente navegante de este mar.

Una extraña sacudida zarandeó el barco, obligándoles a agarrarse a la borda. La madre, que leía mientras tomaba el sol, interrogó con la mirada al padre.

—Debe ser la corriente, no parece que haya nada debajo —contestó este subiendo los hombros en un gesto de extrañeza—, excepto un manto de posidonia.

Tras echar un vistazo por ambos costados, y corroborar sus palabras, concluyó:

—Venga, todos a sus puestos, volvemos al puerto.

Agradecimientos

Dedicado a todos aquellos que no dudaron en que este relato vería la luz. En especial a mi madre y mis hermanos Susana y Juanjo, ávidos y puntillosos lectores cero. A mis hijos Javier y Mario y a mi mujer Rosa, por aguantar a mi lado largas jornadas de documentación e investigación. A Marian y Carlos, por sus revisiones y aportaciones precisas.

A los chicos de la tienda de buceo Zona de Inmersión de Madrid por sus explicaciones sobre el peligro de mezclar el buceo con el alcohol o drogas, las cuales fueron las correctas, aunque por necesidad de la historia debiese ignorar algunas de ellas.

A Agustín, alma del Playa Chica. De nuevo este elegante chiringuito junto al Mar Menor vuelve a ser uno de los ejes centrales de la trama.

A todos los lectores y en especial a los que habéis optado por leer este libro entre tan variada oferta. Espero que disfrutéis con esta acertada elección y ojalá podamos coincidir de nuevo en futuras historias.